Pepa Fraile

Los abrazos prometidos



Grijalbo

PEPA FRAILE

Los abrazos prometidos

Grijalbo

A mis padres, Rafaela y Manuel,
que solo entienden la vida dando, sin esperar
nada a cambio. Porque pertenecen a esa
generación que creció con menos de lo que
necesitaba y aun así no se rindieron.
Os quiero y os admiro

Con los años crece en mí una extraña y a la vez excitante curiosidad por saber más acerca de una época que todavía recuerdan esa generación de héroes y heroínas que vivieron la posguerra civil española.

Muchos siguen entre nosotros, de uno y otro bando, habiendo enfrentado sus vidas en un camino en el que todos perdieron alguna cosa.

Cada día me maravillo de ellas y ellos. Porque de la nada resurgieron sus cenizas y lograron darle vida a un futuro que les había sido robado.

PEPA FRAILE, 2022

El sonido de una bala impactando en su pecho volvió a despertarla en mitad de la noche. La misma pesadilla que se repetía como un bucle anclado en su cabeza desde hacía varias semanas, cuando el sueño ligero y entrecortado la abrazaba llevándola lentamente hasta las brasas del mismo infierno. Su cuerpo, empapado en sudor, se arqueaba de repente sobre la cama y se erguía mientras los ojos, desorbitados todavía por el estruendo seco y compacto que seguía retumbando en sus oídos, buscaban en la oscuridad de la noche lo que solo existía en su cabeza.

Era tan real, se decía sucumbiendo al penetrante olor a pólvora, que se incrustaba en su nariz mientras palpaba nerviosa con las manos, por encima de su camisón, buscando en el pecho la sangre inexistente que casi podía oler.

El silencio reinaba en el dormitorio. Y Clara respiró varias veces, todavía aturdida, examinando durante unos minutos las húmedas paredes de aquella vieja y destartalada alcoba recordando que permanecía allí, y que empezaría de nuevo al amanecer, repitiendo los quehaceres que se habían convertido en un hábito tan aprendido como anodino. Sin darse cuenta, sus ojos cansados volvieron a adentrarse en la oscuridad del sueño.

1

1938

Clara Castelao Comas, conocida por todos por ese nombre, había vuelto a nacer en la primavera de 1938, y de eso ya hacía siete años, aunque nunca terminaría de acostumbrarse.

El lugar en el que ahora residía, una antigua y destartalada casa de dos plantas; el vecindario que, curioso por saber de una forastera tan peculiar, había insistido durante mucho tiempo en averiguar sobre su vida, su pasado y la profesión con la que desde siempre se había ganado allí la vida formaban las piezas de un rompecabezas que no había logrado terminar. Todo era parte de su rutina, incluso la discreta sonrisa a la que tenía acostumbrados a sus clientes. La suya era una existencia grisácea, sin grandes alteraciones que los demás pudieran percibir. En todos los años en los que vivió allí nadie había ahondado tanto en su corazón como para hacerla sentir de aquel lugar en el que se había refugiado. Nada le parecía tan auténtico como «el pasado», una expresión borrada entre las lágrimas que escaseaban ya en sus ojos, cansados de sentirse sola.

En el refugio y el silencio de la noche residía su verdadera identidad. La que guardaba celosamente en su corazón, aunque en su cédula personal figurara que procedía de Galicia; que era viuda; que al llegar a su nuevo destino contaba con veinticuatro años, dos más de los que en realidad poseía; que había vivido en una pequeña población lucense antes de su llegada y que se dedicaba a sus labores. Unos datos que no levantarían sospechas entre el vecindario. Casi nada era verdad. Solo su hijo Miguel y los recuerdos

de «él» al verlo crecer. Los que nadie podría arrebatarle y a los que se debía para no olvidar jamás quién era en realidad.

El corazón de la nueva Clara, viuda de Antonio Gómez Garrido, respetable contable, hombre de derechas y entrado en la cincuentena, había dejado de latir el día en el que la madre de Alberto, su verdadero prometido, había llamado a su puerta bañada en lágrimas y apenas sin aliento.

Una húmeda tarde de otoño en la que la tormenta parecía anunciar el fin del mundo y se convertía en reclamo de un mal presagio, marcó el antes y el después de la muchacha. Abrió y, ante el gesto mudo y los labios temblorosos de la que nunca se convertiría en su suegra, la joven cerró los ojos y apretó los dientes, intuyendo el mal augurio del que era portadora la mujer.

Según decían, Alberto había logrado desaparecer al ser advertido de su inminente detención. Había conseguido adentrarse en el bosque, pero el sonido de unas balas certeras había impactado sobre su cuerpo. Había caído, lo habían visto, y nadie podía acercarse a rescatarlo sin correr la misma suerte que él. Los comentarios jocosos y algunas carcajadas entrecortadas de sus cazadores, haciendo halagos de la certeza de su tiro, llegaban a los oídos de los compañeros de la milicia. Su cuerpo inerte, ahora visible para algunos de los camaradas que la noche anterior habían cenado con él, fue arrastrado como un fardo hasta una camioneta situada en el linde de la carretera. No podían reconocer su cara destrozada, pero sí las ropas con las que había salido de casa. Aquel era el fin de un hombre justo, joven y valiente al que todos admiraban.

Apoyada en el marco de la puerta, el mundo se paró y giró del revés, a la misma velocidad con la que el vértigo se apoderaba de ella, precipitándola al suelo. Vivía sola desde el fallecimiento de María y Pedro, sus padres, y no hubo tiempo para las lamentaciones, ni siquiera para recoger todos los recuerdos que dejaría unas horas más tarde abandonados para siempre en su casa.

Al alba, ya había sido trasladada al sótano de la casa refugio a las afueras del pueblo, deshabitada y utilizada por los civiles partidarios del ejército republicano y por algunos de los milicianos que luchaban en el bando perdedor. Las alegrías de recobrar Teruel solo habían

durado un mes y la ciudad volvía a ser de los franquistas. Aquel gélido mes de febrero de 1938 la contienda nacional, después de casi dos años de asedio, ya se había saldado con miles de muertos.

Durante varias semanas, en un intenso entrenamiento que Clara acataba sin hacerse demasiadas preguntas, recibió instrucciones exactas de qué debía hacer, cómo debía comportarse y qué no era conveniente que significara en su nueva identidad. Aprendió de qué temas estaba prohibido hablar y cuáles debían ser sus intereses en el recién estrenado destino, todavía desconocido para ella. Eran las normas, solían repetirle pesarosos al verla tan desvalida. Se había sentido joven hasta que Alberto, del que se enamoró en un encuentro tan fortuito como imprevisto, la había convertido en una de los «suyos», aunque prefirió mantenerla al margen de los movimientos que el grupo iba llevando a cabo. A pesar de todo, las constantes preocupaciones por la situación política del país, la ofensiva del ejército y la significación de su compañero, como líder del grupo de la resistencia al que pertenecía, habían surcado su frente con las primeras líneas de una expresión adusta que no correspondía a la edad de una muchacha que hasta entonces solo se había movido entre libros, costuras y planas costumbres.

En aquellos días de confinamiento necesario y obligado aprendió a usar un revólver, a interpretar mapas de caminos, a modificar el acento turolense que todavía conservaba y a repetir una y otra vez la historia que habían inventado para ella, lejos de su hogar.

¿Por qué ella era tan importante?, se preguntaba durante las noches que el insomnio la acompañaba todas las horas de oscuridad y temía cerrar los ojos, para no recordar la última vez que habían estado juntos; cuando a la luz de las pocas velas que utilizaban para alumbrarse, bajo el suelo del que se había convertido en su hogar, las siluetas de los resistentes que ahora convivían con ella se removían bajo las raídas mantas de lana que habían dejado de calentar, para convertirse en pesos muertos sobre sus cuerpos. «Muertos», se decía esbozando una mueca macabra en sus labios, recordando algunos de los desaparecidos en una batalla sin sentido que había llevado al país a la ruina, a la hambruna y a una lucha entre semejantes que desembocaba sin remedio en el

desmembramiento de muchas familias, ahora víctimas de la penuria y el olvido de los que ya se sentían vencedores.

La respuesta a la pregunta estaba en su vientre. Esa era la única razón, y no su insignificante existencia.

Alberto y ella esperaban un hijo que nunca conocería a su padre, y pocos días antes de su desaparición habían anunciado la noticia a los allegados. Él había sido uno de los líderes destacados de la resistencia. Su mujer, como él ya la consideraba, la Carmen de antes convertida en Clara y portadora de su semilla, tenía que sobrevivir. En su honor, le habían repetido infinidad de veces durante su estancia en aquel zulo. Estaba en el deber de salvarse y guardar su memoria para siempre. Aquella criatura sería su legado y su huella para seguir luchando por una España diferente.

Meses atrás, en enero del año 1938, los republicanos habían recuperado la ciudad de Teruel, ganando la batalla a los sublevados, aunque el ejército franquista había logrado desbordar a la milicia tras varios intentos en los que ambas facciones habían sufrido un duro desgaste. La escasez de alimentos y uno de los inviernos más duros que se conocían habían sido la causa de las incontables bajas.

Durante los ataques a la provincia turolense, Barcelona, nueva capital de la república desde octubre de 1937, se había convertido en uno de los objetivos de los franquistas, sufriendo bombardeos indiscriminados que habían devastado parte de la ciudad. Y allí era donde pensaban enviarla tres meses más tarde, algo que no terminaba de comprender hasta que supo que no era la capital el lugar que habría destinado para ella. Pasaría unos días alojada en la ciudad, custodiada por una mujer que bajo su inofensiva apariencia contaba con una importante red de contactos. Y allí también recibiría las últimas instrucciones antes de conducirla a su destino: Olesa de Montserrat.

Nunca había oído hablar de aquel lugar, una villa situada en el curso del río Llobregat y a las faldas de una formación rocosa que parecía querer tocar el cielo desde sus serrados montes: la montaña de Montserrat. Olesa era principalmente industrial antes de la guerra y su economía se seguía sustentando en la fabricación de hilados, tejidos, aprestos y tintes, colectivizados por movimientos obreros

que se habían hecho cargo de la producción. También vivían de la explotación de viñas, olivares y huertos que abastecían a parte de la población. Clara no conocía su lengua autóctona, ni muchas de las costumbres, pero tampoco parecía importante dadas las circunstancias en las que iría a vivir allí.

En la oscuridad del sótano, miró su reloj; el que tantas veces había acariciado desde que Alberto desapareciera tras un portazo, tras un último beso que permanecía impreso en sus labios. Y pensó en el tiempo; el que transcurría por encima de los vivos y de los muertos y el que marcaba las agujas de una pieza que ella misma había escogido aquella tarde, sin llegar a imaginarse que sería lo único material que quedaría de él. Eso y la criatura que entonces crecía en sus entrañas.

Si bien durante los primeros días, antes de decírselo, había albergado en silencio la posibilidad de deshacerse del bebé, la idea de escapar junto con su hombre lejos de allí, y empezar una vida nueva, la había animado a seguir adelante con un embarazo que había llegado en el peor de los momentos. Qué poco había durado la quimera de un mundo mejor para el hijo de ambos, y para ellos, se lamentó mientras un escalofrío, provocado por la humedad de aquel destartalado sótano, recorría todo su cuerpo.

Concentrada en lo que solo sería un sueño roto, de repente, un ruido que provenía de la planta principal de la vivienda la puso en alerta. A ella y a todos los que parecían ausentes entre los tenues sonidos que salían de sus gargantas bajo la respiración serena de los que descansan. Varios hombres saltaron de los catres improvisados y, ágiles como gacelas, se dirigieron a los rincones protegidos por la oscuridad desde donde estratégicamente podían reducir a cualquiera que entrara allí sin permiso. Otros, apresurándose sobre los que, como Clara, estaban solo de paso, indicaban con los gestos de las manos que se tapasen y se hicieran los dormidos. A las pisadas aceleradas que se acercaban hasta la trampilla desde la que se accedía al refugio, prosiguieron algunos silbidos que se repitieron varias veces. Los rostros de los que ya tenían el dedo presionando el gatillo, preparados para actuar, se relajaron al fin.

—Buenos días, camaradas —se escuchó decir al hombre que asomaba la cabeza, dejando traspasar desde la trampilla, abierta ya por completo, la luz del amanecer.

—¿Acaso no temes por tu vida, descerebrado? —contestó uno de los miembros de la célula que salía de su escondite—. Has estado a punto de espicharla. Mira que tengo el dedo nervioso y no estaba previsto que se acercara nadie hasta mañana. Esas eran las instrucciones —increpó al recién llegado—. Las instrucciones son que primero se silba tres veces y luego…

—Lo siento, pero no hay tiempo que perder —pronunció Abel, el joven al que ahora podía vérsele la cara—. Nos han dado aviso de que hay vía libre y tenemos que aprovechar las pocas horas que esos hijos de puta nos dejan —añadió, buscándola con la mirada entre los presentes.

Clara lo observaba, concentrada en el diálogo y en la alegría que destilaban las palabras del recién llegado, casi cantarinas, ante una situación tensa como la que acababan de protagonizar. Joaquín, el camarada que había reprendido al muchacho, no había abandonado su cara de malas pulgas. Un gesto que se acompañaba de la imagen de un hombre curtido en las montañas, de tez negruzca y cabello oscuro, que parecía llevar demasiado tiempo bajo la presión de aquellas maniobras. Abel, sin embargo, parecía conocer la reacción de su compañero y ni siquiera se había molestado ante la retahíla que el otro continuaba soltando por la boca, fruto más de la tensión que de la gravedad de una circunstancia que Clara imaginaba que vivían a diario.

—Es ella —la señaló Joaquín, indicándole con el dedo al joven—, así que vamos marchando que el tiempo apremia. Recoge tus cosas, Carmen —le ordenó, ante su sorpresa al escuchar su verdadero nombre otra vez, y el ligero temblor que experimentó su cuerpo de repente.

Ella se levantó, sujetándose a sus doloridos riñones, y la voz del mismo hombre volvió a sobresaltarla.

—¡No debes hacer eso! —gritó Joaquín, mirándola como si estuviera sentenciándola.

—¿Perdón? —preguntó ella, incapaz de reaccionar mientras la incógnita se dibujaba en su rostro y las palabras se agolpaban en su garganta queriendo salir sin éxito. Aquel hombre la ponía nerviosa—. ¿Qué he hecho mal?

—¡Ya no eres Carmen!, grábatelo aquí —vociferó, golpeándose con el dedo en el centro de la frente—. Un fallo de estos y la habremos cagado. ¿Comprendes? —la increpó, asegurándose del gesto silencioso y afirmativo de Clara.

—Tampoco hace falta que le hables así —respondió Abel, ante la reacción de ella, más próxima al llanto que al enfado—, es normal, joder. Hasta hace cuatro días ni siquiera nos conocía por nuestro nombre. Todo ocurre demasiado rápido para ellos, los que sin querer se ven envueltos en esta mierda de guerra. Anda y échate un trago —añadió, lanzándole la bota de vino que llevaba colgada de su hombro—, a ver si se te pasa la mala leche, aunque sea mientras tu boca está ocupada.

—Lo hago por su bien, coño —increpó el mayor, antes de dejar que el morapio regara su garganta—. Teníamos instrucciones precisas y no quiero errores de última hora. Ni de última ni de primera —puntualizó, antes de llenar el gañote con el caldo de la tierra.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? Lo hacéis como si yo no estuviera delante —interrogó Clara, poniendo los brazos en jarras —. Yo no he pedido esto, ni estar aquí, ni huir a ninguna parte. Y no estoy segura de querer hacerlo. ¿Podéis poneros en mi lugar, aunque solo sean unos minutos? Hay momentos en los que preferiría estar muerta —añadió, traicionada por las lágrimas.

—Se refiere a lo que nos dijo Alberto, antes de que… ya sabes… —aclaró Abel, con la cabeza gacha y saliendo al paso para refrenar el ímpetu con el que sabía que su compañero contestaría a la joven.

—Y si seguimos de charla esos minutos de los que hablas, muchacha, los perros de Franco nos acribillarán a balazos. Eso en el mejor de los casos, así que salimos en cuanto eche una meada y vea lo que hay ahí fuera. Esta humedad me cala los huesos y me afloja la vejiga. Perdona si he sido brusco —rectificó el miliciano—. Es que

todavía no me entra en la cabeza que se dejara pillar de esa manera. Mira que se lo teníamos dicho. De pronto desapareció y…

—Ya está, no es momento de reflexiones que no nos llevan a ningún sitio —zanjó Abel, queriéndole evitar más sufrimiento a la muchacha—. Tampoco hay que darle más vueltas. Muchos han caído y muchos quedan por caer, maldita sea. Los bombardeos no cesan y la carnicería… —enmudeció, sintiendo el palpitar de las sienes y el chirrido de sus dientes—. Listos, vamos —dijo, mientras se sacudía las manos en las perneras, alejando con su gesto la rabia que se apoderaba de él, ahora más que nunca—. ¿Preparada, Clara?

Ella tenía pocas cosas que guardar en el viejo petate que le habían habilitado como único equipaje. Durante los días que duraría su travesía, caminarían de noche y descansarían algunas horas del día, no muchas. En su caso, añadiendo las circunstancias y las condiciones en las que realizarían el recorrido, no era conveniente llevar más que el peso necesario. Estaba embarazada de pocas faltas, y nadie notaba todavía el bulto de su barriga, aunque las náuseas que se habían instalado en su cuerpo delataban un malestar que trataba de disimular constantemente. Las sensaciones de vacío en el estómago, que solo consolaba comiendo alguna cosa, se repetían durante el día y la comida no era lo que sobraba entre toda aquella gente que, como ella, huían de las bombas y el asedio. No estaban las cosas para parecer la víctima, se decía cada vez que las repentinas arcadas alcanzaban su garganta, girando su cuerpo del revés.

Al contrario de lo que habían planeado, su permanencia en Barcelona se prolongó más de lo previsto. La fiebre persistente y su estado de anemia la habían obligado a permanecer en cama los últimos meses del embarazo. Montserrat, la que hizo las veces de madre mientras su vientre crecía, la cuidó hasta el alumbramiento de su hijo varón, asistido entre las vecinas de aquel edificio, deteriorado por las bombas, que se había convertido en su hogar.

Miguel era un niño que nacía lejos de su casa, la que había habitado Clara en los años más felices de su vida, en los albores de la batalla del Ebro, uno de los más sangrientos enfrentamientos

entre franquistas y republicanos y una de las mayores ofensivas por tierra y por aire de aquella absurda guerra.

La victoria estaba lejos de los que llevaban luchando por una España libre hacía más de dos años. El ejército republicano, desmembrado y escaso de efectivos, no se daba por vencido. Pero la realidad, en palabras de doña Montserrat, era la que era muy a su pesar. Las Brigadas Internacionales, implicadas desde el inicio de la contienda y conscientes de su debilidad tras los últimos enfrentamientos, empezaban a retirarse. El gesto del todavía presidente del Gobierno de la república había llegado demasiado tarde y Franco no pensaba dar un paso atrás en su ofensiva. A finales de octubre del año 1938, los brigadistas desfilaban por última vez por la ciudad de Barcelona, arropados por la multitud y jaleados por el ejército popular bajo el lema: «Caballeros de la libertad del mundo: ¡buen camino!». Mientras, el pequeño recién nacido, ajeno al momento en el que le había tocado venir al mundo, rompía en el llanto de los inocentes reclamando su sustento. Clara, más delgada que nunca y más fuerte al mismo tiempo, se disponía a preparar su escaso equipaje para ser trasladada a la ciudad en la que, de nuevo, tendría que verse sola y desamparada. Desde hacía algunos meses desconocía el paradero de Joaquín y de Abel, y prefería no preguntar. Estaba harta de perder, de rehacer sus planes con cada bombardeo; se sentía agotada y necesitaba todas sus fuerzas para Miguel, el pequeño que ahora la acompañaba en sus noches de insomnio y en sus días grises de incertidumbre y desasosiego hacia un futuro que, a cada paso, parecía oscurecerse un poco más.

La despedida de ambas mujeres, silenciosa y contenida por las lágrimas que luchaban por dominar, imploraba un instante corto y un abrazo verdadero que, aun sin palabras, sabían que sería el último en mucho tiempo. Montserrat era una mujer entrada en años, de frágil aspecto. Esa había sido su fortaleza para convertir su casa en un punto de conexión clave. Allí se habían refugiado espías, periodistas, soldados republicanos y, como Clara, personas a las que había que procurar una salida hacia un lugar seguro.

—No olvides nunca. Recupera tu vida, vela por esta criatura y sobre todo cuídate. Él no es el único que importa en este momento,

lo sabes bien. Y no pienses en el futuro. Ahora mismo no existe. Solo hoy, el presente, eso es lo que tienes que grabarte en la cabeza. Buen viaje y que la luz del camino os acompañe —se despidió Montserrat, siendo aquellas las últimas palabras que Clara escuchó con atención mientras la mujer alcanzaba su mano para ofrecerle unas monedas que guardaba en el bolsillo de su delantal—. Te harán falta al principio —señaló ante la negación de Clara, que intentó rechazarlas sin conseguirlo.

—Creo que siempre estaré en deuda contigo por todo lo que has significado para mí en estos meses —agradeció Clara con la voz entrecortada—, y pienso en ellos, en mis padres —añadió, elevando la vista hacia la única bombilla que alumbraba el angosto pasillo de la vivienda—. Recuperar mi vida es imposible, ahora ya lo sé, y acerca de eso que dices de la memoria, creo que recordarla no siempre es lo mejor. De hecho, a veces se convierte en la peor de las pesadillas. Remueve tantas cosas… —dijo, sin terminar la frase, evitando romper en llanto.

El trayecto se hizo largo, casi interminable, entre baches y llantos del pequeño Miguel, que no dejó de quejarse durante el camino. Justo hasta que, en el horizonte, las tenues luces amarillentas que tocaban la línea del cielo con las montañas indicaban que estaban próximos a su destino: Olesa de Montserrat.

2

Olesa de Montserrat, 1945

—¡Mamá, mamá!, despierta —exclamaba Miguel, zarandeando a su madre mientras ella se debatía entre sueños, volteándose en la cama perezosa.

—Ya voy —articuló ella con voz pastosa, removiéndose entre las sábanas—. ¿Qué hora es?

—Acaban de tocar las ocho en el reloj de péndulo de la tienda. No me gusta su sonido —se quejó Miguel, como cada día de su vida en el que la armónica oscilación del artefacto marcaba regularmente el paso del tiempo.

Era el más antiguo de todos los que poseía su madre, y seguramente el más caro, aunque de nada servía porque nadie iba a comprarlo. Era lo que pensaba Miguel, que no llegaba a entender por qué seguía conservándolo, como tantos otros que había traído hasta la tienda y permanecían allí, dejando pasar el tiempo. No tenían cuerda, fallaba algún mecanismo, sus piezas se habían oxidado... Un montón de artilugios inservibles consideraba el chiquillo en el silencio de sus pensamientos.

Clara saltó de la cama, todavía aturdida y fastidiada por la torpeza que la había llevado a dormirse varias veces en las últimas semanas. Estaba agotada y el sueño profundo en el que por fin se había sumergido, tras la recurrente pesadilla, había durado menos de lo deseado.

—Vamos, que tenemos que organizarnos a toda prisa, no hay tiempo que perder. Me aseo en un minuto, preparo el desayuno y te

acompaño al colegio. Será un día muy largo y empezar de esta forma no es lo mejor. No sé cómo ha podido pasar. Hoy sin falta tengo que ir a Barcelona a por algunas piezas que encargué y todavía…

—Mamá…

—¿Qué? —contestó Clara, dirigiéndose a toda prisa hacia el aseo, sin mirar al muchacho.

—Anoche vi luz en el comedor encendida hasta muy tarde. Trabajas todo el día en la tienda y por las noches coses casi a oscuras, porque esa bombilla no alumbra mucho. ¿No te cansas?

—Claro que me canso, hijo —escuchó Miguel desde el lavabo—, pero qué le vamos a hacer. Hay que comer, pagar a los caseros, nuestra ropa… Este negocio no da para tanto y los nuevos encargos de la ropa y del balneario nos van muy bien. Además, así no olvido todo lo que me enseñó mi madre. Tu abuela era una gran costurera, ¿sabes? Bordaba como los ángeles. Voy enseguida contigo —afirmó, cerrando la puerta antes de dejar caer el agua del grifo que por aquellos días volvía a ser de color ambarino. Las cañerías eran viejas, igual que todo en aquella casa. Y para asegurarse Clara hervía la que usaban para beber. Desconocía el origen de aquella suciedad y no tenía ni tiempo ni dinero para solucionarlo. Si sus propósitos llegaban a cumplirse y los pocos ahorros que podía guardar algunos meses sumaban la cantidad necesaria, tenía intención de cambiar la ubicación de la relojería y la vivienda a un lugar más soleado del pueblo. Aquellas calles, umbrías de día y de noche, parecían tristes todo el año, casi como ella.

—No te preocupes, mamá. Ya he preparado el desayuno para los dos. Y me he hecho un bocadillo con el pan que sobró anoche. Un poco pequeño —apuntó Miguel, sonriéndole condescendiente a su almuerzo—, pero suficiente hasta el mediodía. Azúcar y aceite. Mmm… qué rico. Mi preferido.

Clara entró a la cocina, todavía en ropa interior, ataviada con un viso negro y en zapatillas. Se giró hacia su hijo que, apostado en al marco de la ventana, la miraba embelesado. Era la mujer más guapa del mundo, se decía el muchacho siempre que la observaba.

—Miguel, ¿de verdad has hecho todo eso tú? —preguntó Clara, sorprendida y emocionada al mismo tiempo—. Te tengo dicho que no me gusta que uses cuchillos ni merodees en los fuegos de la cocina si no estoy cerca —le riñó después—, son peligrosos.

—Mamá, ya soy un… Bueno, no soy tan pequeño como crees. Tengo siete años —señaló con los dedos de las manos—. Puedo prepararme el desayuno y calentar un café, aunque no me quede muy espeso. Lo tienes encima del mármol y se te va a enfriar, aunque azúcar no quedaba mucha.

—Es cierto. Te haces mayor más deprisa de lo que querría —afirmó Clara, acercándose para abrazarlo—. No crezcas tanto, hijo. Si te viera tu padre…

—Pues yo creo que llegas un poco tarde —sonrió de nuevo Miguel, echándole una mirada a las perneras de sus pantalones—, y no hay más tela por dentro para sacarle —añadió, encogiéndose de hombros mientras su madre acompañaba su gesto de asombro con el orgullo que sentía por aquel muchacho que parecía estirarse por las noches, mientras dormía.

Las risas de ambos resonaron por toda la casa, un gesto que Clara solo se permitía en la intimidad y con él. La vida le había regalado lo más grande del mundo, y estaba delante de ella mostrándole los tobillos de sus delgadas y huesudas piernas.

—Nunca me hablas de papá —pronunció Miguel, sabiendo que era una cuestión escabrosa que su madre esquivaba.

Siempre que lo intentaba, y cada vez era más frecuente, las facciones de su madre se contraían en un gesto mal disimulado, tras aquella sonrisa que Miguel conocía tan bien. Un rictus extraño que no había logrado descifrar. Él era un muchacho muy observador, amigo de los números y la escritura, un binomio que para su madre no pasaba desapercibido. Alberto había sido un hombre inteligente, mucho más preparado que sus compañeros de lucha en muchos temas. Entre ellos, el discurso escrito para otros, la organización, la logística durante los tiempos en los que todavía había esperanzas, y las matemáticas. Había ejercido de contable en un despacho de abogados durante algún tiempo, antes de que la guerra lo transformara en lo que luego se había convertido: un líder y un

luchador por la desaparecida república, afiliado a la Confederación Nacional del Trabajo. Clara tenía clavada en su corazón la mentira que su hijo sabía acerca de su identidad; la que oficialmente constaba en aquellos papeles falsos que tanto odiaba, y todavía no era el momento de desvelarle al muchacho la verdad acerca de sus orígenes, que cada día se hacía más pesada en su espalda.

—Es igual, mamá, otro día —la alivió Miguel, viendo que su madre extraviaba la mirada sin saber cómo esquivar las respuestas a las que tarde o temprano debería hacer frente—. Se nos hace tarde y luego don Faustino nos regaña. Bueno, más que palabras, usa las manos como si fueran tenazas. Nos tira de las orejas como si quisiera arrancárnoslas del sitio —señaló Miguel, haciendo mohínes con la cara mientras se las tapaba.

—Qué bruto, por Dios. Venga, vamos o todos llegaremos tarde. El coche sale dentro de veinte minutos y todavía tengo mil cosas que recoger.

—No sé… Me he fijado —añadió el chico, antes de que su madre volviera a reprenderlo— en cómo reparas algunas de las piezas que te traen y creo que también podría ayudarte con eso. Ganaríamos algo más de dinero si trabajo contigo, ¿no? Te he oído decir algunas veces que te iría bien un ayudante —pronunció con cierto pudor ante la conmovida mirada de su madre.

Clara se fue acercando, presa de la emoción y de aquellas facciones que iban perfilando en el rostro de su hijo los rasgos de un pasado que, aunque presente en su memoria, trataba de olvidar sin conseguirlo. Se aferró a él, con lágrimas en los ojos, y lo apretó contra su cuerpo aspirando con dulzura el olor de su cabeza, como cuando era un bebé. Y lo acunó de pie, pudiendo comprobar lo mayor que se había hecho en tan poco tiempo. Siete años habían pasado desde entonces. Siete largos años en los que, igual que en aquellos relojes que colgaban de las paredes de un negocio que había levantado desde cero, el tiempo había parado su alma, dejándose llevar solo por el presente.

No se quejaba de su suerte, y había logrado sortear la mayoría de los comentarios de incredulidad y de asombro de sus convecinos durante los primeros años. A todos extrañó al principio su llegada,

convirtiéndola más de una vez en el punto de mira y de sospecha, en unos tiempos en los que las heridas solo habían cerrado en falso y en los que la palabra, finalizada la contienda, podía ser la daga mortal para cualquiera. Ahora ya era una más, aunque seguía siendo «la forastera» entre los que todavía recelaban de una mujer capaz de alcanzar su sustento sin marido que la protegiera.

Lo cierto es que sus apuros no eran pocos. Y la costura era el oxígeno económico para ellos. Las ventas en la relojería eran escasas y las reparaciones muy puntuales. Con lo que ganaba en la tienda solo tenía para pagar las facturas que cada mes parecían aumentar.

Caminaban a paso ligero por entre las calles del casco viejo de la villa, sorteando la brisa matutina y los espacios umbríos en los que el Sol, tímido a pesar del azul intenso del cielo, todavía no calentaba los adoquines húmedos por el rocío. Miguel caminaba fijándose, como cada día, en los pequeños detalles de algunas casas que buscando la intimidad de transeúntes e indiscretos habían levantado altos muros inalcanzables a los ojos curiosos. Lo que había detrás de aquellas impenetrables paredes, cubiertas en algunas de sus partes de un musgo fino que le encantaba acariciar con la palma de las manos, era un misterio para él, y dejaba volar su imaginación. Nunca había vivido en un lugar parecido, y apenas había visto abierta en alguna ocasión la enorme puerta de dos hojas por la que debían de salir los dueños, pero tenía el firme propósito de cometer algún día la travesura que tantas veces había recreado en su cabeza: colarse dentro de los jardines que se intuían frondosos en su interior. Y era algo prohibido, lo sabía, pero no podía evitar imaginarse haciéndolo.

—¡Miguel, por Dios, que vamos tarde! —lo increpó Clara, estirándole de la bufanda.

—Mamá, ¿crees que alguna vez podremos vivir en una mansión como esta? A mí me encantaría.

—Los pobres solo podemos soñar con algo así, hijo. Además, ¿para qué quieres vivir en un sitio como ese? Da hasta un poco de miedo.

—Estudiaré mucho, y ganaré mucho dinero —repitió Miguel con convicción—. Cuando tenga el suficiente te compraré una casa así de grande —afirmó señalando con el dedo hacia la parte superior de la fachada de la vivienda que daba a los jardines tras el muro que bordeaba la finca. Desde aquel punto, elevando la vista hacia una de las ventanas, se sobresaltó. Le había parecido intuir una figura que lo observaba, desapareciendo de detrás de la cortina al ser descubierta.

Miguel giró la cabeza pensativo y adelantó los pasos que lo separaban de su madre, concentrado en el suelo mientras saltaba los adoquines a modo de juego cuando, sin darse cuenta, tropezó con el cuerpo de alguien.

—Vaya, joven. Qué contento parece que va al colegio. No crea que sucede siempre —apreció el hombre, agachándose a recoger el bastón que había caído al suelo tras el encontronazo.

—Este hijo mío no aprenderá —se lamentó Clara, percatándose de la situación y ante el apuro del nuevo contratiempo—. Miguel, pide perdón a este señor. Si es que…

—Perdón —repitió mirando a su madre mientras ella hacía mohínes señalando con pequeños golpes el reloj de su mano.

—Disculpas aceptadas —dijo el extraño, agradecido, pareciendo más divertido que molesto con la tesitura—. Te gusta la casa, ¿verdad? —preguntó, señalando con el báculo en la dirección en la que se encontraba el palacete.

Miguel no sabía qué responder. Miraba a su madre y miraba al hombre, que vestía de forma elegante y poco usual para los que, como él, no habían salido apenas de Olesa de Montserrat. Contaba los días para que su madre, nueva costurera en el balneario de La Puda, lo dejara acompañarla a la entrega de los arreglos.

—Sí, señor, mucho —contestó Miguel—. No parece habitada y sin embargo hace un momento he creído ver que… —Se alargó el muchacho, buscando una explicación a la imagen que acababa de intuir tras el visillo de una de las ventanas.

—Perdónenos, pero es que llegaremos tarde a la escuela y yo tengo que tomar el coche hacia Barcelona. Buenos días, y lamento el percance —se disculpó ella nuevamente.

—Si me permite el atrevimiento —comentó el extraño, ignorando la preocupación de Clara—, puedo acompañarla con mi vehículo hasta la ciudad. En una media hora saldré hacia allí por asunto de trabajo y papeleo. ¿Viven ustedes cerca de aquí?

—Sí —afirmó Miguel con seguridad, acompañándose con los gestos de la cara—, justo al doblar la esquina, ahí arriba —añadió para desesperación de su madre, con la sensación de que en el mismo momento en que él había contestado ella le clavaba una mirada amenazadora en el cogote.

Sabía cuándo había hablado más de la cuenta, y aquella había sido una de las veces. Conocía las normas estrictas que su madre se había encargado de repetirle hasta la saciedad, y no conversar con extraños para darles información de más era una de ellas.

—Se lo agradezco, pero no puedo aceptar su ofrecimiento. No voy sola —mintió al desconocido con lo primero que se le había ocurrido.

Subirse a un vehículo con un desconocido era impensable, y la amabilidad ajena nunca le había ofrecido mucha confianza desde su partida aquella noche, escoltada por los milicianos que corrían como gacelas entre la espesura de los árboles.

—Entonces no los entretengo. Nada más lejos de mi intención que causar perjuicio ni a su hijo ni a usted por llegar tarde a sus obligaciones. Buenos días —se despidió él, haciendo una barroca reverencia acompañada de una mirada, casi felina, que provocó una sensación desagradable en ella—. Ah, solo una cosa más —añadió, acercándose esta vez a Clara, sin perder la sonrisa que había mantenido incluso en el momento en que Miguel había chocado con él—. Mi nombre es Federico Cotar, hijo de esta villa, aunque haga algunos años que no resido aquí. Por cierto, ¿sabe dónde se ubica la relojería? Necesito arreglar algunas piezas antiguas y…

—Mi madre es la relojera. Y muy buena, por cierto —se adelantó como una flecha Miguel, tapándose de inmediato la boca con los dedos de las manos, en un acto reflejo, imaginando que la reprimenda sería monumental.

—Qué grata sorpresa, y qué casualidades nos depara el destino, ¿verdad? —argumentó el extraño sin perder la sonrisa, un gesto que Clara juzgó un tanto exagerado.

La alegría que de nuevo mostraba por algo tan banal como lo que acababa de descubrir parecía forzada.

—En todo caso, a mi vuelta me acercaré a consultar con su marido algunas cuestiones.

—Como guste —respondió ella, impaciente—. Muchas gracias. Vamos, Miguel, que hoy no te libras del pescozón y el tirón de orejas de don Faustino. Y con razón —añadió la mujer, abriendo mucho los ojos mientras Miguel aceleraba el paso, un tanto preocupado por el tamaño que podían adquirir sus orejas y la reprimenda que le esperaba al volver del colegio.

Aun así, en su interior se había despertado una especie de euforia. Primero la figura oculta tras las cortinas y luego aquel elegante señor que parecía sacado de un libro de historia. Era feliz con su vida, o al menos eso le parecía, y no necesitaba grandes cosas para entretenerse. Aunque lo cierto es que pocas veces se alteraba la monotonía cotidiana en aquel pequeño pueblo en el que le había tocado vivir. Sin duda, la mañana había sido especial, se decía mientras su madre lo dejaba en la puerta de la escuela, molesta todavía por el incidente.

—Dame un beso, anda, que me tienes contenta.

—Pero mamá, no te enfades que te pones muy fea —se quejó Miguel, sospechando que sus gestos lastimeros y la lisonja de sus palabras no darían el resultado de otras veces.

—Ni peros ni peras… anda, tunante, y sal corriendo que te esperan dentro. Eso si te dejan entrar, claro. Nos vemos luego en casa. Y ya hablaremos —lo amenazó Clara, dejando la evidencia de sus quejas en el aire.

No solía enfadarse con el chiquillo, pero en ocasiones la sacaba de quicio su facilidad para entablar conversación con cualquiera que se cruzara en su camino, igual que hacía Alberto, su verdadero padre. A pesar del tiempo transcurrido, ella seguía desconfiando de casi todo el mundo y procuraba no dar ni una información más de la necesaria incluso a aquellos que llevaban tratándola muchos años. Los somatenes, firmes patriotas restablecidos por el nuevo régimen, ensalzaban el mantenimiento del orden público, colaboraban con diligencia con la Guardia Civil y ahora, además, iban armados. Todos

sabían quiénes eran y temían a sus preguntas, expresadas bajo una impostada sonrisa que se apreciaba bajo el recortado bigote que tan de moda se había puesto después de la guerra. Ella seguía siendo una mujer sola, viuda y madre, que no despertaba sospechas ni partidismos, aunque nunca había dejado de odiar a aquellos que le habían arrebatado lo que era suyo.

—Vaaaaaale —pronunció Miguel, arrastrando la expresión, junto con sus primeros pasos, antes de salir corriendo en dirección a las puertas que estaban empezando a cerrarse.

Mucha suerte iba a tener, se dijo Clara, renegando en silencio por todo el tiempo que habían perdido. Rezaba para que, igual que la mayoría de las veces, el coche de línea partiera con algunos minutos de retraso. Tenía mucho trabajo pendiente y algunos encargos que no había podido dejar listos la noche anterior. El sueño y el agotamiento la habían vencido. Llegar hasta la tienda en la que debía recoger las telas encargadas por sus nuevos patrones y volver con el tiempo suficiente para alcanzar los objetivos del día, que siempre eran demasiados, suponía su prioridad más inmediata. La costura era exigente y, a pesar de las horas que empleaba, lo hacía con gusto.

En la soledad y el silencio de las noches, cada puntada le recordaba a su madre, paciente con ella mientras la díscola chiquilla, con más ganas de jugar que de aprender, se resistía a permanecer quieta frente a las instrucciones de María. Sus recuerdos se encadenaban en la memoria y se dejó llevar por las cálidas tardes de charla con algunas vecinas y las meriendas entre hilvanes que tanto añoraba de repente. Con los ojos cansados elevaba la vista al horizonte, ahora vacío, reteniendo la respiración con la esperanza de recordar algunos de sus gestos. La guerra y las circunstancias que la habían envuelto en los últimos años la habían forzado a olvidar, sobreviviendo a un esfuerzo que entre puntada y puntada rememoraba en esos momentos con el dulce amargo de la paz y la resignación.

—Esto hay que enderezarlo —habló en voz alta, volviendo en sí, en una mañana que solo acababa de comenzar y en la que ya había agotado casi todas sus fuerzas.

Pensar en el peso que acarreaba y las marcas que los nudos de aquellas enormes bolsas de ropa dejaban en sus manos la fastidiaba, e incluso así no quedaba otro remedio. Era trabajo, y lo necesitaba con urgencia. De no cambiar las cosas, y no parecía que fuera a suceder, tendría que cerrar la relojería. Corrían tiempos difíciles y el resultado de la contienda había maltrecho el avance de un país que ahora se veía sometido al temor, al silencio y a la abnegación de un pueblo en el que vencedores y vencidos habían perdido por igual; aunque algunos, a caballo entre un quiero y un no puedo, se empeñaran en guardar tras sus caros y raídos abrigos el hambre que sus huesudos rostros no podían disimular.

—Mujer, ¿se puede saber a dónde vas con tantas prisas? Parece que te persiga el diablo —escuchó decir a su espalda, girándose ante el reclamo de la voz que la había sorprendido.

—Ay, Rosario, perdone, pero es que llevo mucha prisa y no llego. Tengo que ir a Barcelona y no sé si todavía estoy a tiempo de coger el coche —pronunció Clara con cara de resignación—. ¿Le parece si hablamos luego? —rogó la muchacha, elevando las cejas con la esperanza de poder zanjar la conversación.

—Lo he visto pasar ahora mismito. Cachis… ¿Y no te va mejor el cercanías? Creo que es más barato incluso —afirmó la mujer, refiriéndose al tren. Cruzándose de brazos, observaba a la joven con detenimiento, examinándola de arriba abajo mientras esta parecía derrotada por las circunstancias.

—¡No puede ser! —exclamó, dejando caer los brazos como si no le alcanzaran las fuerzas para más.

—Pues es, pues es… —repitió la mujer, ayudándose con el gesto —. ¿Te encuentras bien? Tienes cara de agotamiento. ¿Ya descansas lo que necesitas? No hace falta que me contestes. Esas ojeras te delatan, muchacha —aclaró Rosario, que no dejó hablar a la joven—. No te desanimes, mañana vas. Mira, acabo de preparar un café y ahora iba a por un poco de harina para preparar unos bollos, que *al meu fill* le gustan mucho. Es de la buena, y no de la porquería que nos quieren vender estos desgraciados a precio de oro —masculló indignada—. Venga, vamos a casa y lo compartimos, con un chorrito de brandi que guardo para algunas ocasiones especiales —añadió,

guiñándole un ojo al tiempo que sonreía y dejaba entrever los defectos de su desgastada dentadura—. Subes en el próximo coche y listos. O te acompaño al tren, como te he dicho antes —concluyó Rosario, agarrándola por el brazo y desatendiendo la cara de resignación de su vecina en el intento frustrado de rechazar la invitación.

—Madre mía, qué contratiempo más grande —se lamentó Clara, ignorando el comentario sobre su aspecto—. Si es que tengo mala suerte hasta para eso… —resopló casi sin fuerzas, dejando caer de nuevo los brazos sobre su falda, esforzándose en deshacer el nudo que empezaba a formarse en la garganta.

El tren la dejaba muy lejos de su destino y el peso que llevaba y traía en los encargos resentía su castigada espalda. El alumbramiento de su hijo y las horas delante de la vieja máquina de coser eran los causantes de sus dolores.

Clara aceptó con la mirada el ofrecimiento. Tampoco estaban los tiempos para ir invitando a nadie a café, se dijo, cuanto más si era del bueno. Y mucho menos a brandi, sabiendo que el precio de aquel tipo de bebida era prohibitivo para todos los de su clase, aunque de Rosario podía esperarse cualquier cosa. Sin embargo, sabía por otros que la viuda se las apañaba muy bien para conseguir algunos artículos que solo unos cuantos privilegiados podían costearse en aquellos tiempos en los que el estraperlo era muy habitual. Era una mujer alegre, a pesar de las desgracias que se habían ido cerniendo sobre sus espaldas, algo torcidas también por el trabajo en los telares.

Rosario había tenido marido y dos hijos. Su esposo había fallecido tiempo atrás, ahorrándose los malos tiempos que se auguraban tras el inicio de la guerra. Y al mayor, *l'hereu*, se lo había llevado la contienda. Su pena, conocida por todos, era que nunca había podido llorar su cuerpo, ya que lo único que había recibido del Ministerio de la Guerra era la notificación de su caída en la refriega. Desde entonces, la mujer vivía por y para Joan, el menor de los Benavides. Este, un joven tan apuesto como reservado, trabajaba en el matadero del pueblo desde hacía unos años, desde su inauguración. Un trabajo que, además de mal pagado, a Clara se le antojaba

desagradable. Cuando se saludaban por la calle el chico se mostraba correcto y educado en la justa medida, aunque nunca había mantenido conversación alguna con él. Su expresión, entre tímida y esquiva, y el saludo de cortesía que precedía a la inclinación de su cabeza llamaban la atención a Clara que sentía curiosidad por saber cómo podía ser la relación entre una madre y un hijo tan distintos.

—¡Un coñac a estas horas! —exclamó Clara, como si no hubiera caído en la cuenta hasta ese momento.

Se llevó las manos a la boca, casi divertida, por la ocurrencia del brandi cuando no habían dado ni las nueve y media de la mañana—. Mujer, ya que no llego a Barcelona tengo que abrir la tienda y aprovechar este rato para reparar unas piezas que llevan días esperando y cogiendo polvo. Y no está la cosa como para retrasarse con los encargos, que para los pocos que son…

—Tendrías que haberte dedicado a otros menesteres, muchacha, te lo digo en confianza —añadió la mujer, susurrándole las palabras cerca del oído.

—¿Y a qué me iba yo a dedicar? ¿A criar gallinas, como las mujeres de los guardias civiles? A mí lo que se me da bien es la costura y los relojes, doña Rosario. El campo y la granja no me acaban de gustar.

—Pues mira que una galleguiña de ciudad se me antoja un poco extraño —refirió Rosario echándose unas risas.

—Siempre esquivaba los quehaceres de la huerta, no se crea —mintió Clara.

—Lo que tú haces tiene mucho mérito. Ojo, que no querría se entendiera como un desmerecimiento a tu labor, pero estoy segura de que algunos parroquianos vienen hasta tu establecimiento por verte a ti, más que por arreglar esos viejos cacharros que ya no funcionan por más apaños que les hagas. Bueno, sé que también cuentas con buenos clientes. Pocos, pero buenos, al fin y al cabo —aclaró Rosario ante el gesto contrariado de Clara—. Al menos esos comprarán alguna cosa nueva, digo yo. Pero hay otras actividades que dan más dinerito, créeme —gesticuló Rosario, frotando el pulgar y el índice de ambas manos.

—¿Otras actividades? ¿A qué se refiere? —preguntó Clara, un tanto escamada ya ante la sonrisilla enigmática de una de las pocas vecinas con las que, desde su llegada, había entablado algo parecido a una amistad—. No la entiendo.

—Ahora en casa te lo explico, no tengas apuro. Te considero casi como una hija y solo quiero lo mejor para ti y para tu pequeño. Eres valiente, y eso me gusta, pero estás tan sola…

—No exagere, Rosario, si acaso sería la hermana pequeña. ¿Es que no ha visto las canas que luzco desde hace ya tiempo?

—Deberías procurarte un tinte, y algunas pinturitas para esos ojos tan preciosos que tienes. No te sacas partido y ahora que parece que las cosas están más tranquilas, a pesar de todo lo que muchos llevamos aquí dentro para siempre —asintió, tocándose con el puño cerrado en el lado del corazón—, tenemos que sacar provecho de donde sea, ya me entiendes.

—Me está usted poniendo nerviosa, Rosario. Y de verdad que no la entiendo, se lo juro. No sé a qué se refiere, de verdad se lo digo —insistió ella—. No se ofenda, pero tengo que…

Antes de que Clara terminara su frase, la mujer se aferró a su brazo, dejándole claro que aquella mañana nada de lo previsto iba a ser posible. En realidad, el viaje a Barcelona podía esperar hasta el día siguiente, pensó resignándose a las circunstancias, aunque la solución a ese retraso fuera trabajar más horas durante varias noches para llevar en un solo viaje el doble de los encargos.

—Usted gana, Rosario. No hay que hacerle un feo a ese café que estoy segura de que será del bueno, y no la achicoria con la que tenemos que conformarnos siempre. Todavía recuerdo el aroma de café que siempre había en mi casa, cuando era niña y mi madre horneaba unos bizcochos buenísimos que tenía que dejar fuera del alcance de mi padre y mío. Los dos éramos muy de los dulces. Pero dejémonos de evocaciones tristes y a lo que vamos —remontó Clara, arrepentida de aquel recuerdo que solo guardaba para ella.

—Tienes que hablarme de tu tierra, muchacha. Dicen que Galicia es preciosa y verde como ella sola.

—En otra ocasión, ahora ya puedo imaginarme esa copita que me ha ofrecido hace unos minutos —susurró Clara, buscando la

complicidad y la distracción de su vecina al mismo tiempo.

—Así me gusta —contestó la mujer, dándole unas palmaditas en la mano que sujetaba con fuerza—. Por cierto, ¿no te gustaría mudarte a un sitio más acogedor y menos ruinoso con tu hijo? Tengo entendido que tu casera tiene cuartos pero no los empleará para arreglar esas humedades y esos techos… no…

—Ya lo creo, Rosario. Pero no dispongo de dinero suficiente para irme a un lugar más apropiado, y Ramona es muy generosa, aunque a veces me retrase en pagarle el mes. Durante todo este tiempo no me ha subido el alquiler, y por la cara de pocos amigos que gasta su marido me temo que él no está muy de acuerdo. Cualquier día me llega con una sorpresa y ya veremos.

—Por eso no te preocupes. En esa casa es ella la que lleva los pantalones —rio Rosario abiertamente, dejando ver de nuevo las caries que habían hecho presencia en su desgastada dentadura—. Y para ser sinceros, tampoco habría nadie que quisiera alquilarla —soltó de repente la mujer, haciendo gestos extraños con los labios.

—¿Y eso? No sé por qué no. Bueno, sí, por dinero. La casa es realmente más grande de lo que Miguel y yo necesitamos. De hecho, creo que se pueden contar con los dedos de una mano las veces que he subido a la parte de arriba, al sobrado. Las escaleras son angostas y no hay barandilla ni luz. Vamos, que solo he ido de día a dejar algunos bultos de ropa y nada más. A Miguel le tengo prohibido que suba si yo no estoy. Y no se crea, que la sensación que me recorre el cuerpo y el olor de cerrado que hay nada más subir… es extraña, no sabría cómo decirle. Al contrario de calor, que es lo que tocaría por estar en la parte superior, es un espacio que provoca escalofríos. Siempre frío, en verano y en invierno —matizó Clara, con síntomas de incomodidad—. Esta casa está necesitada de una buena reforma, y eso no la hace muy atractiva para la mayoría de los paisanos que andan cortos de dinero, como nos pasa a todos los pobres. Arreglarla supone tener un buen capital o un buen padrino que te avale. Y comprarla ya no le digo nada, para mí imposible. Supongo que mi difunto esposo la quería así —mintió la joven—, aunque nunca llegó a verla. Por lo que sé, cerró el trato por teléfono. Dejó pagados unos pocos de meses y supongo que esa fue

la razón por la que Ramona no se retractó. Ya había cobrado —se reiteró Clara en la mentira, rogando parecer convincente ante la mujer, que la observaba con atención.

Hablar de Antonio, el hombre que constaba como su marido, le provocaba un nudo en el estómago y lo evitaba siempre que podía. El infeliz había cargado con mujer e hijo sin ser consciente y ella nunca había querido saber acerca de su verdadera identidad, aunque estaba segura de que Abel se lo habría aclarado con gusto. A pesar de haberle perdido la pista pocos meses antes de finalizar la guerra, aquel muchacho aparecía en su memoria de vez en cuando. En el vago recuerdo de su sonrisa, un oasis en el episodio gris de la historia que le había tocado vivir, el miliciano era siempre un rayo de optimismo y esperanza. El joven, al que no había oído ni una queja, había demostrado tener ambas cosas. Ojalá siguiera vivo, deseó Clara antes de arrancarlo de su pensamiento. Después de tener a Miguel supo, a través de Montserrat, que había querido cruzar la frontera, pero desconocía si lo había logrado. Si hubiera tenido el valor necesario ella habría hecho lo mismo, deploró en silencio dejando volar su imaginación hasta lo imposible.

Lo que no podía ser, no podía ser, se lamentó en su interior.

3

—Miguel, pero ¡cómo se te ocurre darle tanta cháchara a ese hombre! ¿Acaso no recuerdas lo que te tengo dicho, una y mil veces? Podría ser alguien que no nos conviene. Qué sé yo, policía, por ejemplo —señaló a su hijo con dedo acusador.

Esa era la bienvenida que Miguel se había encontrado nada más llegar del colegio. Las clases lo habían entretenido bastante y, por suerte para sus pabellones auditivos, el maestro había resultado ser benevolente con él, algo extraño en aquel hombre de cejas inmensas y ceño habitualmente fruncido que siempre parecía padecer dolor de tripa.

—Bueno, tampoco creo que sea nada malo, ¿no? —preguntó el niño, restándole importancia a una circunstancia que continuaba alterando los nervios de su madre—. Eres tú, mamá, la que tiene siempre esas cosas en la cabeza. No entiendo a qué viene tanto miedo —se envalentonó el chiquillo, sin ser consciente de las consecuencias que sus palabras podían acarrear.

—¿Que yo tengo cosas en la cabeza? ¡Qué sabrás tú sobre lo que es bueno o es malo, si siempre has vivido entre algodones! —renegó Clara, levantándose de un golpe después de tirar al suelo el bastidor que utilizaba para los bordados con los que reconstruía pequeños desperfectos de las sábanas que nadie más que ella sabía dejar como nuevas.

—¡Ojalá estuviera aquí mi padre para darme la razón! Eso es lo malo, madre, que no tengo a mi padre y siempre te niegas a hablarme de él —se atrevió a decir Miguel, reprochándole una circunstancia que pocas veces manifestaba.

Todo lo relacionado con su padre era un tabú, aunque en su cabeza de infante todavía no comprendiera muy bien un vocablo como aquel. Por algún motivo, cuando Miguel sacaba su genio, llamaba de aquella forma a Clara. «Madre» le parecía más distante, y lo hacía a propósito.

—¡Yo no me niego! —refunfuñó ella sin bajar el tono de su voz.

Estaba enfadada y aunque fuera en contadas ocasiones, la mentira quemaba en su recuerdo. La que una y otra vez había tenido que contar, muy a su pesar.

—Sí que lo haces con tu silencio. Quizá si no hubiera muerto las cosas serían diferentes —zanjó Miguel, enrojecido de rabia por haber sacado a relucir un pensamiento que rondaba en su cabeza desde hacía algunos días.

No era culpable de su existencia, ni de la verdadera ni de la ficticia, y a medida que crecía se desarrollaba en él la curiosidad natural de cualquier niño por conocer más de sus antepasados. Eran muchas las tardes en las que la vieja radio que los acompañaba, igual de desgastada que el resto de la casa, no sintonizaba emisora alguna. Y se entretenía con su madre ayudándola, o haciendo los deberes que la propia Clara le imponía, ya que en la escuela parecían más preocupados por el alma de los parroquianos que por el intelecto y el cultivo de las ciencias o las letras. Ella sabía que la verdad no podría esconderse por mucho más tiempo. Miguel se lo merecía, aunque temía su reacción. No era más que un niño.

—Todavía eres demasiado joven.

—¿Y qué tiene que ver eso ahora con la edad? Siempre haces igual. Intentas despistarme. ¿Crees que no me he dado cuenta? —se quejó Miguel, luchando contra las lágrimas, empeñadas en brotar como pequeños riachuelos torcidos en sus mejillas.

—¡No me repliques cuando te hablo!

—¿Acaso vas a pegarme? —la desafió el muchacho, situándose frente a ella y con los brazos caídos sobre las piernas. Sentía la derrota sobre sus hombros y la sensación de ahogo de una mujer que nunca, en lo que le alcanzaba la memoria, le había hablado así. No parecía ella, pensó invadido por una tristeza que jamás había experimentado antes.

De repente, los ojos de Clara se anegaron y poco a poco dejaron paso a un río de llanto desmedido. Paralizado, Miguel permaneció quieto durante unos segundos, observando atentamente la mirada perdida de su madre y cómo su cuerpo se iba encogiendo sobre sí mismo hasta caer de rodillas al suelo.

—¡Mamá! —exclamó él, agachándose—, ¿qué te pasa, dime? ¿Acaso estás enferma? —preguntó, echándose sobre su regazo.

Clara era incapaz de contestar. Su respiración agitada y la congoja la estaban ahogando.

—Perdóname, perdóname, mamá, no volveré a hablar con nadie nunca más en la vida, te lo juro. Pero no te pongas mala, te lo suplico. Eres lo único que tengo y no quiero que me lleven lejos de aquí. Ni a Rusia ni a Francia ni a ningún sitio.

—No sé de qué me hablas —logró articular Clara, debilitada.

Los recuerdos golpeaban en el centro de su cuerpo y los gritos mudos sacudían en su estómago de nuevo. No podía contestar a sus preguntas. No, al menos hasta que fuera capaz de vivir con la verdad que ella le había negado desde siempre.

—Bueno, algo sobre la Cruz Roja y los niños que se llevaron para que vivieran con otras familias y en otros países.

—Pero eso fue durante la guerra. A ti nadie te llevará a ningún sitio que tú no quieras. Te lo juro. Además, no tengo intención de morirme. Solo estoy cansada. Agotada para ser más precisa.

Aquellas palabras calmaron la preocupación de Miguel, aunque no del todo. Su madre seguía en el suelo, y él junto a ella queriendo alcanzar con sus brazos el contorno de su espalda. Así permanecieron inmóviles durante unos instantes, varios segundos que a Miguel se le hicieron eternos. Tras algunos suspiros profundos y entrecortados en los que parecía que la mujer se iba tranquilizando, miró a los ojos a su hijo, lo besó con ternura y sonrió por primera vez desde que este había llegado del colegio. Acarició su frente lentamente, parándose en cada centímetro de su piel, bordeando con la yema de sus dedos el nacimiento de su cabello espeso, brillante y oscuro como la endrina. Los ojos, sus pecas, sus pómulos… todo. Era la viva estampa de su padre y nunca había podido decírselo. Era el mejor hijo que jamás podía haber soñado

tener y deseaba con toda su alma que siempre estuviera a su lado, pensó invadida por una pena que la atenazaba de repente. Ya no estaba enfadada, en realidad no era ese el sentimiento que la había llevado a reñir a Miguel. Se había entrenado duro para borrar de un plumazo todos los años previos a su llegada a Barcelona. Carmen había dejado de existir para siempre. Su pasado era un lienzo en blanco, y así debía seguir durante todo el tiempo que pudiera esquivar algunas respuestas difíciles como las de aquel momento. Las páginas arrancadas de cuajo en otro tiempo reaparecían traicioneras, reclamando su verdad.

—Vamos a ver, ¿desde cuándo aplico yo castigos como pegar? —le preguntó a su hijo, separándose de él unos centímetros, mal disimulando una severidad impostada de la que flaqueaba por momentos.

—Bueno, a veces te enfadas, pero…

—Sí, pero siempre tengo la razón, ¿no es cierto? —le replicó antes de echarse a reír—. Está bien, casi siempre —rectificó, haciendo mohínes ante la observación del muchacho—. Los problemas nos transforman, y quien diga que no, miente. Y aun así las madres estamos aquí para proteger a nuestros hijos, contra viento y marea. Y no sé por qué estoy explicándote esto. No te corresponde preocuparte ahora de estas cosas de mayores. Solo crecer, aprender mucho y convertirte en un hombre de provecho.

—¿Te ha ocurrido algo malo, mamá?

—Me han pasado muchas cosas, más de las que podría haber vivido en varias vidas.

—Mamáááááá… ya estás otra vez con tus misterios y esas frases enigmáticas que nunca acabas de explicarme. Me refiero a hoy, durante el día —refunfuñó Miguel.

—Perdí el coche de línea y no he podido ir a la ciudad. Los encargos se me amontonarán y tendré que coser más horas por las noches. ¿Te parece poco? Y esta maldita luz no da para más —se quejó elevando la mirada hacia la bombilla que a duras penas arrancaba fuerzas para alumbrar.

—En realidad no es tan grave, creo yo.

—¿Ah, no? ¿Puedes aclararme por qué? Soy toda oídos —dijo ella cruzándose de brazos.

—Podrías llevarte la costura a la tienda y si viene algún cliente yo me encargo de atenderlo y tomarle nota. Total, ya escribo igual de bien que tú y puedo ayudarte cuando termine los deberes.

—Ya lo hago, y créeme que si no fuera así faltaría a mis plazos con el balneario y con los sastres de Barcelona. Suerte de ellos, pero no es suficiente. Ni una cosa ni la otra. Nuestros ingresos son muy pequeños. Si esto sigue así…

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso nos tendremos que mudar a vivir a otro sitio? —preguntó Miguel, ocultamente esperanzado en que su madre pronunciara la palabra mágica: Barcelona.

—Ya está bien, no quiero inquietarte con asuntos que tú no puedes solucionar. Y lo que tienes que hacer es estudiar mucho y forjarte un porvenir como Dios manda. Lo de relojero no da para comer, ya lo estás viendo.

—En realidad estoy un poco harto de Dios, te lo aseguro. Me parece a mí que eso del cielo y el infierno es un cuento que se inventan. Igual que lo de la manzana y la serpiente, y la aparición del hombre y la mujer del barro y de una costilla. ¿No te parece? ¿Tú te crees lo de la costilla? Yo soy partidario de la teoría de la evolución. Ya sabes, Darwin —soltó Miguel ante la mirada atónita de su madre, a quien se le escapó una sonrisa que no tardó en cambiar por el gesto severo con el que se dirigió a él.

—Teoría de Darwin… —repitió ella, afirmando con la cabeza—. ¿De dónde sacas tú esas cosas, muchacho? Empiezas a preocuparme. Ojo con lo que vas diciendo por ahí, ¿me oyes? No estamos como para discernir sobre verdades fundamentales ni metafísica, y menos en los tiempos que corren y con las autoridades que nos vigilan, Miguel. Por mucho menos que eso podríamos buscarnos un problema gordo. Y solo nos falta que la policía empiece a investigarnos. Me refiero a que no tienen por qué meter las narices en nuestras vidas —rectificó, ante la metedura de pata que acababa de evidenciar delante de su hijo.

—Vale, entendido. No sé lo que es la metafísica esa, pero ya lo averiguaré. Y ya veo que no se puede discutir sobre algunas cosas

—refunfuñó Miguel, para tranquilidad de Clara.

Parecía no haberse percatado del detalle y suspiró aliviada, aunque lo que acababa de argumentar Miguel era más serio de lo que quería darle a entender.

—Exactamente. Ya habrá ocasión más adelante. Y te lo pido por favor. Algunas ideas es mejor quedárselas para uno mismo. Y sobre Darwin lo mínimo también.

—Si tú lo dices… aunque me parece más interesante que rezar a diario. Si eso nos ayudara en algo… pero creo que no. Y que conste que lo hago mejor que muchos de los de mi clase, que mueven los labios, pero en realidad no han memorizado las oraciones.

—No tienes remedio, hijo. Y no quiero imaginarte con unos años más. Venga, se acabó la charla, que se nos echa el tiempo encima y queda mucho que hacer.

—Espera, mamá. Que aún hay algo más.

La expresión condescendiente y abnegada de Clara instó a Miguel a seguir.

—El padre de uno de los niños de mi clase es somatén y Francisco, el chaval en cuestión que repite como un loro lo que su padre le cuenta, insiste en que hay que cargarse a todos los rojos sin dejar ni uno solo. ¿Tú crees que serán tan malos? ¿Y por qué rojos y no de otro color?

La pregunta impactó en Clara como una bala sobre un saco de plumas, esparciendo sobre la habitación pequeños pedazos de un pasado que forcejeaba en su interior queriendo escapar de la cárcel en la que se había encerrado. Respiró profundamente, cerró los ojos y se humedeció los labios buscando una respuesta.

—Vamos a ver, Miguel —atendió Clara, intentando sobreponerse al sobresalto y disimulando como podía la ira que le producía que su hijo se relacionara con aquellos caciques de medio pelo, afines al régimen por decreto. Individuos carentes de criterio y moralidad. Los mismos que eran capaces de vender su alma al diablo por un plato de comida. Aquellos que se jactaban de juzgar a la ligera una contienda que la mayoría de las veces ni siquiera habían vivido en primera persona—. Hay que medir las palabras y mucho más en lugares en los que sabes que no está bien visto que los niños

opinen. En realidad, esos lugares no existen, ¿me entiendes? El mejor consejo es ver, oír y callar. Créeme.

Clara no sabía cómo enfrentarse a la conversación y temía que el momento hubiera llegado. Lo presentía muy a su pesar y luchaba por detener el tiempo. Su hijo la miraba atento, esperando una explicación que lo informara y lo convenciera a la vez, porque él ya se había formado una opinión respecto a los comentarios de algunos compañeros de clase. La mayoría de ellos le caían mal, pero él era el más pequeño, el más bajito y para remate el más inteligente. Una mezcla extraña y peligrosa que lo situaba en el punto de mira de casi todos. Le gustaba escuchar más que hablar y consideraba más adecuado no enfrentarse con los grandullones cuando se burlaban de los que, como él, eran huérfanos o iban a la escuela sin almuerzo porque en sus casas no había comida con la que alimentarse más que una o dos veces al día, con mucha suerte.

Nunca se lo había dicho a su madre, pero Miguel solía compartir su modesto bocadillo con Tonet, el hijo menor de otra viuda que vivía a las afueras de Olesa. Aquel pobre niño pasaba hambre, se veía en su cara y en la expresión con la que miraba a los otros en la hora del recreo. Tonet solo se hacía llamar así entre los suyos. Para el resto era Antonio. Había llegado de Valencia con sus padres, y su progenitor había desaparecido una madrugada después de unos golpes en la puerta que despertaron a toda la familia. La madre lloraba sin parar viendo cómo lo intentaban apresar. Al parecer, el hombre percatándose del final que le esperaba había logrado huir, aunque otros decían que habían escuchado unos tiros cerca de la finca. El caso es que Tonet había presenciado la última escena, escondido tras la cortina de su habitación, y nadie le había dado una explicación.

Clara se frotó las manos varias veces en la falda, retiró la silla de la mesa e indicó a Miguel que se sentara frente a ella. Estaba nerviosa y su respiración era agitada.

—Hijo, la guerra que acabó cuando tú todavía no tenías ni dos años devastó este país de la forma más absurda y más cruel. Dos bandos en los que lucharon familias que poco antes habían convivido en paz. Personas corrientes, como tú y como yo, que habían

compartido sus ideas, aunque no fueran las mismas. Antes de esto que ahora se empeñan en llamar paz y orden, incluso a costa del silencio y el miedo de los que no murieron, existió otro tiempo en el que había la oportunidad de expresarse sobre casi todo, a pesar de las disputas entre bandos políticos o personas de distintas opiniones. Los unos y los otros lo hicieron como mejor sabían, digo yo, aunque hubo muchas equivocaciones por parte de todos y al final... —Negó con la cabeza, buscando en la mirada extraviada del pasado las palabras adecuadas—. Demasiados errores que hemos pagado muy caros. Y me atrevería a decir que los buenos y los malos existieron en ambos bandos, igual que las desigualdades y las injusticias con los más débiles. Nosotros estamos ahí, en esa parte de la historia de la que nunca se hablará suficiente. Los anónimos. Los más débiles. Disculpa, hijo. No sé si debo…

—Entonces ¿los buenos son los pobres y los malos los ricos? —interrogó Miguel, desatendiendo el ruego de su madre.

—Depende del lado del que se esté —afirmó Clara, esbozando una tímida sonrisa.

—Ah —respondió el niño, fijando la mirada en su madre, dándole vueltas a la cabeza.

—Siempre ha sido así entre los ricos y los pobres, incluso cuando mandaban los que estaban del lado de los más frágiles, o al menos eso parecía. Antes del golpe de Estado, me refiero a la guerra, estábamos gobernados por la Segunda República, un gobierno endeble y poco sólido, diría yo, porque nunca terminaban de estar de acuerdo en las leyes y los propósitos para hacer de España un país de prosperidad en todos los sentidos. ¿Me vas entendiendo? Es que no sé cómo explicártelo. Es muy difícil.

—Claro, mamá. Usas algunas expresiones que he leído en el diccionario del colegio. Me gusta aprender palabras en vez de darle golpes a una pelota. Los niños se ríen con mis costumbres. Pero yo me río de ellos porque no saben leer ni escribir sin faltas.

—Eres increíble, hijo —sonrió Clara acariciándole las mejillas—. Pues eso, una pena, porque en esa república de la que te hablo se puso toda la esperanza, y no salió bien. Entre ellos, los que mandaban, hubo discusiones muchas veces, pero los ideales, como

mínimo en la teoría, favorecían a los más perjudicados, los que menos tenían. Aunque tardaron demasiado tiempo en hacer lo que decían. Un lío, hijo.

La partida había empezado, pensó Clara, y debía jugar sus cartas con tino. La conversación que había dado comienzo entre su hijo y ella no era típica entre un niño y su madre, lo sabía, pero también estaba convencida de que cualquier asunto que Miguel no comprendiera iba a ser interrogado de inmediato. Y él buscaría las respuestas en su casa o fuera de ella. Eso era lo que más le preocupaba. Respiró fuerte y exhaló el aire de sus pulmones, dispuesta a librar la batalla dialéctica que ya no tenía marcha atrás.

—Entonces hubo una primera República, ¿no? —añadió Miguel, arrellanándose en la silla y encantado de escuchar a su madre.

—Claro. Pero fue muy corta, apenas duró un año y unos meses, y eso ocurrió en el siglo pasado —contestó ella—. España vivía tiempos difíciles, no recuerdo cuándo no ha sido así. Y aunque en las últimas votaciones antes de la guerra ganaron otros, los que ahora nos mandan, al final los republicanos, mejor dicho, el Frente Popular como así se llamó a la unión de los partidos de izquierdas, se las ingeniaron para formar un gobierno que estaría en el poder durante unos meses. Los de derechas estuvieron muy cerca en esa ocasión. Porque en realidad quedaron casi empatados en los votos. ¿Me comprendes?

—Bueno, no del todo. Eso no lo explica ningún libro que haya visto en el colegio.

—Creo que me estoy excediendo. No quiero…

—Sigue, mamá. Ya lo entenderé mejor más adelante. Y dime, ahora ya no se puede votar, ¿verdad? El otro día lo dijo varias veces Francisco, el hijo del somatén, con cara de listo sabelotodo. Contaba en la hora del recreo que su padre dice que los revolucionarios son ignorantes que no tienen la inteligencia suficiente para elegir nada. Que no eran más que carne de cañón y que por eso había que «pelárselos». No entendí mucho eso, pero tampoco quise preguntar. La verdad, ese niño me provoca escalofríos y encima es un abusón.

—Creo que no es conversación para alguien de tu edad —pronunció Clara, arrepentida—. No sé en qué estaría yo pensando

cuando he empezado a hablarte de esto. Si ni yo misma lo acabo de entender —se lamentó dándose un respiro, horrorizada por la circunstancia que su hijo le exponía—. La política es muy complicada. Y las personas todavía más que todo eso —añadió, llevando su mirada a un horizonte imaginado—. La crueldad estuvo en ambos lados, también es de justicia reconocerlo.

—Para nada, mamá. Continúa, por favor, no me niegues esto, por favor —le pidió Miguel, apoyando los codos en la mesa mientras se sujetaba la cara con las palmas de las manos—. Y los que nos mandan son los fascistas, los que están del lado de los ricos, ¿verdad? ¿Y por qué izquierdas y derechas?

—¿Se puede saber dónde escuchas tú todas esas cosas? Mejor dicho, dónde las hablas, porque en casa no. Miguel, debes tener mucho cuidado, por Dios. Esto es más serio de lo que parece. Y quizá me esté equivocando con esta charla. Creo que lo mejor será que…

—Por favor, mamá —le rogó Miguel, juntando las palmas de las manos en un gesto de súplica.

—Está bien, aunque ya me estoy arrepintiendo. A ver, no me hagas mucho caso, pero creo que se trata de algo relacionado con la Revolución francesa, otra especie de guerra que sucedió en el siglo dieciocho, durante unas votaciones en las que había que aprobar algunas leyes. Unos se pusieron a un lado del presidente de la reunión, y otros al otro lado. Por los resultados que se obtuvieron y los que iban con cada bando, a partir de ahí se resumió en derechas a los que apoyan las jerarquías, es decir, las diferencias de clases sociales, los conservadores y los políticos; en definitiva los que quieren acumular riquezas sin trabajar la tierra. Y los de izquierdas son los que defienden que en la sociedad el conjunto de personas somos iguales, para que todo el mundo sea tratado del mismo modo en derechos y deberes. La justicia de clases. Así simplificando un poco. Lo dicho, no creo que sea conversación para un niño de siete años. En fin, solo confío en que no hables de esto en ningún sitio, te lo suplico.

—Sí, mamá, pero cuánto sabes —pronunció Miguel orgulloso.

—¿Te sorprende? —lo interrogó Clara, haciéndole cosquillas en el mentón.

—Pues la verdad, no sé. Como nunca habíamos hablado así, como lo estamos haciendo ahora, y siempre te veo atareada con tus hilos, los relojes y esas cosas… me gusta oírte decir todas esas palabras. No las entiendo tanto como me gustaría, pero no me importa. Parece que no seas tú —añadió el niño, sonriéndole mientras inclinaba el rostro—. ¿En el colegio estudiabas todo esto?

—Tu abuelo era maestro. Mi padre —se le escapó a Clara—. De todo lo que yo te estoy contando entiende que ni una palabra a nadie, ¿me lo prometes? A nadie —repitió en voz baja, poniéndose seria de nuevo—. No nos conviene significarnos, que bastante tenemos ya con lo que tenemos. A nadie le importa cómo pensamos ni cuánto sabemos. A menos que te lo diga yo. Viviremos más tranquilos sin dar que pensar a unos y a otros.

—Te lo juro, mamá —afirmó Miguel con gesto solemne—. ¿Del abuelo tampoco?

—No es necesario el juramento. Con tu promesa me bastará. Entonces sigo y si hay algo que no entiendas... Ah, y del abuelo tampoco. Los maestros de esa época tampoco están bien vistos por los que mandan ahora, ya me entiendes…

—No te preocupes, ni una palabra. Aunque eso de los rojos…

—Qué impaciente eres, muchacho —sonrió la mujer a su hijo, tomando aire—. Después —continuó Clara, en un esfuerzo por resumir y conducir la explicación hasta donde quería llevarla—, durante la Guerra Civil, los que lucharon en el lado de los pobres y los obreros, que eran los de izquierdas para que me entiendas, tuvieron aliados, que son amigos, de otros países. Como por ejemplo Rusia, cuya bandera es roja y también lleva dibujada en uno de sus lados una hoz y un martillo. Esos eran los símbolos del pueblo llano y los campesinos. Los símbolos del trabajo y del campo. De ahí que, en la lucha de nuestra guerra, a los partidarios del pueblo, de los que menos tienen como nosotros, se les llamara «rojos». Y realmente todos no lo eran, pero así se quedó la cosa. No te pienses que todo es o blanco o negro. Buenos y malos ha habido en todos los bandos.

—Además de rojos, ¿también hay blancos y negros? ¿Y amarillos? Me refiero a los chinos, ¿verdad, mamá? Menudo lío hay con los colores.

Al caer en la cuenta de sus metáforas y de cómo Miguel las iba encajando, las carcajadas de Clara no se hicieron esperar. No podía parar de reír, y sujetaba su abdomen con ambas manos, aminorando las agujetas que sentía en todos los músculos de su tripa. Satisfecho de ser el artífice del cambio de humor de ella, el niño la miraba atento, enseñándole a su madre la curva cóncava de sus labios entre la que se podían observar sus pequeños dientes, algunos todavía de leche. Escucharla reír no era una costumbre muy habitual y todo cuanto la hiciera feliz, aunque solo fuera un instante, llenaba de luz y energía aquella casa destartalada y gris en la que vivían.

Clara volvió a su ser, a su expresión pensativa mientras el semblante de Miguel, una criatura de casi ocho años, era la viva imagen de los curiosos frente al desconcierto y a la visión de nuevos horizontes por explorar. Era un chiquillo listo, muy listo, no cabía la menor duda. Y aunque ella lo había observado en su cuidada caligrafía y su capacidad de leer antes de tiempo, no quería significarlo. Debían seguir siendo como los demás. La pena de Clara era no poder ofrecerle lo mejor que él se merecía. Quizá habría sido distinto si hubiera aceptado el destierro o la huida, como los compatriotas le habían ofrecido en alguna ocasión, se lamentaba en momentos como aquellos. Y había perdido todo contacto con la resistencia desde hacía unos años. Ellos le habían dado la oportunidad de hacerlo, de seguir siendo un enlace de la resistencia. Y ella había aceptado, por su hijo, aunque los contactos durante los siguientes años al nacimiento de Miguel se contaban con los dedos de una mano. Había días en que se arrepentía de una ruptura que había considerado necesaria y echaba de menos la época en la que los mensajes que llegaban en clave, a través de mercaderes ambulantes, sobre todo, removían en ella el recuerdo de la única persona a la que había añorado tras dejar su tierra.

Pronunciar su nombre le provocaba un sentimiento reconocible y al mismo tiempo prohibido. Se debía a ellos; al que pereció en la cuneta y al que tenía ahora delante de ella: su hijo. Miguel era su

vida entera, se repitió mirándolo con ternura. En la escuela destacaba entre los demás, y eso no le había resultado ni muy difícil ni muy beneficioso en algunas ocasiones en las que los hijos de otros se sentían ofendidos ante la evidencia de una inteligencia innata. Clara restaba importancia a que Miguel fuera más inquieto y mostrara una curiosidad incesante por saberlo todo. Era pequeño, y no debía perder de vista aquel hecho, aunque a su corta edad destacaba sobre la mayoría de los niños que asistía a clase con él.

Durante la disertación silenciosa en la que se debatía Clara, Miguel la observaba procesando meticulosamente cada uno de sus gestos, desgranando la información que iba sumando a su mente inquieta en un intento de entenderlo todo en su conjunto. Y no resultaba fácil, porque eran datos que escapaban a su alcance y que, desde luego, nadie les había explicado ni en la clase de historia ni en la de geografía. La salvación y el pecado eterno, los cánticos a los santos y las moralejas casi apocalípticas con que los adiestraban a diario dejaban un escaso lugar al cultivo de las ciencias ni las letras. Al menos allí.

—Ahora contéstame a una cosa, y quiero que me digas la verdad, Miguel.

—Claro, como siempre —respondió el niño con los ojos muy abiertos.

—¿De dónde salen todas esas ideas y algunas de las cosas que me has contado?

—Ah, pues…

—La verdad, Miguel —le recordó su madre viendo cómo el chiquillo extraviaba la mirada buscando algo que decir.

—Vale, pero no sé si está bien romper un juramento.

—Conmigo tus secretos están seguros —lo alentó su madre, viendo el gesto de preocupación en los ojos de su hijo.

—El padre de Tonet.

—¿Cómo? Pero si está muerto. Te he pedido que no me mientas y no me gustan estas bromas.

—Bueno, sí y no —se incomodó Miguel—. A ver, no sé, mamá.

—No cenamos hasta que no me lo cuentes todo. Ahora mismo. Yo he hablado alguna vez con su viuda, es decir, la madre de tu

compañero. Esa mujer va de luto riguroso desde poco después de que llegáramos aquí.

—Es que mi amigo me hizo jurar que no podía decírselo a nadie.

—Pero es que yo soy alguien, ¿no?

—En realidad su padre no está muerto —soltó Miguel, tapándose de inmediato la boca—. Está escondido detrás de la pared de su casa —le susurró a su madre—. Yo no lo he visto, te lo juro, pero Tonet me lo confesó un día después de compartir con él mi desayuno. Los dos teníamos hambre y él…

Ella no daba crédito a lo que estaba escuchando y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. ¿Detrás de la pared?, se preguntó Clara, procesando la información.

—¿Estás seguro? —lo interrogó su madre.

—Es lo que me ha dicho. Y se ve que tiene muchos libros para entretenerse y eso —añadió Miquel encogiéndose de hombros—. Tonet me ha prestado alguno a veces. Mira, hoy llevo uno en la cartera del colegio. ¿Te lo enseño?

—Madre del amor hermoso. ¡Cómo se os ocurre! —exclamó Clara aterrada ante la idea de que su hijo llevara un manuscrito prohibido y lo exhibiera delante de los compañeros. Era muy inteligente, pero su inocencia era la de un niño de su edad y no podía comprender ni el alcance ni el peligro de tales acciones—. ¿Tú sabes que por eso podemos ir a la cárcel? ¿Que nos separarían? ¿Y que no volveríamos a vernos? ¡Incluso podrían fusi…!

Clara frenó sus amenazas, aunque le venían ganas de zarandear a su hijo e inculcarle todos los miedos del mundo en aquel instante. No se le ocurrían más barbaridades porque estaba paralizada ante una situación que presentía fuera de su control y por la mirada triste de su hijo, al que de repente le brillaban los ojos. Estaba a punto de echarse a llorar.

—Llora si quieres, que no es para menos —lo azuzó su madre—. Mañana mismo hablaré con la madre de Tonet. Con Ángela. Válgame el Señor, no puedo creer cómo se ha enredado la tarde. Ya está, Miguel. Dame ese libro o lo que sea ahora mismo. ¿Tienes alguna otra cosa suya? ¿Más libros quizá? Y por favor no me engañes, te lo pido por lo que más quieras.

—No, mamá, solo este.

—Y que no se vuelva a repetir. Tú no puedes ir por ahí con nada más que lo que te compre yo o te den en el colegio. ¿Lo entiendes? Bueno, y si no lo entiendes me da igual. Esto es una orden y tendrás que hacerme caso o de lo contrario no sé…

Cabizbajo, Miguel se levantó de la silla y arrastrando los pies se acercó hasta el rincón donde guardaba su cartera de la escuela. La abrió y rebuscó entre los libros que cada día llevaba y traía. Lo tenía escondido debajo de un pequeño forro que él mismo se había encargado de descoser para guardar los ejemplares que le prestaba su amigo Tonet: *La Regenta*. Se acercó de nuevo a su madre e, inclinando el cuerpo hacia delante, se lo entregó manteniendo las distancias. Clara sentía el temblor en su cuerpo mientras ojeaba la obra de Clarín. Recordaba haberla tenido entre sus manos en alguna ocasión.

—Esto queda confiscado, y que no se te ocurra aceptar ni un solo libro más, ¿entendido?

—Está bien, mamá. Pero no te enfades conmigo. Solo me lo ha prestado, y tendré que devolvérselo —le aclaró Miquel—, aunque…

—Ni aunque ni niño muerto, ¿me entiendes? Esto se queda aquí y chitón.

—Aunque Tonet me ha dicho que a lo mejor se irán a vivir a Barcelona. Que su madre ha encontrado un trabajo en una casa muy grande y muy bonita. Que fue a verla un día y que tiene muchas habitaciones, todas decoradas como los ricos.

—¿Y qué sabrás tú sobre cómo decoran las casas los ricos? Miguel, si tienes algo más que decirme te ruego que lo hagas ya.

—Que no, mamá. No hay nada más. Ya está. Bueno, sí…

El interrogante en el rostro de Clara no se hizo esperar. La imaginación le alcanzaba para todo tipo de barbaridad, y después de lo que había descubierto cualquier cosa era posible. Suspiró, ganando oxígeno en sus pulmones para lo que viniera y se cruzó de brazos, esperando la aclaración de su hijo.

—Que me gustaría ir a vivir a Barcelona. Creo que sería lo mejor para nosotros. Tú tienes algunos conocidos en la ciudad, ¿no? Igual pueden encontrarte un trabajo como la madre de mi amigo.

Clara mantuvo la respiración durante unos segundos. Ella también empezaba a pensarlo y cada día que pasaba se planteaba hablar con Montserrat sobre ese particular. Quizá era hora de dejar a un lado la costura, los relojes y tantas horas de trabajo para no poder ahorrar apenas nada. Sin embargo, no iba a hacer partícipe a su hijo de los planes que sobrevolaban sus pensamientos. Agarró a Miguel por los hombros, le dio media vuelta y con una palmada en el culo lo envió a lavarse las manos.

—Iremos de visita cualquier día de estos. Y sí, a visitar a Montserrat. Mientras tanto, no quiero oírte hablar más tonterías por hoy. Voy a preparar la cena, que me espera una noche de trabajo muy larga.

¿Cómo sería vivir en Barcelona?, se preguntaba Miguel a menudo, cada vez que su madre se desplazaba a la ciudad para sus recados sin que él tuviera la oportunidad de acompañarla. Comprar billete para dos era un gasto extra que no podían permitirse si no había una causa muy justificada, y su curiosidad insatisfecha no lo era. Compartir sus ratos de ocio paseando entre calles bien asfaltadas; bajar hasta el tren subterráneo y contemplar las entrañas de la ciudad desde un convoy al que llamaban «metro»; pararse en todos los escaparates y carteles luminosos; ir al cine y ver una película mientras devoraba un paquete de pipas. Su imaginación sobrevolaba entre aquellas posibilidades y otras que alcanzaba a figurarse. De mayor viviría allí, se había dicho en más de una ocasión. Sabía que había nacido en Barcelona y aunque Olesa de Montserrat no le disgustaba, sobre todo porque allí conocía muchos lugares en los que podía jugar con su amigo Tonet, aquel no era su sitio.

Su madre lo había alumbrado una madrugada mientras el trayecto invisible de las bombas retenía el aliento en los pulmones de ella y liberaba el llanto a la vida en los de Miguel. Clara se lo había contado con otras palabras, y seguro que era cierto, aunque él era demasiado pequeño para recordarlo, se decía. Lo que realmente le interesaba era el presente, más que el pasado y cómo había sucedido el trance de su nacimiento, pero de momento tendría que seguir soñando con las actividades vetadas para él hasta la fecha, aunque no perdía las esperanzas.

Con los mofletes colorados, se arremangó el jersey arrimándose al sobre de la mesa. Su postura, pegado al tablón, mostraba el interés que las palabras de su madre le habían causado. Deseaba que la conversación continuara y aunque ya había visto respondida la pregunta que le había formulado a Clara, esperaba más. Era la primera vez que se sentía mayor, una sensación extraña y emocionante al mismo tiempo, aunque después de la riña dudaba si por el momento no habría más charla.

Ella lo escrutaba con la mirada, ignorando si sus palabras se acabarían encontrando en algún instante con su propia historia. La tensión se le manifestaba en todos los músculos del cuello, debatiéndose entre explicarle la verdad o mantener durante un tiempo más el relato que había fabricado para ambos. Era muy joven, un niño todavía, pero su madurez y su interés por aprender sobre los mayores y sobre el origen de las cosas la animaba a continuar, sabiendo que a partir de entonces los dos correrían nuevos riesgos.

—¿Y tú estuviste a salvo siempre? —preguntó Miguel, rompiendo el mutismo—. ¿Conoces a alguien que estuvo en la guerra? Me refiero a la batalla. ¿Papá, quizá?

Apretando los labios, Clara dudó unos segundos. Seguía enfadada con él. Con sus inocentes atrevimientos que podían dar al traste con tantos años de falsas verdades como habían construido a su alrededor.

—Sí, hijo. Conocí a muchas personas que lucharon en esa guerra. Algunas, desgraciadamente, murieron. Y a veces pienso que fue mejor así. Se ahorraron comprobar que de nada ha servido su sacrificio. Pero dejemos este asunto, que me entristece mucho y no creo que sea lo que un niño de tu edad debe escuchar. Bastante tenemos ya con lo que tenemos…

—Mamá... —se quejó Miguel, ante la sospecha de que la conversación más interesante de su vida corría peligro de acabarse —. ¿Y papá también era rojo? Como nosotros, me refiero —soltó de repente, negándose a dar por finalizado el tema.

—Haz el favor y déjalo ya por hoy, Miguel. Hay demasiadas cosas que aclarar, y creo que no es el momento. Tengo dolor de cabeza y

mucha costura retrasada. Y nosotros no somos rojos, ni verdes, ni azules. Somos una familia que sobrevive y que solo quiere hacerlo en paz. Y ya está. No se te ocurra ir diciéndolo por ahí.

—No… —negó Miguel, sumando la lástima en su gesto a un tono cantarín que su madre conocía de sobra.

De repente, Clara sentía la necesidad de cerrar el paréntesis. La duda se extendía como una mancha de aceite, y sabía que llegados a cierto punto no habría retorno.

—Y te recuerdo que todavía sigo un poco enojada contigo. Anda y ve a hacer los deberes. Cualquier tarde de estas te sigo contando. Eso si te portas bien y no me haces enfadar. En nada será hora de cenar y de irse a dormir. ¿Te apetece una tortilla con algo de queso? —preguntó Clara, en un intento en falso de distraer la atención de su hijo.

—Vale, si es lo que hay… —se apresuró a decir—. Suerte que me gusta —se conformó el niño antes de desaparecer por el pasillo que llevaba al baño de la vivienda.

Clara agachó la cabeza, apesadumbrada. Era cierto, las posibilidades de variar mucho los menús eran pocas y había que resignarse con lo que podían comprar con la cartilla de racionamiento y con lo poco que ella podía adquirir en el mercado negro. Casi todos los comercios de la villa lograban proveerse de provisiones de estraperlo en Manresa, ciudad textil por excelencia a la que llegaban desde Francia artículos de todo tipo. La Guardia Civil estaba siempre ojo avizor y aunque la miseria había agudizado el ingenio de casi todos, algunas veces la suerte no estaba del lado de los más pobres y la Benemérita decomisaba la mercancía.

Arroz, leche, aceite, alubias. Todo escaseaba. Por eso, y a pesar del riesgo y de los precios excesivos a los que llegaban algunos productos, incluso los adulterados como la leche, Clara hacía lo posible para adquirir algo bueno y nuevo que ofrecer a su hijo, aunque la mayoría de las veces no dispusiera del dinero necesario para hacerlo. Suerte de Rosario, que ya le había prestado algunos reales más de una vez. No alcanzaba a imaginar cómo se las ingeniaba aquella mujer para poseer lo suficiente, aunque la conversación que habían mantenido esa mañana le había brindado

algunas pistas que no se atrevía a verbalizar. Con un movimiento de cabeza, negó la sospecha y sonrió.

Después del brandi que Clara había aceptado por no oírla más, Rosario había hablado sin parar durante mucho rato. Más de lo corriente. Su discurso, vestido de perífrasis y frases sin acabar que solo retardaban lo que realmente quería proponerle, había sido claro, aunque Clara no lo había entendido al principio. Entre la costura, la tienda y las vueltas que daba continuamente a su cabeza buscando con qué mejorar su situación, no había tenido tiempo de pensar cómo la viuda y su hijo disponían del bienestar que ninguno de los vecinos había logrado desde hacía años. Los sueldos eran minúsculos y ella solo se encargaba de la casa. Ahora lo sabía, y la propuesta que Rosario le había hecho estaba en sus manos.

Al igual que ella, la posguerra trajo como consecuencia muchos hogares habitados por viudas, mujeres abandonadas por sus maridos exiliados y jóvenes convertidas en huérfanas, a cargo de hermanos pequeños y abuelos. Hambruna y desesperación. Era consciente de que en la ciudad la supervivencia era más difícil y la muerte por inanición, enfermedades, así como la política social de «limpieza y depuración» que el régimen aplicaba bajo la fuerza de su justicia, había dejado en el camino miles de muertos que nunca habían visto un arma. Ese era el precio de la derrota para muchos, se decía Clara entre dientes, después de recordar la conversación mantenida con Miguel, en la que casi desvela lo que tantos años llevaba callando. Conocía cómo se vivía en Barcelona porque, aunque en muy contadas ocasiones, visitaba a su estimada Montserrat. Solía llevarle un saquito de azúcar o lo que pudiera coser en los bajos de su falda. La mujer, ya entrada en años, seguía al frente de actividades que podían catalogarse de espionaje contra el régimen, y los ingresos por la costura eran escasos. Por eso, toda ayuda para alimentarse era agradecida. A pesar de su diligencia y de sus innumerables contactos tanto en la península como fuera de ella, no contaba apenas con un medio de vida estable que la sustentara. Muy a su pesar, Clara no podía ofrecerle más y en Barcelona las cosas estaban peor que en algunos pueblos. En Olesa de Montserrat, el campo facilitaba la existencia y algunos alimentos de primera

necesidad estaban al alcance de casi todos. Ella misma cultivaba algunas verduras en el patio interior de su casa, la parte trasera de la relojería.

Había sido un día muy intenso, reflexionaba Clara ante las puntadas que de forma mecánica daba a los remiendos de las sábanas que cosía para el balneario de La Puda. Pensó en Rosario, en su exceso de alcohol y en la propuesta que le había hecho. Y lejos de que la solución a sus problemas económicos fuera transformar la trastienda en una casa de citas, la posibilidad de ofrecer alojamiento a los obreros que empezaban a llegar de otros puntos de la península no le parecía tan descabellada. Era solo una idea, aunque no era algo que pudiera hacerse de inmediato. Vivían con muchas estrecheces y la situación no parecía que fuera a mejorar en mucho tiempo. Aun así, debía consultarlo con Miguel. Era un niño, pero quería hacerlo partícipe del cambio tan importante que podían dar sus vidas en todos los sentidos. Hablarle de los planes que tenía en mente no iba a ser del agrado del chiquillo, tan deseoso de marcharse a vivir a la ciudad.

Recordando la conversación con su hijo, revisó los encargos que todavía debía coser después de la cena y se acercó a la cocina a por los huevos para prepararlos. Quedaba algo de pan y era para él. Duro y oscuro, aunque ella se las ingeniaba para convertirlo en bastoncillos que, mojados en la yema, parecieran otra cosa. A Miguel le daba igual como estuvieran cortados los trocitos de pan, y los devoraba. Su cuerpo no paraba de crecer y su estómago hablaba por él. Los huevos estaban al alcance de casi todos, y por eso se habían convertido en la cena de muchas noches en las que Clara se acostaba sin probarlos.

4

Hacía un calor insoportable y las ventanas de casa estaban abiertas de par en par, aunque era inútil. La sensación de calima espesaba el aire y el cielo plomizo en el horizonte parecía hundirse sobre la tierra, premonitorio del torrente de lluvia que estaba a punto de caer. Al poco, truenos, relámpagos y agua, mucha agua. Lo peor para las cosechas de quienes pretendían con ellas el sustento del invierno. Atrancó las ventanas tan fuerte como pudo y se acercó hasta la cocina para comprobar que el caldo que hervía en los fogones ya estaba hecho. No importaba qué época del año fuera. Miguel era incondicional del aroma que desprendía la sopa de pan de su madre, siempre adornada con unas hojitas de hierbabuena. Y aquella tarde, aunque fuera calurosa, agradecía el plato que iban a cenar.

Las tormentas de agosto eran muy dañinas y la de ese día se había convertido en la más violenta que se conocía entre los habitantes de Olesa de Montserrat desde hacía mucho tiempo. Sus consecuencias resultarían nefastas para todos, incluidas las viviendas que, como la suya, no habían podido ser restauradas después de la guerra. Las lluvias, el viento o cualquier fenómeno que manifestara la naturaleza en las castigadas casas de pueblo, evidenciaba las huellas de la pobreza en los boquetes que el agua había dejado tras su paso o en las mellas de sus tejados. Después del aguacero, y como un lamento colectivo, muchos discurrirían sobre su suerte; la que abrazaba a los perdedores, aunque, para consuelo de algunos, todavía pudiesen contarlo. Pasado el episodio, varias familias que vivían cerca del río habían sido arrastradas por las corrientes en la

crecida impredecible de sus aguas. Una desgracia que se cernía, una vez más, sobre los más débiles.

A la mañana siguiente todo volvía a ser igual.

—Qué vamos a hacer como en una de estas se nos caiga el techo encima —se lamentó Clara en voz alta, sin imaginar que su hijo la estaba escuchando.

Las obras del hostal habían empezado y la vivienda cada día tenía peor aspecto.

—Siempre podemos mudarnos a la ciudad —apuntó el niño, metiendo en su mochila los lápices que había sobre la mesa del comedor—. A Barcelona, mamá —quiso aclarar—. Además, tú dices que la señora Montse es tu amiga. Y que vive en un piso muy grande con los techos muy altos. Me encantaría verlo.

Ella se giró y sonrió viendo la cara del chiquillo. Cualquier excusa era buena para dejar claros sus deseos.

—Todo a su tiempo, pequeño, todo a su tiempo. Ahora tenemos que salir de este bache, rezar para que todo salga según lo previsto y ahorrar un poco. Mañana por suerte ya vuelve a haber escuela, así que lávate bien la cara y siéntate a cenar. El plato estará listo en unos minutos y si se enfría no vale nada. No me esperes para cenar. Tengo más trabajo del que me cabe en las horas del día ni en todos los relojes que hay en la tienda —se quejó Clara, acercándose a besar a su hijo mientras él la abarcaba por la cintura—. Además, tengo que ir a casa de Ángela.

—Si tú lo dices —suspiró el chiquillo, pensando en silencio sobre el extraño argumento que le había dado su madre—. Voy contigo, mamá.

—Ni se te ocurra —ordenó ella.

El desacuerdo se dibujó en la expresión del niño. Desde la partida de Tonet y su madre, Clara se había encargado de pasarse por la vivienda para regar algunas hortalizas que todavía podrían recogerse antes de llegar el otoño. Y después de los tira y afloja de la conversación, habían llegado a un acuerdo. Ella se encargaría de suministrar algunos alimentos a Manolo, el marido de la supuesta viuda. Solo era cuestión de unos meses, le había dicho la mujer casi arrodillándose. El tiempo suficiente para poder sacarlo de allí con

una nueva identidad y confiar en que pudiera curar la tos persistente que se había instalado en sus pulmones a causa de la humedad del habitáculo en el que vivía. A pesar de quererse negar, Clara accedió. Era una misión que podía llevar a cabo sin levantar muchas sospechas. Desde entonces, y una vez a la semana, caminaba hasta la casa procurándole al hombre lo mínimo para su supervivencia. El miedo se apoderaba de ella cada vez que accedía a la vivienda. La consigna eran tres golpes secos tras la puerta a modo de contraseña. Después dejaba los alimentos en uno de los armarios de la cocina, próximos a la abertura disimulada que había detrás de una cómoda pegada a la pared, y salía al patio contando los minutos para volver a entrar. Manolo hacía lo propio abandonando su escondite para recoger las viandas. Ella no quería verlo, era la única condición que le había puesto a Ángela. Consideraba que con eso al menos no podría reconocerlo si finalmente era apresado por los civiles y procuraba no pensar demasiado en las consecuencias que podría acarrearle aquella ayuda. De vuelta a casa, en el camino hacía lo posible por centrarse en su horizonte más cercano: las obras del hostal en las que había depositado sus esperanzas de prosperar e irse con su hijo.

Los días iban pasando y el trabajo no faltaba, igual que las preocupaciones en la cabeza de Clara. Mucho que hacer y poco dinero, se decía, aunque todos los de su clase andaban por el estilo, o peor. Miguel acababa de salir a jugar con los amigos y ella, asomada a la ventana de la cocina desde la que podía ver la torre de la iglesia, era capaz de perderse en su mirada, recreándose en su interior y su pasado; y en sus recuerdos, tan bien guardados. Suspirando, removió la zurrapa de la achicoria con leche que nunca se terminaba y bebió las últimas gotas; las más dulces de una bebida que ni siquiera todos podían costearse. Tenía suerte, se dijo mientras se anudaba el delantal y colocaba los cubiertos en la mesa.

Esa misma suerte era la que había tenido, frente a todo pronóstico, con los caseros. Sin saber muy bien cómo lo había conseguido, Rosario disponía del permiso a la propuesta y esta ya era una realidad. Incluso al adelanto de un dinero que ella no poseía, para convertir la planta superior de la casa en un lugar apto

para el alojamiento temporal de los trabajadores que se incorporaban a los telares de la zona y a los que venían huyendo, junto a sus familias, de las ciudades en las que el futuro no existía para ellos. El préstamo no era gratis, y pensaban beneficiarse de un porcentaje de las ganancias conseguidas en la iniciativa que tan explícitamente Rosario les había descrito como la más inteligente y la más moderna en los tiempos que corrían.

La industria textil volvía a atraer mucha mano de obra y era una buena ocasión para emprender cualquier actividad que tuviera que ver con eso. Las mujeres de los guardias civiles, eternas oportunistas de todo lo que oliera a dinero y en particular a privilegios, todavía no se habían percatado de la coyuntura que se les avecinaba a los más rápidos y ellos, Ramón y Ramona, estaban a tiempo de ser los primeros que ofrecieran los servicios que ya en las ciudades más grandes venía siendo habitual; una casa de huéspedes o una pensión, como prefirieran llamarlo.

La *mestressa* de la pensión, como se hacía llamar a la que mandaba en casa, iba a ser Clara, aunque todos sabían en el barrio que la que llevaría realmente las riendas en aquella contienda iba a ser otra. Las conversaciones entre las dos mujeres se repetían casi a diario.

—Rosario, ¿tú estás segura de que yo sirvo para esto? No sé —se lamentaba Clara viéndola entrar.

—Tan segura como de que la tierra es redonda y el Sol sale cada día.

—Cada día… es mucho decir —se quejaba Clara tras la pregunta que le hacía a todas horas desde el inicio de las reformas.

Tenía miedo. Un miedo infundado y perenne que no lograba dejar atrás.

—Cada día, hija. Siempre, aunque no lo veas. Y no se hable más que hay trabajo y se nos echan encima los plazos —la apresuró la viuda, zanjando así la respuesta—. Será un buen negocio, y si no al tiempo. Lo huelo —presumía la mujer.

La villa se había convertido en una de las más activas en el sector de los telares, junto con la por entonces agitada y comercial Manresa.

La Buena Estrella, como ya habían bautizado a la posada, ofrecería cama, desayuno y cena a los recién llegados que, después de los primeros meses alojados de alquiler, se afincarían en el pueblo y buscarían vivienda para los suyos. A pesar de todo lo bueno que parecía estar por venir, Clara todavía recelaba. Estaba exhausta y no había prescindido de ninguno de sus otros trabajos por el momento. No podía permitírselo. Los necesitaba, aunque los beneficios fueran casi insignificantes, y no estaba en situación de descartarlos por si no salía bien un proyecto que a ratos le venía grande.

Lo más desatendido en aquellos días era la tienda, aunque los parroquianos no precisaban demasiado de sus servicios. Saber la hora era conocer el paso del tiempo, y este habitaba en las cabezas de muchos de los lugareños de un pueblo que todavía daba más importancia al cielo que a las manetas de una pequeña esfera pegada a la muñeca de la mano.

Rosario ya había contactado con todos los estraperlistas de la comarca, incluso los de la capital en Barcelona, para facilitar a Clara la posibilidad de ganarse bien la vida, comprando materias primas al mejor precio, tanto para la elaboración de las comidas como para algunos modestos placeres culinarios que ofrecería a quienes pudieran pagarse un capricho. La viuda, enjuta y de apariencia frágil, era una mujer incombustible. En sus propósitos no manifiestos y en su cabeza ya se habían tejido todos los mapas que aquella empresa inicial iba a brindarles. Solía recitarle a Clara que detrás del primer negocio venía el segundo, algo que a la muchacha le producía escalofríos. A los planes que Rosario parecía tejer mientras dormía, se habían añadido algunos que todavía no había compartido con su socia, más preocupada que de costumbre por el retraso en la costura que bajo ningún concepto pensaba abandonar. Ella no era mesonera, le decía en muchas ocasiones a la que ya se había convertido en su mano derecha.

Para bien, y para el buen nombre del alojamiento, al principio no iban a admitirse hombres solteros, o aquellos que no pudieran demostrar la intención de traer a sus familias en un futuro. Eran instrucciones que había dejado bien claras la casera. La mujer del patrón venía a menudo a supervisar las faenas de albañiles,

fontaneros, pintores y carpinteros. Su extrema beatitud y el enorme rosario que llevaba colgando siempre del cuello eran parte de su indumentaria habitual, junto con la negritud de su atuendo y el gesto ceñudo que resaltaba el frondoso vello de su bigote. Era fea, se decía Clara muchas veces, sin atreverse a compartir tal osadía con nadie. Sin embargo, Ramón, su marido, era bien parecido aunque un poco rudo en sus modales. Un hombre de campo, de los de antes, que aun así conservaba el atractivo de sus pretéritas facciones tras las arrugas que las inclemencias y el desgaste de los años habían grabado en su rostro.

—Qué extraña pareja Ramón y Ramona, ¿verdad, Rosario? Además de la peculiaridad de llamarse igual.

—Y que lo digas. Con lo buen mozo que fue siempre el granuja de Ramonet y la mala suerte que tuvo —añadió Rosario, sembrando la curiosidad en su socia—. Aunque quien tuvo retuvo, que dice el refrán.

—¿Granuja?, ahora tendrá que explicármelo —sonrió Clara, guiñándole un ojo a su socia.

—No quieras saber tanto, muchacha. No sé si estás preparada.

—¿Preparada? —volvió a interrogar Clara, acercándose a la mujer —. Rosario, que no he nacido ayer y no creo equivocarme si digo que…

—Que Ramón anda de putas desde siempre, ya está —la cortó la otra—. Y más desde que se casó con la beata de Ramona. A ver, alma cándida, que te explico la historia para que la entiendas. Ella era la *pubilla*, la primogénita y la heredera, porque no hubo más hermanos.

—Ya, ya. Sé lo que es.

—Y por tanto dispuso de buena dote, además de la herencia familiar por ser hija única, al menos reconocida. Menos mal de su situación económica, porque la madre naturaleza no se esmeró mucho con ella —remarcó Rosario, frotándose las manos en el delantal mientras fingía disgusto por la fealdad de la mujer—. Se encaprichó de Ramón. O eso decían —prosiguió—, y me imagino que él lo haría de su bolsillo, porque enamorado, lo que se dice enamorado, todo el mundo sabe que nunca estuvo.

—Rosario, a veces el roce hace el cariño —justificó Clara, compadeciéndose en parte por su casera.

—Qué a veces ni a veces ni niño muerto. Al bueno de Ramón, al menos entonces sí que lo era, se le conoció una novia formal. Una pobre muchacha, hija de una familia numerosísima a la que casaron con un hombre bastante mayor que ella justo antes de la guerra. Aquí fue al contrario. La criatura no tenía cuartos y él era un ricachón viudo y sin hijos que peinaba canas hacía mucho. Era viajante de vinos y se había encaprichado de ella en cuanto la vio. Y nada, se la llevó a vivir a Barcelona. Me refiero al viejo.

—Ya, ya, Rosario, la he entendido —dijo la muchacha, interesada por la información que le resultaba nueva.

A pesar de los años que llevaba en el pueblo, no se había dado la ocasión de conocer los entresijos que ahora se le descubrían.

—Pues eso. Creo que la infeliz murió en el parto de su segundo hijo. La novia de Ramón, para que te aclares. Y digo el segundo porque el primero, que ya iba dentro de la barriga cuando la llevaron al altar, nació sano como una pera, según contaban las habladurías. Sietemesino, no digo más —dejó caer Rosario, guiñándole el ojo.

—¿Y por qué no iba a nacer sano? —preguntó Clara, sorprendida.

—Siempre se ha sospechado que tu casero era el responsable de esa criatura, pero no me hagas caso, que no lo sé cierto. Al final, lo que pasa con estas cosas… La Ramona, que es a lo que íbamos, no se dio por vencida hasta que lo engatusó, y trabajo le costó, no creas. Aunque todos dicen que más bien fue la madre la que pactó el enlace. Tampoco me extraña. Y al final de este cuento, lo único que pasó es lo que dice el refrán: donde se pongan dos tetas y un buen patrimonio a la vista…

—Mujer, que tampoco hay que tomar así las cosas. Algo bueno tendrá Ramona —la defendió Clara, imaginando un extraño noviazgo no correspondido que nada había tenido que ver con el suyo, tan olvidado y tan guardado en sus vivos recuerdos.

—Ya te digo, «la pela es la pela» debió de pensar él cuando consintió. Ni guisar sabía la pobre, que una vez que se casó con quien quiso… en fin. Su purgatorio estará pagando por otro lado, la

infeliz —finalizó Rosario, haciendo aspavientos con las manos mientras volvía a sembrar la incógnita.

—¿Y nunca tuvieron descendencia? Me refiero al matrimonio —interrogó la joven, interesada de repente en la vida de los que le habían facilitado un hogar.

Realmente, Clara se había cuestionado muy pocas cosas sobre la pareja. Ninguna para ser sincera, y por primera vez era consciente de ello. Y fue en ese momento cuando la asaltaron algunas dudas y preocupaciones que siempre había querido ignorar expresamente. Era más cómodo así, se justificaba. Entre ellas, la de cómo había llegado el matrimonio a zanjar el trato con Montserrat para alquilar la casa a su llegada al pueblo, con su bebé casi recién nacido y sin hacer muchas preguntas. De alguna manera su protectora tenía que haber investigado sobre la pareja antes de cerrar lo convenido: Clara permanecería allí, bajo su velada protección, al menos hasta que Miguel fuera mayor de edad y pudiera valerse por sí mismo. Esas eran las condiciones escritas que había firmado y que podían cambiar con la puesta en marcha del hostal.

Cavilando en lo que acababa de contarle Rosario, no lograba sumar los detalles, y sintió escalofríos al pensar que ella pudiera formar parte de algún acuerdo que desconocía por completo. Pero no podía ser. Siempre había confiado en Montse. Quizá había llegado el momento de volver a verse, se dijo, a la espera de algunas respuestas que Rosario se disponía a darle.

—No, hija, que a eso iba —respondió Rosario a la pregunta de Clara—. Y menudo castigo es eso para una hembra —se apiadó la mujer, santiguándose como era costumbre en ella cuando refería alguna cosa que consideraba desgracia—. Es una siesa, pero incluso así la compadezco. El otro, hace su vida. Va y viene del campo a casa y de casa al campo. Y de vez en cuando desaparece unos días. Las malas lenguas suponen que a ver a su hija bastarda. Huérfana ya de padre y madre. La dejó al cuidado de una mujer… ahora no recuerdo su nombre.

—¿Una niña?

—Eso creo. Una muchacha que ahora tendrá… unos dos años más que tu chiquillo. Por las cuentas que le echo… sí, unos nueve o diez

años —afirmó Rosario, elevando la vista al cielo mientras recitaba el cálculo ayudándose con los dedos.

—No sé por qué, pero pensé que había dicho un hijo. No me haga caso. Qué más dará.

—Vive en el centro, cerca del Hospital Clínico, ese tan grande al lado de la calle Rosellón, si no me falla la memoria. No recuerdo el número —comentó Rosario, queriendo hacer hincapié en el detalle, aunque de repente Clara había dejado de escucharla—. Alguien de por aquí lo ha visto más de una vez entrar en el portal. En los pueblos se acaba sabiendo todo, ya te haces una idea. Y va y viene a la ciudad porque Ramona no consentiría que la trajera aquí por nada del mundo. Aunque tampoco creo que él se haya atrevido a proponerlo. Por eso me imagino que si algo hubo entre ellos, poca cosa diría yo, se acabó de romper ante la negativa de ella para cuidarla y tenerla más cerca cuando falleció su padre, que al parecer tampoco se preocupó demasiado por la criatura. Igual el viejo acabó conociendo la verdad y una vez muerta la pecadora...

—Qué triste —contestó Clara, disimulando el malestar que le había provocado Rosario.

—La vida es así, hija, qué le vamos a hacer. Creo que de todos modos la muchacha está en buenas manos.

Clara había palidecido. El nombre de la calle Rosellón martilleaba en su cabeza como un mantra, resistiéndose incluso a reconocer las casualidades que se iban juntando en el relato de su nueva socia. Una mujer haciéndose cargo de una criatura que, asomada a la cuna, observaba con gran curiosidad a su hijo recién nacido mientras ella lo amamantaba. Una dirección que conocía perfectamente y un casero al que apenas ahora estaba descubriendo…

—Muchacha, ¿estás bien? Te has quedado en Babia y no haces muy buen color de cara. No vayas a ponerte mala ahora, te lo pido por la Moreneta —se santiguó Rosario, brindándole el ruego de sus manos a la Virgen de la montaña.

—Qué va, mujer, qué va —repitió Clara, esforzándose en sonreír—. Caray, pues sí que sabe cosas —se apresuró a comentar para evitar que continuara observándola.

Rosario era muy lista, y por nada del mundo pensaba decirle ni a ella ni a nadie que quizá aquella mujer era la misma que la había ayudado tiempo atrás. Ya habría tiempo de averiguarlo en su próxima visita.

La conexión tenía que ser aquella, pensó, reponiéndose del sobresalto para no levantar sospechas. Montserrat estaba detrás de una historia que desconocía por completo, y quién sabía de cuántas más. Personas que como ella y su hijo habían necesitado su ayuda. Sospechaba que su papel dentro del movimiento revolucionario era importante. Y su aspecto de ama de casa soltera e inofensiva, dedicada a confeccionar los vestidos de algunas burguesas durante y después de la contienda en su pequeño taller, la favorecía para que nadie sospechara. Eran tiempos de posguerra no solo en España, sino también en Europa, donde la Segunda Guerra Mundial seguía presente. También pensó en eso, y en la posibilidad de que su casa se hubiera convertido en un punto de enlace para muchos que, como ella misma, habían partido hacia sus destinos después de permanecer allí el tiempo estrictamente necesario.

En los pocos meses que había compartido con Montserrat había sido testigo de algunas de las visitas que había recibido su protectora. Personas con acento extranjero la mayoría, que se reunían en una habitación que permanecía cerrada con la llave que siempre llevaba colgada en su cuello. Tras una breve estancia, en la que pocas veces se escuchaban más que susurros, desaparecían. Igual que lo hacía ella, argumentando sus ausencias con motivo de la compra de tejidos para el taller.

Sus clientas no parecían estar pasándolo tan mal, se había cuestionado más de una vez. La costura también había sido un remanso de tranquilidad mientras esperó la llegada de Miguel. Y en los pocos meses que compartió con su querida Montserrat recordó las tardes con su madre alrededor del fuego, en su pueblo natal, y aprendió lo suficiente para que más tarde no le faltara el trabajo como costurera en una de las casas de telas más prestigiosas de Barcelona: Ribes i Casals.

Sumergida en sus pensamientos quería saber más de todo aquello, porque las piezas del puzle habían estado siempre delante

de ella, pero no se atrevía a decir nada por temor a despertar sospechas en su socia. Por primera vez comprendía la razón de algunas facilidades que había tenido al llegar a Olesa de Montserrat. Y las preguntas que el matrimonio había hecho sobre su pasado, contestadas extrañamente y, casi al instante, por el propio Ramón.

—Siempre digo que valgo más por lo que callo que por lo que hablo —sentenció Rosario al fin, haciendo alarde de sus cualidades como guardiana de misterios y secretos populares—. Muchacha, ¿dónde anda esa cabecita tuya? —la increpó.

—¿Dónde va a estar? Pues en la faena que se me acumula con la costura y en lo retrasado que lo tenemos todo. Aún no he empaquetado las cosas imprescindibles para Miguel y para mí, fíjese. Que por otro lado yo no quiero molestar y…

—No sé cuándo se te quitará la costumbre de llamarme de usted, hija. En fin, yo ya no insisto, que cuando a un gallego se le mete algo entre ceja y ceja… —sonrió la mujer—. Mañana mismo te vienes con tu chiquillo para casa. Y no me seas pesada, que sabes que me sobran las ganas de teneros unos días haciéndome compañía —le aseguró de nuevo Rosario, acercándose a ella para abrazarla—. Si necesitas algo, lo que sea, Joan os ayudará gustoso. Ya se lo he dicho esta mañana. Que, por cierto, me dijo que ya te había dado el libro de cuentas ese que ha preparado. Es muy listo mi muchacho —comentó esbozando una leve sonrisa—, pero chica, o se espabila o se me queda solterón. Mira que le he dicho veces que viniera a verte con el dichoso libro, pero es tan tímido... Casi me cuesta una discusión. En fin —chascó con la lengua—, igual de prudente que mi difunto, que en paz descanse. Pero a lo que íbamos. Te quiero en casa más pronto que tarde.

—Sí, sí, vino ayer, que no me he acordado de decírselo. No vaya a reñirle, después del trabajo que le debe de haber costado todos los cálculos que ha hecho. Y está bien, Rosario. Ya sabe que no quiero ser un estorbo —se justificó de nuevo, sabiendo que su socia la reprendería—, y la verdad es que aquí ya no se puede vivir tranquilos hasta que no terminen por lo menos lo más aparatoso de las obras.

—No se hable más, entonces —zanjó Rosario.

—Por cierto, por lo visto Ramona ha cedido en lo de aceptar excepcionalmente algún obrero que no venga con familia. Si es con recomendación mejor, según me decía ayer. Aunque no sé qué tontería es esa. Al principio dejó claro que no, y de repente… vaya usted a saber —refirió Clara, dejando el comentario en el aire—. En realidad tampoco crea que me hace tanta gracia.

—Es la rabia, que la corroe. Con tal de llevarle la contraria a su marido era capaz de negarse a las ganancias que suponen más inquilinos. Pero habrá recapacitado. Si es que es lo que yo digo, le gusta más un billete que un padrenuestro —añadió Rosario, santiguándose—, y ya es decir mucho.

Al principio, y fruto de la rigidez de sus normas cristianas, la casera se había resistido a dar su aprobación, aunque a Clara no le había importado demasiado. Una mujer sola y con un hijo pequeño era presa fácil para las habladurías, que corrían más que la pólvora. Clara no tenía empeño en recibir a cualquiera en su pensión y la presencia de hombres sin familia le causaba cierto respeto. Por lo visto, Ramona había decidido dejar los escrúpulos y la devoción penitente a un lado, a cambio de los dividendos, nada equilibrados para Clara, que el negocio les reportaría. La joven no contaba entre sus habilidades con el arte de la negociación, y Rosario se lo había echado en cara más de una vez. Finalmente, se habilitarían tres habitaciones en el primer piso de la casa, con camas para familias con hijos; dos individuales más pequeñas en la planta segunda de la vivienda y otra que se utilizaría de despensa o trastero, cobrando su uso aparte. La planta baja seguiría siendo para ellos, madre e hijo, que ahora también dispondrían de una cocina más amplia y un comedor ganado al echar abajo el antiguo almacén de grano que había junto a la casa.

Dubitativa ante tantos frentes y sobrepasada en muchos momentos, lo único que veía en todo aquel desbarajuste era la posibilidad de salir del pueblo en unos años y ofrecerle a Miguel la posibilidad de hacer carrera en Barcelona. Algo con lo que pudiera ganarse la vida holgadamente, lejos del campo y los cultivos, a expensas siempre del capricho del cielo y de los que ahora se

mantenían en el poder, vigilantes ante cualquier sospecha. La ciudad era lo suficientemente anónima para ellos.

El niño estaba encantado con aquel ir y venir de personas a las que preguntaba constantemente. Era divertido, se decía satisfecho al ir incrementando sus conocimientos de aquella forma tan entretenida. Cualquiera de los obreros que trabajaban en su casa le había enseñado más que en todos los meses que llevaba en la escuela. Su afición por saber era casi infinita. Y la libreta que se había fabricado con los márgenes de recortes de periódico que Joan le conseguía, cosidos entre sí con los hilos sobrantes que siempre abundaban en el suelo de la casa, se había convertido en el objeto inseparable que el chiquillo llevaba a todas partes. Por las noches, Clara se la retiraba de debajo de su almohada, junto con algunas puntas de lápiz rojo que usaban los albañiles y que le habían regalado. Aquel chiquillo no tenía remedio, se decía emocionada cuando se acercaba a comprobar que ya dormía.

En las semanas en que iban materializándose los arreglos, Joan, el hijo de Rosario, había elaborado para Clara una hoja en la que tenía calculados al detalle los importes de gastos y deudas que se iban contrayendo y la previsión de cobros y pagos que en vuelta de cinco años podían dar unos beneficios considerables. Cinco años que podían significar el cambio definitivo en el rumbo de sus vidas, algo que Clara anhelaba intensamente en su interior. Cinco años que podían parecer una eternidad, pero que ella iba a tomar como el pulso y el motivo por el que levantarse cada día.

El muchacho, de gesto imprevisto e inseguro en todos sus encuentros anteriores, se había plantado por sorpresa en su casa una mañana, al parecer, apremiado por su madre. El chico desprendía un agradable perfume.

—Buenos días, doña Clara, ¿permite unos minutos?

—Claro, desde luego —había afirmado ella—. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó extrañada—. Tu madre se fue hace un rato, no sé a qué recado, la verdad, porque con ella nunca se sabe, ya la conoces. Es tan… activa —manifestó Clara, sintiendo en su explicación una pizca de nerviosismo—. Pero pasa, pasa, no te

quedes ahí —le ofreció a Joan, haciéndose a un lado—, estaba a punto de cerrar. No viene nadie. ¿Quién va a venir con esta flama?

El muchacho esperó a que terminara antes de dar un paso hacia el interior de la relojería. La temperatura de adentro, algo más fresca que la que desprendían los viejos adoquines, invitaba a quedarse.

—Gracias —contestó Joan, dejando sobre el mostrador un pequeño cuaderno que traía consigo mientras se secaba la frente con un pañuelo que extrajo del bolsillo del pantalón—. Como tengo unos días libres pensé que podría serle de ayuda.

—¿Y esto? —se interesó ella, sin atreverse de momento a abrir el cuadernillo.

—Este resumen es nuevo. Puede tirar el que hice anteriormente. Lo he elaborado para usted. Bueno, para mi madre y para usted —quiso aclarar, algo incómodo—. Diría que le sacará mayor provecho que ella. Y no es que…

Las risas de Clara no se hicieron esperar. La seriedad del joven y sus ojos abiertos, imaginando que había metido la pata, le provocaron una carcajada inesperada que pronto reprimió tapándose la boca con la mano.

—Perdóname, no quería…

—Aunque me dedico a degollar animales también tengo algunos conocimientos de matemáticas.

—Me alegro muchísimo, de verdad. Y no he podido evitarlo, perdóname —se excusó, refiriéndose a la reacción espontánea—. Puedes estar seguro de que tu madre me da cien vueltas en los negocios, no me cabe duda. No he visto en mi vida mujer más lista y más rápida. Cuando yo voy ella ya ha hecho el camino varias veces.

—Lo sé, pero no se guía de cálculos teóricos. Lo tiene todo aquí —dijo el chico, llevándose el dedo índice a la cabeza—, y lo que no falla es esto —señaló la libreta—. La memoria viene y va. Los papeles quedan para siempre.

—Tienes toda la razón —afirmó ella frunciendo el ceño, mientras Joan se secaba una y otra vez el sudor—. ¿Estás enfermo?

—No, no es nada de eso. No se preocupe, gracias. Es el verano, que no me sienta muy bien —contestó Joan.

—¿Y cómo es eso de las matemáticas? Cuéntame —se interesó ella, un tanto extrañada por la revelación del chico—. Me parece un excelente oficio si tienes la suerte de encontrar trabajo en las oficinas de algún telar, ¿no? O en la ciudad. Aunque claro, quizá tendrías que marcharte a vivir fuera y no sé si… Perdóname —se excusó Clara—, cualquiera diría que he comido lengua. El saber es siempre una garantía de progreso —añadió, finalizando su explicación.

—No se crea. La suerte no está de parte de uno cuando uno la busca. Ni de parte de los pobres tampoco. Viene cuando viene, y eso si llega. De todos modos, lo que hago no me desagrada —aclaró Joan, inclinando ligeramente la cabeza hacia el suelo—. Y no quiero entretenerla. Aquí le dejo un resumen de los resultados de la actividad que mi madre y usted tienen pensado poner en marcha. Es teórico, pero puede servir como libro de ruta para que siempre tengan claro el tema de los ingresos y los pagos a la señora Ramona. Esa mujer…

Clara afirmó con la cabeza y abrió la libreta que el joven había dejado allí cerrada, sin más explicación que la que acababa de darle. Él permanecía inmóvil, con las manos caídas, mientras ella hojeaba atentamente cada página, observando con interés los cálculos y las previsiones que Joan había hecho al detalle por días, por meses e incluso por años. Era de gran ayuda tener toda aquella información que ella no había tenido tiempo de valorar ni de estudiar con detenimiento.

Entre sus habilidades también estaban los números, aunque en la vida real solo le habían servido para ver cómo, desde que sus sueños se habían esfumado entre las balas y las bombas, su economía había sido siempre deficitaria. Su madre le había enseñado a bordar, a cocinar y a ser una señorita. Su padre la había instruido en el maravilloso mundo de los relojes y se había preocupado de que leyera, escribiera, supiera algo de historia, literatura y matemáticas, para que fuera capaz de formarse una opinión válida de todo lo que la rodeaba, incluida la política. Así es como se había interesado por conocer los movimientos anarquistas que habían surgido fruto de los movimientos obreros que bajo el

lema «Ni Dios ni Estado ni patrón» habían precedido el golpe de Primo de Rivera. Y así era como su vida, la sentimental, se había girado del revés sin darse cuenta. Pedro y María, sus verdaderos padres, siempre habían comulgado con las ideas republicanas y, aunque cautos, desde pequeña le habían inculcado valores de igualdad y derechos sociales, por encima de las clases y las diferencias que la Iglesia y la burguesía se empeñaban en marcar.

—¿Está usted bien? —preguntó Joan, observando el mutismo en el que la mujer se había sumergido.

—Sí, sí, muchísimas gracias, Joan, de verdad —se excusó ella, volviendo en sí—. No te imaginas cuánto lo agradezco, te lo aseguro. Dime, ¿te apetece una limonada fresca? Acabo de prepararla y está riquísima. A Miguel le encanta, aunque no está muy dulce, ya sabes… —afirmó, haciendo un mohín con los labios—. Los pobres también tenemos problemas para endulzarnos la vida.

—No se preocupe, doña Clara, tengo que volver a casa. Mi madre espera a unos… bueno, espera visita y me advirtió desde esta mañana que no me ausentara de casa por la tarde —se excusó, girando de forma refleja su muñeca—, y todavía tengo que ir a hacer otros recados.

Clara observó el movimiento de Joan y sonrió.

—Dame un segundo. No te muevas que vengo de inmediato —le pidió antes de desaparecer detrás de la cortina que daba a la trastienda.

Joan, algo violento por la situación y porque no estaba acostumbrado a conversar con más mujeres que con su madre, se sintió inseguro. Y a punto estuvo de girarse y salir huyendo de allí. Mientras se debatía en sus pensamientos Clara apareció de nuevo y se acercó a él.

—Joan, no admitiré una negativa. Era de mi marido —mintió ella —, y no creo que haya nadie más apropiado que tú para llevarlo. Así sabrás a qué hora llegas a los sitios, cuando lo necesites.

—No puedo aceptarlo —contestó Joan, mostrando en sus mejillas arreboladas la sorpresa y la vergüenza de aquel gesto tan especial —. Quizá Miguel algún día no muy lejano…

—No, no. No era el único que tenía mi difunto —volvió a inventarse Clara, tomando la mano del chico entre las suyas—. Este está perfecto en tu muñeca. Y si te apetece todavía está en oferta esa limonada —añadió, guiñándole un ojo como muestra de simpatía.

Por alguna razón y a pesar de no haber charlado más que unas cuantas palabras con el joven, se sentía cómoda en su presencia. Verlo tan tímido le había despertado cierta ternura. No quería forzarlo por más tiempo, y menos si su madre había dado instrucciones precisas de qué debía hacer aquella tarde. Conociendo a Rosario y los arrebatos que le daban estando de buenas, no quería ni imaginarse cómo sería cuando estuviera enfadada.

—Es que…

—Bueno, pues otro día será —lo ayudó ella, viendo cómo el muchacho estrujaba nervioso la boina que llevaba entre las manos.

—Ahora, si me permite, que tenga un buen día, doña Clara. Y muchas gracias por el regalo.

—Clara a secas, Joan, para la próxima vez. Que ahora ya somos un poco amigos —lo corrigió ella, insinuando en sus labios la forma de una sonrisa antes de verlo de nuevo rojo como un tomate—. Luego veré a tu madre, que tiene que pasar en algún momento por aquí con algunas cosas que hemos encargado. Guardaré esta libreta como oro en paño, te lo aseguro —añadió antes de cerrar la puerta de la tienda y destinar el resto del día a empaquetar lo imprescindible para el traslado. Tenía demasiadas cosas que hacer y el tiempo era escaso. La visita de Joan, una verdadera caja de sorpresas, le había restado todos los ratos muertos que ahora tendría que recuperar.

Había caído la noche y desde el silencio que solo rompían el crujido de las maderas y el aullido hambriento de algunos perros vagabundos, Clara se arropó con la sábana y cerró los ojos. Tenía que descansar, pero su cabeza no le daba más tregua que unas pocas horas. Tiempo insuficiente en el que volvía a colarse la

pesadilla que la acompañaba cual guardiana de la oscuridad a la que ya no temía. Dejó su mente en blanco unos segundos y desechó el recuerdo del mal sueño para centrarse en los futuros propósitos. Desde la conversación acompañada del brandi y algunas risas que ambas mujeres se habían regalado, fruto de la soltura que el alcohol les había proporcionado, todavía no sabía cómo se había dejado convencer por Rosario para dar un paso del que no estaba segura. Sabía que el miedo a convertir su casa en un lupanar la había catapultado a la decisión final.

Tratar con el público, coser, reparar relojes, cocinar… todas eran actividades cotidianas con las que se manejaba bien. Algo muy distinto era ofrecer posada y alojamiento a extraños que permanecerían bajo el mismo techo que su hijo y ella durante las noches. Personas que no conocía de nada y de las que tendría que fiarse. No le quedaba otro remedio. Suspiró y se dejó arrastrar por lo irremediable: la inminente puesta en marcha de una loca aventura que casi era un hecho. Aquella posada estaría lista en pocas semanas y, al parecer, la demanda de cama y alojamiento ya estaba cubierta. Incluso había una lista de espera que Rosario le había facilitado para que tuviera en cuenta los nombres de los clientes que se habían quedado sin habitación y dónde localizarlos. Increíble mujer una vez más, pensaba cada vez que la veía llegar, vestida de gris oscuro y negro, con una sonrisa de oreja a oreja.

Como en tantas otras ocasiones, Clara sintió una sensación de vértigo e inseguridad, y un dolor punzante que le oprimía la boca del estómago y no la dejaba descansar ni siquiera por las noches, cuando sus piernas flaqueaban y sus ojos ansiaban la oscuridad del sueño más profundo. Un sueño que demasiadas veces acababa truncado en pesadilla.

5

—¡Mamá! —gritó Miguel al entrar, acercándose hasta ella a la carrera.

Clara estaba concentrada en unos pespuntes y del sobresalto se pinchó un dedo. Aunque dormían en casa de Rosario y pasaban buena parte de la semana allí, permanecían en su vivienda algunas tardes en las que ella aprovechaba para coser.

—Qué susto me has dado, muchacho —dijo, chupándose el dedo —. Cualquiera diría que nos ha tocado algún premio en la lotería — sonrió, abarcándolo con sus brazos.

Pronto llegaría el día en que la vergüenza se apoderara del jovencito al que todavía podía dominar. Mientras tanto llegaba la edad difícil, aquellos achuchones eran un soplo de oxígeno puro para ella. Lo besó en la cabeza e inspiró profundamente entre sus cabellos, evocando en su pasado las imágenes que irremediablemente la perseguían.

—Venga, cuéntame. Pero deprisa que tengo mucho trabajo y estoy muerta del cansancio. Además, no quiero que te enfríes. Vienes sudando y lo mejor es que te laves un poco y te cambies de ropa.

El invierno estaba cerca y cuando caía el Sol la humedad calaba los huesos. Miguel sudaba con mucha facilidad y por alguna razón que no alcanzaba a comprender siempre llegaba a la carrera, como si huyera de alguien.

—Sí, sí. Voy ahora, mamá. No vas a creértelo, he visto otra vez al hombre al que empujé sin querer aquel día, ¿recuerdas? —anunció el niño, entusiasmado.

—Por favor, Miguel, cómo quieres que me acuerde de todo lo que haces, si vas siempre como loco. A saber a cuántos hombres habrás atropellado con tus largas patitas —le preguntó sin esperar respuesta, viendo cómo las perneras bailaban sobre sus tobillos y dejaban a la vista los raídos calcetines que pronto tendría que volver a remendar—. Sabes de sobra que no me gusta que te pares a conversar con los desconocidos.

—Me ha invitado a su casa, mamá. No seas aguafiestas, va —añadió Miguel poniendo cara de pena—. Me ha dicho que puedo ir cuando quiera a jugar a la pelota y a merendar también, siempre y cuando te pida permiso. Y me lo ha repetido varias veces. ¿Me das permiso? —preguntó, juntando las palmas de las manos y rogándole para conseguir su propósito.

—¿Se puede saber de quién hablas? ¿Que te ha invitado a su casa? —repitió Clara muy despacio, presa de un desconcierto que iba tornándose preocupación y enfado al mismo tiempo.

—Sí, mamá. Eso he dicho, y creo que se ha entendido a la primera —contestó Miguel visiblemente enojado, intuyendo la respuesta de su madre—. El hombre que entró en la relojería hace unos meses. Tienes que acordarte de él.

—Sabes que no me gusta que me hables así. Soy tu madre, y creo que no deberías dirigirte a mí con esas ínfulas de señoritingo mal criado.

—Ya estamos otra vez con tus expresiones rimbombantes —resopló el niño, fastidiado por el rumbo que había tomado la conversación—. Está bien, disculpa. Es que tengo pocas oportunidades de ir a casas como esas. Además, no es la primera vez que…

Clara, que había guardado la compostura hasta aquel momento, elevó la vista desde la silla en la que estaba sentada y cosiendo; clavó la aguja en el último pespunte y miró a su hijo fijamente, apretando los labios para controlar las ganas de gritarle.

—¿Qué acabas de decir? —lo interrogó, marcando cada una de las palabras de la pregunta que acababa de formular.

El chiquillo, arrepentido de que su lengua hubiera sido más rápida que su cerebro, quiso retractarse como pudo, aunque no salió muy

bien parado.

—Quería decir que otras veces… bueno, dos o tres solo en estos meses… o una, ahora no recuerdo. El señor Federico siempre…

—No puedo creerlo, Miguel. ¡Cómo se te ocurre plantarte en casa de extraños y no contármelo! Cuándo pensabas hacerlo, ¡eh! —quiso saber Clara, gritándole con toda la rabia por primera vez en su vida.

—¡No me acuerdo! —contestó Miguel en el mismo tono de voz—. Hace algún tiempo —añadió el niño, rebajando el enojo con el que jamás hasta ese momento había utilizado con su madre—. ¿Me dejarás ir? Si solo es…

—No —sentenció Clara, sin permitir que continuara.

—Mamá… lo siento, yo no quería decírtelo porque sabía que te enfadarías. Siempre lo haces cuando se trata de algo nuevo. No creo que sea tan malo, ¿no?

—He dicho que no, y no vuelvas a entretenerte con extraños o tendré que tomar medidas. Hablo en serio —zanjó Clara, volviendo a retomar la costura—; es más, creo que desde mañana mismo iré a buscarte al colegio. Así me aseguraré de que no me dices más mentiras.

Llegaría el día en que sus negativas no darían resultado, lo sabía. Y trataba de ser como cualquier madre, pero el miedo la atenazaba sin remedio. Era superior a ella y por más que se preguntaba el porqué, no lograba deshacerse de las sombras que la acompañaban desde el exilio al que una vez, ya iba para ocho años, había accedido.

Mientras ella se mantenía pegada a la costura, y en silencio, Miguel la miraba con los ojos muy abiertos, sin entender por qué su madre siempre se mostraba esquiva y antipática con casi todo el mundo. Pocos eran los que mantenían con ella una conversación de más de dos frases, y menos los que alguna vez habían ido a visitarlos a casa, como sabía que hacían las madres de algunos de sus compañeros de colegio. La suya solo trabajaba y trabajaba; nada más. Era cariñosa, pero solo con él, y a veces con Rosario, que la trataba con un afecto que al niño se le antojaba incluso exagerado. Arisca, esa era la palabra. Y siempre daba las mismas razones, pero nunca concretaba cuáles eran exactamente los argumentos que los

conducían a llevar las cosas hasta el mismo punto: alejarse de todo el mundo como si escondieran algo.

—¡Pues estoy harto, mamá! —gritó el chiquillo, rabioso por la decisión de su madre y por la frustración que sentía en aquel momento.

Con los ojos encharcados en lágrimas y los nudillos blancos de la fuerza que ejercía con sus manos, Miguel giró sobre sus pasos y salió corriendo hacia las escaleras que conducían al piso superior. Clara escuchó sus pisadas y estas no se habían parado en el primer piso.

—Miguel, no subas a la buhardilla. El suelo no está firme. Es peligroso y todavía no se puede acceder ahí. ¡Miguel! —gritó presa de la impotencia, soltando de nuevo la pieza de ropa con fastidio.

Se dirigió hacia el pasillo que daba a las escaleras, resoplando. Con un pie en el primer escalón que daba a la buhardilla, donde apenas subía, y las manos apoyadas en las estrechas paredes que conducían hacia el último tramo de la casa bajó la cabeza, queriendo dominar la respiración cortada que la ahogaba. No era aire lo que le faltaba; era libertad y ganas de gritar hasta quedarse afónica.

Miguel estaba enfadado. Más que nunca y en el fondo de su corazón lo entendía. Lamentaba ser así y sin embargo no podía evitarlo. Había llegado allí con una identidad y una vida prestadas. No era nadie, y nadie tenía por qué señalarla por haber sido novia de un anarquista fusilado en una cuneta al que nunca había podido llorar como se merecía. Estaba harta de sus propias mentiras y no podría seguir alimentándolas para su hijo y para el resto del mundo durante mucho más tiempo.

Giró sobre sus pasos y observó todos y cada uno de los objetos inanimados que alcanzaban sus ojos. Y tras unos segundos, una rabia repentina se apoderó de ella, sintiéndose desbocada por una ira que la devoraba. De un manotazo arrasó con todo lo que había sobre la mesa en la que comían y cosía. De una patada levantó y dejó caer el taburete en el que por las noches se sentaba junto a la única bombilla que podía permitirse. Y gritó sujetándose la cabeza con las manos, dejándose llevar por el llanto desconsolado que de repente nacía de su pecho. Libre por primera vez en mucho tiempo.

Y en pleno arrebato de dolor y hartura, ni siquiera oyó el sonido del portón que iba repiqueteando cada vez más fuerte.

—Es un hombre —se escuchó su voz cantarina desde arriba.

Sin contestarle, Clara se dio la vuelta y se dirigió lentamente hacia el zaguán, secándose con las manos las lágrimas que de pronto corrían por sus mejillas. Debían de haberla oído los vecinos, se imaginó avergonzada y sin ganas de dar explicaciones. Suspiró nerviosa, y alisándose la falda repetidas veces tragó saliva otras tantas antes de abrir la puerta.

—Buenas tardes —saludó el recién llegado—. Disculpe si la molesto. ¿Es aquí la pensión La Buena Estrella?

—Perdone, pero todavía no está abierta. Lo siento, pero tendrá que volver en otro momento. Debe de haber sido una confusión. Faltan unos días para terminar las obras y…

—Lo sé —dijo el desconocido, dejando a Clara desconcertada.

Después de mirar con el rabillo del ojo a su alrededor escudriñó, casi con descaro, la figura que aquel hombre que se había plantado en su casa y que ahora sonreía tímidamente frente a ella, apoyando una de sus manos en el dintel de la puerta. Era alto, y su delgadez se intuía a través de su ropa y de su rostro, poblado de una barba espesa y mal recortada que disimulaba sus huesudas mejillas. Llevaba un pantalón gris y desgastado que se fruncía exageradamente alrededor de la cintura, sujeto entre las trabillas con un cinturón hecho de cuerdas anudado sin gracia ninguna. Y una camisa arremangada hasta los codos, zurcida con burdos pespuntes realizados por la peor costurera que podía existir, pensó Clara, fijándose en los detalles. Lo único que podía aprovecharse de su indumentaria eran los zapatos, encerados como pocos se veían entre los parroquianos humildes, y el chaleco de algodón negro que destacaba en el conjunto. Debía de ser nuevo, volvió a pensar Clara antes de insistirle. No entendía qué gracia podía hacerle al recién llegado encontrarse sin alojamiento y probablemente con pocos céntimos en el bolsillo.

—Como le digo, todavía no damos alojamiento. Creo que hay un coche que lo podrá acercar hasta el balneario de La Puda, a pocos

kilómetros de aquí. Y si no se da prisa se encontrará la puerta cerrada —añadió, girando la muñeca para que pudiera ver la hora.

—Bonito reloj —apreció el hombre, no pareciéndole importante la información que ella acababa de darle.

—Perdone, pero es que tengo mucho trabajo que hacer —le indicó Clara, echándose un paso atrás mientras se disponía a cerrar la puerta.

—Un momento, por favor —contestó él, frenando el movimiento.

—¡Oiga! —lo interpeló ella, mostrando una seguridad de la que empezaba a carecer. Se había puesto nerviosa—. Pero qué se ha creído, no querrá que llame a los civiles, ¿verdad? No creo que tengan ningún inconveniente en llevárselo al calabozo. Aunque bien pensado puede que sea lo mejor… y ahora, váyase, que no quiero que…

—¿Todavía no me reconoces?

Los ojos de Clara se hicieron más grandes y la tensión acumulada en sus brazos desapareció de repente. Buscó en su cabeza, pero no tenía más recuerdos que los que había dejado años atrás. El silencio se interponía entre ellos y ninguno sabía qué decir. Examinó de nuevo al recién llegado y fue un instante, un chispazo, en el que al fijar la mirada en sus ojos lo reconoció. Clara se llevó las manos a la boca sin dejar de observarlo. ¿Era él? No estaba segura. Había cambiado mucho y en realidad casi no se conocían. Solo recordaba su sonrisa y su optimismo. Él la había conducido hasta el vehículo que la había transportado a Barcelona, después de una noche entera caminando en la que las fuerzas y el arrepentimiento por abandonar su casa la habían consumido a partes iguales. Ahora el hombre que tenía ante ella parecía cansado, abatido y mayor de lo que lo recordaba, pero sonreía. Habían pasado casi ocho años, y seguía vivo, aunque desconocía a qué precio.

—¿Eres tú? —preguntó Clara tímidamente, sin atreverse todavía a pronunciar su nombre.

—Sí —respondió él—, aunque ya ves que el tiempo no pasa en balde —comentó, gesticulando con las manos por el aspecto del que era consciente—. No quiero molestarte, pero necesitaría hablar contigo, y si es posible adentro. Aquí no me conoce nadie y preferiría

que continuara siendo así —añadió, esperando el permiso de Clara para poder entrar en la casa.

Ella dudó unos segundos. Estaba aturdida. Apartó con una mano al hombre y asomó la cabeza, asegurándose de que nadie los veía. Después, se hizo a un lado y permitió la entrada a Abel.

—Muchas gracias.

—Pasa antes de que tengamos que arrepentirnos.

Abel llevaba consigo una pequeña mochila de asas largas que dejó sobre la mesa. Luego se giró hacia Clara secándose el sudor de la frente. No sabían cómo saludarse. Finalmente, se acercó a ella, sujetó sus hombros y los trajo hacia sí, abrazándola. Ella continuaba perpleja. Y apenas recordaba los abrazos de nadie que no fuera su hijo. Incómoda por la proximidad de sus cuerpos fue escurriéndose con disimulo hasta soltarse.

—¿Cómo me has encontrado? ¿De dónde vienes, Abel? Y lo más importante de todo, ¿qué haces aquí? —lo interrogó sin evitar el malestar repentino que los recuerdos le acarreaban.

Para ella, su presencia era embarazosa.

—La primera pregunta es fácil de responder. Nuestra conocida común, ya sabes de quién te hablo, me dio tus señas. Vengo de aquí y de allá. He estado en demasiados sitios y en ninguno. Desde que salí del pueblo he vivido, si se puede decir así, donde nos han dado refugio y nadie nos podía encontrar fácilmente. Hace algún tiempo logré normalizar mi situación —señaló con un mohín—. Tengo la documentación en regla y nadie me persigue. Y no me arrepiento, pero muchos se quedaron en el camino —afirmó, bajando la cabeza —. Acerca de la última pregunta, necesitaré algo más de tiempo para responderla. Y me gustaría explicártelo. ¿Tienes un poco de agua? Vengo seco del camino.

Tratando de encajar las respuestas y la incógnita que había dejado en el aire, ella se giró sin contestarle y se dirigió al fregadero. Allí cogió la jarra con zumo de limón que había preparado horas antes. Sin preguntarle, llenó un vaso y se lo ofreció al forastero.

—Esto te quitará la sed mejor que el agua. Lo hago yo misma con los limones que me regala Rosario. Una buena vecina y amiga.

No sabía por qué estaba dándole unas explicaciones que no había pedido, pero de repente se le había soltado la lengua. Sin duda, fruto del nerviosismo y con el deseo de no conocer los propósitos de Abel.

—Muchas gracias —contestó él, bebiéndose el zumo sin respirar mientras ella se fijaba en cómo la nuez de su cuello se movía acompasada con cada trago.

—Sí que estabas sediento, sí. Anda, pasa a la salita. Estaba cosiendo antes de que llegaras y tengo que tener listo el encargo para mañana a primera hora. Eso y más cosas de las que puedo abarcar. Estamos ultimando lo necesario para poner en marcha la pensión y mire hacia donde mire tengo trabajo. Pero bueno, siéntate y espérame un momento que tengo que ir a buscar algo a la tienda. En un rato me voy a dormir a casa de mi amiga, que esto todavía no está limpio.

—Muchas gracias —repitió él nuevamente—. Así que también tienes una tienda. En los tiempos que corren es todo un logro.

—No me da ni para pipas. Y no la he cerrado ya porque está incluida en el precio que pago por el alquiler de todo esto —comentó ella, recorriendo con la vista el espacio que los rodeaba—. Arreglo de relojes y alguna venta esporádica. Pero los parroquianos están más preocupados por saber con qué van a saciar los ruidos de sus tripas que por conocer la hora en la que viven. Al fin y al cabo, eso siempre se acaba averiguando.

—Precisamente yo tengo uno que hace tiempo que no funciona. Creo que se le ha roto la cuerda, pero era de mi padre y no he querido deshacerme de él. Lo he llevado siempre conmigo, y es casi lo único que me queda desde que empezó la guerra. Esta maldita guerra que nos ha destrozado la vida —añadió, perdiendo por primera vez el gesto afable que lo había acompañado desde su llegada.

Había pronunciado la palabra más odiada por todos los que ya llevaban unos años acarreando sobre sus hombros las pérdidas, los llantos y los silencios de todo lo que ya no podía decirse. Y Clara enmudeció de nuevo.

—Si quieres te acompaño, así me la enseñas.

Clara dudó unos segundos mientras Abel esperaba frente a ella.

—Como quieras, pero está todo manga por hombro. Estas últimas semanas ni siquiera he abierto todos los días. ¿Vamos?

La sonrisa volvió a aparecer en el hombre, intuyendo que Clara estaba un poco más relajada. Entendía su sobresalto al verlo.

La joven lo observó. Había envejecido mucho y pensó que quizá era lo mismo que Abel estaba pensando de ella cuando, de repente, un golpe seco los sobresaltó. Miró hacia las escaleras. Durante los minutos que Abel llevaba allí se había olvidado de Miguel y de su enfado. Él abrió los ojos y arqueando las cejas le preguntó a Clara:

—¿Hay alguien más con nosotros? —Su mano derecha fue directa hacia el interior del chaleco.

Clara se asustó. Los años que llevaba allí, presa de una historia que nunca había pedido vivir, eran los mismos que la represión y la falta de libertad le habían facilitado una vida tranquila. Desde su huida de Teruel no había vuelto a verse acompañada de prófugos ni armas. Y recordarlos le revolvía las tripas.

—Ni se te ocurra sacar eso aquí. Te lo prohíbo —se escuchó decir de un modo autoritario que pocas veces usaba—. Y si no, te vas por el mismo sitio por el que has venido.

—Disculpa —señaló Abel con la mano—, es la costumbre.

—¡Miguel! —gritó Clara desde abajo, esperando la contestación de su hijo, que seguía sin dar señales.

—Espérame aquí un momento —le pidió a Abel, pendiente de la respuesta que no llegaba.

—¿Miguel? —interrogó él, sin atreverse a preguntar de quién se trataba.

—Mi hijo, sí. ¿Quién te esperabas que fuera? —espetó Clara, todavía molesta pensando en el arma que suponía entre la ropa del que ni siquiera era su amigo, que se había presentado en su casa como si lo fueran.

Abel permaneció en silencio y obedeció la orden mientras ella subía los peldaños de las escaleras, despacio, mirando hacia arriba y aguardando oír la voz de Miguel.

Momentos más tarde, y viendo que ni la madre ni el niño bajaban, Abel se asomó sin querer contradecir la orden de la dueña, aunque

preso de la curiosidad por lo que estuviera pasando.

—¿Carmen? ¿Estáis bien? —preguntó al fin. Nadie contestaba—. ¿Hola? —insistió ante la ausencia de respuesta—. Voy a subir —anunció, emprendiendo el ascenso.

Abel llegó hasta la primera planta. Se detuvo en el descansillo que distribuía hacia los pasillos y miró a ambos lados. Todavía podían distinguirse los restos de lo que se había obrado en aquella parte de la casa. Siguió hasta la siguiente planta y efectuó el mismo movimiento. Nadie contestaba. Parecía habérsela tragado la tierra. Prestó atención agudizando el oído, un tanto perplejo, pensando en qué demonios podía estar pasando allí. Y se disponía a abrir una puerta tras otra de lo que en pocas semanas sería la pensión La Buena Estrella cuando, de repente, el sonido seco de algún objeto pesado cayendo sobre el suelo de la planta superior lo sorprendió. En un movimiento reflejo se agazapó y se protegió de inmediato, cubriéndose las espaldas en la pared mientras se llevaba nuevamente la mano hasta el arma que guardaba en el forro del chaleco. Eran muchos años los que había pasado manteniendo en vigilia una parte de su cerebro, el que nunca dormía, y aunque había vuelto a la normalidad de una nueva vida, igual que ella, no podía remediarlo.

—No sé lo que está pasando, pero voy a subir —dijo finalmente mientras se dirigía hacia la puerta que daba acceso al tejado.

Con el máximo sigilo, apoyando solo las puntas de las suelas mientras ascendía, Abel caminó con paso incierto, elaborando en su imaginación escenarios que no auguraban nada bueno. Era mejor prevenir que curar, se iba diciendo mentalmente mientras el dedo índice se mantenía en contacto con el gatillo de su pistola, preparado para contraerse en cualquier momento.

El habitáculo permanecía en penumbra y el firme del suelo era de argamasa desgastada y polvorienta. Solo un rayo de luz fijaba un punto más claro en el centro. Pasaron unos segundos hasta que los ojos se hicieron a la penumbra invadida por el polvo en suspensión y pudo escudriñar el espacio diáfano en el que se hallaba. Hizo un pequeño movimiento y se situó tras unos sacos apilados desordenadamente en un extremo. También había dos sillas de

mimbre, rotas y polvorientas, y algunos hierros que debían de estar allí desde hacía mucho. Eso era lo que se veía. Achinó los ojos girándose muy despacio, tratando de recordar de dónde había venido el ruido. Y los vio. De pie, con los párpados muy abiertos y la cara desencajada.

—Carmen, ¿estáis bien? ¿Qué está pasando aquí? —preguntó, avanzando un paso hacia ellos, que permanecían inmóviles.

Abel volvió a enfocar la mirada, concentrado, pero ninguna evidencia hacía sospechar que hubiera nadie más que ellos allí arriba.

—Baja el arma ahora mismo —oyó al fin—, bájala te digo —le repitió Clara antes de que Abel le hiciera caso—. No ha sido buena idea venir hasta aquí —añadió, antes de que Miguel asomara por detrás de su madre, curioso por saber qué cara tenía el extraño.

—Perdona, no quería asustaros, pero es que… —se justificó Abel, fijando los ojos en el crío al que veía por primera vez.

—¿Era una pistola de verdad? —interrumpió el chiquillo, sin mudar la expresión de sorpresa que reflejaban sus facciones—. Nunca había visto una así de pequeña, ni de tan cerca.

Creían que no, pero el niño había tenido tiempo de ver cómo Abel empuñaba su pistola delante de ellos.

—Es de verdad, pero no te preocupes, ya la he guardado. Ha sido un impulso y un completo error.

—¿Y por qué has llamado Carmen a mi madre? Se llama Clara. Clara Castelao —puntualizó el muchacho ante los ojos sorprendidos de Abel—. Yo me llamo Miguel, y tengo siete años. Bueno, casi ocho.

—Lo sé —añadió Abel, sorprendiéndose al recordar la cara de Alberto en las facciones de aquel niño.

—¿Ah, sí? —se extrañó Miguel, queriéndose zafar de entre los brazos de su madre, que actuaban de barrera sujetándolo sin mucho éxito.

—¡Miguel! Basta ya, por favor. ¿Es que no tienes dos dedos de frente o qué? —lo interpeló Clara, escondiéndolo de nuevo tras ella.

—No entiendo qué está pasando, y si puedo ayudar en algo, juro que es mi única intención. Luego me iré, no te preocupes.

—Aquí no ha pasado nada —quiso convencerlo Clara, aunque sus facciones no parecían acompañarla y el miedo se dibujaba en su cara.

—Está bien, está bien —repitió Abel, ante la negativa de ella—. No insisto más y espero no haber causado ningún perjuicio con mi visita. Hablaré con Montse mañana mismo. En realidad, le dije que no me parecía buena idea esto de venir —mintió—, pero ella se empeñó en que aquí estaría bien. En la pensión, quiero decir. Y que te alegrarías de verme —susurró evitando cruzarse con la mirada extraviada de Clara—. Seguramente me contratarán en la cementera de San Vicente dels Horts. Me han dicho que están empleando a mucha gente ahora y tendré que aprovechar. Chico —dijo, dirigiéndose a Miguel—, sobre esto huelga decir que ni una palabra. No está bien visto que un paisano se pasee por ahí…

—¿Acaso eres somatén? Aunque con esas pintas…

Miguel era locuaz y observador. Tenía a quien parecerse.

—¿Yo? No. No soy somatén, como bien has intuido. Pero ¿tan mal vestido voy? —le preguntó, examinando la reacción de su madre y las posibilidades de entablar la conversación justa para continuar allí hasta averiguar qué había detrás del boquete que se intuía en la pared.

—Entonces, si no eres de los que mandan ahora, y tienes una pistola…

—¡Miguel! Cállate ahora mismo o tendré que darte tu merecido —amenazó Clara a su hijo, viendo la dificultad de callarlo por las buenas.

—Está bien, de acuerdo —se resignó él—, pero…

—Baja ahora mismo y pon la mesa. Date prisa y no rechistes.

—Vale —afirmó el niño, arrastrando las vocales con gesto cansino —. No he podido ver bien lo que era, mamá, y me gustaría saber qué se esconde ahí.

Clara cerró los ojos y apretó la mandíbula, sofocando las ganas de propinarle una azotaina a su hijo. Incansable cuando quería conseguir algo, y ahora quería. Deseaba acercarse al desconocido y sobre todo ver la pistola que llevaba consigo. Lo conocía muy bien, y el atrevimiento era una de sus cualidades, igual que su padre.

Dejó que se separara de ella, sin volver a dirigirle la palabra, indicándole con el brazo extendido como una barrera ante él que no se acercara más. Suspiró profundamente y se apartó hacia un lado, dejando que Abel pudiera descubrir al fin lo que había tras ellos.

—¿Habéis estado escondiendo a alguien aquí dentro? —interrogó el recién llegado, dando los primeros pasos hacia delante.

—¡Qué dices! Nosotros no nos hemos metido en líos en todos estos años, ni una sola vez. Seguimos siendo forasteros, aunque todo el mundo me respeta y ya nadie me hace preguntas. Vivimos en paz.

—Y a qué precio, ¿verdad? O ya se te ha olvidado —añadió Abel, esbozando una triste e irónica sonrisa.

—Entonces ¿ya os conocíais, mamá? —interrumpió el chiquillo, aventurándose a dar dos pasos en dirección a Abel.

—Sí —contestó él, adelantándose a las palabras que ella no había conseguido pronunciar.

Clara permanecía inmóvil, rabiosa y asustada al mismo tiempo. Quería gritarle que se fuera, y no podía. Quería confesarle que el miedo nunca había desaparecido del todo, aunque había logrado dominarlo con la fuerza del olvido; que en el fondo de su ser, se alegraba de la llegada de alguien a quien creía muerto y en el que había pensado algunas veces con afecto; que en el instante en que le había abierto la puerta podía convertirse en un problema; que no le habían dicho toda la verdad acerca del padre de su hijo, porque seguro que Alberto no era un santo.

Clara se sentía trastornada ante la presencia de Abel. Y con ella, los recuerdos volvían a estar vivos, junto a la rabia que sentía en sus entrañas. Porque su amor por el padre de su hijo había sido tan cierto y verdadero como algunas de las acciones que había liderado antes de que lo apresaran sin detenerse en pensar lo que iba a pasar con ella.

Conocía, a través de Montse, los giros que algunos republicanos de fe habían hecho hacia posturas más beligerantes. La mujer los aplaudía siempre. En las hazañas que relataba a la muchacha, y en los logros de aquellos grupos cada vez más debilitados por el hambre y el desgaste de los montes, renacía en ella la energía que

su cuerpo había abandonado años atrás. Hablar de ellos, de los represaliados que todavía vivían libremente en algunas partes de España, rejuvenecía su espíritu combativo. Y aunque Clara la escuchaba con admiración y con respeto, su argumento no acababa de convencerla. De lo que ella hablaba era de grupos de ideas extremas que durante la guerra también habían cometido errores muy graves. Actos bélicos y derramamientos de sangre en nombre de los derechos universales y la colectivización de las tierras. De justicia, esa palabra borrada por el tiempo y el olvido. Clara no conocía mucho acerca de la política y de sus entresijos, pero distinguía entre el bien y el mal. Entre la honestidad y la arbitrariedad. Y la ecuación resultante de aquellos conceptos barajados entre trincheras y uniformes era difícil de despejar.

De aquel sinsentido nadie había resultado ileso, ni siquiera libre de culpa. Reconocía en qué bando le había tocado lidiar y, agradecida por la ayuda que sin pedirla había recibido, no sentía otra cosa que aprecio por todos los que le habían dado la segunda vida que otros no habían podido rescatar. Lo miraba, preguntándose quién era aquel hombre en realidad. Apenas lo conocía, no le había dado tiempo. Un tiempo insuficiente, aunque el preciso para percibir en él la esencia de las buenas personas. ¿Y qué lo había traído hasta allí, cuando lo único que ella quería era aferrarse al futuro que tanto tiempo llevaba forjando en su cabeza y enterrar el pasado, aunque también fuera suyo?

—Conocí a tu madre antes de que tú nacieras, muchacho —contestó Abel a la pregunta que había quedado en el aire—. Y sigue igual que entonces —añadió ante el asombro que de repente arreboló las mejillas de Clara—. Ahora, si no os importa, echemos un vistazo a este precioso agujero. ¿Os parece? Después me iré, no te preocupes —puntualizó, antes de que su anfitriona tuviera tiempo de objetar su decisión.

—Está bien —contestó Clara, girándose en dirección al boquete que se había abierto en la pared.

Pocas veces expresaba Miguel sus rabietas con muestras de violencia como aquella. Se sentía culpable, aunque las novedades sobrevenidas habían disipado sus ganas de arrepentirse.

—Mi madre no me deja visitar a don Federico, y eso que me ha invitado a merendar varias veces. Así que he subido hasta aquí y…

—Otra vez con lo mismo… eres testarudo como una mula, y ya hablaremos de esto tú y yo a solas —amenazó a su hijo, fijando los ojos en él.

—Ya —afirmó Abel, rompiendo el hielo—, y por lo que veo le has metido una patada de campeonato a la pared. Vas para futbolista, chaval —rio el hombre, removiéndole con los dedos la coronilla. Se parecía extraordinariamente a su padre, pensó con ternura—. Estas construcciones son firmes, y también muy antiguas por lo que puedo comprobar —aclaró, deshaciendo un terrón de barro entre sus dedos —. Siempre tienen un punto débil, y este debía de ser el suyo. Ya me explicarás después quién es ese señor del que hablas, ahora vamos a averiguar qué hay por aquí —concluyó, inclinándose hacia el orificio.

Tocó de nuevo con las manos, valorando la fragilidad del adobe del que estaba formada la parte alta de la casa, y probó con unos golpes ligeros alrededor de la abertura que fueron haciéndose más intensos. Sus manos eran recias y estaban curtidas. No parecía hacer esfuerzos con el puño mientras, poco a poco, la pared iba desmoronándose. Madre e hijo lo observaban expectantes.

—Suena a hueco. Y por lo que intuyo, al otro lado hay un espacio. Pequeño, diría yo. ¿Sigo? —preguntó Abel, dirigiéndose a los dos—. Por alguna razón alguien tapió esta parte de aquí —comentó el hombre, señalando con los dedos el contorno de lo que a simple vista no se apreciaba—. La luz es escasa y hay que fijarse mucho, ¿veis?, esta parte de aquí es más nueva que el resto, aunque cuesta darse cuenta.

—Apenas subimos —añadió Clara.

—¿Entonces?

—Sí, sí, hay que averiguar qué hay detrás. Me muero de ganas por saberlo —se adelantó a decir Miguel, fascinado por el descubrimiento que estaban a punto de hacer.

Su espíritu aventurero y su imaginación volaban en su cabeza, y el enfado que lo había llevado hasta allí se había disipado por completo.

Clara afirmó levemente con la cabeza, permitiendo que Abel prosiguiera con la labor.

—¿No tenéis en casa un martillo o algo parecido?

—Claro —volvió a responder el muchacho—, los obreros siempre dejan algunas herramientas para no tener que llevárselas y traerlas cada día. Voy a ver —se ofreció, corriendo escaleras abajo antes de que su madre pudiera negarse.

Clara y Abel volvían a estar solos. Incómodos y sin saber qué decirse.

—Tu hijo es pura energía —retomó él la conversación, rascándose el cogote.

—Y un desobediente que se va a llevar un buen azote en cuanto tenga la ocasión.

—No te veo en ese papel, la verdad. Lo miras con auténtica devoción.

—Es lo único que tengo en el mundo —añadió Clara, sonriéndole por primera vez desde su encuentro—, y no quiero que nada ni nadie estropee las cosas, ¿me explico?

—¿Te refieres a que no sabe tu verdadero nombre? —intuyó Abel —. Perdona, no quería meter la pata, pero al verlo, no sé, me pareció que quizá con la edad que tiene ya le habrías explicado la verdad.

—Tiene siete años. Es un niño todavía y aunque lo veas tan espabilado no creo que esté preparado para conocer algunas cosas.

—¿Estás segura, Carmen? Quizá la que no está preparada seas tú.

—Mi verdadero nombre es Clara Castelao Comas —recitó ella, marcando muy despacio cada sílaba para evitar las ganas de romper a llorar.

—¿Te sirve esto? —los interrumpió Miguel, sorprendiéndolos sin que hubieran escuchado los pasos.

—Esto será perfecto —sonrió Abel, empuñando el mazo que el joven le había proporcionado.

Madre e hijo lo observaban, viendo cómo la pared iba se esfumaba ante ellos, desmoronándose. Poco a poco, la abertura de la pared se hizo más grande, dejando que Abel se introdujera en su interior y desapareciera al otro lado.

La muchacha había oído hablar en alguna ocasión de familias que escondían joyas y enseres de valor en los lugares más rocambolescos de sus casas por miedo a los saqueos de ambos bandos. No dudaba que pudiera ser cierto, aunque Rosario siempre restaba importancia a aquellas habladurías y se refería a esas prácticas con cierto desprecio. Clara nunca había desvelado su pasado a nadie, y para ella Rosario había sido su aliada desde el principio. La había considerado siempre una buena mujer y una superviviente. A pesar de eso, había mantenido las distancias y la prudencia necesarias. Y lo que acababa de ocurrir era un inconveniente que podía poner en jaque todos sus planes. Su cabeza trabajaba rápido, buscando una solución que no llegaba. No lograba discernir qué debían hacer si, como se imaginaban, allí había alguna sospecha que pusiera en alerta a las autoridades y comprometiera a su hijo y a ella. Había que avisar a Ramona y a Ramón.

—Señor Abel, ¿ve usted algo? —preguntó al fin el chiquillo, inquieto ante el silencio del hombre.

No hubo respuesta.

—Mamá, ¿entramos? —rogó Miguel, ante la negativa no verbalizada de su madre, que no dejaba de mirar, atenta a la reaparición de Abel, rogando que solo fuera un pedazo más de aquella parte de la casa que apenas habían frecuentado en todos los años desde su llegada.

—Mamá —insistió el niño, estirándole de la mano a su madre.

—Ni se te ocurra, te he dicho. Haz el favor de comportarte que bastante tengo ya con esto como para que ahora tú también seas un problema.

—Seguro que Rosario nos da una explicación. Ella tiene soluciones para todo. Y estoy convencido de que conocería este sitio oculto. Ella…

—Tenéis que ver esto —dijo Abel, asomando la cabeza.

Su semblante serio alertó a Clara. Su mirada quieta y sus ojos fijos en el niño advertían de la inconveniencia de que Miguel también la acompañara adentro. Aun así, afirmó con un gesto dando el beneplácito que ella no estaba tan segura de consentir.

—Creo que podrá soportarlo —pronunció al fin—. Ya es un jovencito y por lo poco que lo he escuchado tiene sesera suficiente para abordar esto. Vamos —decidió, dirigiéndose de nuevo hacia el interior.

Clara y su hijo gesticularon a la vez, acercándose cautelosos hacia el habitáculo oscuro. Abel había utilizado un encendedor de mecha que siempre llevaba consigo que apenas ofrecía luz, aunque permitía distinguir algunas de las siluetas de los objetos que allí se encontraban, tomando forma ante sus ojos.

—¡Anda! Pero si parece una habitación —advirtió Miguel, abriendo la boca mientras giraba sobre sí mismo.

—Eso parece —afirmó Abel, comprobando el curioso entusiasmo del muchacho.

—¿Y qué pinta aquí arriba una habitación cuando en la casa hay sitio suficiente? No lo entiendo —manifestó Clara, acercándose con sigilo a cada uno de los enseres que componían la sala.

Un armario blanco de dos puertas, de poco más de metro y medio de altura, desgastado en sus molduras, en el que todavía podían observarse los pequeños dibujos florales que lo adornaban. Una mesilla de noche a juego con el ropero y también con el cabezal de una cama a la que solo le quedaba el somier de muelles oxidados por el tiempo. Una hamaca protegida con varias telas hechas de una puntilla que llamaron la atención a Clara. Estaban tejidas a mano y habían sido de la mejor calidad. Aquello no era ropa de pobres, pensó al tocarlas con cautela, temerosa de que fueran a deshacerse al contacto entre sus dedos.

—¿Entonces? —interrogó ella, dirigiéndose a Abel.

—Ni idea, aunque esto no es todo —afirmó el hombre, endureciendo el gesto de su rostro.

Se hizo a un lado y dirigió la mirada hacia el fondo del habitáculo. Ambos, madre e hijo, miraron hacia el lugar que Abel señalaba con el dedo a la espera de que ellos se acercaran.

—Miguel, tú quédate aquí conmigo —rectificó Clara—. Será mejor —le aconsejó al niño—. Esto no ha sido buena idea —se lamentó, mientras se adelantaba, dejando que su hijo la siguiera detrás, pegado a ella.

De repente, un grito ahogado retumbó en las paredes de la habitación, provocando que Miguel se deshiciera de los brazos que lo retenían y le impedían llegar hasta el lugar al que se había acercado su madre.

—Es un arcón —dijo el niño—. No veo por qué…

—Es un ataúd —rectificó su madre, cubriéndose la boca con ambas manos después de haberlo destapado—. ¿Es lo que parece? ¿Has visto con claridad si dentro hay…?

—Sí, por desgracia es lo que parece —afirmó Abel—. Estaba muy bien envuelto y solo quedan los…

—Por favor, no sigas. Miguel, sal de aquí ahora mismo —instó Clara a su hijo, dispuesta a impedirle que pudiera ver lo que ni ella misma había querido comprobar.

—Un esqueleto, mamá. Y en clase tenemos uno para conocer los huesos del cuerpo. Don Faustino nos deja tocarlo, aunque pocas veces y con mucho cuidado. No voy a asustarme por ver uno de verdad.

—Muchacho, haz caso a tu madre y no te hagas el valiente. Un esqueleto de plástico no es lo mismo que esto, te lo aseguro. No quieras ser tan atrevido y obedece por esta vez —insistió Abel ante la resignación del niño, que dio unos pasos hacia atrás sin dejar de mirar fijamente el arcón, también blanco, que tanta curiosidad le despertaba.

—Dime tú qué vamos a hacer. Madre mía, esto es una ruina. ¿Qué vamos a hacer ahora? —repitió Clara lamentándose, haciendo movimientos hacia delante y hacia detrás mientras se abarcaba el torso con los brazos.

—Pues creo que lo mejor es avisar a los dueños de la casa. Seguramente ellos sabrán de qué se trata. No puedes ocultarlo. Y menos si mañana vuelven los obreros y se encuentran con la pared perforada. Os pondríais en boca de todo el mundo y aunque está claro que tú no tienes nada que ver con todo esto, acabaría afectándote.

—¿Ramón y Ramona?

—¿Quiénes son esos?

—Los dueños de todo esto. ¿No dices que hay que avisarlos a ellos? —preguntó Clara, acercando sus pasos hasta Abel.

—Claro, por supuesto. A ellos me refería. Yo acabo de llegar. Si necesitas que me quede lo haré. Si no, puede que mi presencia solo sea un añadido a tus problemas y no he venido a causarte…

—Tú no te vas de aquí hasta que la situación no se resuelva —ordenó Clara con voz desesperada—. Además, esto hay que taparlo como sea hasta que se me ocurra algo. No quiero ni pensar en lo que pasaría si llega a boca de los parroquianos. Y para más pegas, la costura pendiente de acabar —añadió, rematando su pesar con un suspiro mientras en su cabeza iban bailando algunas posibilidades, aunque ninguna era buena.

—De acuerdo. Me quedo.

—Pero ¿y mi negocio? Qué desgracia, qué mala suerte.

Abel la miró, inclinó la cabeza y llevándose la mano a la nariz quiso disimular una sonrisa espontánea. El ceño fruncido, los labios temblorosos, los ojos tan vivos buscando una respuesta al miedo. Aquel rostro seguía siendo igual que cuando la había ayudado a escapar durante la fría madrugada en la que se juró que no sería la última vez que se vieran. Angelical, la definió en su pensamiento. Clara lo observaba, escrutando en su mal disimulado gesto la razón de aquella reacción.

—¿Y qué es lo que te parece tan gracioso? Quisiera saberlo.

—Perdona, no pretendo parecer superficial. No me lo tomes en cuenta. Es solo que me ha parecido extraño que te preocuparas por el negocio. Estoy seguro de que todo se arreglará, ya verás. Después de casi ocho años tu cara es la misma que aquella noche en la que…

La mirada de Clara fue como un rayo que, de ser posible, habría atravesado al recién llegado. Él captó el mensaje, observando a través del rabillo del ojo la mirada atenta del niño, que permanecía en silencio y no perdía detalle de la conversación. Abel hizo un gesto de afirmación y selló su boca.

—Y esa pobre criatura —reflexionó Clara de repente—, cómo fueron capaces de dejarla ahí. Quién sabe si viva o muerta. Qué horror —se lamentó al final.

—No sabemos las causas, aunque estoy seguro de que tarde o temprano saldrá a la luz. Es cierto que si esa criatura falleció de causa natural bien podrían haberla enterrado como se merecía, y no dejarla ahí.

—No sé, no sé. Yo solo digo que he fabricado un castillo de naipes durante mucho tiempo y está a punto de derrumbarse. Miguel se merece otro destino distinto al que le aguarda en este lugar. Y más después de descubrir esto.

Las dudas de Clara eran fruto de la desesperación, y no esperaba que nadie fuera a resolver todas las que se amontonaban en su cabeza.

6

Compartieron la cena en silencio y ninguno volvió a referirse a la cuestión durante ese rato. Incluso Miguel, que tras la emoción del primer momento se había estado moviendo inquieto por la casa, parecía haberse quedado mudo. La calma nocturna contrastaba con la intensa batalla que se libraba en el interior de cada uno de ellos.

Mientras Clara no conseguía conciliar el sueño y contaba todas las horas que el viejo reloj de péndulo iba anunciando desde la tienda que pronto tendría que clausurar, Abel y Miguel se habían rendido a la noche. Sintió envidia de ellos al pensar que no recordaba cuándo había sido la última vez que había podido dormir tranquila.

Miguel no se lo había pedido y cuando ella llegó a la alcoba, el pequeño estaba acostado en su cama, enroscado como un ovillo de lana por primera vez en mucho tiempo. Abel se había acomodado en el suelo de una de las habitaciones en la planta superior. El hombre no había puesto impedimentos a la falta de colchones. Estos llegarían en pocos días, junto con otros encargos. Estaba más que acostumbrado al frío y a las inclemencias del campo, le aseguró varias veces ante la incomodidad de Clara por no poderle ofrecer nada más adecuado. Una vieja jarapa en desuso haciendo las funciones de colchón, una manta y un cojín le parecieron perfectos para reconfortarse del cansancio y de la noche.

Entre desvelo y desvelo Clara caviló hasta dar con algo que podía servirle para su propósito. La excusa de un retraso en el encargo periódico de costura sería una buena razón para localizar a Montserrat durante la mañana. No sabía cómo hacerlo y llevaba mucho tiempo sin verla, aunque seguía siendo el refugio en el que se amparaba cuando se sentía perdida. Entonces fue cuando pensó

en Gustavo, un hombre entrado en años que trabajaba como conductor de la compañía de autocares L'Agència. No tenía mucha confianza con él, aunque sabía que estaba del lado de los perdedores. En más de una ocasión se había ofrecido a ayudarla a subir al vehículo los paquetes. Supuso que podría encontrarlo en Cal Mendi, uno de los ultramarinos autorizados para la entrega de la ración mensual de legumbres secas y otros alimentos que el nuevo gobierno había establecido para el suministro controlado. También vendían grano para las gallinas que engordaban las mujeres de la Benemérita y que por supuesto no pagaban. Los privilegios de aquella «especie» entre la población eran esos, entre otros muchos. En otras épocas, el ahora colmado había vendido chocolate; un capricho escaso en aquellos tiempos. No sabía si iba a encontrarlo allí, pero tenía que intentarlo.

Sin apenas haber dormido, a la mañana siguiente se levantó, se aseó y después de preparar el desayuno se arregló dispuesta para llevar a cabo su propósito. Caminó deprisa entre las calles que la separaban de su destino, rogando por no encontrarse con ningún vecino que la detuviera. Nadie sabía nada, pero estaba nerviosa, como si pudieran leerle el pensamiento. Tras comprobar con alivio que se hallaba abierto, entró en el establecimiento y se alegró de ver que estaba vacío. Era temprano. Las campanillas colgantes, agitadas por el viento al abrir la puerta, habían sonado. Su presencia ya estaba anunciada. Unos segundos más tarde, y viendo que nadie aparecía de detrás de las cortinas plastificadas que separaban la tienda de la vivienda, estuvo tentada de darse la vuelta, arrepentida por llevar a cabo una idea que de repente se le antojaba absurda. Mientras debatía qué hacer apareció Engracia, la *mestressa*.

—Perdone, buenos días. ¿Podría decirme si Gustavo va hoy a Barcelona? —preguntó Clara, casi avergonzada—. Es que no llego a tiempo con la costura, y…

—Claro, mujer, pasa —contestó la tendera, saludándola con cortesía—. Como cada día de Nuestro Señor. Está en el patio tomándose un café ligero, por llamarlo de alguna manera, migado con pan. Que yo no sé cómo le gusta eso.

—No quisiera molestar —dijo Clara, cada vez más angustiada, sintiendo cómo los nervios iban acrecentándose en el interior de su estómago.

—¡Marido! Tienes una visita —gritó Engracia, dirigiéndose a través de un largo pasillo hasta el fondo de la casa—. ¿Qué tal tu chiquillo? —le preguntó la tendera.

Sus hijos iban juntos al colegio. Pedrito, como así lo llamaba todo el mundo, no era muy amigo de Miguel, y al parecer siempre se burlaba de su condición de huérfano. El matrimonio resultaba una pareja desigual y se llevaban muchos años de diferencia. Ella, de complexión fuerte, más entrada en carnes que en curvas, de mofletes generosos y encarnados, parecía estar siempre sofocada. Sonreía mucho, y disfrutaba de su trabajo enterándose de todos los correveidiles del pueblo, por más pequeños que fueran. Él era un viudo que bien podría pasar por su padre, al que la vida había sonreído de nuevo ofreciéndole la paternidad que tanto anheló en su primer matrimonio. Enjuto, de mirada atenta y discreto, seguía conservando un trabajo que en más de una ocasión había visto peligrar con la llegada de los nacionales. Por suerte, había mantenido su puesto gracias a la intercesión de la mujer de uno de los guardias civiles, Frasquita. Le caía bien Gustavo, y hacía algunos encargos para ella cuando iba a Barcelona. Hasta puede que le gustara «su hombre», había comentado entre dientes su mujer, Engracia, que no soportaba a la «sargenta de pan pringado» como solía llamarla, pero tenía que aguantar sus ridículas risas cada vez que su marido recogía o entregaba uno de sus paquetes. En alguna ocasión había sido fuente de disputas en el matrimonio y, aunque el carácter de Engracia era de armas tomar, achantaba y se tragaba la rabia, dejándoles solos en la trastienda durante unos minutos que se le hacían eternos.

Sorprendido, Gustavo se levantó con no poco esfuerzo de una pequeña silla de mimbre en la que estaba desayunando y se limpió la boca con la manga de la camisa.

—Vaya, qué sorpresa. ¿Ocurre algo, Clara?

—No, no, por Dios. Qué vergüenza venir a molestarlo de este modo. No quería ser un estorbo y además vengo en mal momento.

—Siéntate, muchacha. No tengas apuro. Qué estorbo ni estorbo. Dime, dime.

—¿Se te ofrece tomar algo, muchacha? —le brindó Engracia, recogiendo la mirada que le estaba echando su marido para que no molestara.

—No, muchísimas gracias, si será solo un momento.

—Está bien. Yo voy para afuera, no sea que algún parroquiano me necesite y esté aquello desatendido. Que vaya si hay trabajo a estas horas —dejó caer, en modo irónico, mientras desaparecía resoplando.

Ya solos, Clara no sabía por dónde empezar y le sudaban las manos. Había guardado el sobre en uno de los bolsillos de la rebeca, palpándolo una y otra vez sin dar el paso de explicarse. Y aunque no dio referencias a nada que fuera a comprometerlos con lo sucedido la noche anterior, finalmente le pidió a Gustavo el favor. Necesitaba contactar con Montserrat cuanto antes. Precisaba saber algunas cosas acerca de la inesperada visita de Abel, y solo ella podría explicárselas. Estaba poniéndose en riesgo, y poniendo a un buen hombre también, aunque intuía que podía confiar en él. Sin darle más datos de los necesarios, le rogó que entregara la carta en mano, si podía ser, a Montserrat Solís, antigua amiga de su familia. En la nota le pedía explicaciones y le daba cuenta de las novedades sobre la pensión y la aparición del que había sido compañero de Alberto. Había dudado mucho sobre su última petición, estrujando varias cartas antes de la que ahora depositaba en manos de Gustavo. Con todo el dolor de su corazón y sin las garantías de que su hijo aceptara la propuesta que ya estaba determinada a hacerle en unos días, quería que Montserrat se hiciera cargo de Miguel a partir del siguiente curso escolar.

—Nada, mujer —respondió Gustavo ya en la puerta—, yo les comento lo de las telas, que te retrasas uno o dos días en el pedido y listos. Espero que no te pongan inconvenientes. Y te devuelvo el reporte con lo que me digan. No creo que te despachen por eso —afirmó el hombre, guiñándole el ojo—. Aunque también te digo, tendrías que buscarte algo más cerca. Tanto ir y venir, menudo trajín. A Cal Canut creo que buscan dependienta. Quizá allí, tú que

conoces tan bien esto de los tejidos. O en El Molí. Necesitan personal, según me dijo Tomás la otra mañana.

—Eso digo yo, para qué ir tan lejos con la costura arriba y abajo —reiteró Engracia, trajinando entre las estanterías del colmado, con el trapo de limpiar en la mano.

—Muchas gracias por la recomendación, a los dos, de verdad —correspondió ella, dando pasos cortos hacia la puerta.

Clara tenía prisa por salir de allí. Algo la quemaba por dentro: la imagen de los huesos diminutos de un bebé escondidos en su casa y las razones que podían haber llevado a cometer tal atrocidad. Su hijo, el recién llegado, Rosario; todo era demasiado en aquel instante.

—¿Ya os queda poco para inaugurar el hostal, *oi*? —dijo Engracia, no queriéndose despedir de la muchacha. La tienda permanecía sola y ella era amante de la charla.

—Sí, menos de lo que querría. Parece que los días se empeñan en menguar y todo son imprevistos. Pero ya se sabe. Y el tiempo se escapa. Muchas gracias por todo, de verdad —zanjó Clara, mostrando las ganas de finalizar la conversación con una mujer con la que apenas había cruzado nunca más de cuatro palabras.

Resuelto el primer recado, Clara fue a buscar a Rosario y esta se preocupó al ver la cara desencajada de su camarada de negocios. Conocía de la debilidad empresarial de su socia, y de sus dudas continuas, y al verla comprendió que se trataba de otra cosa. Se puso la rebeca y salieron juntas hacia la relojería. Clara abrió sus puertas, como casi cada día, para traspasar después el postigo que daba a la vivienda. Tomó aire e hizo un resumen escueto y directo de lo sucedido, esperando que su protectora diera con la solución más conveniente.

Rosario, que había prestado atención sin abrir la boca, se movía inquieta, deambulando de un lado al otro de la cocina y en silencio. Clara, bloqueada por todos los frentes a los que tenía que acudir, había vuelto a morderse las uñas de forma convulsiva, esperando que la mujer arrojara algo de luz ante unos hechos que podían dar un giro a todos sus planes juntas. Subieron hasta el altillo y mientras ella esperaba fuera, Rosario se adentró a supervisar la habitación

oculta tras la pared. Luego salió y se mantuvo callada unos segundos que a la joven le parecieron eternos.

—A ver que yo me entere. Llega un pariente tuyo de cuando vivías en… ¿Teruel? —preguntó cabizbaja, acariciándose la barbilla entre el pulgar y el dedo índice—. Entonces tu chiquillo sale corriendo hacia *les golfes*, enfadado contigo por lo que fuera. Que o lo atas en corto o en cuatro días se te subirá a las barbas —la advirtió Rosario, aprovechando la ocasión—. Y al subir a buscarlo resulta que ha hecho un agujero en la pared de una patada. Vaya con el niño *dels collons* —resopló Rosario, posando las manos en las caderas—. Y de eso, lo demás. Alma de cántaro, ¿cómo se os ocurre abrir un boquete semejante? Ya sabía yo que durante las obras iba a tener que estar muy pendiente. Los malditos flecos sueltos… —murmuró entre dientes.

—Rosario, no hemos abierto nada a propósito —se excusó ella—. Miguel me pidió permiso para hacer una cosa que ahora no viene a cuento. Ya le he dicho. Se la negué y después salió a todo correr escaleras arriba. Luego…

—Sí, sí. Ya me lo has explicado antes —la cortó Rosario—. Lo que no sé es qué vamos a hacer ahora. Bueno, sí que lo sé. Lo primero es que de esto ni una palabra a Ramona —ordenó, llevándose el dedo índice a los labios, sin ni siquiera mirarla; absorta, discerniendo acerca de los planes que hasta ese momento solo estaban en su cabeza—. Ni a Ramona ni a nadie. ¿El hombre es de fiar? —preguntó, girando el cuello hacia el hueco de las escaleras.

—¿Y por qué no? —se quejó Clara—. Es su casa, la que fue de sus padres antes, quiero decir. Bien tendrá ella que ver algo en este asunto, ¿no? No podemos ocultar un hecho así —se lamentó Clara, cada vez más nerviosa—. Hay un bebé recién nacido ahí dentro, qué horror. Nosotros no tenemos que ver nada con todo esto. ¿No lo comprende? Ocultarlo debe de ser un delito. Y Abel es de fiar, claro que lo es —repitió insegura, dado que conocía muy pocas cosas del recién llegado.

—Ni hablar —sentenció Rosario—. A veces tienes poca idea de las cosas, niña. Soltamos semejante bomba aquí en el pueblo y nos cierran el negocio antes de poder abrirlo. Algo habrá que hacer, sí.

Pero esto se tapa hoy mismo como sea. Y ya averiguaremos lo que tengamos que averiguar en otro momento. De eso me encargo yo, tú olvídate y no te preocupes más.

—¿Cómo que no? —se reiteró Clara, asombrada por la indiferencia con la que Rosario quería zanjar un asunto tan serio—. Claro que me preocupo. Es el lugar donde vivo con mi hijo desde hace siete largos años, ¿entiende? Y desde hoy mismo no volveré a pegar ojo sabiendo lo que hay dentro de ese tabique —añadió, recordando el sueño que tantas noches la despertaba desde hacía meses—. Además, no estoy de acuerdo con usted en esta ocasión, lo siento. Creo que tendríamos que hacer algo —afirmó Clara, enfrentándose por primea vez a Rosario.

¿Cómo podía hacer frente a lo sucedido con tanta frialdad? Sabía que tenía arrestos y que pocas cosas debían ya de sorprenderla en la vida, pero aquello era distinto. Desoyendo las quejas de Clara, Rosario se mantuvo en silencio unos instantes y luego empezó a dar órdenes, como solía hacer siempre.

—A ver, dile a ese invitado tuyo que suba algunos ladrillos y un poco de cemento o lo que haya por ahí. Si no, ya voy yo. Por cierto, ¿de dónde sale ese muchacho, así de repente? En todos estos años nunca te he conocido familia alguna. Que alguna tendrás —comentó la mujer—, pero vamos, que como eres igualita que un libro cerrado, no sabía que…

—Es un primo segundo, por parte de mi marido —mintió Clara, saliendo al paso con lo primero que le vino a la cabeza—. Ha venido en busca de trabajo. Ya sabe usted lo mal que está todo por ahí.

—¿Por ahí? —repitió Rosario, carcajeándose—. Como si aquí atáramos los perros con longanizas. Si es que… venga a venir gente de fuera y a llevarse el pan de los que a duras penas sacamos la cabeza para no ahogarnos.

Ella se estremeció al oírla. Su semblante gris y su mirada llena de odio enseñaban a Clara la otra cara de una moneda que estaba por descubrir, pero no dijo nada. Agachó la cabeza y respiró hondo, aunque el aire se resistía a entrar en sus pulmones. Nunca se lo había confesado abiertamente, y sabía que su hijo mayor había sido abatido durante la guerra por el ejército republicano. Y era algo que

no habían hablado jamás. Sabiendo eso, Clara no estaba segura de que sus simpatías estuvieran del lado de los ganadores y no de los vencidos. Era una mujer fuerte, generosa y curtida por la vida, y se hacía con todo el mundo, al margen de sus ideales. Sabía moverse en una ambigüedad extraña y escurridiza que le permitía sobrepasar los límites de lo que para la mayoría era imposible. Su forma de actuar y sus habilidades, con unos y con otros, le habían facilitado las cosas, al menos en aquellos difíciles años en los que solo los más astutos sobrevivían a las escaseces con las que lidiaba el resto de los mortales.

Rosario advirtió la reacción de la muchacha y se acercó hasta ella, acariciándole la mejilla en signo de amistad y arrepentimiento.

—Perdón, a veces no sé ni lo que digo. Yo también estoy nerviosa pero no nos podemos permitir perder más el tiempo con esto. Una desgracia lo sucedido, lo reconozco, pero poco podemos hacer ya por esa criaturita que vaya usted a saber el tiempo que lleva ahí. Y ya hablaré yo con Ramona en algún momento, no te preocupes. Déjamelo a mí —insistió Rosario.

—Cómo puede dejar alguien a su hijo de este modo. No me cabe en la cabeza. Es una aberración. No quiero ni pensar en la manera en que pudo suceder —se lamentó Clara, llevándose las manos al vientre.

—Hay decisiones que no podemos juzgar a la ligera. Y sí, te lo reconozco, una desgracia la de esa pobre criatura. Te prometo que averiguaremos lo que ocurrió. ¿Acaso no me conoces? —sonrió Rosario, queriendo animar a su socia en un momento en el que un paso en falso podía llevar al traste todos sus propósitos—. Y bien, ¿todavía está durmiendo? Vaya porvenir el de algunos.

—¿Quién? —preguntó Clara, con la mirada perdida.

—Quién va a ser, el primo de tu marido. A ver, concentrémonos que esto hay que solucionarlo cuanto antes. Menos mal que los obreros tenían no sé qué demonio de urgencia y me advirtieron que estarían un par de días sin aparecer por aquí. En su momento los maldije todo lo que pude, porque por una cosa y por otra esto parece la obra de la catedral esta… ah, sí, la Sagrada Familia. Pero vamos, que ahora nos viene de perlas.

—Sí, claro, Rosario. Voy corriendo a llamarlo —se apresuró a decir Clara.

—No es necesario. Buenos días —saludó Abel, cargando sobre sus brazos unos adobes recogidos de entre los enseres que habían dejado los albañiles—. Voy a por el resto de los materiales y yo me encargo.

Caminó unos pasos, observado por ambas mujeres, y dejó el material en el suelo. Se sacudió el polvo de las manos en los pantalones y alargó la derecha hasta Rosario.

—Perdón, no he pasado muy buena noche y a última hora, con el primer canto del gallo, volví a dormirme. Mucho gusto en conocerla, doña Rosario. Abelino Montañez, para servirle —se presentó, sonriéndole mientras inclinaba la cabeza en una elegante reverencia y Clara lo observaba aguantándose la respiración y la risa al mismo tiempo.

Tenía nueva identidad, pero no se había parado a pensar en cómo se llamaba ahora. Abel… Abelino… no había terminado de hablarlo con él y se inquietó. Apenas lo conocía y ni siquiera sabía su nombre completo. Ni cuáles eran sus intenciones en realidad. El hombre era un gran interrogante que ahora se hallaba en medio de una delicada situación. Ella seguía con atención la reacción de Rosario, que parecía hipnotizada ante la figura del recién llegado.

—Muchacho, qué buena planta tienes —lo piropeó, haciendo gala del derecho y del atrevimiento que la edad le concedía—. ¿Y has venido solo?

—Sí. Ya le habrá comentado mi prima que estoy buscando trabajo. En realidad, mañana tengo que acercarme a uno de los telares de Olesa —mintió Abel, perfectamente camuflado tras su sonrisa—. Creo que tendré suerte. Y espero no causar molestias muchos días.

—Sí, eso me ha referido antes. No sé qué de la fábrica de cemento, ¿no? —interrogó mirando a ambos—. En fin. Y por quedarte no hay problema, ¿verdad, Clara? Total, sois familia y nadie tiene por qué meterse en lo que no le concierne. A ver si me explico. De hecho —prosiguió Rosario, ante el mutismo de ellos dos—, creo que lo mejor sería contratar a alguien para que nos hiciera el mantenimiento de la pensión. Es algo en lo que vengo pensando

estos días. Dos mujeres solas con tanto trabajo es un inconveniente, aunque mi chico nos eche una mano de vez en cuando.

—No, no, Rosario. Él solo ha venido hasta aquí porque tenía mis señas. Y está deseando trabajar en los telares. O en la fábrica de cemento, ¿a que sí? —apremió Clara dibujando en sus ojos, completamente abiertos, el interrogante y la contestación que Abel tenía que darle.

—Desde luego. Mi objetivo es un trabajo a turnos en el que pueda echar más horas que un reloj. Necesito el dinero para mandarlo al pueblo —afirmó, reforzando su respuesta ante la tranquilidad de Clara, que llevaba unos segundos a punto de un ataque de nervios.

—Piénsatelo bien, muchacho. Que, por otro lado, vaya momento has elegido para llegar. No cabe decir que de esto ni una palabra a nadie. Tu prima está muy bien considerada en esta villa desde que llegó y yo he estado cuidándola todo este tiempo. A ella y a Miguel, con todo mi cariño. Parecía un pajarillo asustado cuando la vi llegar con el pequeño y una maleta que pesaba más que ella. En fin, dejémonos de sentimentalismos y pongámonos manos a la obra.

—Clara siempre me habló muy bien de usted, no tenga cuidado. Y por lo demás —ladeó la cabeza hacia el socavón que había que tapar —, yo seré una tumba.

—Perfecto, no se hable más. Como te decía, desconocía que tuviera familia —retomó Rosario, redundando en la reserva permanente acerca de los orígenes de su futura socia—. Así es ella. Discreta como una muerta en lo referente a su pasado, claro. Y juiciosa, a veces hasta en demasía. Tu primo, su difunto…

—Rosario, algunas cartas nos hemos remitido en estos años. Contadas con los dedos de una mano, eso sí. Y nada más —la cortó Clara, incómoda por el cariz que iba tomando la conversación—. No paro de trabajar desde que llegué, usted lo sabe. Apenas tengo tiempo de contar nada, y menos ahora con tantas cosas en la cabeza.

Abel permanecía con los ojos clavados en ella, en sus labios, congelando la sonrisa al tiempo que rogaba porque la lista de razones no se hiciera más extensa. Querer tapar una mentira con tantas verdades inventadas no era la mejor respuesta y, por lo poco

que había podido darse cuenta, Rosario no era tan buena persona como quería aparentar. Algo le decía que no había que fiarse, aunque la situación no estaba para remilgos, pensó antes de disipar los prejuicios que iban formando la opinión sobre ella.

—Entonces —atajó Abel—, ¿cómo nos arreglamos con esto?, ¿me encargo yo y ustedes van a sus quehaceres? Creo que será lo mejor.

—Buena planta y resolutivo, así me gustan a mí los hombres —apuntó Rosario, dándole una palmada en el hombro—. Pues sí, yo tengo que acercarme a recoger unos encargos que vienen de Manresa si es que los civiles no los han requisado antes, que últimamente no hay forma de esquivarlos. Andan rabiosos porque no pueden embolsarse mucha cosa, y ya se sabe... hasta en el infierno hay que tener amigos —refirió la mujer sin recibir respuesta—. En un rato paso por aquí y espero que para entonces tengamos resuelto este entuerto. Ah —añadió—, y dile a tu hijo que se ande con más cuidado y que en boca cerrada no entran moscas. Esa parte de la historia me preocupa, y no en vano. Venga, hasta luego entonces. ¿Tú te quedas aquí? —preguntó Rosario a Clara.

—Sí, sí. Tengo que organizar algunas cajas con la ropa que ya he podido terminar de coser y ponerme con urgencia con la que queda.

—En cuanto empecemos con La Buena Estrella esto se acabó. No quiero que tengas la cabeza en tantos lados —dispuso Rosario antes de dar un portazo sin despedirse de Abel.

Pasaron unos segundos sin que ninguno de los dos, ni Clara ni su recién estrenado primo Abel, se atrevieran a decir nada. Y fue él quien al final tomó la palabra.

—¿Dejas que esa mujer te organice la vida de ese modo?

—¿Qué quieres decir?

—Que parece una sargenta. Y no me gusta. Muy pocas veces me falla esto —pronunció, señalándose la nariz—. Tengo buen olfato con las personas.

—¿Y qué sabrás tú de ella, ni de mí, si ni siquiera hemos vuelto a vernos desde hace siete años? Por cierto, ¿no habías cambiado de nombre? Yo estaba muy tranquila, ¿sabes? Hasta que has llegado tú. Y lamento ser tan franca.

—Lo siento. Hoy mismo me buscaré otro lugar en el que pasar la noche. Tengo entendido que en el balneario podrían ofrecerme habitación por unos días sin hacer demasiadas preguntas. Y yo me iré, no quiero causarte más problemas de los que ya tienes. Aunque eso de ahí —afirmó señalando hacia las escaleras— no haya sido cosa mía.

Clara escuchó sus palabras, pausadas y ciertas. Estaba confusa y no se atrevía a preguntarle cuál era la verdadera razón de su aparición.

—Lo sé, perdóname si he parecido desagradable. No puedo más —confesó abatida, llevándose las manos a la cara.

—Mi nombre real es Abelardo, y lo cambiaron por Abelino. Abelino Montañez, nacido, según mi nueva identidad, en un pueblecito de Granada. Mis padres fueron…

—No quiero saber más, de verdad. Montse debió decírmelo. No sé a qué viene tanto secreto ahora. Nuestra relación ha cambiado. Nos hemos ido distanciando durante estos años, pero me parece extraño que no me advirtiera de tu llegada. Improvisar que eres de mi familia es un riesgo, como no ignoras.

—Pues tu socia no piensa lo mismo —contestó Abel, soslayando la segunda parte de la pregunta—. Se ha quedado con las ganas de saber más, te lo garantizo. No estará de más que compartamos algunas cuestiones que en el momento menos pensado nos pondrían en un aprieto. Aunque bueno, quizá no haga falta. Y yo tampoco me acostumbro a ser otro, supongo que como tú al llegar aquí. Hay días que despierto pensando que alguien me está apuntando con un fusil, empapado en sudor y sin saber ni siquiera dónde estoy. En el monte vivía más tranquilo, te lo aseguro, pero las órdenes no las pongo yo —dejó caer, silenciando así su discurso.

—Nadie se acostumbra a las vidas ajenas, y menos si vives en una que no es la tuya. Ni al miedo. Ni a las mentiras. Miguel no sabe quién soy en realidad, y con eso estoy vetándole el derecho a conocer su propio origen. Me remueve la conciencia verlo crecer haciéndole creer que quien le ha dado los apellidos era un hombre del que solo conozco eso, el nombre. Es muy inteligente, ¿sabes? Y dice que quiere ser contable como su padre. Se me cae el alma a los

pies. Mientras fue pequeñito vivía tranquila, pero ahora va solo al colegio, habla con todo el mundo y en ocasiones más de lo que debe. Parece tener antenas dispuestas a retener todo lo que escucha, lee, ve… y no teme expresar sus ideas. Que vaya usted a saber de dónde saca tanta información este chiquillo, porque en la escuela prevalecen los rezos por encima de cualquier conocimiento. Bueno, sí lo sé, pero eso es otro cuento —se lamentó Clara, llevándose las manos a la cabeza—. Dime, ¿cómo podré explicarle que su padre trabajó la tierra hasta que fue fusilado por sus ideas? Equivocadas o no, pero suyas y libres. Que de eso quiero que conversemos en otro momento —se sinceró Clara, señalando a Abel —. Cómo decirle que sus abuelos, mis padres, eran un maestro de escuela y un ama de casa que bordaba como los ángeles. Y lo que más me sorprende es que algunas de sus reflexiones son un calco de las de Alberto. ¿Puedes creerlo? El sentido de la justicia, la bondad y la rebeldía juntas cuando cree en algo firmemente y lo lucha hasta la exasperación. Y la alegría. Esa euforia por todo lo que descubre y me cuenta al llegar a casa, por insignificante que sea. ¿Y lo de ayudar a los compañeros que van más atrasados con algunas tareas? Por lo visto, mi padre era así de pequeño. Y no sé por qué te cuento todo esto. Disculpa, pero hace mucho tiempo que no puedo hablar con franqueza con nadie. Ni siquiera con Montse, de la que hace meses que no sé nada. Quizá lo echaba de menos.

—Estoy aquí para escucharte. Y no te pese hablar conmigo. Yo tampoco tengo mucho bueno que contar de los últimos años. Más moral que victoria, como bien sabes. El idealismo está sobrevalorado y solo en algunos prevalece. No en mí después de la miseria en la que llevo viviendo desde que nos conocimos. Y ahora ya no valen las palabras. Hay que pasar a la acción, aunque algunos opinen que es demasiado tarde. La perpetuidad de esta dictadura tiene los días contados —concluyó con gesto amenazante.

Abel se dio cuenta de su reacción y quiso retroceder en sus palabras, que por primera vez fluían libres desde hacía mucho tiempo. Y observó en el rostro tenso de Clara el interrogante y el enfado, aunque ella prefirió no hurgar en la sospecha que sin duda estaría dibujándose en su imaginación. Aunque quisiera, no podía

avanzarse a lo acordado desde la célula a la que pertenecía. Tenía una misión, y pensaba cumplirla, aunque no debía poner en peligro a nadie que no fuera imprescindible. Y a pesar de que ella sí lo era, todavía no era el momento de desvelar los verdaderos propósitos que lo habían llevado hasta allí. Los ojos de Clara y su mirada inquisitoria esperaban una respuesta que no podía darle y buscó la forma de girar una conversación que tantas veces había imaginado en su cabeza.

—Espero que no estés metido en problemas —le advirtió ella—. Y si es así, prefiero no saber. Aunque no lo parezca, detrás de cada pared puede haber una traición. Y muchos viven de eso, de traicionar a cualquier precio. Aunque solo sea por un plato de garbanzos.

—Aquí la única que tiene tentáculos en todas partes parece ser Rosario —replicó Abel, esbozando una sonrisa forzada—. Pero cuéntame más de Miguel y de los razonamientos que te dejan sin palabras. Ya pinta maneras el muchacho —aseguró, afirmando con la cabeza.

—Algunos argumentos que ya empiezan a costarme un disgusto porque no tengo forma de rebatirlos más que imponiendo mi condición de madre. No sé, esto es un peso muy difícil de llevar, y tiene la edad que tiene. La pensión, algo que nunca se me pasó por la cabeza ni en mis mejores sueños, había abierto para mí muchas expectativas que no sé si podré cumplir para él. Y no dejan de aparecer contratiempos. Quiero hablar con Montserrat para ver si puedo llevarme a Miguel de aquí en los próximos meses. Tu aparición inesperada, tus propósitos…

—Entiendo que soy un problema.

—No, no es eso —se arrepintió Clara—. Tú eras un recuerdo hasta ahora. Y de pronto te has convertido en alguien de carne y hueso que me traslada hasta quien fui alguna vez. Estoy confusa y muy preocupada —añadió Clara, quebrándosele la voz—. No quiero que te vayas, podemos arreglarlo e incluso hacer caso a Rosario. Aquí no ganarás un jornal muy grande, pero estaba previsto en las cuentas incluir a alguien que fuera manteniendo las instalaciones, que haga los recados, que limpie… en fin, no sé.

Abel permanecía atento. Sus pulmones se llenaron de oxígeno al escucharla y sin pensárselo se acercó los pasos que los separaban, y la abrazó. Sus extremidades, tímidas al principio, recogieron poco a poco el cuerpo de ella, cobijándola en su regazo.

En silencio, Clara temblaba y lloraba al mismo tiempo, derramando a través de sus ojos la rabia y los nervios de tantas cosas que venían a su mente, veloces y atropelladas. Había olvidado la sensación del contacto tan cercano y cálido con un hombre. Solo permanecía en sus sueños, en aquellos abrazos prometidos que se habían esfumado como la niebla de la mañana, sin dejar rastro. Y sin darse cuenta, extendió sus brazos hacia Abel y lo apretó primero con recelo, para contenerlo después dentro del pequeño círculo que iba formando con su gesto. Sostuvo su fuerza y la liberó después, dejando que aquel momento íntimo la transportara al universo que solo existía en sus recuerdos.

Permanecieron unidos durante unos segundos en los que ambos, con los ojos cerrados, volvieron a ser reales.

—¿Quién eres? —preguntó Clara.

—Ya lo sabes —susurró él, embriagado por la fragancia que desprendían los mechones de cabello sobre los que había hundido su nariz, almacenando para siempre ese momento.

—Me refiero a ahora. ¿Quién eres ahora? —repitió ella, fijando la mirada en el rostro de Abel.

—Alguien que en este preciso momento se perdería en tus ojos para siempre.

El silencio, la aproximación, la leve presión de sus labios sellando un instante mágico que se rompió cuando el sonido de un timbre que el presente había convertido en lejano los sobresaltó. Alguien había entrado en la relojería.

—Abel, yo…

Él acercó los dedos a la boca de Clara, tapando lo que no quería escuchar.

—Por favor, no te disculpes, ni te arrepientas. Yo no lo haré nunca —afirmó Abel, deslizando la yema de los dedos por sus mejillas.

—No lo he hecho —respondió ella.

—Dime, ¿quién más sabe que estoy aquí?

—No lo sé, esta mañana he advertido a Miguel para que fuera discreto, ya sabes. Aunque es un niño, es consciente de lo delicado de esta situación. No hablará con nadie de tu presencia, puedes estar seguro.

—No temo tanto por Miguel como por Rosario. Está bien, voy a tapar ese agujero y en cuanto termine saldré hacia La Puda. Confío que pueda estar allí unos días mientras me pongo a trabajar en la cementera o en la fábrica de hilaturas. En ambos lugares tenemos contactos. Por fortuna, nuestra red es muy grande. Y si no hay suerte con eso, puede que me piense el ofrecimiento que me ha hecho tu vecina.

—¿Tenemos? —interrogó Clara, soltándose de entre los brazos de Abel—. No quiero saber, y te juro que si pones en riesgo a mi hijo… —le advirtió amenazante con el dedo índice oprimiendo el pecho del hombre.

—Sí quieres saber, reconócelo. Y te prometo que te lo contaré todo a su debido tiempo. Ahora atiende a tu visita.

—Está bien, está bien —repitió Clara, dirigiéndose a la tienda.

—Buenos días, señora Castelao, ya pensaba que no había nadie, aunque me extrañaba —saludó el hombre, mostrándole el reloj que llevaba entre las manos—. Le traigo este viejo ejemplar que al parecer ha decidido dejar de contar las horas —afirmó, refiriéndose al objeto—. Quizá sea la cuerda, pero estoy seguro de que usted, que es la experta, sabrá hacerme un buen diagnóstico.

Paralizada por la visita inesperada, Clara no lograba articular palabra. El hombre, que había dejado la pieza en el tapete de tela negra que había sobre el mostrador, esperó paciente una respuesta.

—Disculpe, no esperaba su visita, señor…

—Cotar, Federico Cotar. Perdone si la he sorprendido, pero viendo la persiana abierta imaginé que todavía dedica un tiempo a su oficio. En realidad, a uno de ellos. Porque es usted relojera, ¿verdad? Aunque también sé que tiene unas manos privilegiadas para la costura.

—Vaya, no sabía…

—Ya ve, esto es un pueblo pequeño y todo se acaba sabiendo. Espero que no le moleste.

—En absoluto —contestó Clara con cierta dificultad.

Sentía las mejillas ardiendo y seguir siendo observada por aquel hombre no la ayudaba a tranquilizarse. Carraspeó mal disimulando la perplejidad que las palabras de aquel elegante vecino de Olesa le habían causado. Desde el último encuentro que había tenido su hijo con uno de los más ilustres hacendados de la villa, no había dejado de pensar en él y en la insistencia de invitar a su pequeño a visitar su casa, una de las más grandes del pueblo. Su porte y su educación causaban en ella un escalofrío extraño, y no sabía por qué.

—Discúlpeme, estaba atareada con los encargos y las visitas aquí no son muy frecuentes, la verdad. Cierto, soy relojera entre otras cosas. En mi situación, todo es poco para salir adelante —expresó nerviosa lo primero que se le había ocurrido para salir al paso de aquella mirada fija que parecía congelada—. Déjeme ver, quizá sea más sencillo de lo que parece —afirmó, tomando el reloj entre las manos—. Si quiere esperar unos minutos, debo entrar al taller para echarle un vistazo. Y si tiene que hacer algún recado y prefiere volver luego…

—No tengo prisa. Mientras usted le echa un vistazo me entretendré admirando las piezas que hay detrás de estas vitrinas, y este magnífico reloj de péndulo. A pesar de lo antiguo de su apariencia se ve en perfecto estado. Por cierto, ¿está a la venta? —preguntó cuando Clara ya había entrado en el pequeño taller que utilizaba para analizar y reparar los pocos artículos que llegaban a sus manos.

—Es un regalo, y lo tengo aquí porque en casa ocupa mucho espacio —contestó ella desde el otro lado.

Su forma de hablar y la cadencia de sus palabras le otorgaban al olesano un halo de extrañeza que Clara no lograba identificar con ningún calificativo. Era fascista, se dijo mientras hacía palanca con un pequeño destornillador, aplicando una fuerza controlada ante la resistencia de la carcasa, que se negaba a ceder. Incluso siendo del bando que odiaba profundamente, se sorprendió pensando que quizá se había precipitado al negarle a Miguel la visita a su casa. Había que ser más listos, recordó en palabras de Rosario, porque las ideas eran una cosa y los intereses de cada quien otra bien distinta.

Y sonrió dándole la razón, aunque pocas veces aplaudiera la frivolidad con la que sobrellevaba las injusticias a las que ella misma había tenido que enfrentarse. Quizá fuera eso, afirmó con la cabeza mientras, en un descuido, terminó clavándose la punta del destornillador en la palma de la mano.

—¿Sucede algo? —interrogó Cotar, girando sobre el mostrador al escuchar el quejido de Clara

—No, no. No ha sido nada. Gajes del oficio, que diría mi difunto marido —se le ocurrió decir a Clara—. Ya salgo, un segundito. Parece que la pieza se resiste. Estos ejemplares están hechos a conciencia y no resultan muy fáciles de manipular —añadió saliendo al paso, enseñándole el reloj a su dueño—, pero no se preocupe que no ha sufrido desperfecto.

—Ya veo, aunque su mano parece que sí. Lo lamento, no pretendía causarle ningún contratiempo.

—No es nada, esto se arregla con un poco de agua —sonrió Clara mirándose la pequeña mancha de sangre que había causado el pinchazo.

—He pensado, señora Castelao, que volveré esta tarde. No hay prisa y quizá tenga otras cosas más importantes que hacer ahora. Escucho golpes ahí arriba —se refirió con el dedo, indicando hacia el otro lado de la casa.

—Se lo agradezco, don Federico —se apresuró a contestar ella, detrás del mostrador frotándose las manos con nerviosismo—. Está más estanco de lo que parecía en un primer momento y no querría estropear una pieza tan valiosa para usted, imagino.

—Así es —afirmó el hombre, sonriéndole a Clara—, de manera que, por la tarde, o mañana, según vaya de tiempo, vuelvo a por él. Tengo pendiente una visita al doctor en La Puda y no querría demorarme —añadió, sacando del bolsillo interior del chaleco otro reloj de cadena.

—Vaya, la hora siempre es importante, y veo que a usted no le falta —se atrevió a comentar Clara, ruborizada por la osadía.

—La hora es sagrada para mí. Odio llegar tarde a los sitios, así que ya me ve, soy un hombre precavido. Si me disculpa —quiso

despedirse, dando unos pasos hacia atrás antes de alcanzar con la mano la puerta de salida.

Clara permaneció inmóvil, paralizando las palabras que querían salir de su boca hasta que un pequeño impulso las hizo salir.

—Permítame —pronunció, sabiendo que ya no había marcha atrás en su propósito.

—Dígame —dijo Cotar dándose la vuelta.

—Mi hijo, que tiene poco de prudente y mucho de atrevido, insiste en que usted lo ha…

—Cierto —confirmó Cotar—. He observado que es un niño muy amigable y le he propuesto en alguna ocasión que venga a visitarnos. Mi hija estaría muy contenta de poder jugar con alguien que no fueran sus muñecas y sus recortables. Se aburre, y ya nada la consuela cuando tenemos que quedarnos aquí unos días, como es el caso de ahora. Siempre con su permiso, por supuesto. No querría interponerme en su decisión, Clara —se dirigió por su nombre de pila a la mujer—, pero sería un gran compañero de juegos de Beatriz. Ella es muy inteligente también y tiene mucha imaginación. Por otro lado, no le queda más remedio a la pobre.

—Me lo ha referido alguna vez, pero no consideraba oportuno…

Clara no había pasado por alto el detalle acerca de su hijo y su cuerpo se agitó incomodándola de nuevo.

—Tiene mi total garantía —apostilló Federico— de que lo cuidaremos como al mejor de los invitados. Dígale que venga a casa mañana, después del colegio. Se lo comentaré a Juana, para que prepare una buena merienda.

—Muchas gracias, se lo diré hoy mismo. No sabe lo contento que se pondrá.

—Gracias a usted —dijo el hombre, efectuando una pequeña reverencia que acompañó de una sonrisa liviana.

Clara se había estado informando entre algunas vecinas de la condición de la familia. Al parecer tenía una hija algo mayor que su pequeño, y si su propio padre había considerado la presencia de Miguel como algo positivo, por qué tenía que oponerse ella con tanto empeño a una merienda. La niña padecía una enfermedad en los huesos, aunque no había podido averiguar de qué se trataba. De

repente, había sentido curiosidad por conocer más, aunque sabía que no iba a ser fácil. No importaba, pensó Clara, con una idea en la cabeza. La figura de Federico Cotar se transformó en una posibilidad que Clara no se atrevía a dar por válida, aunque podía serlo. La familia, empresarios de varias generaciones, residía en Barcelona desde hacía unos años. Conocía por su socia que desde que quedara viudo, Cotar había ido espaciando sus visitas a la casa de Olesa. Solo permanecían en ella cuando iban a tomar las aguas sulfurosas del balneario y la niña era visitada por alguno de los especialistas que pasaban consulta allí, según le había contado Rosario en una de las ocasiones en las que la charla acompañada con el brandi le habían soltado la lengua más de lo habitual, que no era poco.

Rosario era charlatana, pero sabía guardar la ropa cuando convenía y ese parecía el caso. Y Clara, mucho más discreta que ella siempre, tenía por costumbre desde pequeña ejercitar el arte de observar y escuchar. Intuía cuándo su buena amiga prefería pasar de largo con algunos temas. Y la familia Cotar era uno de ellos. Nunca le había ofrecido muchos detalles de las actividades que habían llevado a Federico hasta una villa en la que desde hacía años no gustaba residir por mucho tiempo.

—Tendrá su reloj mañana sin falta.

—Perfecto. En cualquier caso, recuerde que me interesa la pieza que le comentaba, si es que se decide a ponerle un precio. Quedaría muy bien en mi despacho de Barcelona. Y espero que pronto puedan abrir su negocio. Le dará mucha vida a este pequeño pueblo.

—Sí, claro —fue lo único que se le ocurrió decir a Clara antes de que desapareciera de su vista.

Clara suspiró tranquila al verlo marchar. Su presencia era incómoda y extraña al mismo tiempo. Entró de nuevo en el taller, liberó la junta de la tapa y logró abrir el reloj. No entendía cómo le había costado tanto la primera vez. Revisó el mecanismo y a simple vista no parecía tener ningún desperfecto. Con sumo cuidado retiró algunas de las ruedas que componían su maquinaria y se aseguró de que todo estuviera correctamente colocado. Una pieza de esa calidad fallaba muy pocas veces, se dijo observando la herida que el punzón le había provocado. Tomó en sus manos un pequeño pincel y

con gran delicadeza barrió todo el mecanismo, cerciorándose de que nada estuviera impidiendo su funcionamiento. Giró con cautela varias veces la corona y al llegar a su fin observó cómo el engranaje retomaba de nuevo su movimiento. Aquella era una pieza perfecta en la que todas las partes volvían a encajar y solo necesitaba darle cuerda. Fue entonces cuando, confirmando sus sospechas de que aquella visita no era casual, una sensación desagradable la estremeció.

—Lobos con piel de cordero —oyó decir desde el marco de la puerta que conectaba a la otra parte de la vivienda.

Sobresaltada, Clara movió las manos y tuvo que hacer equilibrios para no dejar caer el reloj que todavía sostenía, a punto de cerrarlo.

—¡Pero, cómo! ¿Estabas espiándome? Casi tiro esto al suelo —le reprochó a Abel señalándole la pieza—, menuda desgracia hubiera sido en este momento. Lo que me faltaba. ¿Tú no tenías que estar arreglando aquello que nos urge? —preguntó molesta, sin querer extenderse en el detalle.

—No, mujer, es que he bajado a por agua para hacer la mezcla para los ladrillos y he escuchado su voz. Con ese reloj habría muchas familias que podrían subsistir un año entero. Qué ironía es la vida, ¿verdad? —reflexionó Abel en voz alta, no esperando respuesta alguna.

—Anda, déjate de filosofar tanto y date prisa o no estará seco para cuando vuelvan los albañiles. A ver qué mentira les contamos entonces.

—A sus órdenes —sonrió Abel, cuadrándose ante Clara como si fuera un soldado—. He entrado de nuevo, no sé por qué, quizá para despedirme. Aunque no lo parezca también me afecta un suceso tan cruel. He conocido otros casos, pero nunca como este. La guerra ha silenciado muchas voces tras los muros de las paredes. Lo dicho, he querido acercarme por última vez y he encontrado esto debajo de la cuna —añadió, alargándole un papel arrugado y amarillento doblado en varias partes.

En un gesto reflejo, Clara retiró la mano y la escondió tras su espalda. No quería saber nada de aquel trágico asunto, aunque Abel permanecía esperando, indiferente a su reacción, a que lo cogiera.

Viendo que no le iba a quedar otro remedio finalmente Clara accedió a aceptarlo.

—Mujer, que no muerde. Solo es un papel —la animó Abel.

—Qué gracioso eres —contestó la joven entre gestos de desagrado.

—¿No lo vas a abrir?

—¿Tú lo has hecho? —quiso saber ella, dubitativa ante la tentación y el respeto que le causaba conocer su contenido.

—¿Tú qué crees? —respondió Abel, elevando ambas cejas mientras no dejaba de mirarla—. En realidad no. He querido que fueras la primera en hacerlo.

—Tengo la sensación de estar profanando una tumba. Dios mío, qué mal me siento haciendo esto —se quejó ella, dejando el reloj de nuevo sobre la mesa para desplegar aquel pedazo de papel ambarino y frágil que parecía deshacerse entre los dedos.

Abel la observaba, esperando la reacción, y Clara parecía haber quedado hipnotizada mientras leía.

—¿Tampoco me vas a contar qué pone? —la apremió él, viendo que no lo hacía partícipe del contenido.

—Es que no lo sé. No lo entiendo muy bien. Solo palabras sueltas, parece una rima, y al final una dirección, pero hay algo más. Está escrita en catalán —señaló antes de devolvérselo a él—. Y aunque aquí entre las familias lo hablan en sus casas, no es bien considerado expresarlo en la calle. Una cosa más que nos ha traído esta paz hambrienta de venganza.

—Bueno, en estos años de nómada, y de dar tumbos de aquí para allá, he aprendido algo de vascuence, algo de gallego y algo de catalán también. Expresiones populares, refranes y poco más, pero déjame que pruebe a ver si soy capaz de leerlo. ¿No estabas buscando alguna pista? Pues aquí la tenemos. Quizá averigüemos quién es esa criatura y quiénes fueron sus padres.

—¿Yo? No, no. Yo no busco nada —negó Clara, llevándose las manos al pecho—. Y no sé si a partir de ahora podré conciliar el sueño, aunque no lo hago desde hace tiempo —precisó, dibujando un gesto de angustia en su rostro al recordar la escena que aparecía

en sus sueños de forma recurrente—. Quiero irme de aquí, pero todavía no es el momento.

—¿Ir a dónde?

—Qué sé yo —mintió ella, arrepentida de sus palabras. No había compartido sus intenciones con nadie hasta entonces.

No pareciéndole importar la respuesta de Clara, Abel permanecía concentrado en el raído manuscrito, leyéndolo una y otra vez, hasta que, con los ojos muy abiertos, se dirigió a la joven.

—Aquí dice: «Deberá ser entregada a la familia acordada. Procura que no enferme en el camino. Dios sabe que la quiero y con su partida se rompe para siempre mi corazón». O algo así. Como si fuera un paquete. Pobrecilla —se lamentó Abel ante el encargo que nunca se había llevado a cabo—. Después, en efecto, hay una dirección, aunque está muy borrosa y aquí no hay demasiada luz. Con los años que han pasado desde que ocurrió eso —señaló hacia arriba—, no será muy fácil localizar a quienes fueran a quedársela, pero puedo averiguarlo. ¿Quién vivía aquí antes que tú?

—No lo sé. Yo arrendé la casa con ayuda de Montse y por medio de Ramón, el marido de la verdadera propietaria de todo esto. Ramona, hija única de los antiguos dueños de la finca y heredera de varias propiedades, entre ellas esta. La pareja no ha tenido descendencia y él… bueno, tuvo una hija, pero nunca la ha reconocido. Vive en la ciudad. Otra desdichada historia en la que los hijos pagan las consecuencias de quienes los han concebido.

—¿Y todo esto? Sí que estás al corriente de los chismes —se burló Abel, provocándola.

—Pues quién va a ser, Rosario —aclaró ella—. Esa mujer es como un archivo histórico. Lo sabe todo, y conoce cada uno de los trapos sucios de las familias del pueblo.

—¿Entonces?

—Entonces ¿qué? —repitió Clara encogiéndose de hombros.

—Pues blanco y en botella. Ella debe conocer qué pasó aquí, me juego lo que quieras. El quién, el cómo y el cuándo.

—Esta mañana no me ha referido nada y si soy sincera tampoco me importa. Solo pienso en los años que me quedan de estar aquí. En cuanto ahorre lo suficiente me voy con Miguel a Barcelona —se

delató Clara, fruto de los nervios—. Montse nos acogería en su casa hasta que pudiera ganarme la vida y arrendar un piso en la ciudad. Lo estoy deseando —soltó sin pensárselo, desvelándole sus propósitos.

—No sé si eso será posible —aclaró el hombre.

—¿Por qué motivo? ¿Qué sabes y qué me estás ocultando? Al parecer ella sigue en contacto contigo y yo no la veo desde hace meses. En realidad, lo he pensado muchas veces, pero por una cosa o por otra no he dado el paso hasta hoy mismo. He mandado recado con Gustavo, el conductor de los coches que van cada día a Barcelona. Espero una respuesta a la propuesta que le he hecho. Y ya estoy hablando más de la cuenta, no sé qué me pasa contigo. Necesito contactar con ella cuanto antes.

El silencio alarmó a Clara, que buscaba en el gesto de Abel la respuesta que no salía de su boca.

—Dime qué pasa de una vez, te lo pido por favor, y deja de poner esa cara de incógnita. Desde que has llegado todo son malas noticias y misterios —lo acusó, presa de la rabia—. Está bien, no hace falta que me expliques nada de Montse, sus razones tendrá, igual que yo tengo más trabajo del que puedo abarcar y menos tiempo del que me gustaría. Anda, déjame acabar con esto y tú a lo tuyo, que es lo que hemos acordado.

—Montserrat está enferma —anunció Abel con voz grave—, tiene tuberculosis, o algo parecido. No he podido averiguar más de momento. Lo siento. Sé que la quieres como a una madre, ella misma me lo ha referido muchas veces.

La frase cayó sobre Clara como un jarro de agua fría. No entendía el alcance de la expresión y balbuceó algunas palabras antes de poderle preguntar:

—¿Qué quieres decir?

—No le queda mucho tiempo. Lleva varios meses yendo y viniendo al hospital, pero su mal no tiene cura. Siento ser yo quien te dé la triste noticia.

—¿Y cuándo ibas a contármelo? ¡Eh! —exclamó ella, empujándolo.

—No he encontrado el momento desde que llegué. Lo siento. Todo han sido imprevistos. No era consciente de la relación tan estrecha

que tienes con esa mujer. No he visto la ocasión adecuada para informarte, y no ha habido apenas un rato a solas para poder hablar con tranquilidad. De eso y de más cosas. Además, estás a punto de convertirte en propietaria de un negocio. No sabía cómo darte la noticia. Mis disculpas —añadió, intentando consolarla al ver cómo su cara se contraía.

—Pero ¿qué le ocurre? —lo apremió Clara, aguantando las ganas repentinas de gritar y de llorar.

—Empezó con unas molestias, provocadas a buen seguro por la escasez de alimentos durante los años que duró la guerra. Nunca la escuché quejarse, pero sé de buena tinta que ha pasado muchas penalidades. Podría resumirlo en hambre, debilitamiento y desnutrición. Ha ayudado a mucha gente durante todo el tiempo que duró la contienda y sigue haciéndolo, dando más de lo que su salud podía permitirle. Y al final se fijó en su pecho una tos que la ha acompañado desde que el dictador convirtió este país en una nueva España, regada de miseria, muerte y pensamiento único. Aunque esto último no sea tan cierto, para desgracia de falangistas y depredadores de la libertad.

—Todo eso ya lo sé. Lo que necesito es saber dónde está ella. Y si puedo ir a visitarla. No me perdonaría nunca que le pasara cualquier cosa y… Dios mío, qué fatalidad.

—Está en el hospital Nuestra Señora del Mar, según me dijo un conocido común. No sé si podrás verla.

—Pero cómo es posible, ¿acaso no se ha tratado durante este tiempo? Qué sé yo, hay algunas medicinas que pueden frenar y curar la maldita tos antes de llegar a ese extremo.

—Bueno, aquí de charla y no parece que vayamos a adelantar mucho, ¿verdad, muchacho? Eso de ahí arriba hay que arreglarlo cuanto antes. Los obreros vuelven pasado mañana y no quiero dar más explicaciones que las justas. ¿Y esas caras? Parece que he interrumpido en un funeral —soltó Rosario, mirándolos con interés.

—Una amiga común, que está en apuros —se adelantó a decir Abel, ante la mirada incriminatoria de Clara—. Pero no se preocupe por el arreglo. En un par de horas estará listo. Ya tengo los ladrillos, el cemento y el capazo. Había bajado a buscar un poco de agua para

la argamasa y una paleta. Espero que los albañiles no noten nada, porque eso se va a llevar un buen material.

—Espabilando, que es gerundio —lo apremió la mujer, haciéndose un hueco entre los dos para pasar—, y si dicen algo ya me encargaré yo de callarlos. Que más de un día trabajan lo justito. Y bien que se les paga en término.

—Rosario —la abordó Clara, cogiéndola del brazo.

—Dime, mujer. Que cada día estás más pálida. Te acuestas casi a la hora de levantarte. Qué ganas tengo de que puedas zanjar la dichosa costura y te dediques a lo que ahora nos apremia.

—Abel ha encontrado una nota escrita bajo la cunita del bebé. ¿No cree que tendríamos que hablar primero con Ramón, o con su mujer? ¿Y hasta vaciar ese hueco antes de que Abel vuela a cerrarlo? —preguntó Clara, casi implorándole.

—Mira, yo no soy quién para dar órdenes en tu vivienda —afirmó ante la cara de circunstancias que puso Abel sobre ese particular—, eso que quede bien claro, pero yo me cuestiono lo siguiente: si en el momento en que te rentaron la casa nadie tuvo el temor de encontrar lo que hemos descubierto, y tampoco durante las conversaciones que tuvimos con el matrimonio nadie puso en duda que esa parte de la casa pudiera reformarse, ¿por qué remover el pasado? Vamos, es lo que pienso. Esa criatura no es de nadie. Y tampoco adelantamos nada con sacar a la luz una historia pasada que Dios sabe hasta dónde llegaría si empezamos a tirar del hilo. Por cierto, ¿qué dice? Que ya me habéis puesto la intriga en el cuerpo.

—Parece que estaba allí para que alguien la recogiera y se la llevara a otra familia. Hay una dirección, pero está muy borrosa. No se entiende. Lo único que he podido leer es que su destino estaba en Barcelona. Algo debió de ocurrir…

—Si yo no digo que la pobre niña se mereciera esa horrible fatalidad, pero ya no podemos hacer nada —afirmó Rosario cruzándose de brazos.

—¿Ha dicho niña, Rosario? —interrogó Clara, observando con detenimiento las facciones de su socia.

—Ay, yo qué sé. He dicho niña como podía haber dicho niño. Será que me quedé con las ganas de tener una hembra.

Abel y Clara no se atrevían a mirarse, pero ambos habían activado en sus cabezas un interrogante que la viuda había sabido esquivar a la perfección.

—Por cierto —añadió la mujer—, me ha parecido ver a Federico salir de la relojería. ¿Qué se le ofrecía? Si no es mucho preguntar. ¿Te ha visto aquí? —dijo, dirigiéndose a Abel.

—Un reloj que no le iba bien —contestó Clara, suspirando mientras le mostraba la pequeña herida de su mano—. Y no, él estaba arriba, aunque se escuchaban ruidos y me ha preguntado. Tampoco creo que…

—Como si no hubiera relojerías en Barcelona. Estos ricos son caprichosos, y más curiosos de la cuenta. En fin, yo solo venía a decirte que la semana que viene empieza a llegarnos parte de los muebles, y los colchones. Por fin.

—Eso, que la voz va corriendo y esto está por acabar —respondió Clara, omitiendo a Rosario el interés que le había expresado el empresario por convidar a su hijo a merendar.

—Yo me voy a lo mío, que el tiempo apremia y quería acercarme esta tarde al balneario, a ver si tienen alojamiento para mí durante unos días —anunció Abel, dándose la vuelta.

—Os espero en casa a cenar, y hoy a dormir también. He arreglado la habitación de mi difunto hijo para que no tengas que andar de un lado a otro y puedas dormir en un colchón que, aunque un poco viejo, será más confortable que el suelo —le brindó a Abel.

—Se lo agradezco, Rosario, pero es que yo no quiero darle trabajo. Mi intención no es…

—Ya está, no se hable más. Me voy que tengo que ir a recoger unos encargos y ya me he entretenido bastante —se despidió la mujer sin dar opción a réplica.

Sus intenciones, mal disimuladas a ojos de quien estaba acostumbrado a ver más allá de las palabras, resultaban claras. Rosario era lista y no se le escapaba que entre aquellos dos había más de un fleco suelto que pensaba recoger. Además, tenía interés en conocer la historia de unos primos que parecían mirarse como otra cosa. El olfato y la vista pocas veces le fallaban y había observado cómo Abel miraba a Clara cuando esta hablaba.

7

La inauguración había sido un éxito, según la valoración de Rosario y todos los que se habían acercado a La Buena Estrella el día que había abierto sus puertas, sobre todo por el pequeño refrigerio que habían degustado sin coste alguno. No era frecuente y todos lo agradecían con gestos sonrientes y los carrillos llenos. A pesar de que las obras se habían retrasado unos meses sobre lo previsto, parecía que pocos huéspedes habían desestimado la reserva. Las anfitrionas atendían a los parroquianos, Miguel correteaba de un sitio a otro mostrando su cara de felicidad y Abel se mantenía en un segundo plano, observando discretamente a todos los presentes. Las mujeres, asesoradas siempre del buen criterio de Joan, el menor de Rosario, habían hecho números y muchas apuestas y, finalmente, Abel había terminado siendo el responsable del mantenimiento de la posada, aunque el sueldo no le iba a dar para vivir. Por suerte, Rosario había halagado sus virtudes en el pueblo y desde hacía unas semanas habían empezado a salirle algunos trabajos en las casas que podían costearse un gasto extra.

—Ha quedado estupenda. Quién lo iba a decir —se acercó Rosario hasta Abel con una copa de vino en la mano—. Venga, hombre, un brindis no le vendrá mal a ese cuerpo escurrido que Dios te ha dado. Cualquiera diría que te has pasado los últimos años corriendo por el monte.

—No soy mucho del morapio, doña Rosario, pero no se lo rechazaré —contestó Abel, alargando el brazo, conteniendo la rabia que le daba aquella mujer y los comentarios envenenados que no escatimaba en decir detrás de su desgastada sonrisa—. A ver si esta

noche puedo conciliar el sueño y dormir más de cinco horas seguidas —añadió el hombre, aceptándole la copa.

—Claro que sí, y haz el favor de no ponerme el «doña» delante, que ya hay confianza —lo animó la mujer, dándole un codazo de camaradería—. Aprovecha antes de que estos desgraciados acaben con el barril. Que parece que estaban secos como el esparto.

—Doña Rosario, perdón, Rosario —rectificó—, tengo una pregunta —la cortó, llevándosela a uno de los rincones de la recepción—. ¿Al final ha aclarado los hechos con la casera? Ya sabe a lo que me refiero.

—Y dale con lo mismo. Mira que sois pesados, ¿eh? —se quejó ella, refiriéndose en plural a Clara y a él—. Hoy no es día para hablar de esas cosas, muchacho. Pero sí, para que os quedéis más tranquilos. Tú y tu prima, que lleva unos días más nerviosa de lo normal y me tiene muy intrigada. Para mí que tiene alguna otra preocupación aparte. ¿Es así? —lo interrogó, depositando en él una mirada cómplice.

Rosario era incombustible, y también resbaladiza como una anguila, pensó Abel comprobando cómo le había dado la vuelta a su pregunta.

—No lo creo, pero hable con ella. Bastante tiene ya con la que se le viene encima. Por lo que la conozco, que tampoco es tanto, debe de estar pasando nervios desde hace mucho tiempo. Yo también la veo muy desmejorada. Creo que lo mejor será llevarla al médico una mañana que usted pueda quedarse a cargo de todo esto. Podría tener anemia —aprovechó Abel, urdiendo en su cabeza la forma de acompañarla a visitar a su amiga común, al parecer desahuciada por los médicos.

—¿Anemia? —repitió Rosario con gesto de preocupación—, lo que nos faltaba ahora —se lamentó, santiguándose de forma casi refleja y mirando al techo.

—Vaya, es una hipótesis mía. Al parecer de pequeña ya le ocurría alguna vez, según había referido mi primo, que en paz descanse, en ocasiones —mintió Abel, dándole veracidad a una teoría que acababa de inventarse.

—Está bien, pero esta semana está muy ajetreada y hay que poner orden en todo esto. Comidas, huéspedes, limpieza… ya sabes, cosa de mujeres. Podemos dejarlo para dentro de unos días, y si tú no puedes yo misma la acompañaré. ¿Acaso conoces algún matasanos en la capital? Te he visto muy resuelto. Aquí tenemos uno, pero bueno, sobre gustos no hay nada que objetar.

—Conocer, conocer, no muchos. Ya sabe, la salud también es para los ricos casi siempre.

—Ya veo que estáis muy entretenidos —los interrumpió Clara, señalando las copas de los contertulios—, y bien, ¿puedo añadirme a la conversación? Ser el centro de tantas miradas me incomoda.

—Claro que sí, niña —contestó Rosario—, pero mejor te dejo con tu primo y con sus planes, que acabo de ver a alguien a quien quiero saludar —se excusó la mujer dejándolos a solas.

—Esta socia tuya es una granada de mano —soltó Abel, resoplando tan pronto como se dio la vuelta—. No para de buscar caminos para averiguar de unos y de otros y nunca sabes cuándo va a soltar la bomba. En fin…

—¿Y cuál es el motivo de tu última sospecha? —suspiró Clara, pasándose la mano por la frente.

—Lo primero es que no me creo que haya hablado con los caseros. Aquello se tapó, ella se quedó la nota escrita y aquí paz y después gloria. Me pregunto cuál es su interés en mantener oculta la cuestión que casi da al traste con el negocio. La segunda es que no para de decirme que te ve meditabunda, nerviosa y qué sé yo cuántas cosas más. Lo cierto es que cada día te veo más pálida y hasta yo empiezo a cuestionarme tu salud.

—No le habrás dicho nada de Montserrat, ¿no?

—No, pero no pienses que podrás esconderlo mucho más tiempo. Ella tiene ojos en todas partes, ya lo sabes. Y los recados que te traes con Gustavo no tardarán en llegar a sus oídos. Su mujer está cortada por el mismo patrón que Rosario, que para eso tengo buen ojo. Esa vendería su alma al demonio si le pagara bien.

—Qué desconfiado eres. Siempre buscándole los tres pies al gato.

—No sé quién de los dos somos el mejor ejemplo.

—Tú tampoco eres un libro abierto que digamos. Y tu cabeza trama sin parar.

—La próxima semana, con la excusa de llevarte al médico, iremos juntos a visitar a Montse.

—Sí, te lo ruego. Necesito verla. Y se me parte el alma no poder ayudarla. Pronto me despediré de la casa donde llevan varios años encargándome la costura. No sé si tendré que arrepentirme de esta decisión —se lamentó Clara, ahogando un suspiro.

—Está bien, veremos qué podemos hacer. Aquí en este pueblo hay más jueces que partes, así que lo dicho. Ándate con ojo que toda precaución es poca.

—Mamá, mamá —se oyeron los gritos desde la calle—, mira quién ha venido a vernos —anunció Miguel, acompañado de una jovencita de cabellos largos y tez ambarina que parecía una muñeca de porcelana. La muchacha caminaba con dificultad y se apoyaba en el brazo de su padre.

—El que nos faltaba para el duro —farfulló Abel entre dientes, escondiendo el comentario mientras disimulaba quitarse una mancha del pantalón—. Ese tío me da mala espina, también te lo advierto. Aunque no es nada nuevo que los ricos siempre quieren algo cuando se acercan a los pobres.

—Vaya, parece que no dejarás títere con cabeza hoy —contestó Clara, disimulando una sonrisa—. ¿No hay nadie que te caiga bien o qué? —lo incitó, forzando complacencia ante los recién llegados mientras su hijo acompañaba el paso lento de su amiga.

Junto a los chicos se aproximaba Federico Cotar. Un personaje odiado y respetado a partes iguales por más de un lugareño. A su entrada se hizo un breve silencio y las miradas, unas de soslayo y otras sin remilgos, se fijaron en él. En su solemne presencia y en aquella bonachona y contrastada sonrisa con la que parecía querer atenuar la diferencia que había entre los de su clase y el pueblo llano.

—Todos tuyos. Yo me voy a visitar a un paisano —anunció Abel, llevándose las manos a los bolsillos.

—¿Un paisano? No me has dicho que conocieras aquí a nadie más. Y además me dejas sola.

—No te he dicho muchas cosas. Cuando estés preparada para saber… Te las arreglarás muy bien sin mí. Hasta luego —pronunció Abel a modo de despedida, dejando a Clara con la palabra en la boca.

—Muchacho, pero qué contento estás —se oyó decirle a Miguel antes de desaparecer de la escena.

—Hola, cariño. Hola, señorita Beatriz, ¿cómo se encuentra hoy?

—Muy bien, doña Clara. Muchas gracias por preguntar —sonrió la muchacha, apoyándose en una de las sillas que habían quedado libres.

—Siéntate, por favor. Ahora mismo te trae Miguel una taza de leche. Y llámame solo Clara, por favor.

—De acuerdo, pero lo de señorita también nos lo podemos ahorrar —acordó la niña, ante la mirada aprobatoria de su padre.

—¿Quieres unas galletas? Las ha hecho Rosario y están riquísimas, aunque tardará mucho en volver a conseguir tantos ingredientes. Hoy estamos de suerte, tenemos de todo, y espero que no se lo acaben estos invitados. Nunca había visto tanta gente junta en mi casa —se expresó Miguel, hablando de carrerilla y casi sin respirar.

Estaba pletórico y su relación con Beatriz había sido un soplo de oxígeno para el niño. Su madre lo miró muy fijamente, observando las muecas mal disimuladas de Cotar y su hija, que estaban a punto de echarse a reír por las ocurrencias siempre tan directas de Miguel. El empresario conocía las escaseces de aquellos tiempos para personas de clase humilde, y las artimañas que algunos se traían entre manos en el mercado de estraperlo. Pero aquel no era día para juzgar a nadie, pensó. Aquellas galletas no estaban hechas con cualquier harina y, aunque las almendras las daba la tierra, la exquisitez de los dulces hablaba por sí sola. Rosario era astuta como una raposa y sabía dónde encontrar lo mejor, al mejor precio, recordó en silencio. El precio habría sido el de siempre, se dijo.

—Hijo, por favor, tienes unas cosas —se le ocurrió decirle Clara a su hijo, que por la cara con la que lo miraba supo que había hablado más de la cuenta—. ¿Un vino, Federico?

—Muy agradecido, aunque solo será para brindar por el éxito del negocio. ¿Ya tienen todas las habitaciones reservadas? ¿También las

que han reformado exprofeso en la planta de arriba? Había venido a visitar a sus propietarios alguna vez de joven y recuerdo que no era un lugar muy espacioso. Ramón y Ramona todavía no festejaban.

—En realidad sí, aunque las de arriba serán las últimas en ocuparse. Esto ya está aquí, quién lo iba a decir con tantos imprevistos. Tenemos ganas de recibir a nuestros primeros huéspedes, pero hemos preferido dejar el fin de semana tranquilo para ultimar algunas cosas. Ya sabe, siempre falta algo.

Clara sintió un calambre en el cerebro. Una alarma que identificaba directamente con el suceso de la cámara tras la pared, que habían dado por concluido y, durante unos segundos, temió que Federico pudiera leerle la mente. Tras su educada apariencia y la respetuosa sonrisa que siempre le regalaba, aquel hombre conseguía ponerla nerviosa.

—Pues de eso mismo quería yo hablarle. Del fin de semana —retomó Cotar.

Una nueva incógnita, pensó Clara esperando alguna aclaración. Aunque en los últimos meses había accedido a que su hijo hiciera algunas visitas a Beatriz, estaba siempre atenta e interrogaba al pequeño con decenas de preguntas, además de aleccionarlo en todas las ocasiones que se dirigía a la casa de los Cotar. Miguel se sabía de memoria las advertencias de su madre y no por eso paraba ella de recordárselas. En su fuero interno había establecido una especie de plan. Algo que solo estaba en su mente e iba elaborando a fuego lento. Su única intención era que el muchacho tuviera otras oportunidades que a muchos, señalados o no por el régimen, les estarían vetadas de por vida. Y quizá el vínculo que estaba tejiendo el muchacho se vislumbraba como una posibilidad remota.

—¿Y eso? —salió Clara al paso, disimulando el sudor de sus manos que fregaba en los pliegues de la falda.

—Como sabe, Beatriz y Miguel han hecho muy buenas migas. Nosotros hemos llegado esta semana para su tratamiento mensual y nos vamos mañana temprano. Tenemos otra visita al especialista el próximo lunes, esta vez en la ciudad. Un tanto engorroso todo, ya ve, pero qué no se hace por los hijos. A lo que iba —continuó Cotar —, el caso es que nos gustaría invitar a Miguel a pasar dos días con

nosotros. Al parecer mi hija le ha hablado del zoológico y el muchacho está entusiasmado. Además, la biblioteca que tenemos aquí parece que se les ha quedado pequeña. ¿Qué me dice?

Clara lo había escuchado con atención, valorando la conveniencia de separarse de Miguel más tiempo de lo que lo había hecho nunca. De pronto vio en aquella eventualidad una posibilidad que esperaba desde hacía semanas. Estaba deseosa de visitar a Montserrat y aquella podía ser la ocasión perfecta para no tener que dar explicaciones a casi nadie, aunque Rosario querría saber el motivo de su ausencia. Su cabeza iba elucubrando hasta que se dio cuenta de la mirada atenta del empresario, que esperaba paciente una respuesta.

—Perdone, es que se me ha ido el santo al cielo, con tantas cosas en lo que pensar —se excusó, un tanto avergonzada—. No sé qué decirle, y no querría abusar de la confianza. Que los chiquillos pasen un rato de juego de vez en cuando es una cosa, pero…

—Estarán atendidos como se merece, por eso no sufra —añadió Federico, desviando los ojos hacia Miguel, que se había colocado detrás de su madre sin que esta se diera cuenta.

—¿Me dejarás ir, mamá? —imploró abrazándola por la espalda, ante la sorpresa de Clara—. Beatriz me ha dicho que hay muchísimos animales que yo solo he visto en algún libro. Y que tiene varias colecciones de novelas de aventuras que ocurren en países exóticos —suspiró Miguel, elevando las cejas y sin soltar a su madre.

—Hijo, sabes que no está bien entrometerse en la conversación de los mayores —lo reprendió, girándolo hacia ella.

—¿Ni siquiera cuando hablan de mí?

Cotar no pudo evitar una carcajada con la que dejaba ver la nívea dentadura que habitaba en su boca, además de una pieza molar de oro que lucía por encima de las demás. Ante la sorpresa de madre e hijo, que nunca lo habían visto tan expresivo, no tuvieron más remedio que sumarse a las risas. Clara sonrió y a pesar de sus miedos y el recelo que le causaba dejar solo a Miguel con una familia tan distinta a ellos, accedió con el gesto. El chiquillo volvió a abrazarla con todas sus fuerzas y al soltarla fue corriendo hacia su amiga.

—Este niño es de lo que no hay —comentó el hombre, llevándose las manos a las solapas de su chaqueta—, estará usted entretenida.

—No lo sabe bien —afirmó Clara, un tanto avergonzada—. En fin, tendré que prepararle algunas cosas para el viaje.

—He pensado, si a usted no le parece mal, que vamos a regalarle a Miguel para su cumpleaños algo de ropa. No hace falta que le haga mucho equipaje.

De repente, el gesto de Clara se ensombreció. No sabía cómo reaccionar ante una propuesta del todo inesperada. ¿Estaba insinuando aquel ricachón que su hijo iba mal vestido? ¿Su cumpleaños? Todavía faltaban unos meses para que Miguel cumpliera los ocho años. Viendo la contrariedad en su cara, Cotar se apresuró a aclararle:

—Si no lo cree conveniente, le quitaré la idea de la cabeza a mi hija. Como hablan de todo un poco, que no vaya a creerse que están leyendo todas las horas que pasan juntos, Beatriz y él charlaban la otra tarde de moda. Imagínese lo interesado que podía mostrarse su hijo —dijo Federico poniendo los ojos en blanco—. Y el muchacho aguantó estoicamente toda la información que ella le proporcionó. Es una entusiasta de las revistas francesas, aunque ahora escaseen. Como le decía, al parecer ella fue la que le propuso a Miguel regalarle algunas prendas que se llevan ahora. Sé que su hijo se negó al principio, pero ella es tan testaruda como su madre, que en paz descanse, e insistió tanto que al final su muchacho accedió. De ahí lo que le comentaba. Nos acercaremos mañana a primera hora al establecimiento habitual en el que encargamos nuestro vestuario. La modista en la que siempre hemos confiado nuestras mejores prendas está delicada de salud. Una lástima —se lamentó el hombre —. Y luego les prepararán un cesto con comida y pasarán el día entre leones y monos. Antonia, mi asistenta de mayor confianza, se ocupará de ellos. Yo tengo varias reuniones que no puedo posponer y ella se hace enseguida con los niños.

—No sé qué decirle. La verdad es que estoy un poco fuera de lugar. No esperaba este cambio de planes —afirmó Clara, calibrando todas las posibilidades que bailaban en su cabeza, confusas—. Lo cierto es que yo misma podría irlo a buscar el domingo por la tarde,

después del almuerzo. Donde usted me indique. De ese modo no tienen que volver a traerlo.

—No es ninguna molestia, se lo aseguro —manifestó el hombre.

—Insisto —se reiteró Clara—. Además, aprovecharé para visitar a una conocida que también cose y hace mucho tiempo que no veo. Con tanto trabajo, hasta las pocas amistades que tengo voy a perder.

—La entiendo. Como prefiera.

El hombre sacó del interior de su americana una pequeña libreta y un bolígrafo. Elevó la vista, buscando dónde apoyarse y se acercó hasta la recepción de la pensión. Con parsimonia y una letra de caligrafía casi artística, anotó las señas y le entregó el papel a Clara, que lo recogió esbozando una sonrisa que solo escondía los nervios que la mantenían abrumada. No le había pasado desapercibido el comentario acerca de la modista y no podía permitirse barajar todas las posibilidades que se enredaban en su pensamiento en ese instante. Muchas casualidades juntas, se cuestionó. Quizá era ella, Montse, la que trabajaba para la familia con la que, a través de su hijo, estaba estrechando una peculiar relación. Más allá de las preocupaciones que iban sumándose a las que ya tenía, Clara necesitaba pensar, y eso solo podría hacerlo cuando los parroquianos, que no se despegaban de los platos, tuvieran a bien marcharse a su casa.

—Muchas gracias —pronunció Clara, recogiendo la nota de Federico—. Espero que el coche de línea sea puntual.

—Insisto —aclaró Cotar—, le he anotado también un número de teléfono al que puede llamar si, por cualquier imprevisto, no puede venir a buscar a Miguel. O por si quiere saludarlo. Entiendo que no suelen separarse muy a menudo. Lo he visto en cómo se tratan.

Durante unos segundos ambos sostuvieron la mirada, escrutando en ese gesto un recelo, una sensación extraña que de algún modo parecía conectarlos.

—¡Mamá, mamá!

—¿Y ahora qué pasa? —se giró Clara, elevando los brazos ante la agitada expresión de su hijo—. ¿Es que no puedes hablar sin asustar a la gente?

—Voy a ir con Beatriz a su casa un ratito. Una partida al ajedrez y vuelvo.

—De eso nada —protestó su madre, cuadrando las manos sobre las caderas—. ¿No te parece que estás abusando de la confianza?

—No sé —contestó el niño, encogiéndose de hombros—. Está bien, media hora y lo que nos dé tiempo a jugar. Mañana seguiremos en su casa de Barcelona, después de visitar el zoológico.

—Mira, porque es el día que es y tengo demasiadas cosas que dejar preparadas para mañana, entre otras tu bolsa de viaje, que si no… Anda, ve con ella y en media hora te quiero aquí, puntual como un reloj.

Miguel abrazó a su madre, le dio dos besos y salió corriendo hacia su amiga, que lo esperaba en la puerta.

Clara era una mujer adulta y curtida por los años, a la fuerza. Empujada por un destino que poco podía imaginarse desde la comodidad de una vida casi olvidada. Poco amante de acercamientos estrechos y confidencias; y de ser el centro de atención desde que enviudara. Porque así se sintió antes de serlo oficialmente en su nueva cédula de identidad. Nunca había destacado por su impronta. Más bien lo contrario. Sin embargo, la vida la iba llevando hacia un camino muy distinto del que había soñado cuando, entre los abrazos prometidos de su amado Alberto, habían soñado con castillos en el aire que se habían derrumbado antes de sentar ni siquiera los cimientos. Aquellos abrazos desdibujados en la neblina de sus recuerdos que apenas retenía en su memoria. Y en el afán de querer pasar los años entre sábanas remendadas y viejas piezas de relojería, que la mantenían unida a los suyos, no había sido consciente de que ya no era la misma. Poco a poco iban quedando atrás los viejos propósitos, tantas veces trazados, que ahora se materializaban en nuevos caminos que nunca se había imaginado. Los pocos años que le quedaban a Miguel para dejar de ser un niño; un negocio que la unía a Rosario; la aparición de Abel y la extraña amistad que, como la fina tela de una araña, se iba tejiendo con Federico.

Suspiró ante la expresión condescendiente del hombre y guardó la nota entre sus manos, doblada, complaciéndolo antes de que se

despidiera de ella y se marchara.

—¿Crees que te conviene acercarte tanto a esta gente? —escuchó tras ella.

Clara se asustó. Permanecía concentrada en sus pensamientos y no había visto llegar a Abel. Se giró hacia él y lo examinó de arriba abajo.

—No creo que sea de tu incumbencia opinar sobre a quién me acerco o a quién no. ¿Se puede saber de dónde sales? —replicó Clara, viendo la cara de Abel perlada por el sudor, y la camisa pegada a su cuerpo.

—Aquí no puedo explicártelo —le susurró, limpiándose la frente con las manos—. Otro camarada más ha caído —pronunció, aminorando el volumen de su voz—. Esto no va a terminar nunca hasta que… —masculló entre dientes.

—¿Se puede saber de qué hablas? —preguntó ella, arrimándose a su cara—. Ni una palabra más, y menos aquí —exigió, tensando los músculos del rostro.

—Ya lo sé. Subo a la primera planta. Voy a lavarme un poco y a cambiarme de ropa y luego hablamos. A ver si se van de una vez estos buitres.

Abel estaba de mal humor, y pocas veces hablaba en los términos en los que se había dirigido a Clara. Desde su llegada, lograba mantenerla en ese estadio de tensión permanente más veces de las que ella habría querido. Y nunca se lo había dicho, pero su aparición había sido un soplo de oxígeno que no pensaba reconocerle a pesar del hormigueo que le producía tenerlo cerca; entrando y saliendo mientras terminaba de arreglar aquello que los obreros habían dejado pendiente; compartiendo con Miguel algunos momentos cómplices en los que parecían conocerse desde siempre.

Clara se había resistido a preguntarle por sus ausencias inesperadas en las últimas semanas, incluso sabiendo que tenía otros trabajos además del que desempeñaba en la pensión; por sus idas y venidas sin explicación alguna y por el cambio de humor que en ocasiones le detectaba, aunque él quisiera disimularlo. No hablaban de eso, y lo prefería, aunque desde que supiera de la enfermedad de Montserrat algo se había despertado en su interior.

El embrión de una conciencia que había permanecido dormida desde su llegada a Olesa de Montserrat. Nada más lejos de su pensamiento se hallaba el hecho de formar parte de los grupos de apoyo que existían para dar cobijo a los represaliados por la guerra; a las viudas señaladas; a las voluntarias que visitaban a las familias, propias y ajenas, en las cárceles donde moraban tantos que, al contrario que ella y su hijo, habían corrido peor suerte.

Presa de la rabia y la curiosidad, comprobó que no estaban allí ni Rosario ni Joan, el hijo de esta. Aunque casi habían terminado con todo lo que había en las bandejas, todavía quedaban algunos vecinos que aprovechaban el rato charlando en corrillos. Después de ver marchar a algunas de las mujeres de los civiles y los somatenes, no había «moros en la costa», como solía decirse y comentaban en su idioma nativo, el catalán, criticando la ola de forasteros que empezaban a llegar al extrarradio de las ciudades, y la circulación de la mano de obra, movida por el trabajo en las fábricas y un jornal digno. Algunos de los presentes ni siquiera habían visto con buenos ojos que su pueblo fuera a convertirse en fonda de nuevas llegadas de castellanos, arrastrados por los cabeza de familia que se adelantaban, hospedándose en lugares como La Buena Estrella. Clara lo sabía y no opinaba, ya que ella misma era una de esas forasteras a las que algunos parroquianos se referían. Durante las reformas de la casa para la puesta en marcha del negocio, Clara había tenido que templar el ánimo de Rosario, que en pocas ocasiones perdía la paciencia si entre medio terciaban las pesetas. Ahora ya estaba todo listo para empezar y solo quedaba despedir con buenas formas a los rezagados que parecían no quererse marchar nunca.

Pasó por delante de ellos varias veces, apilando platos, arrugando servilletas y recogiendo del suelo todo aquello que encontraba. Esperó unos minutos con la esperanza de que en sus movimientos, un poco exagerados entre las mesas, los que se hacían los remolones se dieran por aludidos y decidieran marcharse. Abel había subido y en cuanto pudiera cerrar tendrían que hablar.

—Clara, ¿quieres que te ayudemos con todo esto? —se ofreció una de las vecinas.

—No es necesario, Paquita. Muchas gracias por haber venido, de verdad.

—No hay de qué —contestó la mujer—; además, todo estaba riquísimo. Un festín. Cómo se nota la mano de la Rosario en todo esto —remarcó, guiñándole el ojo—. Lo que no consiga esta mujer no lo logra nadie —remató la parroquiana, pareciendo que no iba a terminar nunca.

—Unos crían la fama y otros escardan la lana, señora Paquita —soltó Clara, un poco harta de escuchar lo mismo siempre, sabiendo que la misma que ahora señalaba a su socia también hacía sus méritos en el mercado del estraperlo.

—*Ja marxem, maca* —pronunció Paquita por fin, arrastrando con ella a los pocos que todavía quedaban.

—Buenas noches a todos. Y no se olviden de hablarles a sus conocidos de La Buena Estrella y a todos quienes quieran. Nuestras puertas estarán abiertas el próximo lunes.

Tras la tan estirada despedida, Clara suspiró tranquila y se aligeró en terminar de recoger los restos de la inauguración. De repente se sentía agotada. Abel no había vuelto a bajar y, después de dejarlo todo ordenado y cerrar la puerta principal, se dispuso a subir hasta la pequeña habitación que habían habilitado para el responsable de mantenimiento, un rincón desaprovechado que Rosario se había empeñado en arreglar para él pese a las reticencias de Abel. No quería deberle nada a aquella mujer que unos días lo miraba con ojos acechantes y otros lo hacía de un modo que prefería no descifrar. Rosario seguía viva por dentro y tras el luto y sus maneras se escondían los anhelos de cualquier fémina por tener un hombre cerca.

Parada delante de la puerta, Clara afinó el oído comprobando que no se escuchaba nada. Respiró varias veces, llenando sus pulmones de aire, y tamborileó la madera con los nudillos. Se hizo a un lado al verlo aparecer. Se había cambiado de ropa, llevaba un cigarrillo entre los labios y el cabello despeinado. Con la cabeza gacha, Abel se apartó y la invitó a pasar.

—No tengo mucho tiempo —le advirtió ella.

—Para algunos ya no habrá más tiempo, así que no tendrías que quejarte tanto.

—Mira, yo no sé qué está pasando, y tampoco tengo claro si quiero saberlo, de verdad.

—Tú siempre tan discreta, tan abnegada y tan trabajadora. Mirando hacia otro lado cuando los de tu clase siguen pudriéndose en las cárceles a la espera de que los maten.

—¿Y tú? Abanderado de las causas perdidas. ¿O es que no sabes cómo está el panorama ahí fuera? Yo no soy tonta, por si no te has dado cuenta. Y si no quiero entrar en vuestro juego no es por mí, es por mi hijo. Es lo único que tengo en este mundo, ¿me oyes? ¡Qué sabrás tú lo que es eso!

—Pues a ese hijo que tanto quieres no le haces ningún favor dejándolo mezclarse con los opresores. ¿Sabías que Cotar ha firmado en los últimos años más condenas de muerte que pelos tiene en la cabeza? Pues sí, para que te enteres —reiteró con rabia —. Miguel es muy listo, claro, pero es un niño fascinado que está viendo cómo viven los ricos, y puede que acabe gustándole. Además, que no se te olvide que nosotros estamos al otro lado y, más allá de ser invisibles, somos una diana sobre la que disparan una y otra vez con la esperanza de exterminarnos. Pero no lo lograrán.

Los ojos de Clara parecían querer salirse de las cuencas y, sin embargo, era incapaz de articular palabra. Boqueaba sin saber qué decir ante aquellas amenazas que sentía en la voz de Abel como puñales clavándose en su corazón. Él se sentó en la única silla que había en aquel improvisado dormitorio y le dio una tregua, aunque no estaba arrepentido de mostrar, por una vez, un ápice de quién era en realidad después de tantos años de lucha y derrota. La rabia se había apoderado de él una vez más. Alargó la mano y cerró el ventanuco, para asegurarse de no ser escuchados. Se mantuvo en silencio durante unos segundos en los que Clara se debatía entre salir corriendo o seguir escuchándolo.

—Mientras los vecinos se comían tus galletas, esta tarde han apresado a Tonet. Se lo han llevado al cuartelillo de Abrera —soltó Abel—. Y ya sabemos todos cómo acabará eso.

Al pronunciar su nombre, Clara sintió que se desvanecía. No conseguía mantenerse en pie y, agarrándose a la cabecera de la cama, se sentó en una esquina del viejo colchón. Se llevó las manos a la cara y quería llorar, pero las lágrimas no acudían a sus ojos. Como pudo, preguntó:

—¿Tonet? Pero si solo es un niño… ¿Es que han vuelto él y su madre otra vez? Pero si…

—Me estoy refiriendo al padre. Su mujer y el chiquillo están seguros, al menos de momento. Ya tienen una cédula de identidad nueva y en cuanto haya ocasión cruzarán la frontera. En unos días pensábamos organizar la huida de Antonio, pero hemos llegado tarde. Pobre hombre. Estaba consumido por la pena y su cuerpo parecía un saco de huesos. No hay derecho —se lamentó con voz amarga.

—Yo hice todo lo posible —se delató Clara, tapándose la boca con las manos.

—Lo sé, pero nunca parece suficiente. Esas ratas sarnosas siempre tienen quien les informe.

—¿Lo sabías? —se sorprendió Clara, levantándose de nuevo—. Yo pensé que…

Sus palabras iban ahogándose cuando Abel apagó su cigarrillo, se puso de pie y se adelantó hasta ella, a pocos centímetros de donde estaba. Los ojos de ambos se alinearon, y el silencio volvió a hacerse un hueco entre ellos hasta que Clara sintió las manos de él sobre sus caderas, obligándola a acercarse hasta juntar sus cuerpos.

—Lo sé todo sobre ti. Desde el mismo día en que te vi con Alberto en la primera asamblea a la que te llevó. Tu mirada era la de un animalillo asustado y a pesar de no entender qué hacías allí, supiste estar. Admiré tu elegancia, tu manera de caminar, tu sonrisa y tu forma discreta de pasar las tardes entre nosotros como si fueras una más. Y no lo eras. Por lo menos no me parecía que comulgaras con la revolución tal y como nosotros la entendimos desde el primer momento.

—¿Y eso qué quiere decir?

Abel no contestó. Se precipitó sobre los labios de Clara y la besó con urgencia, arriesgándose como nunca lo había hecho desde que

aquella mujer se fijara en su cuerpo como un clavo ardiente lo hace en la madera seca. Durante unos instantes ella hizo ademán de resistirse a la proximidad y el ímpetu con el que él permanecía buscando su lengua. Y sin saber ni el cómo ni el porqué, buscó con los brazos el contorno de su espalda. Una espalda ancha y dura que abarcó fuertemente, abriendo su boca para recibirlo.

—¡Mamá, mamá! —escucharon las voces de Miguel subiendo la escalera—. ¿Dónde estás? Mira, traigo una maleta que me ha regalado Beatriz.

Abel y Clara se separaron de golpe, asustados por la inminente llegada del chiquillo. Al verlos, frenó en seco y los observó detenidamente, primero a Abel y luego a su madre, que sostenía la mirada en el objeto que su hijo traía entre las manos.

—¿No habías cerrado la puerta? —preguntó Abel, dirigiéndose a Clara.

—Parece que no —contestó ella, ruborizada.

—Mira, mamá, ¿no es bonita? Aquí me cabrán las pocas cosas que me lleve —mostró Miguel, acercándole el regalo de su generosa amiga y ajeno a la tensión que ambos adultos desprendían de sus cuerpos.

—Mucho, aunque no sé si es correcto que la aceptes. No me gusta que sean tan generosos con nosotros.

—¿Y por qué no? Ella tiene muchas, y no le importa quedarse con una menos. Vamos —la apremió el niño—, quiero dejar las cosas preparadas para mañana antes de acostarme. Me duele un poco la barriga —añadió, agarrándose el vientre con una mano.

—No me extraña, chaval. Te has puesto hasta arriba de pastas, que te he estado observando —sonrió Abel, aliviando la tirantez que compartía con Clara—. Si quieres yo te ayudo. Que seguro que tu madre tiene todavía muchas cosas que hacer —se brindó.

—De eso nada —replicó ella—, esto es cosa de mi hijo y mía. Tú debes de estar muy cansado. Te aviso cuando estemos listos. Te prepararé algo para cenar. Luego nos marcharemos a dormir a casa de Rosario. De lo contrario capaz es de venirnos a buscar.

—Está bien. Yo me quedo aquí revisando algunas cosas. Luego hablamos.

—Había un poco de revuelo en el pueblo —dejó caer Miguel, de forma inocente—. Algo debe haber ocurrido esta tarde porque se oían cosas en la plaza de las Fuentes mientras jugaba con Beatriz en el patio de atrás.

Abel y Clara se miraron sin terciar palabra. Ambos sabían a qué se estaba refiriendo el niño e hicieron oídos sordos. Ella no podía permitirse más angustia. Tenía que ir a ver a Montse como fuera y solo disponía de unas pocas horas para organizarse. Estaba agotada y confusa. El beso de Abel había despertado en ella sensaciones encontradas y se debatía entre la culpa y el deseo de volver a ser amada.

—¿Y qué cosas eran esas? —se aventuró a preguntar.

—¡Ya basta! —se enfrentó Clara a Abel—. ¿No sabes cuándo es la hora de dejar los asuntos como están o qué?

—Seguro que Rosario lo sabe, porque se entera de todo —contestó el niño, extremando el tono de sus palabras—. Y si no es ella será alguno de mis compañeros del colegio, que también tienen oídos en todas partes. Son más curiosos de la cuenta, creo yo, y prefieren estar en la calle todo el día. Algunos ni saben sumar, pero los cotilleos los conocen todos. ¿Vamos al dormitorio, mamá? —apremió Miguel, estirando del brazo de su madre.

—No te preocupes, muchacho. Tarde o temprano todo se sabe. No quiero entreteneros más. Pásalo bien y disfruta todo lo que puedas de tu aventura.

—Muchas gracias, Abel —respondió Miguel, acercándose al hombre para abrazarlo—. Ojalá fueras mi padre —soltó de repente, ante la sorpresa de los dos adultos—. Al mío no lo conocí, así que no puedo opinar, y como mi madre no me cuenta apenas nada... Tú me caes bien —añadió antes de agarrar con ambas manos su maleta y salir escaleras abajo.

Sin despedirse y sin saber qué decir ante tan grandes palabras, nacidas del sentimiento puro de un niño, Clara se giró y siguió los pasos de su hijo. Tenía que dejarlo todo listo y su socia los esperaba. Su cuerpo, todavía agitado por aquel beso inesperado, había despertado a una emoción olvidada que nunca había pensado recobrar.

—Clara —escuchó tras ella, junto a una mano que se asía a su muñeca—, siento lo ocurrido.

Ella se dio la vuelta, evitando su mirada para encararse a él. Respiró hasta llenar sus pulmones de aire y contestó:

—Yo también. Tenemos derecho a ser libres de pensamiento y también a vivir en paz sin renunciar a lo que un día fuimos. No he ayudado apenas desde mi llegada aquí, pero quién sabe… nunca es tarde.

—No me refería a Tonet. Siento haberme comportado…

Clara se acercó a él y tapó su boca con la mano. Dibujó una sonrisa que quiso regalarle junto a un gesto que no necesitaba más. Ni siquiera sabía cómo había reaccionado así, reflexionó ella. Su gesto había nacido de dentro.

—Tienes que acompañarme a Barcelona el domingo. No quiero ir sola, así que apáñatelas como puedas. Yo me encargaré de hablar con Gustavo, a ver si él puede hacernos el favor.

8

—Date prisa, o llegaremos tarde —habló Clara, apremiándolo desde la cocina y bebiéndose el último sorbo de un café que paladeaba cerrando los ojos—. Estos de Manresa le cobran a Rosario un pico, pero qué rico sabe —dijo en voz alta, escondiendo en el fondo del armario más elevado la lata en la que lo tenía guardado—. Si es que oliéndolo ya sabes que es del bueno.

Abel permanecía en su cuarto terminándose de vestir y asegurando, en el forro del pantalón, la pistola que siempre llevaba consigo. Una vieja Astra 400 9 mm, popularmente conocida por su forma como «puro», que se había convertido en su fiel compañera desde el comienzo de la guerra. Clara se había tomado la molestia de ajustarle los pantalones porque todos le iban grandes, y eso contribuía a que el camuflaje de su arma resultara más difícil. Aunque había recuperado algún peso desde su llegada a Olesa, su figura seguía siendo parecida al ilustre hidalgo de la Mancha, y Miguel continuaba haciéndole bromas con aquel símil. En su capacidad para inventar historias ajenas, incluso había imaginado su aparición como la de algunos cuentos que había leído, en los que las heroicas narraciones siempre estaban protagonizadas por personajes extraños que abanderaban las causas perdidas. Y remataba sus discursos aclarándole que al menos él no estaba loco, como don Quijote. Ambos, Abel y Miguel, acababan riendo a carcajadas, ante la mirada soslayada de Clara, que nunca intervenía en aquellos momentos de acercamiento entre ellos.

Se ajustó el cinturón, calzó sus nuevas botas y bajó a ritmo ligero las escaleras.

—¿Lo añoras? —preguntó él, dando los últimos pasos hacia la cocina.

Clara parecía no haber escuchado la pregunta. Se hallaba inmersa en los pequeños círculos que, una y otra vez, recorría con el trapo intentando en vano que los cristales de las ventanas quedaran limpios. Era una misión imposible, aunque perseverara en su intento. Cuando Abel se acercó a ella y tocó con los dedos uno de sus hombros, la mujer dio un respingo.

—¡No puedes hacerme eso! —le gritó alterada—. Has estado a punto de llevarte un buen zurriagazo —añadió, señalándole el paño que sujetaba en la mano.

—Mujer, qué sensible estás —rebatió él, sonriendo—, pero si con estos botines parece que vaya a bailar claqué. A ver si estás empezando a sordear.

El olor que desprendía Abel llegaba hasta ella. Una fragancia fresca y amaderada que iba seduciéndola.

—De eso nada, estoy concentrada, que no es lo mismo. ¿Qué me decías?

—Te preguntaba si echas de menos a tu hijo.

—Pues claro. Nunca nos habíamos separado tanto tiempo. Espero que lo esté pasando muy bien. Y que no haya hablado de lo que no debe. Es algo que siempre me preocupa, y no he querido llamarlo.

—Es un muchacho estupendo, y tiene una buena maestra.

—Muchas gracias —sonrió Clara, esquivándolo. Tenía la sensación de que cada vez estaba más cerca de ella.

Conocía los sentimientos de Abel, y después del encuentro íntimo y fugaz, apenas hacía dos días, no habían vuelto a hablar del tema. Solo había sido un beso, se decía ella cada vez que trataba de entender qué estaba ocurriendo. Había dormido las dos noches en casa de Rosario y evitaba quedarse a solas con él mientras no tuviera claras las intenciones que albergaba aquel casi desconocido.

—Voy a por el coche y vuelvo enseguida. Te espero en la plaza de las Fuentes. Qué suerte hemos tenido.

—Gustavo es un buen hombre. No era necesario, pero insistió en conseguir un medio de transporte cómodo y privado para llegar a Barcelona. No hace muchas preguntas y siempre está dispuesto a

ayudar —afirmó Clara, ajustándose los botones de la rebeca—. ¿Vamos? Y recuerda —le indicó, irguiendo su dedo índice frente a él —, somos primos por parte de mi difunto, nuestros apellidos no concuerdan porque el parentesco viene de parte de madre y si nos preguntan…

Abel iba realizando gestos afirmativos sin quejarse. Y ella detuvo su discurso cuando vio que él seguía moviendo su cabeza aun habiéndose callado.

—¿Estás escuchándome? —preguntó, cuadrándose frente a él.

—Por supuesto, ¿cómo podrías dudarlo? —respondió Abel, abriendo los ojos.

—Espero que estés tomándote esto en serio —lo incitó Clara.

—Un segundo —se defendió él, mudando el gesto—. Estoy poniéndome en tu lugar e intento no darle demasiada importancia a la visita que realizaremos al hospital. Estoy teniendo paciencia contigo, porque llevas dos días esquivándome como si oliera a estiércol. Y creo que la que no se pone en mi lugar eres tú. Claro que me tomo en serio todos tus temores y tus recelos, que no son pocos. A veces hasta más de lo que me convendría, te lo aseguro. Hoy es un día especial. Vamos a visitar a una conocida al hospital, recogeremos a Miguel después del almuerzo y volveremos a Olesa con tiempo suficiente para que Rosario nos lea el padrenuestro y el avemaría juntos —añadió de forma irónica—. Mañana es el día más importante para vosotras, lo sé. Pero eso no quita que los demás...

Clara escuchó la reprimenda estoicamente. Permaneció atenta, sin interrumpir el discurso de Abel más que para acercarse a él y plantarle un delicado beso en la mejilla. Entonces fue cuando él, observando el brillo de su mirada, se contuvo. Pero solo fueron los instantes previos hasta que sus brazos acortaron la distancia que quedaba entre ellos. Sus manos cogieron con delicadeza el rostro de la joven hasta acercarlo a sus labios. En sus ojos, desgastados por los años y la tristeza, se percibía la mirada de otro tiempo que todavía conservaba la luz que un día atesoraron. La inquietud y el miedo; la serenidad de una obligada madurez, y el amor sesgado que nunca habían podido compartir. En ellos vio también el deseo

cautivo de una promesa. Se preguntó si sería la de los abrazos que nunca llegaron.

—Clara —pronunció su nombre, venerando la fugacidad de aquel instante—, no soy hombre de muchas palabras, lo sabes. Nunca había sentido nada igual por nadie, en todos estos años —señaló, aproximando la palma de la mano al corazón de ella—. Somos dos almas heridas y desde que llegué no alcanzo a distinguir con claridad lo que para mí siempre ha sido prioridad. Y ese era mi honor y mi lucha. Vivo sin pensar en el mañana desde hace demasiado tiempo, y lo acepto de buen grado si mi vida sirve para salvar las de otros. Y, sin embargo, tú has movido mis cimientos hasta horadarlos, debilitando mis defensas, tambaleándose hacia ti, como lo hacen las ramas de un árbol al son de una ráfaga de viento. El aire que respiro me llena de ti a cada instante, y giras mis sentidos como una noria desbocada.

Clara parecía hipnotizada. Aquel hombre enjuto, de sonrisa abierta y mirada valiente, se abría a ella como nunca lo había hecho nadie. Sin mentiras, porque cada palabra que salió de sus labios nacía de sus entrañas. Se aproximó a él y selló sus labios a los de Abel, dejando escapar el suspiro contenido que permanecía en sus pulmones, necesitado de la misma libertad que ella retenía en su memoria.

—Abel, vivimos tiempos en los que las aguas calmadas no son sino una mentira disfrazada de paloma blanca. La paz no existe y la verdad sigue presa de los tiempos que ni tú ni yo, ni siquiera dando la vida por otros, recuperaremos. Conoces quién soy y de dónde vengo. Y solo pienso en el futuro, lo necesito. Hace tantos años que no sé nada de amores, ni de alegrías compartidas, ni de la vida fuera de mis obligaciones, que tengo la sensación de que nunca existieron. Tengo mis planes y sabes de sobra cuál es la prioridad, por encima de todo y de todos. Por él haré lo que haga falta, y me sacrificaré siempre, aunque eso represente acercarme a esos señoritos que tanto odias.

—Tengo un objetivo, y necesitaré tu ayuda —terció Abel, dando un giro repentino a la conversación—. Después, vayámonos lejos de aquí. Donde sea, pero juntos. La guerra mundial frenó a muchos de

nuestros compatriotas, y por fin se está acabando. Francia volverá a ser un país seguro y tengo algunos contactos que nos facilitarían la tranquilidad que nos merecemos. Sería un buen destino. O Bélgica, o Estados Unidos. Donde sea, pero contigo.

—No puedo hablar de esto ahora, compréndeme, Abel. ¿Tú sabes lo que me estás pidiendo? ¿Por qué no llegaste antes? Hubiera sido todo muy distinto. ¿Tienes idea de cómo me sentí durante los primeros años? No puedes tenerla, claro —lo recriminó, separándose de sus brazos—, sabías dónde estaba, estoy segura.

—Para mí tampoco ha sido fácil. Después de lo de Alberto —indicó Abel, evitando pronunciar la palabra que tanto daño seguía haciendo: ejecución—. ¿Te contó Montse alguna vez que fui acusado de pertenecer al servicio secreto de la república? Éramos jóvenes y revolucionarios, claro, pero mucho más inexpertos de lo que puedas pensar. La instrucción militar que teníamos era fruto de nuestras ganas de justicia social. Fuimos apresados sin criterio, nuestros líderes iban desapareciendo en las cunetas, y cuando nuestras jerarquías eran prácticamente nulas nos mantuvimos refugiados en el sótano que tú misma conociste, pero algún soplo dio con nuestro paradero. Nos llevaron hasta un improvisado campo de concentración en Santa Eulalia, no sé si recuerdas. Una antigua paridera. Y allí logré sobrevivir como pude algunos meses. Estábamos hacinados, torturados, muertos en vida viendo cómo mujeres y hombres eran fusilados a diario.

—No puedo ponerme en tu lugar, y créeme que lo siento. Cada uno arrastra sus cadenas, y las mías fueron muy distintas a las tuyas, aunque no menos pesadas. Y no, Montserrat nunca me habló de ti, quizá no lo hizo para no dañarme. Ella sabía que eras el único hilo unido a mi pasado. Pero no podemos seguir con esta conversación ahora, o no llegaremos al horario de visitas —añadió Clara, mirando la hora en su muñeca para esconder las lágrimas que estaban a punto de traicionarla—. Necesito poner mi cabeza en orden. Es cierto que ella misma intentó al principio hacerme partícipe de algunas pequeñas operaciones, pero era tal mi angustia que acabó aislándome de todo esto. Y después, cuando recobré los

ánimos, ella fue la que no quiso involucrarme en nada que tuviera que ver con la resistencia.

Abel la escuchaba en silencio, y del mismo modo que sentía la imperiosa urgencia de manifestarle a aquella mujer el amor que había despertado en él, tantos años hibernado e ignorado a la fuerza, también necesitaba desvelarle sus propósitos, los que lo habían llevado hasta ella. Resignado y cabizbajo, palpó de forma refleja las perneras de su pantalón y salieron juntos a la calle. Clara observó con disimulo el gesto de las manos de su acompañante. Se arrimó a él y le susurró:

—Si tienes los cojones de sacar esa pistola fuera de donde está, y me comprometes en lo más mínimo, te juro que no habrá un rincón en la tierra en el que no te busque para vengarme. Durante estos años, en ese hospital, han hecho una labor minuciosa de depuración, ¿entiendes lo que te digo? Y no me preguntes cómo lo sé, porque también tengo mis fuentes. El más pequeño atisbo de sospecha y podemos acabar con los huesos entre rejas.

Eran palabras gruesas que nunca hubiera imaginado dichas en boca de Clara, y entendía sus razones. Tenía que habérselo dicho, se lamentó en silencio. Su arma iba con él a todas partes siempre que salía de casa, aunque nada de lo que le dijera en ese momento iba a amortiguar la rabia que percibía en ella. Prefirió callar. En silencio hicieron el trayecto de la que sería una de las últimas visitas a una mujer que para ambos era muy especial.

El edificio los impresionó. Ninguno de los dos había visitado nunca esa parte de la ciudad, tan cercana al mar. Se miraron curiosos, conectando el deseo de pasear por aquellas calles en alguna ocasión, pero ninguno hizo comentarios al respecto. Tras una gran puerta de hierro, acompañada de elevadas rejas, el recinto se abría a una plaza circular que los llevaría al edificio principal. Allí, tuvieron que mostrar sus cédulas de identidad y, con no pocas dificultades, habían accedido a uno de los pabellones más distanciados del conjunto en el que se trataba a los infecciosos. Nerviosa y con la respiración entrecortada, Clara entrecruzaba los dedos de la mano, presionándolos con fuerza. Por fin podrían verse de nuevo.

Después de haber cumplimentado varios formularios en los que se hacían responsables de las consecuencias que pudiera acarrear el contacto directo con la mujer, una enfermera protegida con una mascarilla que tapaba buena parte de su rostro, les indicó el camino. La infección había remitido y tras las últimas fiebres, les aclaró, lo que parecía ser tifus se había diagnosticado como una fuerte pulmonía. De no ser así no permitirían visitas, dictaminó la sanitaria. Las complicaciones de la afección habían postrado a la mujer en una cama de la que probablemente no volvería a levantarse. Como si aquellas explicaciones fueran voces calladas que se oían ajenas, lejos de ser reales, Clara iba afirmando de forma mecánica a cada una de las frases de la religiosa, aunque su pensamiento solo podía concentrarse en la figura y la fuerza que Montse había demostrado tantos años, arriesgando sin condiciones una vida que podía haber sido muy distinta para ella. No tenía hijos, ni familia que la joven conociera.

Clara no sabía si estaba preparada para verla, y las lágrimas luchaban por derramarse en sus mejillas, pensando cuántas veces podía haberla visitado y no lo había hecho. La excusa era el trabajo, siempre las obligaciones que la ataban a sobrevivir en tiempos difíciles, pero la verdadera razón era el miedo a ser parte de sus planes; la cobardía disfrazada en su oficio de madre. Se sentía egoísta, y la sensación de culpa la martirizaba mientras Abel, adelantándose a ella, acababa de abrir la puerta donde Montse permanecía ingresada.

—No la fatiguen mucho, no tiene fuerzas y apenas come desde hace unos días —les indicó la mujer antes de hacerse a un lado para despedirse.

—No se preocupe, será un rato nada más. Sabemos por nuestros familiares cuál es su situación. Agradecidos —comentó Abel, dedicándole una sonrisa a la monja.

—Qué extraño. En todo este tiempo no ha recibido visitas —afirmó la enfermera, mostrando la duda a través del gesto de sus ojos.

—Creo que cuando ingresó ya lo hizo muy débil. Sí, sabemos que no ha venido nadie, pero Montserrat ya había padecido algunas

pulmonías anteriormente y hasta la fecha siempre ha logrado reponerse —salió Clara al paso, inventándose la respuesta.

—Sí, claro, a eso me refería —gesticuló Abel, disimulando.

La monja inclinó la cabeza, contentándose con la escueta explicación, y se giró. Sus pasos bajo el hábito blanco con el que parecía barrer el suelo, pequeños y pausados, fueron observados por la pareja hasta que en una de las esquinas la vieron desaparecer.

—¿Vienes? —preguntó Abel a Clara, que permanecía clavada en el dintel de la puerta—. Tenemos que aprovechar esta oportunidad. No sé si habrá otras.

—Estoy pensando, dame un segundo. Quiero que viva con Miguel y conmigo. Ella cuidó de mí cuando más lo necesité y ahora me toca devolvérselo. Cuando se recupere ya no podrá coser, ni recibir visitas, ni nada. Está decidido —soltó, al tiempo que exhalaba una profunda bocanada de aire comprimido en sus pulmones.

Abel sonrió, dejándola planear lo que él intuía un imposible. Había observado sus facciones desde la puerta y ya no eran las de una persona que fuera a recobrar la salud.

—Me parece una buena idea. Además, ella será una clienta de honor. Y si Rosario pone pegas ya me encargaré yo de rebatirlas —contestó Abel, posando su mano en el hombro de Clara mientras la invitaba a pasar—. Otra cosa será lo que haya que inventarse para que no rasque por aquí y por allí, que la conocemos.

Ella agradecía sus palabras mientras se acercaba a su amiga, que permanecía con los ojos cerrados. Una colcha blanca delineaba el contorno de una figura enjuta y casi etérea que en otros tiempos había pertenecido al de una mujer aguerrida, llena de vida. Ahora, esta parecía escaparse por la comisura de sus labios, cerrados e inexpresivos, en cada suspiro. Ambos se adelantaron para comprobar su respiración, estremeciéndose del susto cuando Montserrat abrió los ojos.

—¿Sois de verdad o estoy soñando? —pronunció muy despacio.

Clara buscó su mano bajo las sábanas y la tomó entre las suyas, apretándola con delicadeza. Iba repitiéndose que tenía que ser fuerte, no llorar, no demostrar que estaba a punto de desfallecer y abrazarla con todas sus fuerzas.

—Claro, Montse. Somos nosotros, Abel y yo. Qué alegría nos da verte despierta. No queríamos interrumpir tu descanso —pronunció la joven—. ¿Cómo te encuentras? Nos han dicho que no es nada contagioso. Y me alegro muchísimo. Tengo planes, ¿sabes? Para mí y también para ti. En cuanto te recuperes recogeremos tus cosas y vendrás a vivir con Miguel y conmigo, a mi pensión. Ahora voy a ser empresaria, ya ves… Por cierto, Miquelet te manda un abrazo muy fuerte. Tengo ganas de que lo veas, ha crecido una barbaridad y cada día está más contestón. Pero es muy buen niño. Y es muy listo para la edad que tiene.

No parar de hablar amortiguaba sus nervios y evitaba el momento que tanto temía, viendo cómo Montse cerraba y abría los ojos estoicamente. Abel puso la palma de su mano en la espalda de Clara, acercándole una silla que había en la habitación. Ella tomó asiento y girándose hacia él supo que era el momento de callar.

—Hola, Montse —saludó Abel—, estamos muy contentos de verte. No sabíamos si lo conseguiríamos.

—Esta es una ocasión de felicidad para mí también. Durante las últimas semanas pensé que no podría despedirme de vosotros. Y me alegra que hayáis venido juntos, así solo lo tendré que explicar una vez. No creo que salga de aquí por mis propios medios. Es evidente —añadió, con gestos entrecortados—. Mi cuerpo ha decidido que la carrera hacia ninguna parte ya va llegando a su fin. Y no lo digo con lástima. He vivido mucho, y me iré con la cabeza muy alta y con la convicción de haber aportado lo que ha estado a mi alcance.

—Montse —pronunció Clara, apretando su mano mientras las lágrimas resbalaban libres por su cara.

—No llores, mi niña. Estoy orgullosa de todo lo que has conseguido en estos años y solo por eso ha valido la pena llegar hasta aquí. Ahora a lo que vamos. A ver, incorpórame un poco, que tengo los huesos molidos de estar acostada. Pero como no puedo levantarme sin ayuda y las piernas se niegan a caminar más de dos pasos… necesito dejar atadas algunas cosas. No quiero irme de este mundo sin que conozcas las razones que imagino que tantas veces habrás deseado saber y la prudencia te ha impedido preguntar.

Ayudada por Abel y por Clara, lograron incorporarla, ajustándole el relleno de lana del almohadón. La mujer les agradeció la ayuda con una leve sonrisa. Tras ella se escondían las muecas de dolor y la dificultad que tenía para moverse.

—Muchacho, acércate al armario y tráeme la americana que hay dentro.

Abel atendió su petición y buscó entre las pertenencias de la mujer. La prenda, de color café, era de tela recia, sin bolsillos ni pliegues. Estaba abotonada y doblada en varias partes. Abel la recogió con cuidado, se la entregó a Montse y esta se la devolvió.

—Yo no tengo fuerza para descoserla. Tendrás que hacerlo tú.

—¿Acaso quieres romperla? —preguntó el hombre, asombrado ante la extraña petición de ella.

—No es que me sobren, no. No están los tiempos para comprar mucho, y menos cuando no puedo desplazarme personalmente. Pero en este caso es necesario. Descose por aquí —le señaló, sujetándola entre las manos, en uno de sus delanteros.

Abel se giró hacia Clara y alargando los brazos le puso la chaqueta entre las manos.

—Menos mal que siempre llevo alguna horquilla en el bolso —dijo rebuscando en el interior—. Vamos a ver qué sorpresa nos tienes guardada —añadió, sonriéndole a Montserrat.

—La ropa, además de servir para ponérsela, tiene muchas otras utilidades, muchacha —afirmó la enferma observando cómo Clara, concentrada, iba estirando poco a poco los primeros pespuntes—. Ahí están los documentos que redacté por si no había ocasión de entregároslos personalmente. No hace falta que la rompas aquí, no sea que llegue la monja jefa y nos descubra. Lleva el uniforme, pero es lo único que tiene de enfermera. Es más nazi que los malditos alemanes —declaró con rabia antes de que la tos se apoderara de sus pulmones.

—No sabemos si podremos volver en unos días y quizá, Montse, para entonces la puedas necesitar.

—No será necesario. Ya me darán algo que me sirva, no os preocupéis por eso ahora. Eso sí, tendrás que llevarla puesta, Clara.

Mejor así para no levantar la más mínima sospecha —ordenó apenas sin aliento.

Viendo que respiraba con dificultad, Clara dejó la americana sobre los pies de la cama y le acercó a los labios un vaso con agua que había en su mesilla. Esperó unos segundos, preocupada por el sonido que salía de su garganta con cada sorbo que tragaba y rezando porque su estado no empeorara muy deprisa antes de poder llevársela.

—Al principio todo era improvisado, nadie sabía qué había que hacer ni cómo nos teníamos que organizar —empezó a relatar, con la mirada perdida en otro tiempo—. Hablo del comienzo de la guerra —aclaró la mujer—. ¿Qué hubiera sucedido si los partidos de izquierda se hubieran entendido como era necesario? Pero no, tuvieron que liarse a palos hasta que se les echaron encima —se lamentó con un entrecortado suspiro—. Por aquel entonces, Samuel y yo ya llevábamos una eternidad separados, al menos eso me parecía a mí. Y de pronto un día apareció en el taller, mientras yo le hacía las pruebas de vestido a una señoritinga que, a pesar de ser insufrible, pagaba más que bien. Sí, sí, no pongáis esa cara. Una vez tuve un marido, aunque es algo de lo que dejé de hablar hace muchos años —aclaró ante la atónita mirada de sus visitantes—. La verdad es que hubo boda más por la presión que ejercían nuestras familias sobre el asunto matrimonial, que porque el amor de verdad hubiera invadido nuestros corazones. Éramos unos críos cuando nos conocimos y la amistad entre nosotros siempre había sido muy estrecha. Nos queríamos, sí, pero no como interpretaron nuestras familias. Total, que nos casamos e hicimos una celebración por todo lo alto. Dos hijos únicos de buena cepa en tiempos de prosperidad, ante un altar en el que nos juramos amor eterno. Qué más se podía pedir, aunque el cuento de hadas duró muy poco. Y vaya si fue efímero —añadió Montse, dibujando una triste sonrisa en su cara—. Samuel era más amigo de otras compañías. Que era homosexual, en fin —puntualizó —, y claro, nadie lo sabía. Era muy buen mozo. Muy atento y muy trabajador. Y aunque yo tenía algunas sensaciones extrañas frente a sus reacciones, antes y después de las nupcias, nunca supe su condición hasta la boda. A los pocos días de la ceremonia lloraba

como un niño, encerrado en el váter. Cuando logré que saliera de allí, y después de insistirle y casi amenazarlo de llevarlo al hospital más cercano, lo soltó. Entonces lloré a mares, y al mismo tiempo comprendí. Al menos eso.

—Sufrirías mucho, me imagino —la interrumpió Clara, dejándola tomar el aire que le iba faltando.

—En realidad no tanto. Lo cierto es que nunca estuvo en mis planes ser la esposa de nadie, ni siquiera cuando la libertad de la mujer, algo que parece mentira que haya existido nunca en este país, era un derecho casi incuestionable. Mi cabeza volaba continuamente pensando en viajar, en conocer otras culturas, en aprender idiomas o asistir a la universidad. Un sinfín de planes que se vieron truncados por una cosa o por otra. Para que callara de jovencita, mis padres me habían enviado a una escuela de señoritas en la que aprendí, entre otras cosas, a coser. Y se me daba muy bien, como ya sabes. Por ese motivo, el de la costura, viajé en alguna ocasión y tuve la oportunidad de conocer otros países de Europa de donde traje varias ideas. Y no creáis, también encontré algunos brazos que me alegraron la vida, para qué engañarnos —afirmó Montserrat queriéndose reír sin conseguirlo, ya que cada espasmo era más grande que el anterior.

—¿No deberías descansar un poco? No queremos fatigarte, y si en esas hojas guardadas en la chaqueta lo explicas todo, el próximo día hablamos otro poco —la animó Clara, mientras la mujer negaba con la cabeza.

—En esos papeles no hablo de mi vida, muchacha. ¿Qué importancia podría tener eso? Ni que fuerais a escribir una novela sobre mis aventuras —rio hasta que sus pulmones volvieron a cerrarse—. Ahí, en un sobre cerrado, hay una carta para ti —dijo, dirigiéndose a ella—. Léela cuando yo no esté, no antes —dispuso, esperando que la joven afirmara antes de seguir—. Abiertas, para que no ocuparan demasiado espacio, encontrareis algunas explicaciones sobre el caso que conoces, Abel. Llegan directamente de nuestro amigo Smith, el periodista inglés. Ellos son neutrales, aunque siempre han estado más de nuestro lado.

Abel permanecía inmóvil, sin atreverse a mover ni un músculo de la cara. Sus ojos eran lo único que expresaban afirmación, y cruzaba los dedos para evitar recibir instrucciones en aquel instante. Los planes de los que hablaba Montse todavía eran un secreto para Clara.

—Algunos datos que pueden ayudarte si, en un momento dado, la Rosario se desata contigo o te muestra la cruz de la moneda —volvió a dirigirse a Clara—, o si Ramón o su mujer se desdicen del trato al que llegamos. Por no hablar de Cotar, que seguro que tiene algún interés contigo, si no con Miguel. Es un lobo con piel de cordero, aunque hubo otro tiempo que no le tembló la mano firmando sentencias de muerte. Y ni siquiera lo odio, fíjate tú.

Clara abrió los ojos de igual manera que hizo con la boca, casi petrificando sus músculos. ¿Era posible?, se preguntó en silencio, tratando de averiguar inútilmente cómo Montserrat sabía de su vida si apenas se veían y a duras penas conocía a Miguel. Sus encuentros, cada vez más esporádicos en los últimos años, se centraban en el trabajo, las escaseces, los pequeños avances de ella y cómo crecía su hijo. Y allí, con un hilo de vida al que se aferraba como un clavo a un hierro ardiendo, acababa de nombrar las pocas personas con las que tenía que convivir tanto si le gustaba como si no.

—El caso es que un día hablé con él, con mi marido —retomó la mujer, como si todo lo dicho anteriormente nunca se hubiera pronunciado—, y le di la libertad que tanto había anhelado. Después de la sorpresa, se fugó con su amante, un joven pintor que dijo marcharse a América en busca de fortuna. Nunca supe dónde ni lo quise conocer. Y para todos fui la esposa abandonada, que no viuda. Dame un poco más de agua, que esto de aquí arde —le pidió a Abel, llevándose las manos hasta el pecho—. Muchacho, parece que te has quedado mudo, y mira que eres charlatán cuando quieres.

Abel la miraba condescendiente y temeroso a partes iguales. Él si había tenido algunas cortas conversaciones con Montserrat. Ella conocía muchos de sus movimientos mientras vivió agrupado con los maquis. Sin embargo, él no conocía apenas nada de su vida, la privada. Siempre la había considerado una buena camarada; una

mujer valiente e inteligente que era capaz de arriesgar y compartir las dos pasiones de su vida: la costura y la lucha en la resistencia. A Clara había dejado de importarle la vida del desconocido, de su marido desviado y de los planes que estuviera maquinando con Abel. Solo quería centrarse en lo demás, en las dudas que la habían asaltado y que no se atrevía a plantear. Miraba su reloj con disimulo, preocupada porque ya habían concertado con Cotar la hora para recoger a Miguel. Montse se pasó la lengua por los labios y parecía dispuesta a retomar lo que se intuían sus memorias. Daba la sensación de que la conversación le proporcionaba aliento.

—Ahora, a las mujeres solo las quieren para cocinar, planchar y parir. Aquellos eran otros tiempos.

—Todo ha cambiado mucho, yo también lo recuerdo, pero…

—Cuando todavía eras Carmen —apostilló la mujer, dejando caer un suspiro con el que parecía que se le iba la vida—. Y dime, ¿cómo está nuestro jovencito? Será un hombre de provecho, aunque tendrás que dirigir muy bien sus pasos. Cotar no es de fiar, como no lo es ninguno de los que, con sus buenos gestos y los bolsillos llenos de billetes, te lo ofrecen todo. Darles lo que te piden tiene un precio.

—Miguel está perfectamente —contestó Clara, molesta por los comentarios—. Parece que todos creen saber lo que le conviene a mi hijo, incluso más que yo misma. Desde luego que sé con quién se está juntando, y os recuerdo que el nuestro es el bando de los perdedores —añadió bajando la voz—, por si a alguno de los aquí presentes se le ha olvidado. Nada tiene que ver mi hijo con la maldita guerra y lo único que me interesa ahora mismo es su futuro. No es justo que sigamos callando —susurró Clara, marcando los tendones en su cuello, fruto de la impotencia que sentía al imaginarse en boca de quienes en ese momento la acompañaban—, pero sé cuál es mi objetivo. Y tú y yo ya hablaremos ahora cuando salgamos —anunció amenazadora, dirigiéndose a Abel—. Creo que me debes una explicación, ¿no?

Las miradas entre Abel y Montserrat se sucedían y ninguno de los dos se atrevió a contradecirla.

—Esta semana te haré llegar a través de Gustavo, el chófer, algo de comida en condiciones. Y la americana. Haz el favor de comer

todo lo que te traiga y recupérate porque pienso volver a buscarte más pronto que tarde.

—Después del abandono, me refiero a Samuel, monté el atelier que ambos conocéis y allí pude desplegar mis alas, ayudando en todo lo que podía y convirtiendo mi casa, como lo es todavía, en un lugar de encuentro para personas muy importantes durante la guerra.

—Montserrat —rogó Clara—, no te lo tomes a mal pero tenemos que irnos ya y…

—No me interrumpas, muchacha, que solo era para ponerte en contexto. Luego os dejaré marchar. No estoy ida de la cabeza, aunque te lo esté pareciendo. Como decía —prosiguió la mujer, ignorando la contrariedad que su discurso causaba en Clara, que ya no disimulada sus ojeadas al reloj—. Allí se han reunido disidentes, periodistas, espías… incluso algunos altos cargos del ejército sublevado que permanecían en la salita de espera, aguardando a sus señoras. Y lo que esos desconocían es que las fuentes de las que más se ha bebido en todos estos años eran ellas. Sus esposas. Las mismas que entre pruebas, refrescos y risas vencedoras con las que inundaban las paredes de mi casa, iban largando información de mucho valor. Para la mayoría de estas marquesas de medio pelo, que todavía pueden vestir a la moda y gastar el dinero en renovar el armario, la guerra ha sido casi un juego en el que solo han perdido alguno de sus privilegios. He tenido que hacer de tripas corazón, bien lo sabe Dios, si es que existe, que lo dudo. Y ha sido arriesgado, lo sé, pero al mismo tiempo apasionante. Llegar a mi taller era como entrar en la cocina de un restaurante y ver cómo se mezclaban los ingredientes para elaborar un plato que sería entregado a los comensales.

Clara sabía que Montserrat era un enlace. Ella misma había conservado la vida, aunque fuera otra, gracias a la costurera. Y nunca le había preguntado abiertamente cuál era su papel en todo aquello. Una vez más, como casi todo lo que rondaba su cabeza durante todos los años que llevaba allí, por miedo a saber. Ahora se desvelaba como una colaboradora activa que ponía en jaque su seguridad a cambio de muy poco. Porque ahí estaba, postrada en

una cama, sola y con un hilo de vida que se escapaba con cada suspiro.

—Está claro que a partir de ahora tendrás que dedicarte a curar esa tos y venir conmigo… con nosotros —señaló a Abel—. A Olesa. No me importa lo que digas, Montse, la próxima vez vendremos a recogerte y no tardará mucho. Hoy tenemos el tiempo justo, porque iremos a buscar a mi hijo, como también sabrás. Está con Beatriz, la hija de... Han hecho buenas migas y ella está falta de amistades por sus limitaciones.

Clara evitó nombrar a aquel mecenas que estaba tan interesado por Miguel. Sentía una especie de vergüenza que la frenaba a decir su nombre. Y Montse asintió, dándole a entender que comprendía su reparo.

—Está bien, muchacha. No tengo muchas fuerzas para contradecirte —gesticuló la mujer encogiéndose de hombros—, no me moveré de aquí. Sobre todo tú, Clara, lee la carta que hay en un sobre cerrado junto a las hojas que escribí poco antes de que una de mis modistas me trajera hasta aquí. Espero que puedas perdonarnos.

El interrogante golpeó de frente a Clara como un martillo lo hace en un clavo. Un golpe seco absorbido por completo en su cabeza. ¿Qué había que perdonar si todo lo que sentía por ella, la mujer moribunda que ahora la miraba con ojos vidriosos, era agradecimiento? Su cuerpo sintió un espasmo que recorrió todas sus terminaciones nerviosas. Y echó la vista hasta la muñeca donde el reloj indicaba que era la hora de marchar.

Ambos, Abel y ella, se miraron. El hombre la ayudó a ponerse la americana sobre la rebeca que llevaba y se despidieron de Montse con unos besos que serían los últimos.

9

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritaba Miguel desde el balcón donde la esperaba, moviendo los brazos de lado a lado, atento y admirado de la vida que se sucedía en una gran ciudad.

Clara echó la vista hacia arriba y lo saludó, empujando segundos después la robusta puerta de hierro forjado que daba al vestíbulo de la finca situada en la Vía Layetana. Ante su vista aparecía un espacio lujoso de techos abovedados y dibujos en la pared que simulaban ser cuadros. «Trampantojos», se dijo recordando la explicación de su padre ante la ilustración de alguno de los libros que siempre había en su casa. Al frente, y tras subir unos peldaños, se encontraba el ascensor. Un cubículo fabricado en madera oscura, y enjaulado en una estructura de hierros forjados muy elaborada, que a ella no le daba ninguna seguridad. No iba a reconocerlo, pero tenía miedo de subir en el elevador.

—Prefiero ir andando, si no te importa —le anunció a Abel, emprendiendo el camino hacia arriba.

—Yo te espero aquí. No tardes, que tenemos que devolverle el coche a Gustavo. En realidad lo ha tomado prestado sin pedirle permiso a su dueño.

Clara iba despacio, entreteniendo la vista en las molduras del techo y en las múltiples figuras que adornaban a su paso formando la barandilla más original que había visto nunca. Al escuchar el comentario de Abel se giró, muy despacio, fijando sus ojos en él, mientras este sonreía despegándose el cigarrillo de la boca. Pasaron unos segundos antes de que Abel rompiera el silencio.

—Es broma, mujer. Como te he visto tan concentrada en la decoración he pensado que venía bien un poco más de tensión.

—Muy gracioso —respondió ella, dándole de nuevo la espalda—. Tardaré lo menos posible, te lo aseguro.

Estaba nerviosa. A los frentes abiertos ante la inminente apertura de la pensión se sumaban otros contratiempos que debía resolver cuanto antes, aunque cada uno de ellos se convertía en un peso más que el cuerpo físico acusaba. Y se había despedido de Montse, pensó de nuevo llevándose la mano al corazón, con la sensación amarga de un beso que podría ser el último.

La vivienda estaba situada al lado de una parte de la ciudad que llamaban el Ensanche. Ella no se había molestado en averiguar por qué. Qué más le daba, si no podía imaginarse viviendo en un lugar como aquel ni en mil vidas que viviera. Con no poca fatiga llegó hasta el tercer piso, un quinto nivel en realidad si se contaban el entresuelo y el principal. Allí, en la puerta, una muchacha vestida de uniforme le sonreía, invitándola a entrar. Clara le devolvió el saludo.

—Pase, señora Clara —se inclinó la joven, haciéndose a un lado—; el señor la espera en el salón principal. Yo misma la acompañaré —añadió la empleada adelantándose una vez dentro del descansillo, sin esperar la réplica que Clara estaba a punto de pronunciar, sin acierto.

—Gracias —le salió decir mientras atravesaban un largo pasillo en el que solo podía observar puertas cerradas a ambos lados.

—Los chicos están en la planta de arriba, ya sabe, jugando todo el día. La verdad es que lo han pasado muy bien y ahora les había mandado recoger sus cosas. No tardarán. Siéntese aquí. ¿Quiere tomar un café con un trocito de bizcocho que hemos hecho hace media hora? ¿O prefiere un refresco natural de limón? También está hecho reciente.

La muchacha, solícita, iba haciendo preguntas que no recibían respuesta. Parecía mayor, pero no debía de tener más de dieciséis o diecisiete años. El vestido azul oscuro hasta los tobillos, acompañado de un delantal blanco en el que destacaban grandes blondas en las hombreras y aquel lazo en la cabeza le daban un toque victoriano que parecía de otra época.

—Perdona. No, no quiero nada —respondió Clara al fin—, es que tengo un poco de prisa y no querría que se nos hiciera muy tarde.

Debo…

—Buenas tardes, señora Castelao. Bienvenida a mi humilde casa —interrumpió Cotar, acercándose con la sonrisa que siempre dibujaba en su rostro mientras la mirada se clavaba en ella—, ¿han tenido buen viaje?

La pregunta la alteró, igual que lo hacía su presencia y la fragancia que le acompañaba, inundándolo todo a su paso. No recordaba haberle comentado de qué manera iba a llegar hasta allí y casi impedida para pronunciar palabra alguna sintió un calor ascendiente en sus mejillas.

—Sí, gracias. Todo perfecto. Le decía a…

—Irene, nuestra muchacha más joven del servicio —aclaró Federico, girando la vista hacia la chica que seguía allí, reposando sus manos sobre el delantal, esperando instrucciones—. ¿Todavía no has invitado a nada a la señora? —pareció recriminarle, ante el nerviosismo súbito de la criada.

—Es que… sí, claro, pero no… —balbuceaba la chica, presa de una tartamudez repentina.

—Sí que lo ha hecho, pero ya le he dicho que tenía algo de prisa. Muy amable, Irene —le sonrió Clara—, y muchas gracias por haber cuidado de Miguel —añadió.

—No, qué va, fue mi madre la que los llevó ayer al parque. Ella tiene más experiencia con los niños, aunque a mí también me gustan mucho. En el futuro pienso tener al menos…

—Está bien, Irene. Puedes retirarte —la interrumpió el hombre, que al mismo tiempo y con un gesto de falsa cortesía, la invitaba a salir.

—Claro, si no quieren nada más los señores —balbuceó Irene, dando pequeños pasos hacia atrás antes de desaparecer.

Se habían quedado solos y Clara esperaba impaciente la llegada de su hijo, al que en aquel momento hubiera ido a buscar para salir de allí.

—Siéntese al menos unos minutos —la invitó Federico, acercándose a una mesa de servicio en la que pudo observar una amplia variedad de bebidas—. Los chicos no tardarán en bajar. Ya sabe, el tiempo pasa volando cuando lo estás pasando bien. Al

menos no me rechazará algo fresco, ¿no? —insistió el hombre, sujetando entre sus manos una jarra plateada, con forma de oca, que vertía el agua a través del pico—. Yo, si me lo permite, me serviré un brandi —le aclaró, haciendo uso de una parsimonia que a ella se le antojaba eterna—. Y dígame, Clara, ¿cómo ha encontrado de salud a nuestra amiga Montserrat? —preguntó, ofreciéndole la bebida.

Clara, que se había acercado el vaso hasta los labios, sintió un escalofrío que recorrió todo su cuerpo. El líquido transparente que permanecía en su boca y su garganta, cerrada como si de repente no hubiera orificio por donde saliera el aire, se negaba a obedecer. Retiró el vaso y sin poder evitarlo expulsó todo el líquido intruso. Una débil tos al principio dio lugar a una respiración entrecortada que pugnaba por inspirar aire a sus pulmones y Federico, viendo que no parecía reponerse, se acercó a darle unas palmadas en la espalda. Clara negó con gestos, dando a entender que no era nada, percibiendo el calor que la palma de la mano del hombre ejercía sobre ella.

—Perdone —logró pronunciar apenas sin voz—, lamento haberle ensuciado la alfombra. Si me indica dónde está la cocina lo dejaré como estaba —se lamentó Clara, todavía afónica—, me pasa muchas veces. Viene de familia.

—¿Cómo dice? —preguntó él, algo desorientado por la situación.

—Lo de atragantarnos. Que viene de familia. A mi madre le pasaba muy a menudo. No se preocupe, ya estoy bien. ¿Me indica dónde está la cocina? —insistió ella.

—Faltaría más —rebatió Cotar—, ahora mismo llamo a Irene. ¿Cómo se le ocurre que va a limpiarlo usted? —pareció extrañarse.

Y aunque su tono permanecía en el grave de su voz habitual, a Clara le dio la sensación de que se estaba aguantando la risa.

—Señor Cotar, sepa usted que en mi casa limpio todos los días. Yo no tengo personal de servicio —dijo, arrepentida de las palabras que solo había querido pensar.

—Puedo imaginármelo —le contestó él—, pero comprenderá que no la haré recorrer la casa en busca de un trapo para limpiar solo

agua —añadió, acercándose al mueble del salón más cercano a la puerta de salida.

Sobre este, pudo observar un pequeño marco de madera sobre el que colgaban dos perillas cerámicas suspendidas en el aire. Cotar cogió una de ellas y pulsó sobre su extremo. Después, se acercó de nuevo al mueble bar y cogiendo su vaso de brandi, bebió. Clara no había olvidado la pregunta. Respiró y se dispuso a abordar el tema. ¿Cómo se había enterado de que era a Montse a la que iban a visitar?

—Miguel, ¿qué voy a hacer con este chiquillo? —se enfrentó Clara a la cuestión que quería zanjar cuanto antes—. Cualquier día me saca los colores donde menos me lo espere —añadió, dando por sentado que había sido su hijo quien había anunciado el nombre de su amiga enferma.

—Sí. Como dice el refrán popular, los niños y los borrachos son los que dicen la verdad.

—Vaya, menuda comparación. Como si se parecieran en algo los unos con los otros.

La conversación no tenía sustancia y Clara sabía que debía contestar a la pregunta y, al mismo tiempo, procurar alguna información de Cotar.

—Todavía no me ha respondido —la abordó él, interrumpido por el eco de las risas de Miguel, que llegaba arrastrando dos maletas en vez de una, la que había llevado solo dos días antes. Detrás llegaba Beatriz que lo acompañaba a su paso, cargada de libros que sujetaba con trabajo entre sus brazos.

—Lo cierto es que no muy bien. La he visto muy fatigada, aunque confío en que se recupere y pueda llevármela fuera de la ciudad. Vive sola y aunque las chicas del taller siguen trabajando, ella no podrá hacerlo. Qué casualidad, ¿no?, ¿desde cuándo se conocen ustedes?

—Hace años. En realidad, quien la conocía mejor era mi difunta esposa. Desde que le confeccionó el primer vestido, siempre quiso ir allí a vestirse. Claro, ella y sus amistades. Decía que Montse tenía manos de oro y que de cualquier trozo de tela era capaz de sacar lo mejor para cada clienta. Alguna vez la acompañé y no crea, que era

entretenido —explicó Cotar, frotando la cabeza a Miguel, que se había acercado a él para despedirse—. En cualquier caso, espero que se recupere pronto. Quedan pocas mujeres como ella en estos tiempos. Creo que su trabajo llegaba a muchos sitios.

—Cierto. Los hilos y las telas fueron lo que nos unió —quiso aclarar ella—. Ha sido como una madre para mí durante los primeros años desde mi llegada. Era amiga de mis padres, recién fallecidos entonces —añadió a la mentira que estaba elaborando sobre la marcha—. Y tras enviudar, sentí que era con quien debía estar. Aunque nos hayamos visto de tarde en tarde, tengo mucho que agradecerle.

Clara, que no había dejado de observar a su hijo mientras dejaba zanjado el tema de la costurera, esperaba que el primer saludo al verla hubiera sido para ella, pero Miguel parecía hipnotizado ante Federico. Sonriente y dicharachero como siempre, vio en sus ojos el brillo del entusiasmo. Iba vestido con unos pantalones largos y una camisa a cuadros que le hacían parecer mayor. Clara ahogó un suspiro y lo miró, conteniendo las ganas de ir a abrazarlo. No era momento de emocionarse, pero no pudo evitarlo. Su hijo pronto no sería un niño.

—Muchacho, ¿no le das un beso a tu madre? —le dijo, acompañándolo de un gesto en el hombro.

—Claro —contestó Miguel corriendo hacia ella—. Lo he pasado muy requetebién. Hemos ido al parque, a un museo donde había muchas momias de animales gigantes, hemos paseado en tranvía y hemos comido…

—Y podrás volver a hacerlo cuando quieras —intervino Beatriz, adelantándose a su amigo, que estaba a punto de pedírselo a su madre.

—Eso será siempre que su madre esté de acuerdo —rectificó Federico, reprendiendo a su hija—. No debemos tomar decisiones sin pedir permiso, pequeña.

—Sí —terció Clara—, ya iremos viendo. Tampoco hay que abusar. Por cierto, estás muy guapo, hijo.

—Gracias, mamá. Todo lo ha elegido ella, que según parece tiene buen gusto y está muy a la moda —sonrió Miguel, encogiéndose de

hombros.

—Desde luego —le contestó su madre—, pero ahora tenemos que irnos. Se hace tarde y Rosario debe de estar ya preocupada. Tenemos muchísimo trabajo y mañana…

—¿Ha venido Abel contigo? —preguntó impaciente el niño—, tengo que contarle muchas cosas.

—Está esperándonos abajo y también debe de estar preguntándose dónde nos hemos metido. Espero que el coche no esté estorbando en la calle.

—¡En coche! —exclamó Miguel, abriendo los ojos fruto de la sorpresa—. ¿Iremos en coche? Qué bien.

—Nos lo ha prestado un conocido de Abel —quiso aclarar ella, incómoda, ofreciéndole a Federico una explicación que no había solicitado—. Suerte que está con nosotras en la pensión. Su presencia resulta de gran ayuda.

—Pues ya no les entretenemos más, que mañana es un día muy importante para ustedes. Espero que todo vaya bien y en unas semanas estaremos de vuelta en Olesa. Beatriz tiene una nueva visita con el especialista en el balneario. Los acompaño a la salida.

—No es necesario, de verdad —replicó Clara, esperanzada en que el hombre hiciera caso.

—Insisto —se reiteró Cotar, cogiendo las maletas de Miguel.

Abel estaba nervioso. Al verlos llegar, tiró al suelo la tacha del cigarrillo que estaba fumando y se acercó hasta ellos. Primero abrazó a Miguel, que se había echado a correr al ver que su madre no venía sola.

—¡Pero bueno!, qué alegría te da verme, muchacho. Casi me tiras.

Dejó al niño en el suelo y al aproximarse a Clara distinguió la figura de Cotar, que en ese momento salía a su encuentro, y sus miradas se cruzaron, explorándose como lo hacen los rivales midiendo las fuerzas.

—Un buen coche —comentó el empresario, señalando el vehículo —. Buenas tardes, Abel. Disculpe la tardanza, pero estos chicos no tenían prisa —sonrió, encajando la mano de este al tiempo que Beatriz se acercaba a su padre, curiosa por conocer al hombre del que tanto le había hablado su amigo—. A pesar de todo, los Ford

siempre han sido mis preferidos —añadió, desviando la vista hacia el automóvil como si lo estuviera examinando.

Clara no entendía aquel reparo del que hablaba Cotar, y tampoco preguntó. Cruzó con las manos la rebeca que se había puesto al salir y se abrazó. La temperatura era muy buena y, sin embargo, ella sentía frío. La preocupación porque Federico los pudiera relacionar como algo más que parientes lejanos le preocupaba. Habían argumentado muy bien su parentesco y el papel que jugaba Abel en aquellos días. Y aun así no estaba tranquila.

—Gracias, sí lo es. Hay que tener amigos hasta en el… en todos lados —rectificó Abel, frenando la frase que a punto había estado de pronunciar, acompañada de una sonrisa desdibujada que había permanecido en su cara pocos segundos.

—Nos lo ha prestado un conocido que trabaja de chófer en L'Agència. Bueno, un conocido del chófer en concreto —se apresuró a decir Clara, inquieta y deseando salir de allí cuanto antes.

Había percibido los gestos de ambos hombres y no conocía a Abel tanto como para saber cuál podía ser su reacción delante de una situación tan incómoda como la que se estaba viviendo. Desde su llegada, y pese a haber vivido un calvario en los últimos años, tal y como le había explicado en los pocos encuentros a solas que habían podido tener, raras veces perdía el buen humor que lo caracterizaba. Incluso con el asunto del bebé muerto detrás de una pared, que todavía le quitaba el sueño porque no consideraba que fuera un tema cerrado, que había pasado a ser historia para él. Sin embargo, en aquel momento, el rictus de su cara y las ojeras que parecían marcarse con más intensidad bajo sus ojos no presagiaban nada bueno.

—Vamos ya, o Rosario nos leerá la cartilla a todos. Muchas gracias por la hospitalidad y por haberle dado a Miguel la oportunidad de visitar la ciudad. Adora Barcelona, pero yo no suelo traerlo muy a menudo, ya sabe…

—Tú no me traes nunca, mamá. Siempre tienes demasiado trabajo —precisó Miguel que, aunque ya estaba subido en el coche, había bajado la ventanilla y permanecía pendiente de la conversación.

Clara no le contestó y el chiquillo pensó que aquella no era buena señal. Conocía de sobra a su madre así que, viendo que no había respuesta al que intuía un desafortunado comentario, volvió a meter la cabeza dentro del vehículo y agitó las manos levemente despidiéndose de su amiga, a la que ya consideraba la mejor entre todos sus conocidos.

El trayecto transcurrió en silencio hasta que los edificios de la ciudad, convertidos en diminutas figuras difuminadas bajo la delgada línea del horizonte, iban perdiendo sus formas. El cielo enrojecía la víspera de la noche y Clara recordó un viejo refrán italiano que su padre le había enseñado alguna vez: *rosso di sera bel tempo si spera*. Y la verdad era que cuando el Sol se ponía de aquel rojo intenso en los atardeceres, los campesinos auguraban tiempo sereno. Ellos no sabrían más idioma que el suyo, sonrió Clara ante las vistas desde el coche, pero sus pronósticos eran acertados.

Miguel, que no había osado abrir la boca desde el comienzo del viaje, observaba atento las miradas de reojo que su madre y Abel se regalaban, pensando que estaba dormido. Y lo cierto es que había hecho lo posible por parecerlo, aunque a través de la fina raya que todavía quedaba abierta en sus ojos se percataba de todo.

—¿Llevas las cartas? —preguntó Clara a Abel, inquieta al recordar los documentos que Montserrat les había entregado.

—¿No las habías cogido tú? —le respondió él, ante la súbita transformación de la cara de ella y la risotada que de repente inundó el vehículo.

Abel tenía aquellas cosas. Era capaz de arrancarle una sonrisa a pesar de ser lo último que le apetecía. Su cabeza hervía sumando planes, preguntas y preocupaciones. Estaba agotada, y pensar que al día siguiente todo cambiaría en su vida cotidiana aún la consumía más. Pero era necesario para poder ofrecerle a su hijo, cuanto antes, algo mejor que aquella vieja casa llena de recuerdos ajenos, abrazos olvidados y huesos escondidos, pensó al percibir con esto último un escalofrío inesperado.

—Yo también quiero saber de qué os reís —intervino Miguel, aprovechando la racha de buen humor con la que su madre había logrado quitarse la cara de malas pulgas.

—Ya te voy a decir yo lo que tú quieres —lo recriminó Clara, girándose hacia él—. ¿Desde cuándo tienes permiso para contradecir lo que digo delante de los mayores?

—Es que yo ya tengo criterio propio, mamá. Y no sé si eso incluye quitarte la razón cuando no la tienes. Don Federico sabe de sobra que somos pobres y que no venimos casi nunca a Barcelona. Y que no tenemos dinero para visitas a museos o al zoológico, o para comer en un restaurante. Es inútil mentirle —se afianzó en sus argumentos.

—¿Tú te estás oyendo? —lo increpó Clara, forzando el torso todo lo que su cintura le daba—. Pareces un señoritingo indolente y malcriado, y no el Miguel que dejé aquí hace apenas unos días. Qué sabrá ese hombre de lo que hacemos o dejamos de hacer. Me parece de lo más inapropiado. ¿Qué más te ha contado de nuestras vidas? ¿O acaso eres tú el que le ha ido con el cuento a él y a su hija?

El enfado de Clara y el tono irritado de sus palabras iban en aumento. Sentía el rubor en su cara y la ira destilándose en su hígado. No podía consentir que Miguel perdiera de vista su condición y su horizonte. Él, su niño, no era de «los suyos», pensó apretando los dientes mientras la hiel recorría su garganta.

—Mujer, déjalo ya. Solo ha dado su opinión y no creo que sea para tanto —intervino Abel, intentando en vano mitigar la rabia que crecía en las palabras de Clara.

—Pues no creo que seas tú el más indicado para dar consejos de cómo educar a un hijo —le aclaró ella, fulminándolo con la mirada.

—Desde luego, pero ponerte así no te va a ayudar a pocas horas de inaugurar la pensión. No sé, creo yo.

Clara se giró hacia delante, cruzó los brazos y permaneció en silencio el resto del trayecto. Miguel optó por seguir el mismo ejemplo y no volvió a pronunciar una palabra. Abel condujo hasta Olesa de Montserrat acompañándose de pequeños instantes de silbidos cantarines con los que se esforzaba en paliar el ambiente tenso de la vuelta. Llevaba los documentos que Montserrat les había entregado y debía dar el paso que llevaba días intentando sin éxito. Quizá sería el último golpe que diera pensó, concentrado en la

carretera, y tenía que salir bien, aunque fuera a costa de perder a la mujer de la que estaba enamorado.

El silencio reinaba en las calles, empobrecidas por las pocas farolas que apenas alumbraban durante la noche. A lo lejos vieron a Benet, el sereno, realizando sus rondas. Al verlos, este alzó el brazo en forma de saludo y ambos correspondieron desde sus ventanillas. Después, Abel frenó el coche y Clara zarandeó a Miguel.

—Ya hemos llegado. Despierta y ayúdame con las maletas.

—Puedo hacerlo yo —se brindó Abel.

—No pesan mucho y tú tienes que devolver el coche.

—Está bien, vamos, muchacho —apremió al chiquillo, que parecía no tener ganas de moverse—, ayuda a tu madre con esto. Yo vengo en unos minutos. Espero que Gustavo todavía esté despierto.

Madre e hijo caminaban esquivando las protuberancias de los cantos rodados que formaban el último trayecto hasta la pensión. Había sido un día intenso que Clara solo quería apartar de su cabeza para centrarse en lo importante. Sin todavía dirigirle la palabra a su hijo, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó las llaves cuando, de repente, la puerta de su casa se abrió de par en par.

—Muchacha, no sé a qué horas piensas que vamos a dejar esto listo para mañana —la reprendió Rosario, con los brazos en jarras y malhumorada—. Pensé que os habíais fugado a Francia, por lo menos. ¿Tú sabes la hora que es? —volvió a recriminarla, sin que hasta el momento Clara hubiera abierto la boca.

—Teníamos que ir a buscar a mi hijo, y a visitar a la conocida de la que le hablé. Y no recuerdo haberle dado…

—Ese es el problema, mujer de Dios —la interrumpió Rosario, mostrándole un manojo de llaves que llevaba en el bolsillo—, que últimamente no recuerdas las cosas importantes, y esta lo es. ¿Tienes presente que mañana inauguramos? Créete que estoy nerviosa, y mira que no me amedrento con cualquier cosa.

—Sí que lo sabe, Rosario —intervino Miguel—, lo que pasa es que yo la he entretenido más de la cuenta, porque estábamos Beatriz y yo tan enfrascados en decidir qué libros me prestaba que…

—¡Basta, Miguel! —le gritó su madre ante la sorpresa de ambos—. ¿Acaso te han preguntado a ti?

—Está bien, pasad. Recordé que tenía las llaves que me diste cuando empezamos las obras, y viendo que no llegabais vine a dejar unas sábanas que todavía quedaban en casa por si alguien sufre algún percance y las necesita —se justificó Rosario, dulcificando sus palabras y sus gestos ante la extraña reacción de su socia—. Ramona estuvo en casa este mediodía. Preguntando por ti y para saber si mañana tiene que estar aquí para ayudar.

—¿Ayudar? No sé qué tiene que hacer aquí ella —contestó Clara, un tanto contrariada—. Ella puede venir aquí cuantas veces quiera, que para eso es la dueña. ¿Qué le ha dicho, Rosario? Para un día que me ausento y parece que todo el mundo me busca.

—¿Todo el mundo? —repitió Rosario.

—No me haga caso —zanjó Clara, harta de ser el centro de atención cuando lo único que quería era acostarse y aparecer en otro planeta.

—¿Dónde se ha metido Abel? —preguntó su socia sin obtener respuesta—. Tú y tu manía de no quedarte a dormir en mi casa, pero no insistiré más, para lo que queda... Me voy, que Joan no se encuentra bien estos días.

—¿Está enfermo? —se interesó Clara, ignorando la perorata a la que no estaba prestando atención, y disgustada por la tensión que había generado con Miguel.

—No sé. Este muchacho mío es de pocas palabras y todo hay que imaginárselo con él. Parece un alma en pena siempre. En fin...

—Espero que se mejore. Descanse, Rosario. Yo arreglo unas cosillas y también me iré a dormir en cuanto pueda. Creo que está todo listo, no se preocupe.

—¿Y esa conocida vuestra? Tú tampoco te prodigas en explicaciones —dijo Rosario.

—Bien —respondió Clara—, bueno, en realidad no. Su salud pende de un hilo y casi de un milagro. He pensado que quizá la traiga a la pensión en cuanto los médicos me lo permitan. Su enfermedad no es contagiosa, como creímos al principio.

Rosario apretó los labios forzando el consentimiento de una decisión que no compartía, pero no podía negarse a los deseos de Clara. Era alguien importante para ella, aunque su presencia fuera

un problema sobrevenido en el caso de que Montserrat, la vieja costurera, ganara la batalla a la muerte. Asintió, acompañando su movimiento con una leve sonrisa

—Miguel, deja las cosas en tu habitación. Después baja de inmediato a cenar algo y a la cama.

—Mamá…

—Hoy no tengo ganas de discutir más —zanjó Clara, dejándolo con la palabra en la boca—. Mañana será otro día, y espero que empiece bien.

—En cuanto salga de la escuela vendré corriendo a casa a ayudarte, te lo prometo —afirmó el niño, abrazándose a su madre—. Perdóname, no he querido ponerte nerviosa ni meter la pata. Es solo que lo he pasado muy bien. No es lo normal en este pueblo, ya sabes. Gracias por haberme dejado ir a Barcelona, mamá.

Clara no contestó. Aceptó el abrazo de su hijo y lo apretó con fuerza. Estaba confusa y agotada. Y las palabras de su hijo sonaban sinceras. Solo eran las de un niño descubriendo algunas diferencias insalvables con las que ella no podía competir.

—Está bien, pequeño. Haz lo que te he dicho. Yo también estoy más irritada de lo normal. No me lo tengas en cuenta.

Clara se adentró en la cocina para preparar una sopa de ajo, algo caliente que servir en la mesa, cuando la puerta principal de la casa volvió a abrirse.

—¿Metida en faena de nuevo? —preguntó Abel, acercándose a ella.

—¿Has traído las notas que eran para mí? —contestó Clara, mirándolo de reojo.

—Por supuesto —contestó él, mostrándoselas—, aquí las tienes.

—Las leeré cuando suba a acostarme. Déjalas sobre el mueble. Ahora quiero que el niño cene, se acueste y yo pueda tener un respiro. No hay gran cosa, pero puedo añadir un poco más de pan y comemos algo nosotros. En la fresquera hay queso también.

—No tengo hambre, aunque eso huele muy bien —afirmó, acercándose a la cazuela en la que ya crepitaban los ajos sobre la mancha de aceite.

—Sí, lo cierto es que no huele mal.

Era una conversación banal, y ambos eran conscientes de ello. Abel se acercó a dejar los papeles en el lugar indicado por Clara y se sentó, observándola con serenidad mientras ella trajinaba entre sus cacharros de cocina.

—Gustavo me manda recuerdos para ti. Me lo he encontrado caminando, en la plaza de los Caídos, y con la charla, cuando me he dado cuenta habíamos llegado a su casa. Incluso me ha invitado a un vino. Su mujer no estaba presente, claro. Si no, la Engracia le habría echado la bronca. Es un buen hombre. También me ha dicho que Tonet está preso. De momento se libra del paredón, aunque ya veremos. Su mujer y su hijo ya están a salvo. Al menos ellos vivirán tranquilos, aunque dudo que él vuelva a verlos.

—No imaginaba que Gustavo también estaba tan metido en saber de aquí y de allá. En fin, aquí cada uno se la juega como puede, o como le dejan. Ese hombre tendría que andar con cuidado. Todavía recuerdo el día que entraron aquí los nacionales. Miguel tenía poco más de un año y medio. Rosario me contó que llegaron a su casa y la pusieron patas arriba, buscando qué sé yo qué. Muchos parroquianos se habían refugiado en las viñas, huyendo y abandonándolo todo, igual que lo hicieron algunos dirigentes republicanos que, viendo cómo se perdía la guerra, habían cogido camino a Francia. No sé ni cómo me las arreglé entonces, porque el miedo me corroía las entrañas y yo era todavía una forastera para muchos. En el pueblo no hubo bombardeos, pero sí en los alrededores. Nadie nos informaba con claridad e imagino que los nacionales no vieron aquí un peligro inminente, porque a las pocas semanas se fueron. Solo dejaron un retén de soldados para vigilarnos. Mi fortuna es que Rosario, a la que me agarraba como a un clavo ardiendo aquellos días, sabía jugar muy bien sus cartas. Su marido ya no estaba y su hijo había muerto en la batalla. Por aquellos azares del destino, le había tocado en el bando de los sublevados.

—Con esa mujer no existen esos azares de la vida como dices. Me extraña que fuera casualidad lo de su hijo.

—Nunca lo he puesto en duda, así que cerremos esta conversación aquí —lo cortó Clara, molesta por las continuas pullas

que Abel lanzaba sobre la mujer.

—Esto no puede seguir así —retomó él—; la guerra continua ahí fuera, y aunque unos tengan el poder, algunos no nos rendiremos nunca.

—No quiero que empieces otra vez con eso, Abel. No es el momento, te lo pido. Tengo mucho en qué pensar, y ya sabes cuáles son mis prioridades.

—Por eso mismo, porque tus prioridades no son pasarte el resto de la vida aquí, criando sola a un niño y al servicio de todo el que entre por las puertas a partir de ahora —se envalentonó en decirle Abel, a riesgo de vérselas con la mujer por la que daría cualquier cosa.

Ella era la razón por la que su vida había cobrado sentido después de las torturas y las penurias que llevaba en sus espaldas. La causa era su bandera, la republicana, pero Clara era la mujer de la que se había enamorado.

—Sé que te ronda contarme alguna cosa y no estoy segura de querer oírla. No creerás que me chupo el dedo. Las miradas entre Montse y tú esta tarde eran disimuladas, pero no tanto como para que no me diera cuenta de que alguna cosa, y muy buena no será, os traéis entre manos.

Abel sonrió cabizbajo, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón. Un gesto que Clara tenía identificado de sobra cuando lo que se aproximaba era difícil de explicar para él. Aun así, se mantuvo en silencio tras la llegada de Miguel, que ya vestía su pijama y una bata que Clara no había visto nunca.

—¿Y eso? —Sonrió Abel al verlo—, pero si pareces un señorito de esos estirados.

—El hábito no hace al monje —soltó el niño, ante el estupor y las carcajadas de los adultos, que duraron unos segundos.

—Mira, renacuajo, si sigues así irás para ministro, por lo menos —vaticinó Abel, cruzándose de brazos mientras no dejaba de mirar la figura calcada que era Miguel, recordando a su buen amigo Alberto —. Mientras tanto, mucho ojo y mucho caso a tu madre con todo lo que te diga ella, ¿me oyes?

—Yo no quiero ser ministro. Eso solo sirve para firmar condenas de muerte. O para convencer a los generales, o coroneles, o como sea… que las firmen. Yo quiero ser contable como mi padre, y al señor Federico le ha parecido muy bien —dejó dicho, muy orgulloso, antes de dirigirse a la cazuela en la que su madre acababa de poner el pan.

Ambos, Abel y Clara, seguían estupefactos. Miguel era como una bomba de relojería y cada día que pasaba era una constatación. Alguien que sumaba la inteligencia, el sentido común y la inocencia en un mismo cuerpo, todavía demasiado pequeño para soportar algunas verdades que le seguían negando. La ingenuidad con la que se expresaba era el único ingrediente que, dadas las características del muchacho, podía desencadenar más de un disgusto.

—Yo me rindo —dijo su madre—, hoy no puedo soportar ni más información ni más reprimendas. No quiero que aceptes todo lo que esa familia te ofrezca, y menos sin consultármelo primero. Así que cena, recoge tu plato y sube a dormir. Abel y yo tenemos que hablar de cosas de mayores y nos quedaremos aquí un rato. Luego iré a darte un beso —le ordenó Clara, esperando que no hubiera más contrarréplicas a sus deseos.

El niño se resignó, muy a su pesar. Había sido un fin de semana intenso y en su cabeza revoloteaban las sensaciones placenteras que había experimentado viviendo, como en un sueño, en una gran casa. Aunque solo fuera por un día. Tenía sus planes, pensó cerrando los ojos, y en ellos no cabía vivir en un pueblo como Olesa. A él le gustaba mucho más Barcelona y sus ojos permanecían atentos a cada detalle: el aspecto distinguido de las personas que paseaban por la calle; las chispas intermitentes que desprendían las pértigas de los trolebuses, llenos de pasajeros apiñados, y aquellas tiendas repletas de productos que nunca había visto. Una de ellas había llamado poderosamente su atención. En el camino hacia el parque zoológico, el coche había hecho una parada en la que el señor Federico se había apeado unos minutos. Miguel siguió con la vista al empresario, cuando vio el cartel. Sorprendido, abrió la boca y zarandeó el brazo de Beatriz, reclamando su atención. Ambos leyeron al unísono el nombre de aquella tienda que parecía invitarlos

a entrar: El Rey de la Magia. Miguel no podía creerlo. ¿Un lugar donde se practicaba la magia? ¿O quizá donde te vendían una pócima mágica como remedio de alguna dolencia? ¿Estaba permitido hacer magia, o quizá solo podía practicarse en las ciudades? Las preguntas se formulaban en su cabeza sin respuesta, y su compañera de viaje no parecía demasiado interesada en un escaparate que para él resultaba fascinante. Incluso tuvo el impulso reflejo de salir del vehículo, pero se retuvo. Si no seguía las indicaciones de Cotar era posible que no lo volvieran a invitar.

La curiosidad por visitar el interior de aquel lugar se disipó al llegar al parque de la Ciudadela, antigua fortaleza militar que, por lo que había leído la tarde anterior en uno de los libros de su amiga, contaba con una extensa historia y una enorme extensión ajardinada. Los límites del parque estaban marcados por una gran verja forjada en la que podías perder la vista. Miguel nunca había visto tantos barrotes juntos y tan bien trabajados. Habían contemplado a los monos saltando de árbol en árbol; a los leones, los osos, varios tipos de serpientes y una pareja de pingüinos… No podía estar más satisfecho con la visita que había provocado en él la alegría más grande que recordaba. Beatriz y él habían disfrutado al máximo de la mañana. Incluso de la comida. Una cesta preparada con bocadillos de pan blanco que sabían a gloria. El queso que llevaban dentro no era de su gusto. Demasiado seco, pero no sería él quien se quejara, por si las moscas. Comieron, bebieron agua y refrescos y hasta unas pastas que le parecieron casi tan buenas como las que hacía Rosario. Un día perfecto, pensó Miguel suspirando ya en su cama.

Y poco a poco, acurrucado entre las sábanas, su mente imaginativa, las varitas mágicas, el turbante en la cabeza y aquel gran interrogante que adornaba una de las paredes de la entrada se fueron evaporando, llevando a Miguel al mundo de los sueños en el que todo era posible.

Al cabo de un rato, Clara subió a comprobar que su hijo ya dormía. Tenía ganas de acostarse, más que ninguna otra cosa en el mundo. Había sido un día intenso y la suma de las horas había dejado en su cuerpo un peso que apenas podía arrastrar.

—Todo en orden —le anunció a Abel, que sostenía entre sus dedos un cigarrillo apagado—. Si quieres quedarte a dormir, no hay ningún problema. Rosario me regañará por no hacerlo en su casa, pero yo no puedo con mi alma, así que…

—¿Ya has leído las notas de Montse? —preguntó Abel, insistiendo una vez más, y acercándose a ella.

—No. Y no sé si ahora es el mejor momento. Estoy muy preocupada por ella, por Miguel, por tantas novedades... por todo en general. Mañana lo haré cuando tenga un rato libre. Me ha preocupado su talante derrotista. Pero hoy no puedo hacerlo.

—Yo también. Tendremos que mover algunos hilos si su ausencia se prolonga durante más tiempo del que nos queda.

Clara escuchaba a Abel, apoyado en el mármol, con los brazos caídos y mirándola, mientras ella terminaba de doblar algunos trapos de cocina. Atendía sus palabras, pero no quería procesar la información que goteaba de sus labios en pequeñas dosis. No estaba preparada, no quería estarlo, y no lo invitó a continuar.

—Confiemos en su recuperación, y en las próximas semanas le anunciaré mi decisión de traerla con nosotros; ya buscaré el momento oportuno para hacerlo —fue todo lo que expresó.

Aquel «nosotros», pronunciado mirándolo a los ojos, le pareció excesivo, pero ya estaba dicho. Contaba con él, con su ayuda, con sus sonrisas y con la complicidad que había tejido junto a su hijo. Se había acostumbrado a su presencia, aunque no quisiera reconocerlo. Había entrado en su vida y era la única persona que la unía a su pasado. Le sonrió levemente, disculpándose con un gesto agotado, y se acercó a las escaleras dándole las buenas noches. Una vez más, Abel no había tenido el valor de confesarle toda la verdad. Se sentía un cretino. Y al mismo tiempo que la respetaba por haber sido quien era, la deseaba en lo más profundo de su corazón. Su lucha, la que todavía perseguían un puñado de maquis mal pertrechados y más sobrados de ideales que de escopetas, le impedía manifestarle todo el amor que había alimentado en su ausencia. Los abrazos soñados, su contacto, el olor de su piel y el miedo impreso en su cara cuando la vio partir, sabiendo que en su vientre vivía el fruto de un amor

truncado por la utopía, eran las razones por las que había llegado hasta allí. Incluso poniendo en riesgo la misión que le esperaba.

Ella, como cada noche, volvía sola a su alcoba. Y él la soñaría desde la suya, abandonado a las caricias inexistentes que solo habitaban en su imaginación y a un amor velado por la guerra, que se debatía entre la razón y el sentimiento. Sin pensárselo más, Abel dejó el cigarrillo sobre el mármol, dio dos pasos hacia delante y sujetó la mano de Clara cuando ella se disponía a subir las escaleras.

—A finales de esta semana me iré unos días. Debo hacer un viaje —le anunció—, con destino a Canfranc —añadió sin recibir respuesta —. Volveré en cuanto resuelva las cosas.

En su mirada supo que la decisión estaba tomada. Y no hubo reproches ni súplicas. Solo unos frágiles y temblorosos dedos enroscándose en los de él y acariciando las ásperas palmas de sus manos. Tenía que aceptar las cosas tal y como habían venido. Y así se lo hizo saber.

—Si no piensas volver, no quiero que me engañes, dímelo y ya está. Nada nos debemos, pero…

Abel no la dejó terminar. Tensó su brazo, atrayéndola hacia él. Y Clara se giró, pegándose a su cuerpo, tan cerca como lo habían estado en la última ocasión. Buscaron qué decirse mirándose a los ojos, en silencio, sintiendo el aliento de la urgencia por juntar sus labios y, lentamente, se besaron.

Aquel beso fue para Clara como una corriente de agua fría bajo los pies; como un rayo atravesando su cuerpo, inmovilizándola por completo como solo recordaba haber vivido una vez. Y se aferró a Abel, abrazándolo con el ansia contenida por los años y los recuerdos que, de repente, se agolpaban en su mente. Se venció al deseo de su cuerpo bajando las barreras que tanto tiempo había mantenido en alto, reservadas para alguien que nunca volvería.

Aquella noche la pasaron juntos hasta la madrugada. Cuerpo a cuerpo, desnudos ante la única verdad que se desvelaba en dos almas que se habían deseado desde su reencuentro, sin escuchar lo que aquellos abrazos prometidos se decían en silencio.

Al alba, con los primeros rayos del sol también se desvanecían las promesas que Abel le había susurrado al oído antes de salir de la

habitación:

—Aunque tenga que irme en unos días, a mi regreso no volveremos a separarnos nunca más.

10

Sin ser conscientes de lo que estaba pasando, la pensión La Buena Estrella se había convertido en el lugar del que todo el pueblo hablaba. Estaba de moda. Desde la inauguración, los correveidiles y la curiosidad por los recién llegados eran la comidilla de los lugareños. El ir y venir de trabajadores era continuo y nunca se habían escuchado tantas voces en aquella casa. Rosario se sentía pletórica. Ella era la que se encargaba de atender a los huéspedes, de organizar la compra y de resolver todo tipo de dudas que surgían a los allí alojados. Clara prefería llevar el mantenimiento de las habitaciones y la organización de las comidas desde un lugar más discreto. Servir a los comensales también se lo dejaba a su socia, que no desaprovechaba ninguna ocasión para conocer a los nuevos parroquianos.

Cada jornada resultaba agotadora y aunque todavía no salían las cuentas, según los cálculos de Joan, en pocos meses podrían empezar a recuperar el gasto que habían representado las obras de las reformas.

Tras unos días en los que Abel se había asegurado de que todo lo concerniente a las instalaciones que él mismo había revisado, estuvieran en perfecto estado, había anunciado a las mujeres la intención de ausentarse.

—Pero, hombre de Dios, ¿así nos vas a dejar ahora? Mira que si se rompe una cañería o saltan los plomos te vas a acordar de mi nombre por muy lejos que estés —lo había amenazado Rosario, con los brazos en jarras.

—No se preocupe, que todo está en su sitio —la tranquilizó Abel —; además, ya he avisado a Gustavo para cualquier imprevisto. Hoy

mismo lo he revisado todo y no habrá problemas.

—Así, ¿cuándo dices que vuelves? —insistía Rosario, atenta a cada mirada que el hombre lanzaba a Clara.

—No puedo asegurarlo, una semana o dos a lo sumo, lo prometo. Si no fuera así, mandaré recado para que no se alerten.

—Claro, y el motivo no podrás revelármelo tampoco, ¿verdad?

—Ya le he dicho. Tengo un primo por parte de madre que me necesita. Su mujer ha fallecido y tengo que...

La mentira se iba enredando y Abel se sentía cansado de tener que lidiar con la mujer, nunca satisfecha con sus explicaciones. Se habían mirado, casi retándose, y tras un silencio que ambos consideraron como una tregua, dieron por zanjado el asunto de su partida. La última advertencia de Rosario había dejado evidencias de sus sospechas. No creía a Abel, pero no le quedaba más remedio que hacerlo.

—Con eso no se juega, ¿eh? Que a los vivos no hay que matarlos sin motivo. En fin, espero que te vaya muy bien y que pronto te tengamos aquí otra vez. No acabo de creerte mirando a esos ojos tuyos, pero no me queda otra que conformarme.

Rosario seguía insistiendo y así se lo había manifestado a Clara, ante la aparente indiferencia con la que esta se había tomado la partida de Abel. En los días posteriores a la inauguración del hostal, entre ellos apenas habían cruzado las palabras justas. Desconocía qué podía llevarlo hasta el lugar del que le había hablado, una estación de tren en Huesca, Canfranc. Y las pocas veces que él había intentado explicárselo, ella lo había evitado. Cuanto menos supiera menos tendría de qué preocuparse, se repetía para no caer en la tentación de conocer los detalles, pese a que no era cierto.

Aunque La Buena Estrella no tenía la orientación más cálida, Clara disfrutaba del fresco y la luz de las mañanas que se colaba a través de la ventana de su habitación, llenando sus pulmones con la brisa y el olor a limpio que desprendían la ropa tendida en los terrados contiguos. No había sido un sueño, recordó sonriendo, acercándose la almohada a la mejilla. Su olor todavía permanecía impregnado en ella. Y la abrazó con los ojos cerrados antes de airearla junto con las sábanas, como hacía cada mañana.

Sin pronunciarlo en voz alta, se había prometido no volver a enamorarse, y mucho menos de alguien que tuviera relación alguna con la guerra. La de los perdedores. Una pérdida había sido suficiente para ella hasta que había llegado Abel. Él le traía los recuerdos que no quería reavivar y, sin embargo, sentía la llama de la vida en su interior cuando rememoraba las caricias que habían recorrido sus cuerpos. No podía permitirse las preocupaciones de una nueva ausencia sin retorno, y desechó de su cabeza lo que había ocurrido apenas hacía unos días.

Miguel se había levantado antes de lo habitual y ya estaba preparado. No lo había escuchado y al acercarse a su habitación comprobó que ya había bajado al comedor. Él estaba encantado de ser el hijo de una de las dueñas de La Buena Estrella. La puesta en marcha del negocio lo había convertido en uno de los niños más populares de la clase, a costa de la inquina de los más envidiosos, que más de un día seguían recordándole que solo era el hijo de una costurera viuda. Clara se aseó y se vistió, recreándose ante el espejo, aprovechando que estaba sola. Salió de su cuarto, bajó como cada mañana y saludó a los clientes que ya se encontraban esperando su desayuno. Todo iba tomando forma y las rutinas ya no representaban la extenuación de los primeros días. Como parte de la organización, y conociendo los impulsos desordenados de su socia, había dispuesto unas hojas colgadas en un rincón de la cocina para ir apuntando los víveres que había que reponer. Era la única forma de aclararse y, viendo que Rosario había dejado escritas algunas cosas, arrancó el papel y fue a buscarla. Fue entonces cuando escuchó la conversación con el huésped intimidado. No tenía remedio, se dijo.

El desapacible viento de la noche había dado lugar a un cielo despejado que lucía en todo su esplendor, y los primeros rayos del sol avanzaban serpenteantes entre las calles buscando dónde extenderse. La mayoría de los trabajadores ya habían partido a sus destinos y la cocina volvía a estar llena de trastos para fregar. En el comedor solo quedaban dos huéspedes: Agapito Gomis y Amancio Bermúdez. El primero, un hombre entrado en años y en carnes que sudaba a todas horas, era vendedor de aparatos eléctricos y se

jactaba continuamente de sus habilidades oratorias, haciendo uso de una labia que no daba tregua. Enlazaba un tema tras otro para terminar siempre resaltando las bondades que la tecnología ofrecía a las amas de casa que quisieran disponer de tiempo libre para sus maridos. Resultaba empalagoso, aunque en menos de una semana había logrado endosar a algunas de las mujeres de los civiles varios secadores de cabello, cafeteras y planchas que la mayoría de las familias no podían costearse ni de lejos. El otro, Amancio, parecía más tímido. Un hombre enjuto, de aspecto más bien enfermizo y de edad indeterminada, que se mantenía al margen de las conversaciones y que solía sonreír de forma discreta en las charlas ajenas. Acostumbraba a bajar de los primeros y se entretenía con viejos periódicos que debían de viajar con él.

Rosario, en su casi mórbida necesidad de saber, había averiguado que se dedicaba a la venta de productos para la salud: el fósforo ferroso. Al parecer un reconstituyente para los nervios que terminaba con la fatiga y las preocupaciones. Ante el cuestionario de la casera esa misma mañana, las breves explicaciones que le había dado el enclenque comercial habían provocado tales carcajadas en Rosario que llegaban más allá de las paredes. Guiñándole un ojo, y acercándose a su oreja, le había susurrado que lo mejor para el ánimo y el temple era el brandi que guardaba ella a buen recaudo. Y hasta le había ofrecido una copita, agradeciéndole las risas que se había echado a su costa. El hombre, un poco avergonzado, había declinado la invitación, apresurándose a terminar el desayuno alegando tener prisa.

La avisó con un gesto y Rosario acudió a su reclamo.

—Voy a acercarme a Cal Mendi. ¿Falta alguna otra cosa? Ahora entro en la despensa y me llevo las garrafas vacías.

—Eso es. Pero vigila que no te dé gato por liebre, que me la conozco bien a la Engracia y si puede te sisa los céntimos. El más barato, recuérdalo. Que estos —añadió señalando hacia el comedor —, con cualquier morapio que les caliente el gaznate se conforman. Muy viajados dicen ser, pero de vinos entienden lo que yo de aritmética. Así que ya sabes. Que la Engracia te haga buen precio. No se ha visto en otra antes, vendiendo tanto vino.

—Rosario, ya me lo ha repetido varias veces en los últimos días. No se preocupe, que sabré hacerlo —contestó Clara, resignada.

—No lo pongo en duda, mujer, y no me lo lleves a mal. Lo que pasa es que vas arrastrando los pies como un alma en pena. Voy a pedirle a este pobre de Amancio que te venda un bote del reconstituyente ese —afirmó, señalando hacia el comedor.

—Ni se le ocurra, por favor se lo pido. Y qué manía tiene siempre con verme enferma —se quejó Clara.

—¿No será por la marcha de tu pariente? Es más, después de la visita a esa amiga vuestra, no sé yo, estás falta de espíritu, y como tampoco explicáis gran cosa, una tiene que sacar sus propias conjeturas. Y pensando mejor, sí que voy a comprar unas botellas de esas, si me las vende a buen precio. Igual hasta me las tomo yo. Aunque con el aspecto que tiene el representante, desde luego que no podría decirse que predique con el ejemplo. Ya ves… para los nervios —volvió a carcajearse, aunque el hombre ya había desaparecido, ahorrándose el apuro que le había hecho pasar a primera hora.

—Es cierto, estoy preocupada por mi amiga. No se lo voy a negar —quiso sincerarse Clara, aunque solo a medias—. Es más, lo hablé con Abel y dependiendo de lo que tarde en volver iré yo sola de nuevo al hospital. Me gustaría traerla a vivir conmigo —soltó Clara de manera impulsiva.

Rosario no era de disimular cuando alguna cosa no le cuadraba. Elevó las cejas y frunció los labios. Clara sabía cuál iba a ser su preocupación.

—Lo tengo todo pensado —se adelantó a decir—. Se instalaría en la habitación pequeña de arriba. Aunque la estemos usando como almacén queda sitio suficiente —afirmó Clara, buscando los argumentos suficientes para que su socia no pusiera demasiadas pegas—. Durante el día incluso podría ayudarnos con pequeñas cosas que estén a su alcance. Ha cosido toda la vida para personas muy importantes de Barcelona. Y es una excelente anfitriona. Yo tengo algunas pesetas, no muchas, pero bastarán para comprarle una cama y un pequeño mueble que hagan de ese lugar un sitio confortable en el que estar.

—Lo tendrás todo pensado, como dices, pero no me has consultado antes —fue lo primero que le soltó Rosario, mirándola muy fijamente—. Y el tema no es baladí. Traer aquí a una… bueno, a una mujer enferma…

Clara estaba sorprendida, no tanto por la franqueza a la que ya estaba acostumbrada, como por la expresión que nunca había escuchado en su socia. Sabía que no iba a claudicar a la primera, aunque confiaba en su buen corazón, el que tenía bajo la camisa oscura que no la dejaba brillar como la mujer luchadora que le había demostrado ser. Clara permanecía a la espera, sonriendo.

—¿Y se puede saber qué he dicho que te haga tanta gracia?

—¿Yo? No me río. Es solo que me ha sorprendido eso de «baladí».

—Qué pasa, a ver si solo tú, y este que nos ha abandonado como a las colillas, sabéis decir palabras cultas. Mi difunto, que en paz descanse —aclaró, santiguándose—, era un hombre bien culto. Otro gallo nos hubiera cantado si… bah, dejémonos de fruslerías —añadió Rosario, marcando mucho las erres—, esa también te gusta, ¿a que sí? Pero no me cambies de tema, que a lo que voy es a lo que voy. No me parece una buena idea traerte a esa pobre mujer aquí. Y sin que lo habláramos antes.

—Es solo una hipótesis, Rosario. Ni siquiera lo he hablado con ella. No hemos vuelto a verla. Quizá lo haga la próxima semana, a ver si saco unas horas libres y me acerco a visitarla. Pero estoy con usted —se defendió Clara, apoyándose en el mueble de la recepción—, sé que debía haberlo consultado antes. Ella no tiene a nadie. Y no crea que será tan fácil convencerla para que venga a un pueblo. Está acostumbrada a la ciudad, así que vivir entre montañas se le hará difícil. Eso sí, aquí el aire es más puro y no hay apenas contaminación.

—Ya estamos con lo mismo. Pues bien que han pasado miserias los de la ciudad. Aquí al menos hemos podido comer de lo que plantábamos más de una vez. En fin, no digo ni sí ni no. Solo creo que esta mujer, tan delicada de salud como dices que está, no solo tendrá que compartir sus noches con los trastos que hay ahí arriba. También con el espíritu de una muerta… ya sabes. Y esos no son

peligrosos, aunque, yo misma, que no soy miedosa con esos temas, me lo pensaría.

—No me meta miedo, Rosario —se quejó Clara—, que cada vez que subo ahí me dan escalofríos.

El bebé muerto no había caído en el olvido de nadie en aquella casa, ni siquiera para Miguel, que con cualquier excusa evitaba subir cuando su madre lo enviaba a buscar algo y él escurría el bulto. Se había vuelto a tapiar la pared, nadie había hecho más referencia al asunto, pero todos sabían que detrás de aquel agujero permanecían los restos silenciosos de una criatura inocente. Clara no quería sacar a relucir la cuestión. Sin embargo, casi de forma refleja, sintió la necesidad de formular algunos interrogantes.

—¿No le ha hecho ninguna pregunta Ramona? ¿Tampoco Ramón? Se me hace raro pensar que, si alguno ha tenido que ver en esto, no se escamaran con la reforma y la posibilidad de descubrir su secreto. Lo cierto es que el día de la inauguración don Federico se interesó por las obras. De forma sutil, pero me pareció que quería saber más de lo que le tocaba. Él conoce la casa de cuando era más joven, me dijo. No sé, no me haga caso, serán imaginaciones mías, pero me pareció extraño ese interés suyo.

Los músculos de la cara de Rosario se tensaron. No tanto como para que Clara pudiera detectarlo, ya que lo único que pretendía, cambiando de tema, era tapar su verdadero propósito, que no era otro que traerse a la modista hasta Olesa.

—Ya seguiremos hablando, si le parece —zanjó Clara, quitándose el delantal—. Voy a buscar las garrafas y me acerco a por el vino. Luego me organizaré con la comida. Un caldo que ya he puesto a hervir y un estofado de vaca que, bueno, habrá que estirar todo lo que podamos para que todos los huéspedes prueben.

—Eso, eso —contestó Rosario—. Si todo está en orden, voy a acercarme a casa un momento. Joan no ha ido a trabajar. Ha tenido fiebre toda la noche. Este muchacho no está bien, ya te lo digo yo.

—¿Cómo no me lo ha comentado antes, mujer? Yo misma le llevaré una olla con el caldo y algunas piezas de la carne con la que quería hacer croquetas para mañana. No se apure. Vaya, vaya —la alentó Clara, saliendo cargada con las garrafas.

—Eres un ángel, muchacha —le agradeció Rosario—, hoy debo ir a Manresa. Tengo unos encargos de esos míos, ya sabes, que llevan varios días allí. Y si no espabilo los civiles se adelantarán, que están ojo avizor. El otro día detuvieron a uno y entre rejas está.

—Vaya con cuidado, por favor, que no me gustaría tener que visitarla en el cuartelillo.

—Ya se guardarán esos de *engarjolar-me* —presumió ufana Rosario, levantando el dedo índice—, por la cuenta que les trae.

Ramona y su marido no habían vuelto por la pensión desde la inauguración. Cada uno seguía sus rutinas y parecía que lo único que podía interesarles era la renta mensual que habían acordado con las socias.

Clara caminaba despacio de vuelta a la pensión. Había cambiado los enormes bultos de ropa, que tanto le costaba cargar en las espaldas y que todavía añoraba, por botellas, compras abultadas y aquellos pesados garrafones que no había por dónde asirlos sin que pareciera que iba a cortarse la circulación de los dedos. La propuesta de Engracia le había parecido razonable y la había aceptado de buen grado. Incluso sin comentarlo con su socia. El tiempo que perdía en ir y venir era necesario allí, en la pensión. La tarea de cocinar con pocos ingredientes, y que la escasez no se notara en los platos, le llevaba muchas horas. Había que ingeniárselas cada día para ofrecer desayunos, comidas y cenas. Sobre todo, estas últimas, ya que los trabajadores llegaban hambrientos después de largas jornadas y todo les parecía poco. El acuerdo era que Pedrito, el hijo de la tendera y Gustavo, sería quien les trajera al menos parte de los encargos dos veces en semana, al salir de clase. El niño estaba entrado en carnes y parecía muy fuerte. Casi le sacaba un palmo a Miguel, y seguro que él mismo estaría encantado de ayudarlo.

Concentrada en sus pensamientos, el recuerdo de Abel acompañaba sus pasos hacia la pensión. Y, sin darse cuenta, al girar la esquina casi se tropieza con Ramón, que iba a ritmo ligero y en dirección contraria. Este la miró sorprendido y ella suspiró, lamentándose de su torpeza.

—Perdone, Ramón, no lo he visto venir.

—No hay nada que perdonar, Clara —respondió el hombre, ayudándola con los bultos—; de hecho, vuelvo de La Buena Estrella pero no hay nadie en la recepción. Son ustedes muy confiadas —pareció reñirle el hombre.

—Sí, Rosario ha salido y yo me he dado prisa con esto —quiso justificarse, señalando con la vista todo lo que llevaba encima—, pero, dígame, ¿qué se le ofrece? —preguntó.

—Mejor vamos para adentro y así la ayudo con esto —contestó él, echando un vistazo a su alrededor, como si temiera que alguien pudiera escucharlos.

Clara se tensó. No había conversado demasiadas veces con el hombre y, aunque de actitud distante y carácter rudo, su presencia siempre le resultaba agradable. Intentó, sin éxito, imaginar qué podía terciársele.

—Muchas gracias, Ramón —sonrió Clara.

—De nada. Solo tengo unos minutos. Lo primero es decirle que Abel se encuentra bien, aunque puede que tarde unos días más de lo previsto en volver —soltó Ramón, sin más miramientos—. Y que quizá, si él no puede por algún imprevisto, su hijo y usted sí pueden marchar para reunirse en el lugar donde me indique un poco más adelante.

Clara sintió el rubor en su rostro y un sofoco creciente que la quemaba por dentro. Quiso articular alguna palabra de agradecimiento, o de súplica, no sabía. El impacto de lo dicho por el casero la había sacudido, y aunque las palabras estaban en su cabeza, estas se agolpaban en la garganta. Ramón sonrió, quizá por primera vez desde que lo conocía, y se acercó a ella para frotar sus hombros en un gesto de afecto. Un pequeño temblor en todo el cuerpo se sumó a la repentina vergüenza que embargaba a Clara en aquel momento. ¿Sabría lo que sentían el uno por el otro? ¿Cómo había contactado con él? ¿Qué más secretos guardaba el casero? ¿Quién era Ramón en aquel conjunto de personas cercanas a ella? Las preguntas no tenían respuesta, y tampoco quería saberlas. Solo se formulaban en su cabeza. Él habló de nuevo.

—Ayer visité a su amiga Montserrat. Me manda recuerdos y que pronto tendrá noticias suyas, palabras textuales. Fue una visita

rápida, ya sabe cómo se las gastan las monjas.

Las lágrimas no se hicieron esperar y Clara se tapó la cara con las manos, queriendo controlar el desconcierto y la emoción que sentía al mismo tiempo. Ramón, en un gesto cercano, tomó sus manos y las separó de su rostro, aproximándose un poco más a ella.

—Mientras todo esté así, aquí estás a salvo, créeme. Tú y tu hijo podéis vivir tranquilos de momento. Ahora no tengo tiempo de darte más explicaciones —la advirtió el hombre, tuteándola por primera vez—, aunque creo que las mereces, aunque solo sean para dignificar la memoria de los tuyos, ya sabes.

—¿Quién es usted? ¿Abel volverá pronto? ¿Corre peligro? ¿Y Montserrat? Quiero ir a verla. ¿Acaso sabe sobre mí más de lo que…?

—Lo que yo sepa o deje de saber no es cosa de dos minutos, que son los que tengo para salir ahora mismo hacia Barcelona. Queda mucho que hacer y Montse me ha pedido encarecidamente que no te preocupes por visitarla de momento. En cuanto mejore yo mismo te daré nuevas noticias. Ella es solo una anciana que vale más por lo que calla que por lo que habla, ya me entiendes. Por lo demás, esperemos un tiempo a ver si se calman las aguas. Y otra cosa —añadió Ramón, acercándose a ella.

Su cuello dejaba entrever la rigidez de los tendones, tensos como varas dibujadas bajo su piel morena.

—¿Qué ocurre? Estoy asustada —confesó Clara muy atenta a las explicaciones de Ramón.

—Solo quiero advertirte de una cosa. Ten cuidado con Rosario. Ella es una superviviente y nadie lo pone en duda. Pero sabe nadar y guardar la ropa a la perfección. Pertenece a esa nueva estirpe que nos ha dejado la guerra, los que no conocen banderas, ya me entiendes. Y tiene buen corazón, sí, sobre todo contigo. Para ella eres como una hija, me consta, pero no debe saber nada de lo que yo te diga. Ni de lo tuyo. Si llega a extenderse de dónde llegaste será tu final. El tuyo y el de tu hijo en una tierra tranquila como es esta. No quiero asustarte, pero hay que ser cautos y muy discretos, ahora más que nunca, ¿me comprendes?

Ramón le apretó la mano, esperando una reacción de Clara que parecía no llegar. Sus palabras se habían ido clavando como pequeñas agujas alrededor del cuerpo. Diminutas, casi invisibles, e indoloras, porque no era capaz de sentir nada, ni siquiera el miedo que en otro momento le habrían causado las sospechas que ahora Ramón sembraba sobre ella y su relación con Rosario.

—Montse y yo estamos en el mismo bando, para resumirlo —quiso matizarle a Clara, que lo miraba fijamente, intentando digerir unas palabras que le habían helado la sangre—. ¿Te encuentras bien? —preguntó Ramón, mirando nervioso hacia la puerta—. Es que tengo que irme o perderé el coche a Barcelona.

Clara gesticuló, afirmando, viendo cómo Ramón salía de la pensión. Entró en la cocina, pero no era capaz de ordenar su cabeza y ponerse con las tareas del día. Era demasiada información en unos segundos, se decía mientras frotaba las manos en el delantal, mirando a su alrededor sin saber por dónde empezar. ¿Quién era Rosario entonces, además de una viuda que había sobrevivido a una guerra en la que había perdido marido e hijo? ¿Y Ramón? Abel nunca le había dicho que se conocieran, o que estuvieran comprometidos por la misma causa. Nadie era quien parecía ser, se dijo en un lamento ahogado. Y, de repente, descubrió que la respuesta estaba en ella misma. Clara también escondía su verdadero origen. Y una risa nerviosa brotó de su garganta.

—Bueno, pues yo también quiero reírme —la sorprendió Rosario.

—Por Dios, qué susto me ha dado. ¿Es que no puede hacer más ruido, que tiene que ser tan sigilosa?

—¿Sigilosa yo? Ahora sí que me sorprendes, muchacha. No sé en qué estarás pensando, pero desde luego, lo que sea te tiene muy lejos de aquí. Te recuerdo que todo bicho viviente que entra por la puerta mueve la campanilla. Así que tú me dirás si lo tuyo es sordera o qué.

—Estaba concentrada en mis cosas, solo es eso. Perdone. Sí que me ha parecido escuchar la campanilla, pero no he hecho caso —mintió Clara a modo de disculpa—. Por lo demás, no se preocupe, a veces me río por no llorar. Lo que son las cosas. Oigo perfectamente, y si no me pongo con las comidas ahora mismo los parroquianos no

tendrán que llevarse a la boca cuando vengan hambrientos y con el tiempo justo. ¿Cómo se encuentra Joan? —preguntó Clara, sacando fuerzas de flaqueza para desviar la atención de Rosario.

La conocía y sabía que la observaba con detalle, sobre todo desde que Abel había marchado.

—Bien, bien. Un resfriado sin importancia —abrevió Rosario, restándole relevancia a la salud de su hijo—. Oye, ¿Ramón ha pasado por aquí? Por la trayectoria que llevaba me ha parecido que salía de la pensión. Él ni me ha visto pero…

—Sí, es cierto. Ha pasado un momento para preguntar cómo iba.

—¿Cómo iba qué? —la interrogó Rosario, cruzándose de brazos.

—Cómo iban las cosas aquí, qué va a ser si no. Al decirle que usted no estaba y yo tenía prisa, se ha ido. Eso es todo. ¿Tiene algún asunto pendiente con él? —se apresuró en preguntar Clara, devolviéndole una incógnita que no tenía otro interés que desviar la curiosidad que mostraba Rosario.

—Qué raro es ese hombre y qué misterio tiene. Los pagos se los llevo religiosamente a Ramona, que es quien recoge el alquiler. Y ni siquiera la veo desde que abrimos. Esa mujer acabará mal de los nervios, y si no al tiempo.

—Puede que esté ocupada en sus cosas —refirió Clara, quitándole importancia y, al mismo tiempo, satisfecha de haber podido zanjar la otra cuestión, o eso al menos creía—. ¿Trae todo lo que necesitaba? Yo voy retrasada, así que, si no le importa, continúo con lo mío.

—Traigo, traigo —confirmó Rosario, guiñándole un ojo—, aunque he dejado la mayoría de las cosas en casa, en lugar seguro. Hoy, además, tengo una sorpresa para ti —sonrió la mujer, agachándose —. Estoy deslomada, pero no podía perder la oportunidad. Mira.

—¿Y esto? —se asombró Clara al ver una pieza de tela de color coral que su socia le ofrecía.

—Unos metros de paño. Mira qué tacto tiene. He pensado que tu abrigo está más viejo que yo, y que para el próximo invierno podrías hacerte uno nuevo.

Clara se emocionó. Hacía tiempo que nadie le hacía un regalo, y en aquellas fechas, las buenas telas no estaban al alcance de los pobres, que remendaban sus ropas como podían una y otra vez. Se

acercó a Rosario y, a pesar de no poder quitarse de la cabeza las advertencias que acababa de hacerle Ramón, no podía desmerecer el obsequio.

—No tenía por qué gastarse el dinero en mí, mujer —le agradeció Clara con una sonrisa—, y qué bonito es el color.

—No había mucho donde escoger, pero este me ha parecido que podía dar alegría a esa cara triste que tienes últimamente.

—Desde luego, y que lo diga —afirmó ella, maravillándose del tacto del tejido—. Miraré de sacar un abrigo para cada una —le propuso.

—Qué va, para qué quiero yo una prenda tan vistosa. Eso tú, que tienes que empezar a lucirte en El Círculo. No recuerdo que en todos estos años hayas ido al teatro, ni a tomarte un refresco con nadie. Hay que espabilar, muchacha, o te quedarás para vestir santos. Tú piensa que lo que necesitas es un padre para tu hijo, y un hombre que te caliente la cama por las noches. Ya lo he dicho, que si no lo hago reviento —soltó, acompañándose de las risas picaronas que ya no le daban tanta vergüenza a Clara.

—Pero si me faltan horas para dormir, Rosario. ¿Cómo voy a tener el cuerpo de fiesta? —salió al paso, ignorando la parte de los consejos que no quería alimentar.

—Por cierto, me han dicho en el mercado que este año van a hacerles un homenaje a los viejos. Si es que ya no saben qué inventar. A partir de los setenta años, parece ser, así que todavía no me toca. Y tampoco me imagino al Joan llevándome de la mano a la iglesia. Que ir, voy, más por obligación que por creencias, ya lo sabes. Y que no salga de aquí. El día que murió mi Amancio y desde que me mataron a mi Perico, dejé de creer en Dios. Ya ves qué tontería. Y a misas voy, para qué levantar el polvo. Pero te juro que no creo una palabra de lo que dice el párroco.

—Nunca me había referido el nombre de su difunto —apuntó Clara, escuchándolo por primera vez—; sí que conocía el de su hijo mayor, Perico —pronunció—, y bueno, las fiestas, sean del tipo que sean, siempre son momentos de armonía y hermandad. Sí, es cierto, nada tapará las faltas de los que ya no están con nosotros, pero los que siguen aquí también tienen derecho a disfrutar, digo yo.

—No te voy a quitar la razón. Aquí antes de la guerra, cuando yo era una moza en este pueblo casi perdido de la mano de Dios, había mucho donde entretenerse. Fiestas, bailes, cine… teníamos de todo. Hasta tres cines, ¿puedes creerlo? Y a casi todo el mundo le alcanzaba para convidar en ocasiones. Todavía recuerdo la primera vez que vi el cine en movimiento. Casi me da un ataque de nervios. Era tan extraño ver cómo se movían las personas, como si estuvieran dentro de aquella tela blanca… Y ya te digo, que si la pesca, que si las fiestas patronales, que si los bailes típicos. Solo nos faltaban los homenajes en vida. No soy yo muy partidaria de esas celebraciones de ahora. Solo quieren tapar la miseria que les han hecho pasar a mucha gente, dejándolos sin sus hijos y sin sus maridos, solo hace unos años. En fin, no me lo tengas en cuenta, que esto me revuelve mucho las entrañas.

—Tiene que contarme eso del cine, que le he visto un brillo especial en los ojos. Pero quizá luego, que mire qué horas tenemos y hoy tendré que correr más que de costumbre para poner un plato caliente en la mesa.

—Por cierto, también me ha parecido ver a Federico llegando a su casa. Qué movimiento tiene hoy el pueblo…

—Traerá a Beatriz al médico, como siempre —respondió Clara, ya enfaenada con los cacharros de la cocina—. Ese hombre tiene verdadera devoción por su hija. Pobrecilla, lo tiene todo menos la salud, que es lo importante —se compadeció, ya en la labor de pelar patatas.

—No se puede negar, pero me da a mí en la nariz que también tiene otros intereses. Nunca había traído tan seguido a su hija a los médicos de La Puda. Así que ándate con ojo. Es mayor que tú más de quince años, pero un buen partido, al fin y al cabo. Y tu hijo y la chiquilla se llevan a las mil maravillas.

Clara prefirió no contestar a los últimos comentarios de Rosario, siempre tan suspicaces. No había reparado en ese particular, o no había querido hacerlo después de haber vuelto a sentir las caricias de un hombre en su piel. Abel había trastornado su monótona existencia. Algo había prendido en su frío corazón, el que desde hacía tantos años no había vuelto a latir fuerte ante la presencia del

amor. Pero ¿era amor lo que sentía por el maquis? No podía asegurarlo y no se parecía a las sensaciones que había experimentado con Alberto. La guerra había apagado muchas luces en la vida de demasiadas personas. Algunas para siempre.

No creía poder templar los nervios después de la bomba que le había soltado Ramón, pero lo había conseguido y prefería no pensar en ello. De lo contrario, el peso de la incertidumbre se sumaría a su ya dolorida espalda. Pero necesitaba volver a hablar con él. Era preciso acercarse a lo que estaban tramando, junto a Montserrat y a Abel, e intuía que no podía ser nada exento de peligro. Una punzada refleja sacudió su vientre al mismo tiempo que volvió a sonar la campanilla del establecimiento. Se encogió, concentrada en el dolor que parecía remitir, y miró el reloj de la cocina. Todavía faltaba más de una hora para servir el almuerzo y Miguel tampoco podía ser. Debía de tratarse de algún nuevo inquilino, imaginó dándole una voz a Rosario para que ella, que todavía andaba en la recepción, se hiciera cargo de la visita.

Esperó unos segundos en los que los murmullos llegaban confusos. Parecían varias voces las que intervenían, además de la de su socia. Al poco, Rosario la llamó y Clara, fastidiada, dejó en remojo las acelgas y las patatas.

—Buenos días —se presentó Cotar, ofreciéndole una sutil sonrisa a Clara, paralizada ante la visita inesperada de Federico y sus acompañantes.

Rosario miraba a Clara, y Clara a Rosario, ambas enmudecidas hasta que esta última tomó las riendas de la situación.

—Pero pasen al salón, si son tan amables. Ahora mismo les traigo un refresco o lo que ustedes gusten —les ofreció la mujer, más nerviosa que de costumbre ante la presencia de los uniformados.

—No le haremos un feo, Rosario. Adelante, caballeros —los invitó el empresario con toda naturalidad—. Yo solo querré agua, si no le importa. Acabamos de llegar y vengo seco. ¿Ustedes? —dijo, dirigiéndose a los hombres que lo acompañaban, que hasta el momento no se habían pronunciado en presencia de Clara.

—Agua también para el cabo y para mí, muchas gracias —añadió el más mayor, sin mostrar el más mínimo gesto de cordialidad.

—Ahora mismo se la traigo —pronunció Clara, casi sin aliento, sintiendo el latido de su corazón como una bomba a punto de explotarle en la garganta. Apenas podía pensar. Ya en la cocina, no sabía dónde estaban los vasos, ni los manteles, ni nada. Sus temblorosas manos luchaban por mantener la calma y no provocar un altercado entre el menaje. ¿Qué hacía la Guardia Civil en su casa? Era una pregunta que ni siquiera se atrevía a contestar. Un sofoco repentino, un calor que le abrasaba el pecho y un dolor agudo se adueñaron de ella. Rosario entró a buscarla y la vio apoyada en la vieja encimera de mármol, apretando las manos mientras su cuerpo curvado se balanceaba buscando el equilibrio que sus piernas no le otorgaban.

—¡Muchacha! Que se diría que has ido a buscar el agua al río. ¿No ves que cuanto antes se vayan mejor? Parece que no tengas sangre en las venas. Venga con esa jarra y esos brazos caídos, coño —le ordenó Rosario, susurrándole las palabras con la mandíbula apretada.

Clara no podía hablar, ni siquiera moverse de donde estaba. Sus pies se habían clavado en el suelo como dos losas de granito y su cuerpo entero permanecía petrificado. Creía imposible compartir con los tres hombres el mismo espacio. Respirar el mismo aire que ahora estaban consumiendo en su propia casa. Y la rabia, junto con la parálisis de todo su cuerpo, la carcomía. Había querido evitar a toda costa una situación como la que ahora tenía que afrontar. Llevaba siete malditos años sin que nadie hubiera sospechado nunca quién era antes. Lo había perdido todo… se repetía en silencio, y todo lo daría en aquel instante por ahorrarse las palabras que tendría que pronunciar si aquellas personas le hacían las preguntas que tanto había temido contestar desde que llegara a Olesa de Montserrat. ¿Habrían descubierto ya quién era en realidad? ¿Qué sería de Miguel si la apresaban? Prefería pegarse un tiro que tenerse que separar de Miguel, y agradecía en el alma que él no estuviera allí en ese momento.

Rosario la zarandeó, oprimiéndole los brazos hasta hacerle daño. Y la obligó a reaccionar buscando en su mirada perdida una razón por

la que, de pronto, su cara lívida, casi cadavérica, mostraba un dolor superlativo.

—¿Cuidará usted de él? —le suplicó con un hilo de voz.

—¿De él? —repitió la mujer—, ¿de quién estás hablando?

—De Miguel —puntualizó Clara, dejando derramar las lágrimas que ya no podía retener.

—Mira, no sé de qué demonios estás hablando ni qué es lo que te pasa. Lo único que sé es que tenemos ahí a dos civiles con tu estimado Federico y se están impacientando. Anda, enjuágate la cara y ven ahora mismo conmigo, o tendremos un problema. Uno o varios, ya veremos cómo acaba esto.

Con suavidad, pero determinante, Rosario la volvió a sujetar del brazo, le pasó un trapo de cocina húmedo por la cara y le pellizcó los pómulos. Como en una procesión, casi empujándola, la acompañó hasta la puerta de la cocina, portando ella también el agua y los vasos para los militares que ya llevaban varios minutos esperándolas. Frente a ellos, sonrió con toda la boca, dejando entrever su maltrecha dentadura, y sirvió a los hombres. También estaba nerviosa, y no entendía cuál era el temor de Clara. Pero sabía cómo manejar las riendas de una situación que tampoco le resultaba nueva.

—Ustedes dirán qué se les ofrece —pronunció con amabilidad, acercándose a Clara, que aún no había articulado palabra—. Estamos preparando la comida. Si les parece, la muchacha puede volver a su faena —pronunció, bajando el tono de voz.

—De aquí no se mueve nadie hasta que nosotros lo digamos —ordenó el de mayor rango.

—Es una visita de rutina —se adelantó Cotar, ante el gesto de impaciencia del que acababa de hablar—. Este es el teniente coronel Armando Gutiérrez, responsable del centro de instrucción de la academia de la Guardia Civil en Sabadell. Y él, el cabo Antonio Morales.

—Mucho gusto —saludó Rosario, agachando la cabeza con un interés fingido, como si le importaran los nombres de aquellos dos que habían venido a enturbiar su tranquilidad.

—Gracias por el agua —dijo el cabo, un joven imberbe con unos enormes y redondos ojos, casi desproporcionados, que le hacían parecer una liebre asustada.

—Tenemos prisa —añadió el teniente coronel, levantándose de repente, sorprendiendo al propio Cotar, que prefería no intervenir una vez que había tomado la palabra el superior—. ¿Se aloja aquí Abelardo García? Necesitamos hacerle unas preguntas.

Rosario miró a Clara, y esta, que permanecía inmóvil, se encogió de hombros, negando al mismo tiempo con la cabeza.

—No, señor, aquí no tenemos a nadie registrado con ese nombre —contestó la viuda—. Es más, disponemos de un libro en el que se anotan oficialmente a todos nuestros huéspedes. Permítanme un momentito, que voy a buscarlo y se lo enseño. Lo más parecido a Abelardo es Abelino —soltó con una risilla que a nadie de los presentes le pareció adecuada—, nuestro hombre de confianza. En estos momentos no se halla en el pueblo. Ha tenido un problema familiar y está en Huesca, creo —afirmó Rosario casi convencida—, pero ya les digo, no hay nadie con ese nombre. Que tengo la memoria muy buena y no me suena para nada.

—Vaya, vaya —la apremió el teniente coronel, levantando los brazos como si quisiera echarla.

—¿Qué tal está el chico? —intervino Federico, suavizando la situación con una pregunta de cortesía dirigida a Clara.

—Bien, como siempre —contestó ella, esforzándose en disimular el sudor de sus manos, aferradas al delantal—, ya sabe, los niños siempre están bien. ¿Y Beatriz?

—Quería venir, se lo puede imaginar. Desde que conoció a Miguel siempre está dispuesta a volver al pueblo, aunque no le guste visitar al médico. Está deseando enseñarle unos cuadernos nuevos, pero en esta ocasión no ha podido ser. La próxima semana tenemos visita con el especialista en La Puda. Espero que puedan verse. Tengo planes para ellos, si usted le da permiso a su hijo.

—Sí, claro. Cómo no.

Clara no se atrevía a moverse del sitio y la ausencia de Rosario se le estaba haciendo eterna. El cuaderno de registros se encontraba en el primer cajón del secreter que había detrás del mostrador de la

entrada. No entendía por qué estaba tardando tanto en traerlo. Sus ojos, clavados en el suelo, y su espalda encorvada eran la viva imagen del miedo, pensaba Cotar mientras los civiles, carentes de empatía, solo venían buscando un objetivo: al maqui al que llevaban siguiéndole la pista desde hacía unos meses. Esta se había perdido de repente, como si la tierra se lo hubiera tragado, muy cerca de Olesa de Montserrat. Gracias a su red de chivatos mal pagados y detenidos carentes de valentía, iban tras los que ya habían causado cientos de muertes entre el cuerpo del ejército. Y su inquina no tenía límite, igual que las órdenes que acataban. A los republicanos había que detenerlos vivos, a no ser que las vidas de sus verdugos fueran a correr peligro. La mayoría de los fugitivos, debilitados por el hambre y las condiciones en las que ya llevaban unos años viviendo entre los bosques, eran presa fácil si sabían dónde encontrarlos. Algunos se resistían a traicionar la causa, prefiriendo morir en los calabozos tras insufribles días de tortura. Otros, los menos, en un intento de salvar sus vidas relataban datos y nombres que al final tampoco los libraba del paredón. Habían sido tiempos difíciles para todos, pensó Clara, observando a los hombres que no tardarían en salir a buscar a Rosario si esta no aparecía por la puerta con el dichoso libro de registros.

La repentina aparición de los encapotados, ataviados con verdosas guerreras almidonadas y aquel tocado en forma de tricornio que le parecía tan ridículo, le hizo recordar a Clara algunas enseñanzas que había aprendido de su padre en las plácidas tardes que su memoria se resistía a olvidar. «La Benemérita», el sobrenombre que el pueblo español había otorgado al cuerpo de policía militarizada, había jugado un papel muy importante en la contienda, tanto para los vencedores como para los vencidos. Igual que el pueblo llano, ellos también habían tomado partido, permaneciendo fieles a la república o sumándose al bando sublevado. Los mismos que durante el reinado de Isabel II habían protegido los caminos de ladrones y maleantes, procurando la seguridad de las rutas comerciales del país, ahora tenían un objetivo principal: perseguir y ajusticiar a todos aquellos que no fueran fieles al nuevo régimen. Y su odio hacia ellos se había alimentado en Clara a través de su pérdida: la

de sus padres y la del que había sido el amor de su vida. Y recordó aquellas enseñanzas, estrujando el arrugado delantal que iba recogiendo toda su rabia.

Y Rosario seguía sin aparecer, agotando la paciencia de los tres hombres que, en contra de su voluntad, permanecían en el comedor en el que, más pronto que tarde, tendrían que servir algunas comidas.

—Bueno, esto ya pasa de castaño oscuro —pronunció el cargo al mando de la expedición—. ¿Se puede saber dónde se ha metido esa mujer?

—Disculpe, voy ahora mismo a buscarla —se brindó Clara, viendo la ocasión para perderlos de vista—. Además, si me disculpan, tengo que preparar la comida y ya se me ha hecho tarde —se atrevió a añadir, ante la atónita mirada del militar.

—Señora, de aquí no se mueve nadie hasta que yo lo diga, ¿o es que tengo que repetírselo de nuevo? —ordenó el hombre, acercándose a ella a una distancia que invadía el espacio personal de Clara, intimidada por sus ojos acusadores—. ¿Le parece que estamos aquí para una visita de cortesía?

Cotar, al que nunca había visto Clara tan doblegado, tomó la palabra:

—Mi teniente, si usted me lo permite, voy a ver qué pasa.

—De acuerdo, pero por Dios que mi paciencia se está acabando. ¿Saben ustedes lo que significa obstrucción a la autoridad? Y que conste que me retengo, atendiendo a lo que hemos hablado antes, ya sabe. De lo contrario, otro gallo cantaría —añadió, mostrando la rigidez de su dedo índice.

—No se alarme —quiso calmarlo el empresario—, vengo ahora mismo.

—Morales, suba hasta el último piso y eche un vistazo a las habitaciones. Que esas ratas se esconden en cualquier agujero. Con cualquier anomalía, deme una voz —le exigió al más joven.

—A sus órdenes, mi teniente —pronunció el muchacho, cuadrándose ante su superior.

En aquel momento, sonó la campanilla de la puerta y todos se asomaron. De un modo reflejo, el teniente coronel abrió los ojos

sobremanera, se llevó la mano derecha a uno de los costados del cinturón y a Clara le pareció que se disponía a sacar una pistola. Se alarmó, igual que lo hizo el sorprendido representante del jarabe para los nervios, Amancio, que ensimismado en sus cosas no se había percatado de la situación.

—Pase —le dijo de malos modos el guardia civil—. Documentación —pronunció lacónico—. Pase al comedor. Y dese prisa, que no tenemos todo el día —le exigió, ante la palidez repentina del recién llegado.

El representante empezó a temblar y Clara se temía lo peor. El hombre había perdido el color de la cara y no atinaba a sacar de su macuto la tarjeta de identificación. El ambiente se había enrarecido y la tensión podía cortarse con un cuchillo. Por fin, después de vaciar todo el contenido de su pequeño petate, apareció lo que los civiles buscaban.

—Aquí tiene, señor —le ofreció Amancio, sin atreverse a despegar los ojos del suelo—. Estoy recorriendo esta zona con mi producto, si necesita que…

—Conteste cuando se le pregunte —lo increpó el guardia, restándole el poco valor con el que el representante había querido darle una explicación.

El militar revisó los papeles, intercambiando sus miradas al vendedor y a lo que ponía escrito. Nadie se atrevía casi ni a respirar, hasta que el teniente coronel tomó la palabra:

—Siéntese ahí al fondo y permanezca calladito. Y tome aliento, hombre, que no nos comemos a nadie. ¿Qué dice que vende?

—Un elixir para atemperar el ánimo, señor. Los resultados están avalados por el laboratorio al que represento —se animó Amancio—. Sulfato ferroso —concluyó, levantándose de la silla.

—Paparruchas —lanzó el otro—, mi mujer lo toma hace varios meses y yo la veo igual que siempre, si no peor —se jactó, acompañando la sentencia con una risotada espontánea que ninguno de los presentes se atrevió a imitar.

Aquellos comentarios sobraban, pensó Clara, sintiendo cómo su estómago se iba encogiendo cada vez más.

—Disculpen, aquí está el libro. —Apareció Rosario, sujetándose el vientre con una mano—. Un retortijón repentino —se excusó esbozando una imperceptible sonrisa.

—¡Mi teniente! —se oyó la voz del cabo, proveniente de arriba.

—¡Qué coño pasa ahora! —vociferó el superior.

—¿Puede usted subir un momento? —instó el joven, sin dar más pistas.

—¡Que no se mueva nadie de aquí! —gritó el teniente al aire—, ¡me cago en mi estampa! ¡Cierre esa puerta ahora mismo! —ordenó a Rosario.

La situación no podía ser más tensa y el revuelo que se había armado empezaba a despertar la curiosidad de algunos paisanos que, escuchando las voces, se asomaban queriendo ver qué pasaba en la pensión.

—¡Cierren esa puerta de una vez, y con llave! —repitió el militar, encolerizado—. ¡Morales, baje de inmediato y vigile a todo el mundo! De aquí no sale nadie sin darnos los papeles. ¡A ver cuántos dormirán hoy en el cuartelillo! —gritaba fuera de sí, dando órdenes y sin parar de mover los brazos.

Armando Gutiérrez salió disparado hacia las escaleras, empujando a Rosario para hacerse hueco. Esta perdió el equilibrio y, trastabillando con una de las sillas, se agarró al alzapaño de la cortina, dejando caer el inventario de huéspedes al suelo. En el primer tramo se tropezó con su subordinado, al que casi tira del empujón. Había perdido los estribos. El representante prefirió arrinconarse en el fondo del comedor. Su estómago estaba delicado y tantos sobresaltos le habían provocado ardores. Cotar mostraba un gesto contrariado, sin saber dónde debía permanecer en aquel circo en el que se había convertido La Buena Estrella. Y Clara, en un arranque de valentía, siguió al militar escaleras arriba, manteniendo las distancias. Abel no había vuelto, pero ¿y si lo había hecho sin decirle nada?, se decía mostrando una calma que no tenía, con la esperanza de no encontrarlo allí. El cuerpo entero, envarado, la ayudaba a no desfallecer.

A pocos peldaños de llegar a la buhardilla se paró. La desobediencia a la autoridad podía costarle muy cara, recapacitó

girando sobre sí misma antes de ser descubierta por el teniente. Al intuir su presencia, este se detuvo, se volvió y, con un gesto inequívoco de que lo siguiera, se hizo a un lado exigiéndole que continuara. Ya no había remedio. Había sido descubierta, y en el desconcierto se preguntaba el porqué de aquella absurda iniciativa. Agachó la cabeza, avergonzada y asustada, y sus pasos la llevaron hasta arriba, plantándose delante de él. Clara se había dado cuenta de cómo la había mirado desde el primer momento y sus ojos de cazador no habían escatimado en escudriñar todo su cuerpo, desde el escote hacia sus piernas, mal disimulando una elegancia que ahora, frente a frente, iba evaporándose como la bruma al salir el Sol.

—Tú eres la viuda, ¿verdad? —preguntó, ante la sorpresa de Clara, arrepentida de su equivocada decisión.

La joven no era capaz de articular palabras. Un frío interior le helaba las entrañas. Nunca había percibido una mirada tan llena de lujuria y unos ojos que la devoraban como lo estaba haciendo aquel hombre que se iba acercando a ella, mostrándole el desprecio.

—Qué pasa, ¿se te ha comido la lengua el gato? Pareces buen material para que no lo aprovechen los cristianos, y aunque tengas un hijo alguno habrá que te ronde. Y claro, aquí tendrás más de una oportunidad. Al lado de esa vieja de dientes podridos, que huele a roja, pareces una princesa.

El aliento, cada vez más perceptible para Clara, le decía que aquel desgraciado militar llevaba alguna copa de más, aunque sus palabras eran claras, casi tanto como las intenciones que mostraba sin ningún reparo. Sin darse cuenta, los mismos pasos que ella iba retrocediendo, buscando la salida, iba avanzando el otro, cercándola en una de las esquinas del sobrado. Clara no era capaz de reaccionar con la palabra, aunque su cuerpo se iba arqueando hacia atrás buscando la distancia que el guardia civil iba recortando.

—¿Hay alguna anomalía por aquí arriba, mi teniente? —escucharon de repente en la voz de Federico que, muy oportuno, asomaba por el hueco de la escalera.

El teniente coronel Gutiérrez dio un respingo, recuperando las formas que había estado a punto de perder. Clara, con la cara lívida,

solo pudo esconder el bochorno que sentía en aquel momento tapándose el rostro con las manos. No podía acusarlo, eso le decía su intuición. La escena se había convertido en una ratonera de la que no sabría cómo salir si a aquel malnacido se le ocurría blasfemar en contra suya y acusarla de cualquier cosa.

—Todavía no lo sabemos, Cotar, pero vamos a averiguarlo. A ver, señora —la interpeló el guardia—, ¿quién vive aquí?

La pregunta sobrevoló a los presentes y la respuesta parecía no materializarse hasta que Clara logró pronunciar algunas palabras:

—Pues nadie. Esto es un almacén.

—Sí, no parece que pueda hospedarse a nadie en un lugar lleno de barriles y algunos granos —aportó el empresario, queriendo ayudar a Clara.

—Federico, ¡coño! Deja que hable ella, que no me dejas hacer mi trabajo —lo increpó el efectivo al mando.

—Disculpa —lo tuteó Cotar por primera vez—, es que conozco bien la casa. Bueno, de hace años, vaya. Y por lo que he visto, esto está más o menos igual —se justificó, intentando suavizar la situación.

—Vamos a verlo —se apresuró a decir el militar, ensanchando el pecho mientras enfundaba los pulgares en el cinto que rodeaba su prominente barriga—. Si no les importa, y con el permiso de la señora —añadió, remarcando el apelativo de un modo que a Cotar le pareció excesivo—, vamos a hacer una pequeña comprobación. Y luego ya si eso hablamos. Ustedes permanezcan quietos aquí y déjenme a mí.

Se asomó de nuevo al hueco de la escalera, apoyándose en una de sus paredes, y gritó:

—¡Morales! ¡Suba ahora mismo aquí! Es una orden.

Segundos después, aparecía en escena el joven, cada vez más sofocado, con su mirada de liebre encandilada y los pómulos rojos como el fuego recién avivado.

—A sus órdenes, mi teniente —se cuadró el cabo, apretando cada músculo de su cuerpo, sin que los otros pudieran distinguir si era más fuerte su lealtad a la patria o el miedo de aquel pobre muchacho.

—¿Ve usted su mano?, pues use los nudillos para detectar cómo suenan estas paredes. Es muy fácil —sonrió mientras le hacía una demostración—. Y usted —señaló a Clara—, quite todo eso de en medio.

—Yo la ayudo —se brindó Cotar, un poco harto de las malas formas que nunca había visto en el que consideraba un militar de recto proceder.

Clara obedeció, rogando desde su interior que se fueran pronto. Las miradas entre Federico y ella se cruzaron. Ambos estaban en alerta, expresando en silencio un peligro que flotaba en el aire. Los militares iban golpeando los espacios de las paredes con parsimonia, casi recreándose en el sonido de cada rincón, alejándose de la pareja que poco a poco iban retirando los bultos. De repente, Clara notó el roce de Cotar en su mano y volvió a sobresaltarse. Él se apresuró a hacerle un gesto de alianza, dirigiendo sus ojos hacia los escalones. Ella no entendía nada, y nada hizo cuando el teniente coronel se inclinó sobre el espacio que meses atrás habían tapado, ocultando la abertura que Miguel había abierto de una patada.

—¿Qué hay detrás de esta pared? —preguntó, dirigiéndose hacia Clara para agarrarla del brazo.

—No creo que ella sepa lo que hay aquí. Apenas lleva unos años viviendo en la finca, propiedad de…

—¡Que te calles, joder, Federico! ¿Es que ahora eres su niñera?

—¡No te consiento ese tono, Armando! —explotó Cotar, perdiendo las formas por primera vez—. Yo no he venido aquí para esto.

—Ni yo para que no me dejes hacer mi trabajo —remarcó el militar al mando, señalándolo con el índice en su pecho—. Bien sabes que estamos buscando a uno de los maquis más significados de media España. Y las pistas nos traen hasta este lugar, hasta este pueblo. ¿Tú estás por lo que estás o solo has subido a entorpecer mi labor? Además, no creo que sea aquí donde tengamos que debatir esto. Así que apártate, baja a calmar los ánimos de esa gente y listos. Ahora voy yo, en cuanto resuelva esto. ¿La dueña de esto es la Rosario esa? Ve a buscarla, por favor —aflojó el tono—, y pregúntale dónde tiene un martillo, o algo con lo que yo pueda ver

qué coño hay detrás de la pared. Porque está hueca. Y nos conocemos. Ahora solo falta saber por dónde entra el traidor ese.

La situación era insostenible y a Clara le temblaba todo el cuerpo. Abel no se hallaba allí, de eso estaba segura, pero estaban a punto de descubrir el secreto que guardaba aquel lugar. Tomó fuerzas, respiró hondo y miró a Cotar, que se disponía a bajar. Su mirada era la de la derrota. Las facciones de su rostro presentaban un abatimiento inesperado para ella. Parecía preocupado, vencido por las circunstancias. En un acto casi reflejo, Clara buscó sus ojos, se llevó las manos al pecho y, con los labios, pronunció el nombre de Miguel, rogándole en silencio que entendiera lo que quería decirle con una súplica que todo su cuerpo expresaba. El empresario asintió. La había entendido, se dijo Clara. Él desconocía lo que en aquellas paredes se escondía. Ella desconocía la verdad de una historia que estaba a punto de descubrirse tras los ladrillos que la habían tapado.

11

Con la inminente detención de las mujeres, la posada quedaría clausurada, por tiempo indefinido, el mismo día en que los militares habían tirado al suelo parte de la pared reconstruida en la buhardilla. Faltaban las explicaciones, y la Benemérita no estaba muy acostumbrada a investigar sobre los muertos. Ellos solo buscaban a los vivos para matarlos.

Durante unos minutos, y apartados en un rincón de la estancia, los guardias hablaron entre ellos. Rosario, a la que habían hecho subir, no hacía más que santiguarse maldiciendo entre dientes la mala suerte de un negocio que bien podía haberla sacado de pobre. Ni siquiera el inquietante hallazgo le preocupaba tanto. En unos pocos minutos veía esfumarse todo lo que había imaginado durante tanto tiempo. Clara permanecía ausente, incluso de los gritos de unos, los silencios de otros y el abandono, en pocas horas, de todos los inquilinos que se hallaban hospedados en el establecimiento. Muchos de ellos, trabajadores de empresas textiles, tendrían que buscar dónde dormir esa misma noche y algunos de ellos decidieron marchar al balneario de La Puda. Gustavo se ofreció a llevarlos y traerlos a cambio de un módico precio. Disponía de una antigua camioneta que guardaba en la parte trasera de su casa.

Era su ruina. Las dos mujeres y el representante del jarabe para los nervios fueron llevados a declarar a la casa cuartel de la Guardia Civil. Acompañados de dos hombres armados, dos somatenes que el teniente coronel hizo llamar exprofeso para la ocasión. Orgullosos de su encargo, se afanaron por demostrar en todo momento el desprecio a las dos mujeres que, encogidas por el miedo, no despegaban la cabeza del suelo mientras, a paso ligero, se dirigían

camino de la calle principal de la villa. Pasaron por la plaza de las Fuentes, donde se habían congregado algunos parroquianos. Los más curiosos y faltos del temor que, con escenas como aquellas, reavivaban los recuerdos. Era de día, pero la oscuridad había vuelto a los corazones de algunos que rememoraban las noches en las que, a golpe de fusil, maridos e hijos habían desaparecido sin un adiós. Ni siquiera un para siempre. Desde entonces, ni tan solo podían llorarlos bajo tierra, porque nunca habían recuperado sus cuerpos.

En el camino, las mujeres se arrimaron la una a la otra, buscando la protección necesaria para seguir en pie ante la mirada de algunos que ya parecían estar juzgándolas. Otros las veían pasar y bajaban la cabeza, temerosos incluso de saludarlas porque cualquier signo de afinidad pudiera malinterpretarse. Varias de las mujeres de los guardias civiles, también presentes, parecían alegrarse de su desgracia.

Clara iba concentrada en sus pasos, sin dejar de pensar en su hijo; en su futuro, en la vergüenza de convertirse en un niño señalado para siempre y en su soledad. Y también recordó algunas conversaciones con Rosario en las que le había hablado del «juicio de las viudas», celebrado en el antiguo teatro que durante la guerra había sido un taller de costura y confección destinado a la resistencia republicana. Un teatrillo aquello del juicio, según ella, en el que los que habían gobernado antes de la guerra fueron acusados sin juicio por algunas viudas de derechas que habían perdido a sus maridos. Un acto de odio equivocado, le había referido su socia en alguna charla. Más de una veintena de muertos, le había asegurado Rosario. Un juicio sin justicia tras el que se fusilaron a un grupo de hombres y a varias mujeres por considerarlas parte activa de la resistencia, republicanas y traidoras a la nueva España. Mujeres valientes, se dijo ella, que quizá habían empuñado las armas en algún momento sin matar a nadie, o que simplemente habían dado cobijo a un fugitivo en búsqueda y captura. O algunas como su querida amiga Montserrat, para la que tuvo un instante en su pensamiento y hasta el dibujo de una línea, casi imperceptible en sus labios, a modo de sonrisa. Mujeres que incluso con una aguja entre las manos habían hecho algo por mitigar la falta de libertad y

oxígeno con la que vivían. Todas ellas tenían el valor que a Clara le había faltado siempre, pensó presa de una rabia que explotaba de repente en sus entrañas. Si al menos hubiera un motivo como ese, el de haber ayudado a los necesitados, quizá se sentiría mejor en ese momento. Pero no lo había, se dijo intentando tranquilizarse mientras doblaban la esquina hacia el cuartel.

Los curiosos iban arremolinándose discretamente alrededor del bochornoso espectáculo. Ellas, vecinas sin tacha hasta la fecha, estaban a punto de entrar en el cuartelillo para ser interrogadas.

—Señoras, aligeren la cosa que esto es para hoy —las increpó uno de los guardias, cuando Clara cruzó una desesperada mirada hacia Engracia, que la observaba a unos metros de ella.

Los escolares ya habían salido de clase y, de pronto, como un rayo, Miguel apareció detrás de la tendera corriendo hacia ella. Se aferró a su madre como una lapa, cortándole la respiración mientras ella lo abrazaba con toda su fuerza.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó el chiquillo entre lágrimas ahogadas.

—No es nada, hijo. Volveré a casa en cuanto pueda, que será más pronto que tarde. Quédate con Engracia hasta que yo vaya a recogerte. Te prometo que no tardaremos mucho —añadió, girándose hacia Rosario.

Su socia se mostraba abatida como pocas veces, o quizá ninguna que hubiera visto Clara antes. La expresión ausente y el color cetrino de su piel la preocuparon, incluso más que la inminente comparecencia, por primera vez en su vida, en un cuartelillo. Conocía de oídas las prácticas poco ortodoxas de la Benemérita, aunque se resistía a instalar aquellas experiencias ajenas en su cerebro. Sería incapaz de soportarlas, se dijo, y solo quería que todo acabara cuanto antes.

—Chico, deja a tu madre y apártate ya de ella, o vas para adentro también —lo amenazó el funcionario, obligándolo a separarse de Clara.

—Espérame donde te he dicho. Te quiero —pronunció ella, besándolo en ambas mejillas.

Ante los ojos vidriosos de Miguel, el cuerpo privado de energía y una profunda sensación de vacío que nunca había experimentado,

Rosario y Clara desaparecieron de su vista.

Ya habían llegado y se disponían a entrar. La bandera rojigualda ondeaba levemente en la fachada. Clara se detuvo unos segundos y alzó la vista hacia ella. Jamás había odiado tanto verla tan cerca, casi acariciando sus caras. Tras las puertas aparecía un minúsculo y opaco recibidor en el que permanecía de pie uno de los efectivos vigilando la entrada. El hombre se cuadró ante su superior y este lo ignoró, como si estuviera molestándole. Tras él, las dos mujeres que, sin saber qué hacer, iban siguiéndolo. El cabo se había quedado en la calle, asegurándose de que todos los curiosos fueran dispersándose.

Tras la primera puerta, la que atravesaron a paso lento Clara y Rosario, como si fueran a llevarlas a la horca, se encontraron un largo pasillo que parecía dar a ninguna parte. Pasaron varias puertas, ubicadas a ambos lados, desde las que se vislumbraban algunas formas en movimiento que parecían deambular tras los cristales. El fuerte olor a tabaco y a sudor agrio penetraba en las fosas nasales sin remedio, como si quisiera meterse dentro de los pulmones. De vez en cuando, Clara se giraba, esperando unas indicaciones que solo se efectuaban cuando el efectivo de la Guardia Civil, que de nuevo iba detrás de ellas, adelantaba el mentón indicándoles que siguieran.

—Para abajo —les ordenó el uniformado, sin más explicaciones, llegando a unas escaleras bastante inclinadas desde las que parecía emanar la pestilente mezcla de olores que se apreciaba desde la entrada—. Y agárrense a la baranda, que luego se caen y van diciendo por ahí cualquier cosa de nosotros —añadió, esperando a que las mujeres obedecieran sus órdenes.

Clara se aferró al pasamanos, pegado en la pared, y fue descendiendo paso a paso en contra de su voluntad. No podía ni quería imaginar qué era lo que encontraría. Después de algunas historias que habían llegado a sus oídos, la imaginación había recreado algo parecido al infierno. Y allí supuso que las llevaban, a un sótano donde nadie podría escuchar sus lamentos. Y se echó a temblar.

—¡Señoras! Abran ya la puta puerta, que no tengo todo el día —las amenazó el militar, aburrido de la procesión en la que iban las mujeres, frenadas por el deseo de salir corriendo.

Rosario se adelantó a Clara, que palidecía por momentos, y la apartó, empujando la maneta de la puerta que daba al otro lado. Y entró, cediéndole después el paso a su compañera. El guardia ya estaba junto a ellas. Se puso a la delantera en cuanto la puerta volvió a cerrarse. Ya no había escapatoria.

—Aquí traigo a estas dos mujeres para declarar —gritó de pronto, esperando que alguien le diera respuesta.

La única luz del sótano, sostenida por una lámpara medio descolgada del techo, parpadeaba. Y allí no aparecía nadie.

—Me cago en mi estampa. ¡Agapito! —vociferó el hombre, empujando la única puerta que había en uno de los lados—, coño, que pareces sordo. Pasen —apremió a Rosario y a Clara, que permanecían pegadas la una a la otra, tratando de darse el calor que ninguna de las dos poseía—. Aquí te las dejo.

El agente se hizo a un lado y, con una media sonrisa, las miró de arriba abajo varias veces antes de que entraran. Después, dio un portazo y las dejó allí, frente a otro de los suyos. Un hombre entrado en años, de aspecto frágil y agotado, portador de unas gafas diminutas y redondas que sostenía en el extremo de su nariz, permanecía sentado tras una mesa llena de papeles desordenados y pisados por su pistola. Al descubrir el arma, Clara pensó que se parecía a la que poseía Abel, pero qué importaba aquello en ese aciago momento, se dijo con la certeza de que aquel era el día en que ambas mujeres pondrían fin a sus historias. La angustia se apoderó de ella, y se agarró a Rosario con fuerza, con la poca que todavía conservaba.

—Siéntense ahí, por favor —les indicó el hombre, señalando hacia la pared donde había dos sillas—, y no tengan prisa, que estoy acabando este informe —añadió, como si fuera de ellas la voluntad de permanecer ni un segundo más en aquel lúgubre sótano.

Era la primera expresión amable que las mujeres escuchaban en mucho rato y, si no fuera porque el uniforme de aquel guardia le confería un estatus bien definido, hasta le habrían dado las gracias.

Con parsimonia, y volviéndolas a ignorar, iba acercando sus dedos a cada una de las teclas de la vieja Hispano-Olivetti que aporreaba con fuerza.

Clara lo observaba de reojo, fijándose con detenimiento en la maraña de pelos que tenía por cabello y en el cigarrillo que le colgaba del extremo de la boca, imaginó que apagado, que parecía estar a punto de precipitarse hacia los papeles. De pequeña, cuando acompañaba a sus padres de visita, ella acostumbraba a sentarse, ver, oír y callar, como así la habían educado. Mientras en la sobremesa se solía conversar sobre la vida y las cosas cotidianas, Clara se entretenía en contar todo cuanto veía. Cuadros, baldosas, flores, o cualquier detalle que la mantuviera ocupada, a veces mientras cosía o dibujaba. Y recordó esos momentos cuando, sin ser consciente, se detuvo a enumerar en silencio las manchas amarillentas que quedaban a la vista. Y no eran pocas, en unas paredes faltas del mantenimiento. ¿Cómo podía pasar allí tantas horas aquella gente, entre toda esa mezcla de olores y la humedad que empezaba a calarle los huesos?, se preguntó antes de que Rosario, que en todo el tiempo que llevaban de un lado al otro no había abierto la boca, le propinó un puntapié para llamar su atención.

—¿Qué pasa, Rosario? —susurró Clara, fijándose en la cara lívida de su socia.

—Que estoy haciéndome de vientre —se apuró en decirle, sujetándose la barriga con ambas manos—, y si no voy a evacuar pronto, me lo haré encima. Los sustos me remueven las tripas desde siempre.

Clara sabía que eso era cierto. La última vez que Rosario había salido corriendo al excusado fue al encontrar los restos de la criatura que nunca sacaron de entre las paredes. Los mismos restos que ahora las tenían allí encerradas. Aunque no lo reconociera, el fatídico hallazgo la había removido, reflexionó Clara, llegando a esa conclusión por primera vez.

—¿Y qué hacemos? —gesticuló Clara, encogiéndose de hombros.

Rosario apretó la boca y abrió mucho los ojos, moviéndolos en dirección al guardia que seguía ignorándolas. El hombre se mantenía

atento a cada letra que escribía, comprobando que no hubiera errores ortográficos. Muy importante debía de ser aquello, pensó Clara antes de tomar una decisión que nació espontánea, muy lejos de su habitual prudencia.

—Señor —se dirigió al guardia, levantándose—, disculpe, es que mi… ella —añadió señalando a Rosario— necesita ir al excusado.

Agapito, como así lo había nombrado uno de los compañeros, la miró al mismo tiempo que uno de sus dedos se precipitaba a la tecla y, de repente, preso de una furia contenida, escupió la tacha del cigarrillo y exclamó:

—Me cago en san Blas, ya me he equivocado. Señora, ¿no le he dicho que esperaran o qué? —renegó el hombre, sacando el mal genio que hasta ese momento no había demostrado.

—Lo siento, verá, es que mi compañera necesita con urgencia ir al servicio. Aguas mayores… ya sabe —especificó Clara con apuro.

—¿Seguro que quiere ir? Mire que no es de buen gusto, se lo advierto —quiso convencerla el guardia, haciéndose un hueco entre la mesa y la silla—. Luego no me diga que no las he avisado. Esto está concurrido por hombres, ya sabe, y la mujer que viene algunas veces que se la requiere expresamente, se ha puesto enferma justo en estos días. En fin, acompáñeme. Usted conmigo y usted quieta ahí —ordenó a Clara, con poca costumbre de hacerlo, enfundándose la pistola en el cinto.

De pie parecía más esbelto, apreció Clara al verlo delante de ella. Rosario, encorvada por los retortijones seguía al de la Benemérita mientras ella los veía desaparecer doblando una esquina al fondo del pasillo. Esperó a escuchar las llaves que abrían el lavabo y, sin pensárselo, giró sobre su cuerpo acercándose a mirar el papel que sostenía la máquina de escribir. Leyó deprisa, sin saber qué estaba buscando en el documento, cuando de pronto se le heló la sangre. El nombre de Abelardo García figuraba allí, como fugitivo en busca y captura. Una mezcla de calor y frío recorrió todo su cuerpo. Quizá ya lo habían hecho preso, y ahora les tocaba a ellas. Imaginó que tendrían su foto en alguna parte, y trató de encontrarla, impulsada por la imperiosa necesidad de saber. Unos renglones más adelante figuraba su nombre, el de Rosario, y de nuevo un latigazo fulminó su

cuerpo. El nombre de Joan Benavides constaba como la persona que había efectuado la denuncia. No podía creerlo, no podía ser. Necesitaba pensar que era un error. Que el pequeño de la familia Benavides, un muchacho tan dependiente de su madre a pesar de los años que ya contaba, fuera a denunciarlas. Pero ¿por qué?, se preguntaba nerviosa. ¿Qué podía tener el joven contra ellas, y contra su propia madre?

El sonido lejano del agua y las llaves la hicieron reaccionar en unos segundos, los justos que tuvo para recular sobre sus pasos y sentarse de nuevo. Temblaba como una hoja cuando apareció otro hombre que, al mirarla, sonreía como lo hacen las hienas.

—Bueno —se recreó el individuo al sorprenderla—, tú debes de ser la viuda, ¿verdad? La protegida de nuestro magnánimo Federico Cotar. Lo tienes alelado, mujer, y puede que al final se salga con la suya, pero no sin pasar antes por mis manos.

Sus palabras eran frías como el metal y eso todavía la asustó más.

—¡Se puede saber dónde está aquí el mando al cargo! —gritó—. Esto qué es, un cuartelillo o un convento, me cago en todo —siguió hablando mientras colgaba su gabardina en el perchero que había junto a la mesa.

Agapito apareció a su llamada, cuadrándose ante el recién llegado.

—Comisario, buenos días. Verá, una de las mujeres tenía una urgencia y la estaba vigilando tras la puerta —se excusó como pudo.

—Cualquier día te mando al calabozo. ¿Cómo se te ocurre dejar esto solo? En el lavabo no hay ventanas. ¿Qué vigilabas, a ver? Yo no sé qué mierdas os enseñan en la academia, de verdad —pronunció con desprecio.

El hombre, abochornado, no sabía qué decir. Él era administrativo contable, un estudioso de los números, alistado en el ejército sublevado por la fortuna o la desventura de los tiempos, según pudiera mirarse. De ideas conservadoras, Agapito Gamero se había visto enrolado en una causa que en realidad ni le iba ni le venía. Tenía sus opiniones y era poco dado a las armas ni a la guerra, y mucho menos al último destino al que había sido asignado. Cada pocos días se veía obligado a escuchar los gritos, el llanto ahogado,

las súplicas y los golpes que aquellos pobres desgraciados, la mayoría de ellos campesinos o trabajadores de fábricas, proferían ante las preguntas no contestadas de sus verdugos.

La mañana se había presentado tranquila y rutinaria. Luego había recibido órdenes del teniente coronel, llevadas por el cabo Morales. Solo tenía que transcribir la denuncia verbal que había realizado uno de los vecinos del pueblo, alegando en todo momento su intención de afiliarse a la Falange Española, que acusaba a un tal Abelardo García, en busca y captura desde hacía años, para mandarlo al otro barrio en cuanto fuera apresado. Los juicios no eran otra cosa que un paripé, porque pocos lograban escapar de un veredicto acusador. Después habían aparecido aquellas dos pobres mujeres, con más miedo que vergüenza, y, por último él, el comisario Roberto Manzanero, unos de los más temidos de la central en Vía Layetana, donde se reunían la flor y nata de los torturadores de España. Los mismos que compraban los favores de los jueces cuando no eran capaces de matar a palos a los acusados de cualquier cosa. Que republicanos malos y asesinos los había, pero la guerra y los años posteriores los habían mermado lo bastante como para no tener que ajusticiar a pobres indefensos que algunas veces eran denunciados por sus propios vecinos. Agapito analizaba el cúmulo de datos que llegaban a su cabeza, al tiempo que sentía cómo el sudor perlaba su frente mientras permanecía cuadrado ante su superior. Por suerte y por fin, este lo mando descansar.

—Continúe con lo suyo. Yo me hago cargo de ellas. Bueno, primero una y después la otra —remarcó, pareciendo disfrutar de sus caras de pánico.

Los miembros de la Brigada Político-Social no solían desplazarse a los pueblos y, sin embargo, Roberto Manzanero, el mismo comisario del que tanto se había oído hablar entre algunos paisanos que viajaban con frecuencia a Barcelona, estaba allí. Agapito ejecutó un último gesto afirmativo y volvió a sentarse en su sitio, dispuesto a continuar aporreando la máquina de escribir. Rosario, todavía encorvada por el malestar que la había doblegado, seguía pálida. Y la razón no era otra que el vómito que le había provocado entrar al excusado. Además de sucio y pestilente, algo que no la habría

sorprendido, el cubículo estaba decorado de manchas salpicadas en las baldosas, y hasta un pañuelo ensangrentado y una camisa hecha jirones que nadie se había molestado en recoger. ¿Cómo podían ser tan bárbaros?, se preguntaba sin levantar la cabeza. Clara, todavía sobrecogida por lo que acababa de leer, no sabía hacia dónde mirar. Aquel hombre, ataviado como si fuera un gángster, la atravesaba con sus ojos y su cerebro, el de ella, buscaba inútilmente una forma de protegerla del peligro. Abel debía saber que estaban sobre sus pasos y Ramón era el único que parecía conocer su paradero. Estaba lejos, eso era lo único que sabía, aunque no tanto, se lamentaba. ¿Pero Joan? ¿Qué sabía él de su pasado y por qué había tomado una decisión tan miserable?

—Usted, pase conmigo. Será la primera —le dijo, haciéndose a un lado para darle preferencia.

Clara palideció, igual que su compañera de fatigas, y empezó a arrastrar sus pasos por el suelo, uno tras otro, como si la tierra que pisaba la engullera convencida de que de allí no saldría nunca más.

Llegando al final del pasillo había dos puertas. Una era la del váter, de manera que giró hacia la otra esperando que el comisario la adelantara. Este se avanzó, la abrió, queriendo provocar un golpe de efecto con una falsa sonrisa, igual que la efusividad que demostraba de pronto. Y la invitó a entrar, repasándola de arriba abajo, una vez más, con los ojos del deseo.

—Siéntate, que voy a lavarme las manos primero. Y cambia esa cara, mujer, que aquí todavía no nos hemos comido a nadie —bromeó antes de desaparecer de su vista.

Los pocos minutos que transcurrieron le resultaron a Clara una eternidad. Su vida parecía pasar delante de ella como en una película, fragmento a fragmento, para finalizar en el abrazo que le había dado a Miguel hacía un momento, temiendo que podría ser el último. Las lágrimas resbalaron como un río por sus mejillas y ni siquiera se molestó en limpiarlas. Al poco tiempo, Manzanero abrió de nuevo la puerta con el mismo ímpetu, y Clara ni se obligó a mirarlo, dándose por vencida. Aquel sería el último día en el que vería a su pequeño, se dijo ahogándose en el aire que no quería expulsar de sus pulmones.

—A ver qué tenemos aquí —anunció el comisario, sentándose en una vieja silla de escay en la que podía balancearse—. Clara Castelao Comas, ¿verdad? —preguntó sin esperar la respuesta—. Nacida en el año 1916 en La Coruña, ¿cierto? Viuda de Antonio Gómez Garrido, contable.

En cada pregunta el hombre levantaba la cabeza, buscando la aprobación de Clara. Ante el mutismo de ella y, viendo que esta no daba señales de contestar, golpeó la mesa con las palmas de las manos. Clara dio un respingo en la silla y se aferró a sus brazos.

—No me lo pongas difícil, roja de mierda, o tendré que incumplir la promesa que he hecho hace unas horas, muy a mi pesar. Debes tener al ricachón comiendo de la palma de tu mano. Y en realidad no sé qué puede haber visto en ti. No eres más que un saco de huesos. Eso sí, tus labios son carnosos y tu mirada, la de un pajarillo asustado. Eso les gusta a muchos hombres… vaya si les gusta. Seguro que cuando te cabalgan gimes como una perra. Sigamos —procedió de nuevo el comisario, como si las palabras que acababa de pronunciar nunca hubieran sido dichas.

Se arrellanó en la butaca y encendió un cigarrillo con toda la lentitud de la que era capaz para concentrarse de nuevo en los papeles que había aporreado. Clara seguía muda. Ni siquiera la sarta de barbaridades que acababa de proferir aquel malnacido había conseguido reacción alguna. ¿Ricachón? ¿Promesa? No alcanzaba a adivinar qué estaba pasando.

—Procedamos de nuevo —dijo Manzanero—. Llegaste hace siete años aquí. Todavía no entiendo por qué a Barcelona primero y después a este pueblo. Sabemos que tuviste la suerte de vivir en casa de Montserrat Solís una temporadita y ella hizo algunas gestiones para que vivieras aquí, en la propiedad de Ramón Rojas, que tiene huevos la cosa… llamarse así —se mofó el policía, enseñando por primera vez sus amarillentos dientes, pequeños y desgastados—. ¿Es o no es?

Clara quería contestarle, pero se sentía incapaz de hacerlo. Su garganta, seca como un esparto, se había cerrado y su respiración cada vez era más agitada. Aquel hombre la tenía aterrorizada y, al

mismo tiempo, iba creciendo en ella una fuerza desconocida que la liberaba poco a poco.

—¡Es o no es! Contesta, coño, que al final voy a tener que llevarte a la central por obstrucción a la autoridad.

—Sí, señor —fueron las únicas palabras que Clara logró arrancarle a sus cuerdas vocales.

—Sí señor qué… —arremetió de nuevo el comisario, levantándose. Adelantó el cuerpo, apoyándose de nuevo en sus manos para acortar la distancia que los separaba.

—Que todo lo que ha dicho es cierto. Vine de Galicia tras enviudar, embarazada y sin familia que me protegiera de la guerra. Montserrat era una conocida de mis padres y acudí a ella en auxilio. No sabía dónde ir. Después llegué a Olesa de Montserrat y aquí llevo desde entonces. A ella, a mi protectora en la ciudad, tengo que agradecerle todo lo bueno que me ha pasado desde entonces. A ella y a Rosario Montalbán. Soy relojera por afición, porque le insistí a mi padre hasta la saciedad. Hasta que me enseñó el oficio, o lo que sé de él. Soy costurera de profesión. Mi madre fue la maestra de casi todo lo que sé. Y el resto fue Montserrat, que como imagino que deben de haber averiguado, se ha ganado la vida como modista de prestigio en la ciudad. Ella conocía a Ramón, claro. Si no, de qué iba yo a llegar hasta aquí. Y ahora soy responsable de una pensión que, como también conocerá, está ayudando a dar alojamiento a muchos obreros que acabarán trayendo a sus familias y a enriquecer esta villa. La mayoría de ellos trabajan en telares, en el campo y en las fábricas de los alrededores. Eso es todo. No creo que nada de eso sea lo suficientemente inadecuado para que yo esté ahora aquí. Soy una trabajadora más que solo quiere ganarse el pan para su familia. Una familia mermada por la desgracia, como también sabe.

Hubo unos segundos de silencio en los que el comisario, mostrándole de nuevo una sonrisa ladeada, movía la cabeza de arriba abajo, sorprendido.

—Vaya, vaya con la costurera, relojera y mesonera… Pues sí que tienes lengua, sí. Y hasta diría que demasiado afilada. Me cago en mi sombra. Qué suerte la de algunas. Y en esta ocasión tendré que hacer honor a mi palabra, que por Dios bendito ahora mismo la

mandaba a tomar por el culo y te llevaba a rastras por los pelos hasta un sitio del que no pudieras salir hasta que yo me cansara de ti —reveló él, manteniendo la duda en la decisión que debía tomar —. Pero soy un hombre de palabra y a ella me atendré, aunque sea de las pocas cosas de las que me arrepienta cuando salgas por esa puerta —señaló hacia la salida, manteniendo el brazo erguido y el dedo índice completamente rígido durante unos segundos que a Clara le parecieron eternos.

Ella seguía sin entender muy bien qué era lo que lo retenía para, por ejemplo, no darle un guantazo, tirarla al suelo, o escupirle como era habitual en aquellos interrogatorios de los que solo había oído hablar de terceros. No sabía de qué manera ni cómo, pero lo había hecho. Había hablado a pesar de que aquel desgraciado se había atrevido a insultarla sin reparos. Había recordado las caricias de Abel días antes de su partida; los abrazos prometidos, otra vez, de labios del que ahora ocupaba su corazón; las conversaciones cruzadas y no tan estériles con ella en las que se enzarzaban en discusiones acerca de la justicia, de los valores y de la libertad que unos habían perdido a costa de los otros. Pensó en su generosidad, en la de Abelardo García, la misma que a ella siempre le había faltado mientras algunos de los suyos habían caído en las cunetas. Y un calor que iba expandiéndose por todo su cuerpo se apoderó de ella. Una especie de energía que emergía del centro de su pecho, buscando el camino hacia los brazos, las piernas, la cabeza, todo su ser.

Había sido capaz de decirle, casi sin respirar, lo que aquel hombre quería saber. Había mentido y había dicho la verdad al mismo tiempo. Y había expresado con la claridad y contundencia quién era Clara… o Carmen. Solo quedaba esperar que la determinación que había surgido como un nuevo poder dentro de ella no fuera su sentencia.

Aquel coraje, nacido de la nada, le había abierto los ojos por primera vez desde que recordara. Tenía derecho a defenderse, incluso de los que la habían juzgado sin motivos. Tenía derecho a seguir viviendo y ver crecer a su hijo. Tenía derecho a ser feliz y estaba decidida a hacerlo. Con todo lo que se agolpaba en su

cabeza, y recordando las líneas mecanografiadas que había podido leer, se dirigió a su verdugo:

—Querría saber de qué se me acusa.

El comisario levantó la vista y la miró, entrecerrando los ojos.

—Quizá quieres saber demasiado, y puede que no te convenga. Mi experiencia de todos estos años me dice que las mentiras tienen las patas muy cortas y que, aunque en esta ocasión vayas a librarte, no siempre tendrás la misma suerte. Sobre todo, cuando el magnate viudo se canse de ti. Ahí estaré yo, recogiendo las sobras. Te tendré vigilada.

—No sé a qué se refiere. Entre el señor Federico Cotar y yo no hay nada que no sea cordialidad. Nuestros hijos tienen aficiones comunes, eso es todo —se defendió, escondiendo entre las faldas el temblor en las manos que la delataba.

Clara quería arrancarle el motivo por el que, en un inicio, las habían llevado a declarar, y estaba preparada para ese momento. Este no se hizo esperar.

—¿De qué conoce a Abelardo García? Fuentes fidedignas nos han indicado que se hospeda en su estrellada pensión —añadió, burlándose.

—No conozco a nadie con ese nombre.

—¿Está segura? —interpeló el comisario, inhalando su cigarrillo y expulsando el humo sobre el rostro de Clara—. Según parece incluso tienen ustedes una relación… cómo diría… muy cercana.

—No sé quién habrá podido decirle tal cosa —pronunció, evitando a toda costa pensar en su delator—. Yo me dedico a lo mío, y cada quien a lo suyo. Bastante tenemos con vivir el día a día. La única coincidencia, y es solo a medias, está en el nombre parecido que tiene un primo segundo mío que vino hace unos meses aquí en busca de trabajo, como hacen muchos en estos tiempos. Ahora está con su familia. Volverá en unos días, se lo aseguro.

—Si puedo evitarlo no será así —la amenazó el policía—. ¿Y qué me dice de lo que se ha encontrado tras el muro que hemos abierto? O tampoco sabe nada.

—Pues es cierto, no puedo ayudarlo. La casa ya estaba así cuando llegué. En la parte de arriba solo se han adecentado las cosas para

usarla de almacén. Nada más.

—Entiendo. Tendremos que rascar un poco más en este asunto. No nos interesan los muertos ajenos, aunque lo de esa criatura no tiene nombre. Ni a los perros se los trata así —afirmó, escupiendo en el suelo lo que parecía ser parte del cigarrillo que estaba fumando—. Y ahora vale ya de charla, que usted y yo no somos amigos y me estoy ablandando —se refirió esta vez a ella, tratándola con distancia—, y que conste que me quedo con las ganas de llevármela a los calabozos de Layetana. Allí cantaría como un ruiseñor, se lo aseguro. Salga y diríjase al subalterno. Él transcribirá lo que hemos hablado y deberá firmar su declaración. Porque sabe escribir, ¿verdad?

Clara no sabía qué decir y prefirió afirmar con el gesto. Cualquier cosa que pudiera añadir podía retrasar el momento de desaparecer de aquella pocilga a la que no le faltaban los cerdos, se dijo levantándose. ¿Cómo iba a transcribir el tal Agapito lo que habían hablado ellos? No se lo cuestionó por más tiempo y, cuando se disponía a cerrar la puerta, Manzanero la interpeló:

—Dígale a su socia que pase, que no tengo ganas de levantarme.

Clara lo miró con rabia, dejó la puerta entreabierta y se encaminó hacia la puerta.

Cuando llegó, Rosario seguía temblando. Su cuerpo parecía haber perdido volumen, incluso altura, y su rostro mostraba todavía una palidez exagerada.

—¿Te ha pegado, niña? —preguntó la mujer, levantándose para abrazarla.

—No, Rosario. No se preocupe. Le toca a usted. No es el lobo tan fiero como lo pintan —dijo, queriéndola animar—. En cuanto lleguemos a casa le preparo algo calentito y se mete en la cama.

—Eso será si salgo viva de aquí —se lamentó Rosario, vencida por las circunstancias—. Tú eres joven y todavía tienes redaños con estos fachas —añadió, bajando la voz para que el guardia no la escuchara—, pero yo, a mí qué me queda —dejó caer.

—No diga tonterías, Rosario. De peores ha salido y no una vez sola. Así que vaya con el comisario, conteste a lo que le pregunten y ya está. Si quiere la espero aquí afuera.

—No, no. Que no quiero que estés lejos de Miguel ni un minuto más. Luego hablamos cuando llegue a casa —afirmó sin convicción.

—Todavía tengo que firmar lo que este señor escriba ahora. Tardará un rato —se refirió Clara al oficinista.

—Señora, aquí tiene la declaración para firmarla. Aligere, que no tengo todo el día —se dirigió Gamero a Clara con gesto cansado—. Es siempre lo mismo, así que firme aquí y podrá irse. Si se la requiere en otro momento, se lo haremos saber. No se le ocurra irse muy lejos —le advirtió, más como un consejo que como una orden.

Rosario ya había encaminado sus pasos pasillo adelante cuando Clara tomó el papel entre las manos y se dispuso a leerlo. No entendía nada. Allí decía que la declarante afirmaba no conocer al sujeto en busca y captura. Que su buena conducta estaba avalada por el empresario y militar Federico Cotar, ilustre ciudadano y servidor de la patria, y que quedaba en libertad sin fianza.

Eran notas escritas, quizá, días atrás. La tinta estaba seca. Ella conocía bien esa característica, aunque hiciera muchos años que no escribía en una máquina como la que tenían allí. El brillo de las letras había desaparecido, igual que sus esperanzas de continuar siendo una mujer libre. Las declaraciones de Cotar la dejaban en deuda con él.

No lo pensó más, cogió el bolígrafo que le ofreció el de la Benemérita y estampó su rúbrica. No recordaba la última vez que lo había hecho. Después, hizo el ademán de girarse, pero no llegó a hacerlo. Solo rogó para que Rosario corriera la misma suerte que ella, por lo menos hasta salir de aquel agujero.

12

Todo había cambiado, como del día a la noche, desde la mañana en que acaecieron los hechos. La Buena Estrella se había convertido en un lugar casi desierto en el que pocas semanas antes la vida era un hecho cambiante e incierto, pero todos se afanaban en sus labores con el ánimo de prosperar y olvidar la miseria. Corrían tiempos muy difíciles, de supervivencia, y los que allí moraban buscaban lo mismo: hacerse un hueco en el desaparecido progreso que algunos habían conocido.

Clara y Miguel volvían a estar solos, aunque durante algunos días los operarios que envió la Guardia Civil habían campado a sus anchas por todas las estancias de la pensión. Buscaban más paredes huecas, más muertos y, con un poco de suerte, algún vivo que todavía no hubiera tenido los bemoles de salir de allí, según les habían dicho entre carcajadas.

—De aquí no se escapan —le decía uno a los otros.

—Ni un rojo suelto —añadía alguno de ellos.

Y no las encontraron, ni las unas ni los otros. Habían tirado abajo, a golpe de martillo, casi todo el enladrillado de la buhardilla, dejando por en medio restos de pisadas, tierra y enseres que ninguno de ellos pensaba recoger.

Qué poco les había durado la suerte, se lamentaba Rosario cada día, en su visita de reconocimiento a su socia. La mujer, peor parada el día que las habían retenido, arrastraba desde entonces un cansancio poco habitual en ella. Manzanero la había interrogado durante horas, dejándola encerrada por varios días, apenas sin nada que echarse a la boca, ni siquiera agua. Pasó frío, miedo y vergüenza. Las acusaciones que caían sobre sus espaldas no tenían

benefactor que las aminorara. A ella nadie iba a avalarla como ciudadana de buena conducta, como a su joven socia, se lamentaba con un hilo de voz. La misma persona que inculpara a Clara y a su amante era quien la salvó de la cárcel: Joan. Este había desaparecido desde el día en que las llevaron al cuartelillo. Había dejado una nota escueta sobre la mesa del comedor. Sin un te quiero, sin un lo siento, sin unas señas donde poder ir a buscarlo. Su hijo menor, el único varón que a Rosario no le habían arrebatado las balas ni la enfermedad, se había alistado en el ejército dejando el trabajo que tanto odiaba en el matadero municipal y su pueblo natal. Para Rosario, saber que su pequeño las había traicionado, a ambas, había representado la estocada final después de tantos años protegiéndolo.

De repente, aquella mujer menuda que era capaz de mover el cielo y la tierra hasta amasarlos en una sola pieza; la misma que siempre se arrancaba una sonrisa triunfadora frente a las adversidades buscando soluciones imposibles, se movía como un alma en pena por las calles de la villa. Se había quedado sola y su cuerpo se encogía como la fruta madura caída de un árbol a merced de la intemperie.

—¿Cómo pudo hacer eso este hijo mío? Me ha enterrado en vida —se lamentaba a Clara—. Casi nos llevan al paredón. Y todo ¿por qué? —se preguntaba una y otra vez sin encontrar la respuesta ante la atenta mirada de Engracia.

—¿Y no crees, Rosario, que ese chiquillo tuyo bien podría haberse enamorado de nuestra Clara? —se atrevió a preguntar Engracia, una mañana mientras la envejecida Rosario y Clara esperaban para rellenar la botella del clarete que tomaban en las comidas—. Algo me había mencionado Gustavo en alguna ocasión, pero claro, a los hombres hay que hacerles caso solo a medias, tú ya me entiendes —comentó la tendera, mirando solo a la mayor, queriéndole quitar importancia a la bomba que acababa de soltar—. El mal de amores no conoce de lealtades. Pero vaya, que yo no sé nada —zanjó, dejando la botella sobre el mostrador.

—No sé de qué me hablas, pero más te vale tener la lengua guardada dentro de la boca —la amenazó Rosario, echando fuego

por los ojos, como si quisiera fulminarla antes de agarrar el vino, pagarlo y dejar a la mujer con un palmo de narices.

Ambas salieron de la tienda como almas que llevaba el diablo, en silencio. Solo a punto de llegar a la bifurcación donde se separaban, Rosario se atrevió a decirle:

—Mira, niña. No dormiré tranquila ni un solo día más de mi penitente vida, pero tengo que saberlo.

—¿Qué necesita saber, Rosario?

—¿Tú y ese desgraciado de Abel sois amantes? Porque si es así me la colasteis, y bien. Porque lo de que era un pariente tuyo casi me lo creo, pero desde que desapareció, y de eso hace ya casi dos meses, no has vuelto a ser la misma. Tengo ojos en la cara, y aun así no he sabido ver lo que estaba pasando. Dime —la apremió.

—Abel y yo… podría decirse que somos camaradas. No quisiera hablar más de la cuenta.

—Entra en casa, que voy ahora mismo en cuanto quite la olla del fuego. Y no quiero excusas ni mentiras, ni una más —sentenció Rosario antes de girar hacia su vivienda.

Quizá había llegado el momento de ponerle palabras a lo que sucedía. Y no solo a lo que ya era tan lejano como sus recuerdos. Clara había podido recuperar sus tareas de costura y arreglista en la casa de telas de la que se había despedido. Por suerte, algunas antiguas clientas de Montse habían preguntado por la modista, todavía convaleciente. La expresa recomendación de esta era que acudieran a su mejor discípula. Y así era desde hacía unos días. Clara podría utilizar un pequeño espacio que los propietarios de Ribes i Casals habían dispuesto para las pruebas de vestidos que las señoras querían dejar en manos de su nueva modista.

No era lo que había imaginado ni para ella ni para su hijo. Todos los planes de futuro se habían truncado de repente, pero necesitaban comer y seguir pagando los billetes que debían a causa de las obras de la pensión. Por fortuna, su socia tenía algunos duros ahorrados, algo que en ese fatídico momento podía salvarla.

Ensimismada en sus pensamientos, entró en casa y no vio venir a Miguel, que se abalanzó sobre ella abrazándola con ímpetu.

—Miguel, hijo, que me haces daño. Mira que tienes fuerza —se quejó Clara, dándole dos besos—. No estarás haciendo rabonas, ¿eh?

—No, mamá. Es que don Faustino se ha puesto enfermo. Eso es lo que nos han dicho, aunque yo tengo mis dudas —se refirió el niño, elevando las cejas.

—Pues también tendrá el hombre derecho a ponerse malo, digo yo. Tú siempre sacándole punta al lápiz —se quejó su madre, removiéndole el cabello con las manos—. Mira qué bien, si no tienes deberes hoy me vas a ayudar a hacer la comida y luego te encargas de fregar los platos, que me han traído faena y estoy agotada desde por la mañana. Tengo más trabajo del que puedo abarcar y menos energía de la que necesito. Estaría durmiendo a todas horas.

—¡Genial, mamá! Me encanta ayudarte en la cocina. Y hasta estoy pensando en poner un negocio de comidas cuando sea mayor. Creo que estaría muy bien.

—De eso nada —zanjó Clara, sin darle turno a réplica—. Tú a los números y a convertirte en contable en cuanto salgas de la primaria y podamos pagar una escuela privada. No quiero la cocina para ti, ¿me oyes?

—Está bien. Tampoco hace falta que te pongas así, mamá. Solo era una idea. Por cierto, creo que don Faustino es rojo, igual que Abel y que nosotros —dejó caer Miguel de repente y en voz baja, cuando Clara ya se había olvidado del maestro.

—¡Miguel! —lo llamó en un grito ahogado—. ¿Quieres dejar de elucubrar con eso? ¿Tú sabes lo peligroso y lo serio que es acusar a alguien de lo que acabas de decir? Todavía nos hallamos penando la vergüenza de lo que sucedió. Estamos arruinados, no tenemos donde caernos muertos si me falta la costura y tú señalando el color de la gente, como si esto fuera un juego.

—Mamá, estamos solos. Hasta la muerta salió ya de entre las paredes.

—No hables de ese modo tan irrespetuoso de una criatura muerta en pecado de Dios.

—Vale. No lo haré —contestó Miguel, deseoso de explicarle a su madre lo que sabía—. Y solo he dicho eso porque hoy, que no he

podido acabar de contártelo, Pedrito ha visto cómo dos guardias se llevaban al maestro a primera hora, sacándolo de su casa. Luego, el director nos ha metido la patraña de que estaba indispuesto. Solo saben mentir. Me he acordado de Tonet y lo echo de menos. Ojalá nosotros también nos hubiéramos ido de aquí.

—Desde luego no sé qué voy a hacer contigo. Ya habrá tiempo de irse, pero de momento confórmate con lo que tienes. Algunos lo están pasando peor. Anda, déjame cambiarme de ropa y ve a la cocina a pelar unas patatas. Hoy haremos un guiso para los tres.

La presencia de Rosario era habitual en alguna de las comidas del día. La mujer estaba sola y desde el cierre de la pensión se mostraba taciturna y hasta desmemoriada. La tristeza la embargaba. Clara la escuchó entrar. Todavía conservaba sus llaves. No se molestó. Allí ya no había nada que esconder.

—Ya estoy aquí. Que parece que he recorrido la comarca. Estoy agotada, cada día más.

—Ya somos dos —dijo Clara, llevando a la cocina el vino y unas rosquillas que traía en un plato—. Miguel se pondrá contento al ver el postre. Ahí lo tengo ayudándome un poco. Al parecer el maestro hoy no ha podido asistir a clase. Estaba…

—Detenido —se adelantó Rosario a decirle—, ya lo he oído en la pescadería. Estos malnacidos no van a dejar títere con cabeza. Y mi hijo con ellos. Ojalá se pudran en el infierno —suspiró Rosario, arrepentida por sus palabras—. Acércame un vaso de agua, que voy a sentarme en la sala de huéspedes.

Clara obedeció y fue al encuentro de la que consideraba casi una madre. Algo distinta a Montserrat, aunque a ambas las quería mucho. Siempre había mantenido sus reservas con ella, por alguna razón que todavía se preguntaba. Tenía que explicárselo, al menos hasta donde su seguridad se lo permitiera, se dijo en dirección a la sala donde la esperaba la mujer. Llevaba una jarra de agua y dos vasos. Quizá lo que estaba a punto de contarle les secaría la garganta, sonrió de forma nerviosa al ver cómo Rosario dormitaba en el sillón orejero, junto a la única ventana por la que se colaban algunos rayos de Sol.

—Y bien, muchacha. Estarás de acuerdo conmigo en que necesito que me aclares algunas cosas —anunció haciendo el ademán de incorporarse, dispuesta a recibir las respuestas que esperaba de la que siempre consideraría su socia.

—Qué impaciente. Todo a su tiempo —replicó Clara que se arrellanó en una de las butacas contiguas a la de Rosario—. ¿Qué quiere saber concretamente?

—Pues todo, qué si no. Desde el principio. Porque tu llegada aquí no fue algo fortuito, ¿me equivoco? Y la de Abel unos años después tampoco. ¿Es quien decían que era los de la Benemérita? Llegó aquí huyendo de los nacionales, ¿verdad? ¿Es el padre de tu hijo? Tú sabes dónde se encuentra, ¿a que sí?

Las preguntas empezaban a marear a Clara. Recordó la advertencia de Ramón respecto de ella y durante unos instantes se arrepintió de haberle dado el pie que ahora reclamaba.

—Espere, Rosario, voy a encajar la puerta. Miguel está ocupado, pero con él nunca se sabe.

—Caray, sí que debe de ser reservado entonces. Ve, ve… —la apremió.

Clara se asomó a la cocina. Miguel, aunque travieso como el niño que era, también era responsable. Lo observó pelando las patatas con mucho esmero para que la primera corteza que sacaba de ellas no fuera muy gruesa. No había que desaprovechar ni lo más mínimo de los alimentos, le había dicho infinidad de veces. Y allí, estaba, con sus casi ocho años, concentrado en sus labores mientras se mordía el labio inferior con los dientes. En un gesto que, una vez más, le trajo al recuerdo la figura de su amado, Clara sintió un pellizco que encogía su corazón. Volvió sobre sus pasos dispuesta a hablar.

—Es muy difícil para mí volver atrás, Rosario. Y no sé si hago bien, pero cuando imaginé la vida sin Miguel, encerrada o muerta de un tiro, no supe a quién más acudir. Montserrat sigue enferma, necesito ir a visitarla, y ahora ni siquiera está Abel para acompañarme.

—Tiene mala pinta eso de tu amiga, y no es que yo quiera ser agorera, pero las penurias de la guerra son la plaga silenciosa para muchos. Unos tardan más, otros menos, aunque el resultado vaya a ser el mismo para todos. Ya me entiendes —dejó caer Rosario—.

Comprendo que quisieras proteger a tu hijo, qué vas a contarme. Mientras son pequeños viven bajo nuestras alas, en lo bueno y en lo malo que nos acontezca. De repente, un día vuelan dejándote un vacío muy grande, uno que escuece aquí dentro sin que nada ni nadie pueda sustituir el hueco que una vez ocuparon.

Clara sentía lástima por su amiga y su protectora. No podía imaginarse la pérdida de sus hijos. El uno en la contienda y el otro en algún lugar del que ya no volvería y, si lo hacía, nunca la miraría como su madre que era. ¿Cómo había sido posible ese cambio tan radical?

—¿Nunca sospechó de Joan? Siempre se mostró reservado conmigo, no puedo decir otra cosa. Pero también muy atento y educado. No sé qué se le pudo pasar por la cabeza al muchacho para ponerla en ese aprieto. ¿Usted conocía lo del cadáver? Eso es algo que me he preguntado muchas veces y nunca he tenido el atrevimiento de preguntarle.

—Jamás. Joan es inteligente y aplicado, igual que lo es ahora tu pequeño. Cierto es que desde que se quedó sin padre y sin hermano su carácter fue agriándose. Se volvió solitario y siempre ha habido que arrancarle las palabras con un sacacorchos. Pero cómo me iba a imaginar lo que pasaba por su cabeza. A menudo me dejó caer que este pueblo le resultaba odioso, y que trabajar estrangulando aves no era lo que él quería hacer, pero su jornal nos ha dado el alimento que nos comíamos muchos días. Ya sabes, yo muevo aquí y allí y siempre me las he ingeniado para obtener artículos que otros no veían ni en pintura. ¿Y qué? Fruslerías, comparado con lo que roban los civiles y sus mujeres. Lo mío era para contentar a unos y a otros si llegaba el caso. No sé qué más pensar de mi hijo —volvió a recordar—, es como si me hiciera culpable a mí de lo que había ocurrido con su padre y con su hermano. Y ahora siento que lo he perdido para siempre. Quizá no vuelva a verlo más. No me encuentro bien, ya lo ves. Algo tengo dentro en las entrañas, pero bueno, no he venido a contarte mis penas, que las conoces de sobra. La mañana en que nos llevaban presas me dijiste que cuidara de Miguel. Y no me pareció que fuera un ruego dicho así al azar. ¿En qué pensabas?

—Pues en qué iba a ser, Rosario, en qué… —repitió Clara, elaborando algún discurso creíble que la sacara del atolladero en el que se había metido.

—¿Quién eres en realidad, Clara? —la interrogó Rosario, haciéndole la pregunta que más temía de todas las que podía formularle.

—Mamá, mamá. Ya están todas las patatas peladas. Me voy un rato a jugar con Pedrito si no te importa.

—¿Es que tú no sabes entrar en los sitios llamando, mocoso? —se dirigió Rosario al niño, frunciendo el ceño, molesta por la interrupción.

Miguel la miró, primero a ella y luego a su madre, sin entender a qué venía esa pregunta, y se encogió de hombros.

—Pero si la puerta no estaba cerrada —contestó con su habitual naturalidad—, además, esta es…

—Está bien —lo interrumpió Clara—, ahora iré yo a terminar la comida. Y no vengas tarde, que nos conocemos.

Tan pronto obtuvo el permiso que necesitaba, y algo sorprendido por lo poco que le había costado, se dio la vuelta y desapareció.

—¿Quiere un vaso de agua? —se le ocurrió ofrecerle a Rosario, viéndola palidecer de repente.

—No, estoy bien. Esto se me pasará enseguida. El tiempo apremia, y más el mío —pareció vaticinar, sujetándose el vientre—, así que contéstame a lo que te he pedido.

No había por dónde escapar, se dijo Clara tomando aire en sus pulmones y buscando en aquella inspiración el valor que necesitaba para su relato.

—Soy la viuda de un contable al que nunca conocí. Ni siquiera mis raíces son gallegas, como consta en la carta de identidad que me acompañará hasta el final de mis días. Es largo de explicar, Rosario, y no sé qué ocurrirá cuando sepa la verdad. Espero que la traición no esté entre sus planes —quiso dejarle claro en un arranque de valentía. La misma que la imprudencia que estaba a punto de cometer.

Rosario permaneció en silencio, y solo movió los ojos para cerrarlos. Como si con aquel gesto estuviera encajando las piezas de

un puzle que no había hecho más que empezar. Se acompañó de una respiración profunda y le dijo:

—Entonces, Abel es el padre de tu hijo. Lo sabía.

—Se equivoca. Él fue quien me ayudó a huir cuando los nacionales estaban a punto de descubrir el sótano del cobertizo en el que pasé unas noches antes de mi partida. No nos habíamos visto desde ese día.

—¿De quién huías, muchacha, si tu difunto parece que era un hombre de bien? Nadie persigue a las viudas… o sí —discernió recordando algunos episodios acaecidos en la propia Olesa—, bueno, a las viudas de los fachas. A las otras sí que las persiguen.

—Mi difunto, como usted dice, fue un miembro destacado de la Confederación Nacional del Trabajo, la CNT, que, como muchos, exhaló su último aliento luchando por un país libre. Yo viví con él el comienzo de una historia que podía haber tenido un buen final. Y fui ignorante, cobarde y poco consciente de ello, hasta que ya fue demasiado tarde. Ya ve, murió sin conocer el fruto de una relación que a fecha de hoy me llevaría a la cuneta de cabeza. Como así pasó con él. Y no se crea, todavía no sé por qué tenía yo tanta importancia en esta absurda ecuación. Perdí a mis padres y ni siquiera puedo llorarlos. Me protegieron mucho, hasta demasiado diría yo. Aun siendo tiempos de libertad y prosperidad, estaba preparada para coser, cocinar y dedicarme a mi casa el día que encontrara a la persona adecuada. Al parecer, esta no llegó, y me enamoré de quien no debía. Por suerte ellos no supieron cuál iba a ser mi final.

La explicación iba llegando y el discurso, no ensayado, parecía el de alguien que de forma indirecta habla sobre un tercero. Clara se escuchaba como a una extraña. Era su voz, aunque nunca imaginó la frialdad con la que estaría contándole a alguien la verdadera historia hasta ese momento desconocida.

—¿Y desde Galicia hasta aquí? Porque tu acento todavía guarda algún resto de esa parte.

—Desde Teruel, Rosario, desde Teruel —repitió Clara, sorprendida por la tranquilidad con la que estaba desnudando su pasado—, y fue difícil, como no se puede imaginar. Tuve que ensayar hasta la

saciedad este acento que he ido perdiendo, por suerte, enmascarado en el tiempo que llevo aquí. Fue horrible llegar sola, ver cómo mi vientre engordaba sintiendo las bombas casi a diario, y parir sola. Tuve mucha suerte de conocer a Montse. O de que ella me conociera, mejor dicho. Durante años me he preguntado por qué a mí, cuando mi único pecado había sido amar a la persona equivocada. Y digo equivocada porque él eligió de parte de quién estaba, sin dejar que yo entrara en sus planes. No lo odio, nunca podría hacerlo, pero en todo este tiempo no he podido desprenderme de la rabia que todavía llevo aquí adentro —señaló con el puño cerrado entre sus pulmones.

De repente, Clara manifestaba en voz alta el reproche que en silencio había alimentado desde que la arrancaran de sus raíces. La rabia por ser la pieza sacrificada en una partida en la que no conocía las normas. La poca importancia que quizá Alberto le había dado a la relación que había mantenido con él, situándolo siempre en un pedestal hasta que Abel destronara el amor idealizado hacia un hombre al que recordaba cada día viéndolo en las facciones y en los gestos de su hijo. Porque Abel había calado en ella como el agua fina de lluvia, casi sin darse cuenta de que, después de su primer y último encuentro, volvía a necesitar los abrazos prometidos que de nuevo se habían esfumado entre juramentos vanos. Él no estaba, igual que el padre de su hijo.

Rosario permanecía callada, abrazada en sus propios brazos, digiriendo el dolor amortiguado de sus entrañas y cada una de las confesiones que aquella muchacha, que siempre le había parecido falta de energía y de motivos, de repente le mostraba las pieles curtidas, escondidas tras la imagen inocente y desvalida, que ella misma reconocía en su historia. Eran distintas y parecidas al mismo tiempo.

—Entonces, ¿el contable? —volvió a preguntar, intentando que no sonara como una curiosidad malsana.

—El contable es un nombre que solo existe en ese papel que me identifica. Supongo que será alguien de verdad. Nunca me he molestado en preguntárselo a nadie.

—Pues alguien de verdad como tú, imagino —quiso aclarar Rosario, dando por sentado algunas cuestiones que no tardaría en conocer.

Se hizo un silencio incómodo. Clara valoraba a toda prisa si continuar hablando o, por el contrario, escapar de una confesión que podía valerle un gran disgusto. Las palabras de Ramón iban y venían a su cabeza. Las cartas empezaban a ponerse boca arriba y en realidad se sentía harta de vivir a medias. ¿Qué podía pasar, cuando la propia Rosario estaba señalada por todos desde la aparición del bebé muerto y, de alguna manera, traicionada por su propio hijo? No creía que los parroquianos afines al nuevo régimen fueran a otorgarle el beneficio de su amistad por ese motivo. Respiró tranquila, despejando las pocas dudas que pudiera tener sobre aquella mujer, mermada como una uva pasa, y se dispuso a seguir explicándole.

—Yo tampoco soy de verdad. Ni los padres que dice ahí que tuve, y ni siquiera la edad. Soy dos años menor. Para que vea. Mi verdadero nombre no es el que me identifica. Me bautizaron como María del Carmen, aunque después de tantos años, casi me cuesta pronunciarlo y ver en él la persona que fui una vez.

—¡Válgame el Señor! ¿Y qué papel juega aquí, a todo esto, tu amiga Montserrat de Barcelona? —quiso saber Rosario, elevando las palmas de las manos hacia arriba—. Y yo que creía que estaba enterada de todos los entresijos de la villa, y hasta de más lejos. Desde luego que me has tenido bien engañada —añadió, levantándose de la butaca—. Siempre he considerado que algunas de tus rarezas tenían su razón en eso de no poder compartir tus días con nadie cuando llegaba la noche y de tener que criar a un niño tú sola, valiéndote de la tienda, los relojes y las agujas.

—Eso también, Rosario. Eso también —repitió Clara, frotándose las manos—. Cuántas viudas no están en mi situación desde hace unos años. Usted misma, sin ir más lejos.

—Porque… ahora me dirás que lo de los relojes también lo aprendiste exprofeso para llegar aquí y hacerte llamar relojera, ¿no?

Rosario necesitaba saber, y las preguntas se agolpaban antes de digerir cada una de las respuestas que Clara iba dándole.

—No, eso lo aprendí de mi padre. El de verdad. Él fue maestro de escuela. Alguien muy inteligente al que le gustaban los números, sobre todo eso. También era aficionado a la mecánica de precisión y tenía una destreza natural innata. Después de mucho insistirle supongo que pensó que lo mejor era dejarme ver cómo reparaba las cosas, sentada en una silla en la que me maravillaba verlo trabajar en las piezas estropeadas que muchos de los vecinos le dejaban en casa. Y lo hacía por las noches, cuando la tranquilidad le permitía concentrarse en aquellos diminutos engranajes que manejaba sobre su tapete verde. Y su lupa, estaba muy gracioso con ella pegada al ojo. Yo no me atrevía a reírme de la mueca que hacía con la boca al sujetársela —recordó Clara, visiblemente emocionada mientras Rosario no se atrevía a interrumpirla.

Con la sinceridad que no pensaba expresarle, las aficiones de sus progenitores no era algo que le importara demasiado. Lo que de verdad la tenía en un vilo era conocer la conexión y las personas que la habían llevado hasta Olesa de Montserrat. Solo era cuestión de seguir tirando del hilo, pensó volviendo a sentarse junto a ella.

—¿Y de Montserrat qué sabes? —arremetió de nuevo Rosario—. Quizá sí que sería conveniente traerla hasta aquí, como me habías propuesto. Total, ahora hay sitio de sobras y si todavía le quedan fuerzas para coser hasta podría enseñarme un poco y yo te ayudaría con lo que fuera. Tenemos que pagar las deudas, y bien sabe Dios que con el estraperlo y tus ingresos no nos alcanzará en muchos años. Por suerte, Ramón ha sido condescendiente con eso. Al fin y al cabo, este lugar no es nuestro, y las obras quedarán para los que vengan detrás.

—Montserrat ha sido mi ángel de la guarda. Sin ella quién sabe si habría muerto de hambre o algo peor… —dejó caer Clara, sin terminar la frase.

—¿Algo peor que morir así? —repitió Rosario, que parecía haber recobrado el color en sus mejillas.

—En el bloque de vecinos donde viví mientras gestaba y paría a Miguel, varias muchachas se ofrecían a aliviar las necesidades de algunos hombres. Ya sabe. Ellas, con su cuerpo y en un secreto a voces, conseguían un dinero para alimentar a sus familias, o algún

falso compromiso que las alentara a pensar que sus seres queridos podían ser liberados bajo soborno a las autoridades. Eso sí, en estos casos, ni siquiera el humillante y elevadísimo pago al que se veían sometidas lograba alcanzar las promesas que les hacían. Una vergüenza y una injusticia, Rosario.

—De eso también ha habido aquí, qué te crees. En las guerras hay muchos tipos de víctimas. Y las mujeres, por desgracia, son la carne de cañón que en silencio tragan con más de lo que la historia será capaz de reconocer jamás. Si no llevas un arma encima, no eres un guerrero. Si no te matan, no eres un muerto. Pero a algunas las han matado en vida y sin descerrajarles un solo tiro. Una lástima. Pero tu amiga no estaría involucrada en eso, ¿no?

—Ni hablar, ¿cómo se le ocurre? —se apresuró a contestar Clara, mirando fijamente a Rosario—. Ella ha servido a la causa a su manera —dejó caer, no queriendo desvelar más información.

—Entiendo. Aquí cada uno se ha valido de sus armas para seguir adelante. La costura y las conversaciones en un probador dan mucho de sí.

La confesión de Rosario no era del todo honesta, aunque no pensaba revelarle a su socia algunas prácticas que había convenido con terceros en ocasiones. Ella misma, Clara, había sido el punto de mira de algunos mandos que campaban a sus anchas por la zona sabiendo cómo la vieja podía facilitarles un capricho. Y la joven se había convertido en el antojo de más de uno. Por suerte, la mirada protectora de Cotar, siempre invisible, había permanecido atenta, cual ojo avizor de centinela, frenando los bajos instintos de algunos que, como la última vez en el cuartelillo, la veían como un suculento trofeo. Nunca le había dicho que el primer encuentro con Federico no había sido casual. El empresario y exmilitar conocía el caso de la viuda y se interesó por conocerla, poniendo como excusa sus habituales visitas con su hija al balneario de La Puda. Cierto era que Beatriz necesitaba de los médicos que allí la atendían, pero bien podría haber seguido haciéndolo sin necesidad de conocer a Clara. La relación que se entabló después entre los niños era el nexo perfecto para mantener viva una amistad que para él nunca fue desinteresada.

—¿Y Abel? —siguió preguntando la mayor.

—En paradero desconocido, como bien se sabe. No tengo noticias de él. Y me temo lo peor —se lamentó Clara, quebrándosele la voz al poner las palabras en su boca.

—Seguro que saldrá de esta. Vamos, digo yo. Si está acostumbrado a vivir en el monte de cualquier manera, no le resultará tan difícil volver a hacerlo. ¿Y dices que el padre de tu chiquillo era amigo de él?

—Alberto era, al parecer, el jefe de un grupo de milicianos. El líder, como tantas veces oí hablar de él a sus camaradas. Íbamos a reuniones en las que su palabra era ley, y yo lo admiraba. Tanto que no supe ver que su causa, ni siquiera la mía en aquel momento, estaba por encima de cualquier otra cosa. Su amor era lo único que me importaba. Sus besos y sus abrazos. Los que tanto me prometió la última noche cuando, después de… bueno, después de despedirnos, repitió una y otra vez. Queríamos casarnos, ¿sabe? Y Miguel es lo único que tengo para recordarlo. Aunque me dé rabia hacerlo porque se parecen mucho. A veces demasiado —se quejó Clara—. Nos dejó solos, ¿sabe?, y a merced de una guerra —continuó antes de escuchar el portazo que alertó a ambas.

Encogiendo el aire que de repente quedó atrapado en sus pulmones, Clara miró hacia la puerta y lo vio. Sus ojos enrojecidos, su cuerpo envarado y los puños cerrados. Allí, mirándolas sin decir una palabra. Era Miguel. La madre se levantó y salió a su encuentro, sin atreverse ni a respirar. Un frío intenso la recorría por entero, anunciando la sospecha que se negaba a reconocer.

—Miguel, ¿qué haces aquí parado como una estatua? —se apresuró a preguntarle, mientras veía las lágrimas de su hijo brotando de sus ojos—. Dime, ¿qué te pasa?

—Ahora lo entiendo, mamá. Me has engañado, ¡me has engañado! —gritó el niño.

Sus palabras sonaron frías como el metal y, rechazando los brazos de su madre, dio un paso atrás, tensando todo su cuerpo.

—Qué es lo que entiendes, a ver —le preguntó Clara en un intento vano de ganar tiempo.

Tenía que sacar fuerzas de flaqueza. No podía pisar en falso sin saber qué había oído su hijo de toda aquella conversación. Maldita la hora, pensó reteniendo las lágrimas. La vergüenza por sentirse descubierta era menor que el temor al rechazo de Miguel. Él nunca había rehuido un abrazo suyo, por más enfadado que estuviera.

—No me hagas parecer idiota, mamá.

—Oye, mequetrefe, a tu madre no le hables así, ¿me entiendes? —intervino Rosario, en segundo plano y sentada en su butaca.

—A usted nadie le ha dado vela en este entierro —soltó Miguel, fulminando con la mirada a Rosario.

—¡Miguel!, ven aquí ahora mismo y discúlpate. No son formas. No te he enseñado a hablar así a los mayores. El respeto ante todo, por favor.

—¿De qué respeto me hablas, mamá? ¿Del que me has quitado tantas veces como te he preguntado cómo era mi padre? Y ahora estás contándoselo a una extraña, mientras yo sigo creyendo una mentira que nunca pensabas decirme. Soy un niño, sí, pero sé más de lo que tú te crees. Esto no es una familia ni es nada. Esto es una mentira podrida que nunca pensabas confesarme —vociferaba el niño, preso de una rabia desbordada—. ¡Te odio!

Un sonido seco impactó sobre la cara de Miguel, resultado de la afrenta que Clara no podía permitir. Era la primera vez que lo reprendía de aquella forma. El niño, sorprendido por la bofetada repentina, se llevó la mano a la mejilla que ahora le ardía. Llenó sus pulmones y resopló apretando los labios y los puños, queriendo expulsar la rabia contenida y las ganas de arremeter contra su madre. Pero no lo hizo. Giró sobre sus pasos y salió a la calle corriendo, como alma que llevaba el diablo.

Las mujeres, inmóviles, se miraron tras verlo desaparecer. No sabían qué decir y permanecieron clavadas frente a frente hasta que Clara reaccionó, yendo tras su hijo. Nunca había imaginado que el secreto tan bien guardado durante años terminara saliendo a la luz de aquel modo.

13

Los días iban pasando y Miguel seguía sin querer hablar con su madre más que lo preciso. Clara había intentado apaciguar su ira, atesorando los silencios de su hijo mientras buscaba el momento de poder sentarse con él y pedirle perdón. Ni un gesto de cariño, ni una mirada cómplice, ni una palabra que pudiera alentarla en una tregua que no tenía visos de llegar. No parecía que sus palabras calaran en él y cada día se sentía más alejada del chiquillo.

Ramón y Ramona también se habían enfrentado al temido comisario, llamados a declarar como responsables directos de la tragedia y muerte de un neonato todavía sin identificar. Eran los dueños de la vivienda y principales sospechosos de lo que allí se había encontrado. No es que Manzanero, el comisario, tuviera mucho interés en aquella cuestión, para él banal e insignificante. Eran prácticas que se ejercían, había dicho en alguna ocasión, sobre todo cuando había que tapar las vergüenzas ajenas de una forma discreta en las familias. Las mismas que, golpe en pecho, pasaban las blancas tardes rezando el rosario y las negras noches mancillando las Sagradas Escrituras. Y no es que el comisario fuera ningún beato. Aquellas prácticas mal resueltas le traían sin cuidado. Para él, el sexo no era el regalo divino de Dios para la procreación, sino una necesidad que desahogaba en casa, la propia y también las ajenas.

Tras la insistencia de Cotar por conocer la verdad, la Guardia Civil se había hecho cargo de la investigación. Al conocer el fatídico final del neonato, posiblemente sin recibir el sacramento del bautismo, sintió cómo algo en su interior se desmoronaba. Algo que había querido olvidar para siempre y que ahora revoloteaba en torno al

pasado que pensó zanjado hacía muchos años. Su papel en todo aquel embrollo no era más que el de un militar y empresario adinerado, con posibilidades e influencias, que contaba con el beneplácito de varios superiores en rango que aún le debían algunos favores. Con la detención de Clara y la aparición de uno de los policías más temidos y más crueles de la ciudad se cobró uno de ellos.

La confesión de Ramona, que apenas había salido de casa en meses y concretamente desde el día de autos, había resuelto el enigma: el de la difunta recién nacida, fruto del desamor y el negro destino que le tocó. En sus palabras, admitidas bajo el peso de la culpa y el miedo a un encierro involuntario días después de la detención de Rosario y de Clara, se conocieron los secretos atesorados, en silencio, que renacían de entre las cenizas del olvido.

Ramona, joven *pubilla* y única heredera de la familia Barberán Mateu, siempre había estado enamorada de Federico. Ya desde niña, su presencia la estremecía. La boda de este con María Mercedes de Coslada había sido un duro golpe para ella. El peor que podía imaginarse. Él parecía haberle dado esperanzas, aunque estas solo habían vivido en su imaginación. No sabía nada del amor, ni de los hombres, aunque algo se turbaba en su interior ante su presencia, sometiéndola a profundas punzadas en las partes sagradas de su anatomía cada vez que lo tenía cerca. El joven empresario departía con ella, casi por cortesía, pero tenía otros planes y la muchacha no significaba nada para él, más que el hecho de que esa chica de rostro desvalido era fruto de un matrimonio con el que su familia mantenía algunos tratos mercantiles.

Después de las nupcias del joven con su prometida, Ramona había caído en la más angustiosa desesperación. Todas sus fantasías se habían enterrado con aquella unión que la Santa Madre Iglesia, ante el altar, había sellado para siempre. Sin más esperanzas, había tomado la decisión de brindar su vida a Dios, y así lo anunció una tarde después del rezo del rosario.

La noticia llegó al seno de la familia con cierta alegría. El fervor religioso del matrimonio formado por Paquita y Benancio, sus padres, sumado a las pocas virtudes físicas con las que la madre

naturaleza había dotado a la joven Ramona, eran la ecuación perfecta para que ella, criada en la fe cristiana, ofreciera su cuerpo y su alma al Altísimo. Contaba con dieciséis años, diez menos que Federico.

El matrimonio Cotar de Coslada vivía en Barcelona. Viajaban a menudo y, en ocasiones, María de las Mercedes se alojaba en la vivienda que conservaban en Olesa de Montserrat, ya que era asidua a las aguas sulfurosas y medicinales del balneario de La Puda. Allí aprovechaba los baños medicinales tan aconsejados por los médicos que la atendían. El tan anhelado embarazo que desde el primer mes había esperado no llegaba y sus nervios empezaban a provocarle ocasionales ataques que la sumían en el mutismo más severo, manteniendo en vilo a toda la familia. Acudió a consejos, rituales y prácticas populares que no parecían surtir efecto.

En una de sus visitas a la villa de Olesa, el joven empresario debía tratar algunos asuntos con Benancio y se acercó hasta la vivienda situada en la calle de la Iglesia, lugar de residencia del matrimonio y su hija. Parecía que no había nadie en casa. Tras varios intentos y aldabonazos, Federico se disponía a marcharse. Había sido un día muy tenso. Sus habilidades comerciales estaban dando buenos resultados en la exportación de telas a diversos países de Europa, pero su matrimonio se iba a pique. María de las Mercedes aprovechaba todas las ocasiones que podía para culparlo de sus ausencias, y hasta para acusarlo de no ser capaz de dejarla embarazada. Se había vuelto celosa y, aunque su enlace había sido una cuestión de conveniencia, él la había respetado hasta la fecha y estaba dispuesto a quererla, mostrándose solícito a todos sus caprichos y a las escasas necesidades conyugales que se prestaban. Federico era capaz de soportarlo, aunque en su interior ardían las ganas de poseerla cuando ella, besándolo en los labios, se quejaba de algún mal sobrevenido.

Cabizbajo y concentrado en la última de las rabietas de su mujer, se disponía a marchar cuando, tras unos pasos apresurados, se abrió la puerta y apareció Ramona asomando media cabeza.

—Hola, Federico —dijo la muchacha, protegiendo su discreta sonrisa tras el portón.

—¿No hay nadie del servicio? —se extrañó Cotar—, ya me iba. Venía a tratar con tu padre un asunto. ¿Podrías avisarlo?

Sin más respuesta, Ramona abrió la puerta y se hizo a un lado. Estaba invitándolo a entrar sin contestarle. Cotar se adelantó hasta el dintel y se paró allí, esperando alguna explicación que parecía no llegar.

—María tiene su día libre y mis padres han ido al convento.

La explicación sorprendió a Federico, que ya estaba parado en el descansillo, sin saber muy bien qué debía hacer.

—¿El convento? No sabía que teníais familia religiosa. No importa, vendré en otro rato. No quiero interrumpirte en tus labores. Seguro que estás tejiendo, o leyendo. Mira, he traído unos libros para Mercedes, pero le preguntaré si quiere prestarte algunos mañana. Hoy no se encontraba demasiado bien y la lectura la reconforta. Sus nervios y ella no son muy amigos —se explicó él, dando más razones de las que la joven necesitaba.

Escuchar su nombre era como si se le clavasen agujas en el cuerpo. Aquella mujer le había arrebatado al hombre de su vida, y nunca podría ser suyo. Ramona emuló un gesto parecido a una sonrisa mal ensayada. No contestó a la propuesta y, después de unos segundos, se giró, dejando bajo la elección de él la decisión de entrar.

Resultaba extraño. Aquella muchacha, convertida ya en una mujer, siempre le había causado cierta curiosidad. Era esquiva y vergonzosa. Cualquier cosa que se le dijera la sonrojaba y, en el rubor de su vergüenza, las marcas de varicela en la cara se intensificaban. Sin embargo, su melena y su cuerpo parecían haber experimentado algunos cambios. Aunque recatada en la indumentaria, como siempre recordaba, en el corte afrancesado de su vestido resaltaban algunas curvas en las que nunca había reparado. Y en sus voluptuosos pechos, ceñidos a las costuras entalladas de su atuendo. Federico sonrió ante el análisis que estaba haciendo de la muchacha y, quitándose el sombrero, decidió entrar en la casa.

—Estaba preparando una limonada. ¿Quiere un vaso mientras esperamos? —preguntó, todavía sin girarse, dirigiéndose a la cocina

que Federico también conocía—. Venga y me ayuda. No soy muy buena con las recetas.

—A menudo inútil le has ido a pedir ayuda. Ni un café sé hacerme solo. Pero vamos a ver cómo lo podemos arreglar. Y puedes tutearme. Nos conocemos de sobra.

La cocina, un espacio poco visitado por Ramona, era sin embargo su lugar favorito cuando se encontraba sola. Allí se sentaba, alrededor de la mesa, junto a los fogones, y daba rienda suelta a una de sus aficiones: el dibujo al carboncillo. Nadie sabía de esta actividad, ni de sus grandes dotes para el arte que escondía en los papeles que guardaba celosamente encima de los armarios, donde nadie podía alcanzarlos. Era extraño, como lo era ella. Y pronto tendría que prescindir de las pocas cosas que la hacían feliz. Su ingreso en el convento la relegaría a las obligaciones propias de las que en breve se convertirían en sus hermanas.

Cotar observó con curiosidad los dibujos hechos sobre papeles vegetales de diferentes tamaños. Esbozos y trabajos terminados esparcidos en la mesa. Ella sonreía, admirada de la sorpresa que iban causando los bosquejos en la cara del joven, que iba cogiéndolos en la mano, uno a uno.

—¿Te gustan? —se atrevió a preguntarle, haciendo un enorme esfuerzo por arrancarse la vergüenza que se apoderaba de su cuerpo al tenerlo tan cerca.

—Son excelentes. ¿Y cómo es que nunca los había visto antes? Recuerdo que alguna vez te había preguntado si te gustaba pintar, cuando solo eras una renacuaja. Y te escondías detrás de las faldas de tu madre. Reconozco que yo también me aburría mucho en aquellas tediosas charlas de mayores, y no sabía qué hacer mientras hablaban. Esas tardes eran interminables. Ahora las cosas han cambiado.

—Sí, ya no soy una niña —se defendió Ramona, molesta porque todavía no la considerara como ella se merecía.

—De eso no me cabe la menor duda —pronunció él, algo arrepentido de sus palabras.

Durante unos instantes había distinguido en sus formas y en su mirada las de una mujer. Estaban solos y no resultaba conveniente

permanecer mucho tiempo allí. Las habladurías eran más rápidas que cualquier verdad que se extinguiera antes de ser demostrada. Y por un momento se sintió incómodo.

—Tengo más dibujos, pero déjame que termine el refresco y ahora te los enseño —lo invitó ella, intuyendo las intenciones de su inesperado invitado.

—¿Tardarán mucho tus padres? No querría parecer incorrecto —se excusó Federico, volviendo de dejar el sombrero sobre la mesa—. No me has contestado a la pregunta. ¿A qué convento han ido?

Ramona quería evitar a toda costa darle la noticia a Federico. Se trataba de una decisión meditada tras el matrimonio de este. Había sentido rabia, impotencia y mucha ira. El destino la había traicionado. Y luchó con todas sus fuerzas para arrancar de su corazón un deseo que se cernía sobre su cabeza día tras día: la muerte de María de las Mercedes. Se avergonzaba y, al mismo tiempo, no podía dejar de considerar esa posibilidad, algo que le otorgaría alguna oportunidad de que el hombre al que amaba se fijara en ella. Ante la mirada inquisitoria de él, no tuvo más remedio que fabricar una mentira.

—No lo recuerdo muy bien, pero no importa. Algo de unas donaciones, creo que los escuché hablar ayer —mintió, mientras acababa de exprimir los últimos limones—. Vamos, que le pondré un poco de azúcar. Están recién cogidos de esta mañana y son muy buenos —lo invitó, acercándole un vaso. Ella dio un sorbo y apretó los labios, percibiendo el sabor ácido y dulce de una de sus bebidas favoritas—. Me rechinan los dientes, pero está delicioso —se relamió Ramona con la lengua.

Federico sorbía pequeños tragos mientras se entretenía en observarla. Nunca la había visto como lo que era, una mujer, y por primera vez consideró que tenía una belleza particular. De facciones poco femeninas en su conjunto, sus ojos destacaban por su color y su forma, ovaladas aceitunas de un tono verde intenso. Sus labios eran carnosos y le conferían un atractivo peculiar en el que no había reparado. Parecía otra, se dijo, dejando el vaso sobre el tablero de la cocina, con la firme intención de dar por finalizada su visita. Él era un hombre y ella una joven casadera, se decía, y estaban solos,

volvió a repetirse. Fijarse con detalle en algunas partes de su cuerpo, mientras ella acariciaba los dibujos que seguían esparcidos en la mesa, estaba provocando en él sensaciones encontradas. En las últimas semanas, María de las Mercedes le había negado varias veces el placer de la carne y la obligación conyugal. Y él, acostumbrado a desahogarse en la intimidad del baño, añoraba el contacto de la piel ajena. Ramona sonreía sin dejar de mirarlo y Federico empezaba a incomodarse. Un hormigueo recorría su entrepierna, despertando los instintos que tan habituado estaba a contener. Al fijarse en las figuras trazadas en las hojas que la muchacha había pintado, no pudo evitar el comentario.

—¿Tus padres conocen tu afición? —le preguntó, llenando el silencio que se había apoderado de los últimos instantes.

—Por supuesto que no —se apresuró ella a contestarle—, y espero que no les digas nada. Es un secreto.

—No seré yo quien lo haga, te lo aseguro. Pero aquí, tan a la vista, te expones a que los descubran.

—Por eso los guardo en la cocina, y vengo a pintar cuando ellos no están.

—¿Y cuál es tu inspiración? —quiso saber Federico, pareciendo interesado en las figuras desnudas de algunas de las ilustraciones.

Ramona dejó el vaso de limonada sobre la mesa y se asió sobre las caderas para recorrer algunas de sus curvas con sus propias manos. El vestido que llevaba era vaporoso y, pegado a la piel, este se ceñía provocadoramente sobre su cuerpo. Federico tragó saliva varias veces, fruto de las babas que el limón le estaba provocando en la garganta y también de la excitación que ya no podía controlar. Tenía que marcharse de allí cuanto antes.

—Déjame que te enseñe algunos otros que he dibujado —dijo Ramona, casi suplicando que siguiera allí.

—Creo que es tarde y tendría que irme —manifestó Cotar, mirando su reloj en signo de impaciencia—. Volveré en otra ocasión, mejor cuando estén tus padres.

—No, espera. Solo será un momento y luego te dejaré ir, te lo prometo —le pidió ella, juntando las palmas de las manos—. Están aquí, encima de la alacena. Solo la doncella sabe que los guardo en

este sitio, es nuestro secreto —añadió Ramona, dando un brinco sobre el taburete que acababa de acercar hasta el armario.

Subida en una banqueta redonda en la que apenas cabían sus pies, cual equilibrista, se apoyó en la punta de sus zapatos y estiró los brazos. Durante unos segundos palpó, buscando la carpeta que Federico imaginaba y, antes de alcanzar su objetivo, su cuerpo se balanceó hacia delante y hacia atrás, perdiendo el equilibrio. Fueron unos segundos. Los mismos que tardó el hombre en dar dos zancadas para evitar que ella cayera de espaldas sobre el suelo. Abrió los brazos y la sujetó al vuelo evitando el percance que, por un lado, podía ser fatal para ella y, por defecto, también lo pondría a él en un compromiso.

La muchacha parecía asustada y, durante unos instantes, permaneció sujeta a su salvador. Después se volvió hacia él, que ya aflojaba la fuerza con la que la había asido.

Fue entonces cuando sucedió. Sus miradas se cruzaron en silencio, clavándose la una en la otra, y sus cuerpos seguían cercanos e inmóviles, como si el tiempo se hubiera detenido. Tanto, que el calor de ambos se iba sumando, formando una hoguera que ninguno de los dos parecía querer extinguir. Los labios de Ramona buscaron los del hombre que acababa de auxiliarla y él, invadido por el deseo de poseerla, se abalanzó sobre ella como el cazador a la presa expuesta. Sus lenguas se encontraron en una lucha en la que ambas deseaban vencer, retorciéndose y mordiéndose en una pugna por la victoria.

Ella, enamorada e ingenua, virgen e inexperta en las artes amatorias, dejó que él poseyera su cuerpo sin mácula. Llevado por sus más básicos instintos, Federico la besó con vehemencia, sin esperar que ella pudiera corresponderle. Su saliva regó su boca y su cuello. Las manos del hombre, precipitadas como el abismo, llegaron hasta sus pechos, estrujándolos con fuerza mientras en ella nacía un gemido fruto del dolor que le producía el allanamiento de su cuerpo. Ignoraba qué era la relación íntima entre un hombre y una mujer y mucho menos el placer entre dos personas que se aman. Solo alcanzaba a imaginar semejante satisfacción recordando las caricias

furtivas que alguna vez, en mitad de la noche, le habían regalado sus propias manos.

Deseaba hacerlo con todas sus fuerzas, se dijo, confundida y avergonzada por aquellas prácticas que reconocía exentas de perdón. Debía complacerlo, pensó cuando él levantó su falda y le hurgó entre las piernas hasta llegar a su honra. La misma que estaba a punto de perder junto a las esperanzas de que algún día el hombre al que amaba en secreto fuera suyo de verdad.

Federico la tomó entre los brazos y, antes de poder ver el miedo en los ojos turbados de la que todavía era una chiquilla, la giró evitando su mirada. Mientras con una mano ejercía presión sobre su espalda, con la otra levantó de nuevo su ropa. Se desabrochó los pantalones, liberando su miembro despierto y erecto, y la tomó por detrás. Con cada envite, el dolor de unas agujas invisibles se clavaba en el interior de Ramona, marcando para siempre las heridas imborrables de la desgracia. Ya no quería seguir, pero sabía que era demasiado tarde para que el tiempo diera marcha atrás. La mano de él, abierta sobre su espalda, continuó aplastándola durante unos minutos sobre la mesa en la que todavía permanecían los dibujos que aquella tarde se impregnarían de las lágrimas de una virgen. Cristales de sal que teñirían de desdicha el resto de sus días. La esperanza de cumplir sus sueños rompió sus entrañas, igual que la honra que, rosácea, recorría el camino entre sus piernas hasta el suelo, ya sola entre la penumbra que ahogaba sus sueños, rotos para siempre.

La semilla había anidado en el vientre de la muchacha, aunque todavía tardaría unos meses en hacerse evidente el malestar que ocultó ante su familia. Cuando esto sucedió la enviaron al convento, aunque nunca tomaría los hábitos. La vergüenza se tapó con una suculenta aportación que Benancio hizo llegar a la congregación.

Federico nunca tuvo que hacerse cargo de la criatura que había engendrado porque no llegó a conocer qué había pasado. Ni él ni nadie, ya que Ramona había desaparecido de repente hacia un paradero incierto. Él no volvió por aquella casa en una buena temporada. Solo preguntó discretamente cuando Ramona, aquejada durante meses de un mal desconocido por el que todos los

parroquianos rezaban, y según algunos incurable, dejó la villa durante largo tiempo. A su regreso nunca volvió a ser la misma. Los nervios, decían unos, los más compasivos; los votos nunca jurados por falta de la dote que las monjas solicitaban a la familia, decían los más hambrientos de invenciones.

La confesión de Ramona, ante la desganada mirada de Manzanero y el llanto silencioso de Paquita, su madre, había tenido lugar en la misma sala donde habían estado las dueñas de la pensión. La interrogada se mostraba ausente, respondiendo a todas las preguntas que el comisario realizaba hastiado por un asunto que no le correspondía. Lo suyo eran los interrogatorios aderezados de golpes y tortura, y aquello parecía un folletín de poca monta al que se había visto obligado por sus superiores.

—Miren, esto es grave. Y podría saldarse con unos meses de encierro, ya me entienden —se dirigió a las mujeres, sonriendo—. Tienen suerte de ser quienes son, de lo contrario… ¿Pero cómo no se les ocurrió enterrar a esa criatura en otro sitio? En estos pueblos hacen ustedes cosas que no se entienden. ¿No había campo suficiente?, me pregunto.

—No, señor —respondió Ramona—. Ellos —añadió dirigiéndose a su madre— nunca tuvieron intención de asesinar a nadie. Pensaban entregarla a las monjas, las mismas que me acogieron durante la gestación y darían en adopción a la niña. Parece que murió de forma súbita y la dejaron allí. Nunca pregunté por su destino, y nunca me lo habrían dicho. Aquella no era mi hija.

Ramona miraba a su madre y esta no se atrevía a levantar los ojos del suelo. Ella y Benancio, ya fallecido, eran los únicos que conocían el paradero de la criatura y lo habían ocultado entre las paredes pensando que el tiempo podría borrar la vergüenza que se cernía sobre ellos desde entonces.

El perdón llegaba tarde en una familia que desaparecía sin frutos porque el amor, tan efímero como la honra y las promesas, se había desvanecido antes de llegar.

—Como comprenderán, los hechos deben ponerse en conocimiento de su marido —aclaró el comisario, levantándose de la mesa después de varias horas en las que había tenido que aparentar

la educación que pocas veces mostraba en sus interrogatorios—. Así que, sin más, pasen ahora a firmar el acta de lo que aquí se ha declarado y vayan en paz —se oyó decir, resoplando aliviado por aquel conato religioso que había salido de su boca—. Y rece porque su marido no la quiera denunciar y la mande a cualquier sitio. Los hechos son los hechos —finalizó antes de desaparecer por la puerta, dejándolas a solas.

Aquella pobre niña, como así se supo, no tenía nombre, pero sí padre y madre. Entre sollozos mudos y ante la presencia del empresario, que se había personado en la casa familiar, Ramón desoía las súplicas de una mujer de la que nunca había estado enamorado. Sin importarle que estuviera allí, Ramón despreció con la mirada a ambos, hizo las maletas y desapareció dejándolos solos.

—Siento mucho lo sucedido. De haber sabido lo que ocurría me habría hecho cargo de nuestra… —No era capaz de pronunciar aquellas cuatro letras que sobrevolaban su cabeza.

—Vete de aquí. Y no vuelvas jamás —contestó Ramona—. Nunca pasó nada entre nosotros dos. Nada digno de dos personas que se aman. Te esperé durante meses, imaginando que volverías. Y no fue así. Ya no hay testigos de aquella deshonra, como no los hubo entonces.

Federico reconocía en silencio su culpa. Y era cierto. Había marcado para siempre el destino de Ramona.

—No supe nada de todo esto, y quizá tendrías que habérmelo contado. Ahora nada tiene remedio. Tienes mis señas, por si las necesitas. Puedo mandar a buscarte cuando sea, a la hora que sea. Ahora me voy con Beatriz, tiene su visita médica y llegamos tarde.

—Endeble como su madre —escupió Ramona, sin sentimientos—. La vida no es justa en ocasiones.

—Nunca conocimos a su madre —desveló Cotar, liberándose de otro de los secretos que había mantenido durante años. Ya no importaba y nadie creería a la mujer deshonrada y mentirosa en la que se convertiría Ramona para todo el pueblo—. Mi mujer no podía tener hijos, y eso la desquició hasta su muerte. Ahora ya lo sabes. Y no te atrevas a…

—¡A qué! ¿A decírselo a la gente? ¿Tan cruel me crees? Bastante tiene esa niña con su desgracia. Ojalá hubieras sido tú el que enfermara y muriera —manifestó Ramona, enfrentándose a la mirada perdida de Federico.

—No te atrevas a seguir —la cortó él—, ¿o es que acaso no te acuerdas de tus insinuaciones? No fui yo el que puso la trampa. Solo caí en ella. Dejémoslo así. No sirve de nada remover más el pasado. Mi hija es mi centro y por ella haría lo que fuera. Su madre pecó. Y tomó la decisión que nunca debió tomar. Acabó con su vida, sin tener en cuenta a nadie. Ni a su hija ni a mí.

La confesión de Federico había sido el último aldabonazo para Ramona. Lejos de conocer el destino de María de las Mercedes, siempre pensó que haberle arrebatado a su amor era el castigo de su muerte. Y ahora se desvelaba otra verdad. Las lágrimas empezaron a brotar y, como un cuerpo sin hilos que lo mantuvieran, Ramona se dejó caer de rodillas al suelo permitiendo que Cotar, que acudió en su auxilio, la sujetara de nuevo entre sus brazos.

—Siento mucho lo que pasó, y lo he lamentado durante todos estos años. Nunca fue mi intención. Arrepentirse no sirve de nada y lo único que puedo ofrecerte es la ayuda que necesites a partir de ahora si te encuentras en cualquier apuro. La vida no me ha dado todo lo que pedí, igual que a ti, y debemos vivir con eso. Pongo a tu disposición mi casa. Solo tienes que llamarme. Ahora debo irme, Beatriz me espera —zanjó el hombre, despidiéndose de ella.

Se sentía responsable del abandono al que ahora Ramona se vería relegada. Y más tarde o más temprano todos en el pueblo conocerían la verdad que se había ocultado. No sentía nada por ella, más que un afecto lejano y, sin embargo, se veía en la obligación moral de atenderla como la mujer desvalida que imaginaba que podría ser desde ese momento, aunque su corazón nunca latiría por volver a poseerla. Y entonces pensó en Clara, la costurera, la relojera, la mujer que se había colado en sus pensamientos desde el día en que la había visto por primera vez, buscando una información que poco le importó al tenerla cerca.

La noticia llegó a los pocos días, cuando Beatriz se preparaba para su sesión de rehabilitación y Federico terminaba de leer el periódico

en su despacho, dispuesto a salir hacia el trabajo en cuanto estuviera lista. Las empresas que gestionaba estaban en un momento delicado. Escaseaban los materiales, las infraestructuras se habían visto seriamente afectadas y el empeño autárquico del régimen no facilitaba las cosas. Los años de la posguerra y el aislamiento al que el caudillo había abocado a la nación no eran de ayuda a las empresas. No podía quejarse, se decía cada mañana al ver que ni a él ni a su hija les faltaba de nada, pero las dificultades económicas para un país en retroceso económico resultaban patentes.

Una llamada, alguien que hablaba de forma atropellada, un silencio, una noticia que lo derrumbó en la silla. Ramona había terminado con su vida. Discretamente, sin una palabra que pudiera dar pista de sus intenciones. Al parecer, habían hallado a su madre, Paquita, en proceso de descomposición, postrada en la cama. Llevaba días muerta.

Y Ramona murió sola, igual que había vivido durante tantos años en los que su matrimonio no había sido otra cosa que un acuerdo entre familias para acallar los rumores que siempre sobrevolaron sobre su persona.

14

El entierro de Ramona Barberán Mateu y de su madre se celebró dos días más tarde. Aunque la noticia había corrido como la pólvora, trató de ocultarse por todos los medios el motivo real del deceso de la más joven. Al sepelio acudió gran número de parroquianos, más por figurar y alimentar las habladurías que más tarde compartirían en los corrillos habituales de los lavaderos municipales que por otra cosa. También se encontraron allí Federico Cotar, algunos miembros de la Benemérita y Clara, acompañada por Rosario. El estado de salud de esta no mejoraba con el paso de los días y el color cetrino de su piel y las arrugas, más pronunciadas que nunca, no presagiaban buen augurio.

Entrar en el camposanto no era plato de buen gusto para nadie, y todos recordaban en silencio los hechos acaecidos unas semanas más tarde de la ocupación de Olesa de Montserrat por las tropas franquistas. Los fusilamientos no habían sido pocos, y Rosario, fatigada por el tramo que había recorrido, aprovechó un poyete sobre el que se sentó.

—Aquí hay demasiados muertos —dijo la mujer, estirando de la manga de Clara para que esta se inclinara.

—Rosario, es que estamos en el cementerio —contestó Clara, observando la mirada perdida sobre la que su socia parecía haber vuelto al pasado.

—Sí, pero hablo de los que no se ven. De los que metieron en una fosa común y a los que nadie puede llorar. Esta guerra nos ha matado a todos un poco —susurró entre dientes.

—En eso estamos de acuerdo, amiga mía. Y nada podemos hacer para devolverles la vida. Si el tiempo fuera una máquina y

pudiéramos darle marcha atrás, cuántas cosas cambiaría —se lamentó Clara, gesticulando saludos a algunas caras conocidas que se iban congregando para dar el último adiós a sus vecinas.

—Todavía recuerdo, como si fuera ayer, el caso de uno de ellos. Era militante de la CNT. ¿Sabes qué es la CNT? —preguntó, bajando la voz.

—Sí, pero mejor no nombrar lo que no se debe, al menos aquí.

—Un buen hombre, como todos los que defendían lo suyo —retomó Rosario su relato—. Lo fusilaron dos veces.

Por suerte, el murmullo permitía que las palabras de Rosario, salidas a borbotones de su boca, no llamaran la atención. La joven empezaba a preocuparse, aunque prefirió no darle mucha importancia y seguirle el juego.

—Pues sí que tuvo mala suerte. Pobre hombre. Si ya debía de ser difícil escapar de un fusilamiento, de dos…

—Sí señora. Dos. En el primero logró escapar. Una bala le había atravesado la cara, pero el hombre logró llegar hasta Olesa desde Abrera, allí se llevó el primer tiro. Después alguien lo delató. Lo descubrieron y ni siquiera esperaron a llegar hasta aquí, el mismo lugar que ahora estamos pisando, para acabar con su vida. Cuánta inquina. Malditos bastardos…

—Rosario, hablamos de esto luego, si le parece. No sé si es buen momento para recordar según qué sucesos.

—Siempre es buen momento para hacerlo, jovencita. Incluso tú, ahora que ya sé quién eres y la mentira que arrastras para matar tu verdadero origen.

Clara se alertó, y esta vez zarandeó a Rosario, obligándola a mirarla. No podía permitirse más de un desliz. El primero había tenido lugar en la pensión y se arrepentía profundamente de haberle confesado nada a la mujer.

—¡Rosario! —la advirtió, ahogando las ganas de gritarle mientras le lanzaba una mirada cargada de rabia—, basta, por favor. Ni una palabra o tendré que irme de aquí. ¿Es eso lo que quiere? O quizá algo peor. Levántese, vamos, que ya empieza la ceremonia —la apremió, sujetándola del brazo para obligarla a ponerse en pie.

—Si tiene que ir a alguna parte y puedo acompañarla, no tiene más que decirlo —escucharon a sus espaldas.

Ambas se giraron al mismo tiempo y allí estaba él. Elegante como siempre, con la sonrisa congelada y esperando una respuesta. Boquearon sin saber ni qué decir mientras Federico permanecía inmóvil frente a ellas.

—Clara es una mujer muy terca, señor Cotar, y le estaba diciendo que no puedo con mi alma. Estos meses están siendo muy duros para mí. Figúrese, estoy sola y ahora sí que puedo decirlo alto y claro. Desde la partida de mi Joan nada me consuela y Clara, siempre tan ocupada, me comentaba que si el enterramiento duraba más de lo previsto ella se tendría que ir. La esperan algunos encargos de ropa que ahora, como bien sabe, son su sustento. Y yo, que voy a paso de tortuga a todas partes… No sé cómo pagaremos tantas deudas —dejó caer, ante la sorpresa de Clara que, al escuchar aquello, sintió la vergüenza en las llamas de su rostro.

—Rosario, ¿no cree que esto no le incumbe a nadie más que a nosotras? Discúlpela, Federico —se justificó, todavía abochornada.

La mujer se había inventado un argumento de la nada y, aunque Clara no pensaba reconocérselo, tenía su mérito. Seguía hablando mientras Cotar, cortés y aparentemente atento con su perorata, solo miraba a Clara esperando su reacción. Esta, angustiada por la sospecha de no saber desde dónde había escuchado el hombre la conversación, seguía paralizada. Al final, dándole un pequeño codazo a su socia, logró que se callara.

—No se preocupe, Federico. Todavía tengo tiempo de acabar con los quehaceres —asintió, dándole las gracias—. Pobre Ramona —abordó, queriéndose alejar del camino que estaban tomando las explicaciones de la otra—. A pesar de la relación mercantil que me unía a ella no puedo decir que la conociera. Era con su marido con el que siempre hicimos los tratos de la casa. Espero que esta desgracia no conlleve males mayores para mí y para mi hijo.

—Tendría interés en hacerle una propuesta, pero mejor en otro lugar —contestó el empresario, ignorando la presencia de Rosario—. Pasaré por la tienda, perdón, por su casa, quizá mañana si a usted le va bien. Todavía permaneceré aquí durante unos días. He dejado a

Beatriz con la asistenta. He traído a la muchacha de Barcelona y así yo tendré más tiempo libre para unos asuntos que debo resolver. Si les parece, acerquémonos —las instó, adelantándose hacia ellas en el camino hasta donde se encontraban el resto de los asistentes.

Clara no supo qué contestar. Solo afirmó varias veces con la cabeza y emprendió sus pasos hacia donde se hallaban la mayoría de los parroquianos, esperando ver el final de una mujer que, para unos, había caído en la desgracia hacía ya muchos años y, para otros, no merecía reposar en camposanto. De Paquita, su madre, apenas habló nadie. Era de esperar, decían.

Las habladurías sobre la ausencia de su viudo, Ramón Rojas, no cesaban. Era la comidilla de todas las conversaciones susurrantes entre unos y otros, aunque nadie se atrevía a dar una explicación de forma abierta. Después de haber sabido acerca de la declaración de su mujer, Ramón había hecho las maletas y había desaparecido del pueblo, dejándole a Clara unas señas por si era necesario. Una ciudad, Argelès, y una anotación que la sorprendió: señor Buendía. No entendió qué quería decir eso, y no quiso darle muchas vueltas. Su cabeza se debatía entre el futuro incierto que podría suponer que ninguno de los caseros estuvieran presentes y eso provocara el desalojo para ella y para su hijo, además de las deudas que nunca podría pagar si no encontraba otro trabajo con el que complementar los menguados ingresos que le daba la costura. El taller de relojería se había cerrado para siempre, igual que sus esperanzas de prosperidad con la pensión. Había recogido el papel, lo había doblado y escondido en un lugar seguro, en uno de los bolsillos de un abrigo de invierno que llevaba años sin ponerse. Saber dónde se había dirigido el casero no la tranquilizaba, al contrario. Despertaba un temor incierto, una nueva sensación de no pertenecer a ninguna parte. La embrionaria amistad que había entablado con su casero, después de tantos años, se esfumaba sin respuestas y los interrogantes seguían sumándose en su agotada paciencia. No conocía el paradero de Abel tampoco. No haber vuelto a visitar a Montserrat la desconsolaba. La relación maravillosa que había logrado construir con su hijo Miguel durante toda su vida hasta el fatídico día en que él supo algunas verdades, la ahogaba.

Tenía que poner orden en su existencia, en sus planes y en su futuro. Y, sin embargo, allí se encontraba, como una vulgar intrusa, contemplando una escena ajena a su interés, delante de las oraciones que el párroco recitaba sin entusiasmo mientras los cuerpos de Ramona y de su madre desaparecían para siempre en la oscuridad de una caverna que sería su reposo eterno.

—¿Y qué querrá este hombre ahora, con eso de venir a verte? —preguntó Rosario, obligando a la joven a inclinarse y ponerse a su altura.

—Cada día se encoge usted un poco más —contestó Clara, intentando en vano desviar la atención de Rosario, empeñada en volver a casa con alguna información extra.

—Estoy vieja, y hasta un poco embebida, lo sé. Pero no soy boba, niña. Este quiere llevarte de criada a su gran casa en Barcelona, y si no al tiempo. Todos son iguales, y cuando estés allí ya no habrá escapatoria. Ni para ti ni para tu chico. ¿O te crees que los favores no se pagan con favores? Nadie da nada sin esperar algo a cambio. Es una verdad como la copa de un pino.

—Hoy me está dando el día, ¿eh? No tengo idea de sus intenciones y desde luego que no pienso moverme de donde estoy hasta que no tenga…

—Noticias de tu hombre, ¿verdad? —se adelantó Rosario dando justo la respuesta que Clara había frenado a tiempo entre sus dientes—. Hace mucho que se fue el mozo y ni una nota, ni un nada. Lo que yo te diga. Ya consiguió lo que buscaba. Todos son iguales, muchacha lánguida.

Prefirió no contestar. La salud de Rosario no solo se resentía en sus huesos y en el color de su cara. Parecía otra, como si de repente estuviera perdiendo la cordura. Y cierto era que estaba sola. ¿A quién iba a acudir si, como se estaba temiendo, perdía la cabeza? Todos los problemas se arremolinaban alrededor de ella, se lamentó en silencio, rogando por volver a casa, tomar la costura entre sus manos y esperar que esa noche Miguel quisiera escucharla.

—Miguel, baja a cenar que la comida se enfría —lo requirió su madre, volcando sobre los platos una sopa de ajo con mucho pan, como a él le gustaba.

Pasaron unos minutos y no daba muestras de aparecer. Imaginó que aquel no iría a ser un encuentro distinto a los demás días. Clara, concentrada en sus pensamientos, se alimentaba de la paciencia que solo tienen las madres cuando, resignadas, esperan. Y eso hacía. Seguía esperando al niño alegre, curioso y lleno de energía que había sido hasta hacía pocas semanas. Deseaba con todas sus fuerzas un abrazo de él, o una muestra de cariño sin que en su mirada se reflejara el signo de la decepción. Porque no había habido más reproches, ni más enfrentamientos a los que agarrarse para tirar de un hilo que parecía roto entre ellos dos. Si al menos mostrara el enfado abiertamente, pensaba Clara, ordenando algunos cacharros de cocina que le molestaban. Se giró hacia la puerta, intuyendo una presencia, y con el cazo en la mano levantó los brazos presa del sobresalto. Dio un paso atrás trastabillando con una escoba que casi la tira al suelo.

—Por Dios, hijo. ¿Es que quieres quedarte sin madre? Me has dado un susto de muerte. ¿Por qué no me contestas?

—No sé de qué te asustas, mamá. Aquí solo vivimos tú y yo. No sé quién más podría ser. ¿Sopa de ajo otra vez?

—Y que no falte, muchacho. No tenemos pollo rustido todos los días. Ni siquiera para una vez por semana. Así que siéntate, no te quejes que tengo un trabajo para ti antes de que te vayas a dormir. ¿Has hecho todos tus deberes? —le preguntó Clara, en un intento de entablar una conversación que no presagiaba muy fluida.

—Nunca traigo deberes. Bueno, casi nunca y lo sabes. Explican materias que me sé, no hay nada de interés en lo que nos enseña el nuevo maestro. Me parece que no tiene muchas ganas de estar aquí.

Clara bajó la cabeza, recordando algunas de las enseñanzas que Miguel le había referido sobre don Faustino. Él también había desaparecido un día, como tantos otros, sin dejar más huella que unas libretas por corregir de sus queridos alumnos. El sustituto era un hombre joven procedente de Madrid, según le había contado

Engracia, la dueña del ultramarino. Solitario y discreto, había llegado desde la estación de Olesa y se había instalado en la casa de su antecesor. Unos decían que venía designado a dedo por el régimen y que su función no era tanto la de preparar a los muchachos para un futuro menos ignorante, sino la de adoctrinar las jóvenes conciencias que todavía no habían tomado el mal camino. Rezar y enaltecer la victoria de los que habían salvado a la patria de vagos y maleantes. Clara no creía en aquellas tonterías. Un maestro era lo que era, independientemente de sus ideas políticas, se había dicho saliendo del establecimiento la mañana en la que se lo contaban. Sin embargo, la opinión de Miguel solía ser objetiva, y aquella apreciación la animó a seguir hablando.

—Eres un niño con una mente privilegiada. No lo olvides, hijo. Y no siempre es bueno porque no todo el mundo es capaz de entenderlo. También eres impetuoso. Vigila con lo que le contestas —le advirtió Clara, exponiéndose a provocar una tensión que no deseaba.

—Tú siempre me dices cosas así, pero no te creo —afirmó con contundencia—. Si tuviera esa mente tan inteligente como parece me habría dado cuenta de algunas cosas —respondió Miguel sin mirarla, sorbiendo una cucharada de su sopa.

—Tenemos que hablar, hijo —le pidió Clara, sentándose a su lado.

—Yo también quería hablar contigo —le contestó él, removiendo la cuchara alrededor del plato.

—Me alegro mucho. Verás —se animó Clara, esperanzada en abrir un camino hacia su hijo que se le antojaba cerrado como un denso y oscuro bosque imposible de atravesar—. Las cosas no son siempre como las imaginamos. De pequeños no tenemos responsabilidades, ni apenas preocupaciones. Todo está por llegar y creemos que las cosas resultan fáciles o difíciles solo si las conseguimos o no en el mismo instante en que las deseamos.

Miquel la observaba por el rabillo del ojo, mudo e incómodo, removiéndose en la silla. Clara sabía que la estaba escuchando. Siempre lo había hecho, aunque ahora era distinto. Afrontar la difícil situación que tenía que abordar provocaba un sudor frío en sus manos y una presión en el pecho que no la dejaba respirar. Conocía

esa sensación y se parecía al sueño que tantas veces la había despertado. Aquella maldita bala que la sobresaltaba, cercenando una tranquilidad nocturna que a duras penas sostenía desde hacía ocho años.

—He visto a Beatriz esta tarde. Llegaba con su padre y me ha invitado a subir a su casa.

La relación con la familia Cotar no era del agrado de Clara. Los continuos acercamientos de los jóvenes estaban dando lugar a una confianza entre ellos y, al contrario que las primeras veces, no creía oportuno seguir alimentándola. Eran niños, y eso los unía en un mundo ajeno a los problemas de los mayores. No obstante, sus circunstancias, la forma en que cada uno desembocaría su vida eran como el agua y el aceite. Siempre habría uno que de forma natural sobresaldría, y ese no iba a ser su hijo. Temía que para cuando pudiera darse cuenta fuera demasiado tarde. Sin embargo, las escuetas palabras de Miguel, alejadas del problema que los había llevado hasta su desencuentro, la alentaron a continuar.

—¿Cómo se encuentra? Pobre niña, con lo bonita y lo lista que es siempre anda de médicos. ¿Sabes si estarán muchos días por aquí? —le preguntó su madre, aprovechando que la información la ayudaría a conocer algunos de los planes del empresario.

—Una semana. A lo sumo dos —contestó Miguel, parando el movimiento de sus cubiertos—. Se ha adelantado a decirme algo.

—¿Algo que puedes contarme?

—No estoy muy seguro. Se trata de un asunto que su padre quiere tratar contigo.

—Vaya temas de conversación os traéis. No creo que a su padre le agrade que vaya aireando sus planes con nadie.

—Es que en esos planes entro yo —soltó Miguel, conteniendo el aire en sus pulmones, mirando a su madre por primera vez.

Clara rebuscó en los gestos de su hijo, escudriñando cada parte de su fisonomía, observando con recelo la oscuridad que desprendían sus ojos desafiantes. Y se asustó. De repente, ante el silencio falsamente reposado que los invadía, formando una barrera invisible e infranqueable, un escalofrío se apresó de todo su cuerpo.

Pese a las alarmas ciegas que se habían instalado en su cabeza, la mujer se armó de valor y contestó:

—No sé de qué se trata. Y tampoco entiendo que esa jovencita y tú tengáis que mantener conversaciones que no os conciernen. Lo que tengamos que hablar Cotar y yo será cosa nuestra. De mayores —se reafirmó, insegura de sí misma.

—¿Acaso crees que el mundo gira alrededor tuyo siempre? —la increpó Miguel, girando todo su cuerpo para enfrentarse a su madre —. Es igual, ya vendrá a verte don Federico. No tengo más ganas de cenar y creo que me voy a la cama.

—De eso nada, tú te quedas aquí hasta que yo te lo diga. Termínate esa sopa o todavía te pondré otro cucharón —lo amenazó su madre, picando nerviosa la madera de la mesa con los puños—. Creo que es el momento de que te conteste a algunas de las preguntas que siempre has querido hacerme —añadió, aflojando el tono, rogando para sus adentros que Miguel no ejecutara la amenaza de desaparecer—. No sé hasta dónde pudiste escuchar aquella tarde, y créeme que lo siento en el alma. A pesar de tu extraña madurez y esa mente privilegiada que Dios te ha dado, tienes la edad que tienes. Ya sabes más que muchos niños de tu edad, y a veces te cuestionas cosas imposibles que, en la maldita época en la que nos toca vivir, no se corresponden con nuestra condición. Bastantes problemas te causan ya tu curiosidad y tus ganas de saber más de todo lo que te rodea. A veces me asusta esa capacidad tuya, y no sé cómo enfrentarme a ella. Por ese motivo no hemos hablado antes de lo que ya sabes.

—Bueno, pues si tengo la edad que tengo, no sé qué quieres que haga, no puedo ponerme años. Además… ¿Acaso decidimos cuándo vamos a nacer? ¿O quiénes son nuestros padres? ¿O si queremos tener hermanos? Tú crees que saber es malo, y no es así. Don Federico siempre alaba mis preguntas raras, o imposibles como tú dices. Y según él, podría llegar muy lejos con mi cabeza, como se refiere cuando me da un coscorrón de afecto. Te escuché muchas veces cuando Rosario y tú decíais que la pensión sería la salvación y que con lo que diera en un tiempo podríamos ir a vivir a la ciudad. Y mira ahora. Volvemos a estar solos. Mejor dicho, tú estás sola.

—¡Miguel, deja de decir tonterías! ¿Acaso es culpa mía que cerrasen esto? —le cuestionó Clara, abriendo los brazos en toda su extensión, como si quisiera sujetar con ellos las cuatro paredes que ahora se le venían encima.

La boca de Miguel se iba calentando, igual que el color encendido de sus mejillas. Las preguntas también se amontonaban en el pensamiento de Clara, cuestionándose sus aciertos y sus errores en su crianza. Quizá había sido muy benevolente con su hijo, demasiado permisiva en una sociedad en la que prevalecía el ver, oír y callar. Y presentía que este estaba a punto de cruzar la línea no permitida que nunca le iba a dejar pasar.

—Y seguimos solos. Otra vez —la acusó Miguel, sin la intención de parar—. Durante los últimos meses creí que Abel se quedaría con nosotros. Y tampoco ha sido así. Y los niños de la clase, los hijos de los fascistas, se ríen de mí constantemente. Nunca te lo cuento, porque pienso que no te importa. Serán unos analfabetos, que lo son, pero a sus padres les tienen un respeto que a nosotros empieza a faltarnos. ¿Y sabes otra cosa?

A Miguel no le dio tiempo a hablar antes de que la mano abierta de su madre se estampara en su cara, de repente. Era la segunda bofetada que recibía en toda su vida, y muy cerca de la primera. Clara se había levantado y, al sentir el impacto de sus dedos en la carne de Miguel, retrocedió queriendo que el tiempo también lo hubiera hecho, aunque ya era demasiado tarde.

—¡Qué otra cosa tengo que saber, eh! —le gritó, haciendo lo único que podía hacer en aquel caso, enfrentarse a sus miedos hacia delante, mostrando un valor que pensaba que no poseía.

—Algunos aseguran que antes de casarse Rosario era una… —La voz del chiquillo se quebró en aquel instante y el interrogante de su madre permanecía dibujado en sus cejas, esperando que terminara la frase.

—¿Una qué? —lo apremió ella.

Unos instantes de silencio contenido vomitaron la palabra que Miguel llevaba en el buche.

—Una puta —afirmó, con un hilo de voz, dejando rodar las lágrimas que empezaban a resbalar por sus mejillas—. Y que quien

se junta con esa clase de mujeres es porque también lo es —escupió de entre los labios, temblorosos, como si aquellas palabras fueran la propia hiel salida de su cuerpo.

Clara, arrepentida de haber vuelto a pegar a su hijo, no daba crédito a tales acusaciones. Las heridas, los reproches y aquellas revelaciones de los unos y los otros seguían vivas. Y ellos no dejaban de ser unos extraños en un pueblo con demasiados secretos. Conocía algunas cosas que su socia le había contado de familias enfrentadas para siempre, de sentencias maquilladas de justicia en las que las denuncias habían llevado al paredón a personas inocentes. En uno y otro bando.

Y aquel lugar que se había convertido en su refugio, a pesar de la contienda y los miedos posteriores que había capeado con más pena que gloria, empezaba a ahogarla. ¿Quién le aseguraba que después de tildarla de amiga de una furcia, no fueran a tacharla de roja o de desafecta al régimen? Había escapado victoriosa la primera vez, siendo inocente, pero los pobres no tenían tanta suerte ni tantas oportunidades. Estaba harta de vivir en un pueblo en el que muchos se alimentaban de las desgracias ajenas, no teniendo bastante con las suyas. Esto de Rosario era lo último y no podía consentirlo. Respiró profundamente varias veces y, tras llevarse las manos a la cara para frotarse los ojos, un gesto reflejo la impulsó hacia su hijo y lo abrazó. Solos. Así era. Estaban solos y de la misma manera deberían de salir adelante.

Miguel, inmóvil durante unos instantes y de brazos caídos ante las caricias de su madre, poco a poco fue abarcándola hasta estrujarla como antes. Y fue entonces cuando Clara, aferrada al calor de su cuerpo, se desarmó en un llanto sin consuelo que no podía ni quería parar. Fin. Esa era la palabra que sobrevolaba en su cabeza. Tenía que poner fin a todo lo que la rodeaba, la marcaba y la acusaba. Quería volver a la persona sin nombre que había llegado años atrás.

—Nos vamos a Barcelona —afirmó sujetando de los hombros a Miguel—, pero ni una palabra a nadie, prométemelo.

—¿Cuándo? ¿Ahora? —se sorprendió él, limpiándose las lágrimas con el antebrazo.

Clara pasó del llanto a las carcajadas. No podía creerse ni la determinación con la que había hablado hacía un momento, ni que su hijo volviera a mirarla con la intensidad y la ilusión que reflejaban sus pupilas y su sonrisa.

—Te pareces tanto a tu padre que no puedo dejar de mirarte y ver en tus facciones un calco de las suyas —se le escapó a Clara por primera vez, arrepentida.

La alegría de Miguel pareció ensombrecerse de nuevo, pero le duró muy poco. Tenía muchas ganas de conocer más sobre su verdadero origen, sobre aquel hombre en la sombra al que tanto se asemejaba, según su madre. Y las preguntas se amontonaban en su cabeza, aunque en su imaginario solo permanecía la palabra mágica: Barcelona. Un deseo que alimentaba desde hacía mucho tiempo y que por fin parecía que se haría realidad. Estaba harto de aquel pueblo en el que cada día era señalado como el bicho raro. Y estaba cansado de no poder compartir con nadie tantas inquietudes que solo confesaba a Beatriz. Ella sí lo entendía, porque se parecían. En el aire había quedado la conversación pendiente que Cotar pretendía entablar con Clara, algo que no podía enturbiar el momento de alegría que madre e hijo estaban viviendo.

—¿Qué es eso de lo que Federico quiere hablarme?

—Ya te lo dirá él, mamá, no lo sé —dijo Miguel, restándole importancia a un hecho que había pasado a un segundo lugar—. En realidad, Beatriz tampoco supo darme muchas pistas. Y dime, ¿dónde viviremos? Iré a un colegio nuevo, conoceré a otros niños, aprenderé más que aquí… será maravilloso.

—Despacito, caballerete. Todo a su tiempo. Esto no puede ser de hoy para mañana. Tengo demasiadas cosas en que pensar y muchas deudas que pagar. Además, también está Rosario. Sola y enferma, me temo. —Y ahí Clara hizo un inciso, recordando las palabras que su hijo le había referido—. Levantar falsos testimonios está muy feo, lo sabes, ¿verdad?

—También lo es encerrar o matar a las personas por sus ideas, ¿no? —le rebatió Miguel, con su característica habilidad de sacarle punta a los argumentos.

—Ya estamos otra vez. Miguel, cualquier día nos buscamos un problema y de los gordos. No sé cómo estoy tranquila contigo y con tus maquinaciones. Haz el favor de no ir pregonando esas conclusiones por la calle.

—No lo hago, mamá. Siempre me callo. Bueno, casi siempre. ¿Sabes que Ramona no murió como dicen que lo hizo?

Clara prefirió ignorar el comentario. Su hijo estaba a punto de cumplir ocho años. Un niño que debería estar preocupado por jugar a la pelota, a los acertijos, a memorizar los ríos de España y las provincias de la península. Y sin embargo sus desvelos eran los de una persona mucho mayor. Su gran preocupación era no poder darle lo que necesitara cuando el mundo a su alcance se le hiciera pequeño.

—Creo que ya es hora de irse a dormir.

—¿No vas a explicarme nada de Alberto, mi padre?

—No, hoy no. Pero te prometo que cuando estemos en la capital algunas cosas cambiarán.

—Te quiero mucho, mamá. Creo que ya no tengo esa rabia de estos días —dijo Miguel besando a su madre antes de subir las escaleras.

—Y yo a ti, pequeño. Anda, que tengo mucha faena y los ojos ya me empiezan a dar vueltas. Creo que necesito unas gafas. Solo me falta con qué pagarlas —se lamentó, sonriendo mientras Miguel desaparecía de su vista.

Habían hecho las paces, se dijo antes de preparar sus útiles de costura para una noche que se intuía muy larga. Al día siguiente debía entregar varios encargos y esperaba poder cobrarlos al momento. La alacena estaba más vacía que de costumbre, y la cartera también. No sabía cómo se iban a resolver las cosas en las próximas semanas, aunque la decisión estaba tomada y esta vez no iba a echarse atrás.

Pensó en Rosario, en las malas lenguas que la acusaban sin que a sus oídos hubiera llegado nunca nada de aquello que había referido su hijo. No sabía cómo se iba a tomar la mujer la noticia de su marcha, y menos en las condiciones que la veía en las últimas semanas. Había que buscarle una solución, porque de la caridad no

querría vivir. Pero tenía que ser egoísta por primera vez. No le había adelantado a Miguel cuáles iban a ser sus planes. Primero tendría que visitar a Montserrat y conocer su estado de salud. Después hacerle una propuesta. Y volvió a pensar en su socia, verbalizando una frase que sacudió su memoria: «Espero que puedas perdonarnos».

—¿Cómo he podido ser tan estúpida y tan olvidadiza? —dijo en voz alta, levantándose de la silla en la que llevaba varias horas. ¡Las notas de Montse!

Era imperdonable, se decía subiendo las escaleras de puntillas para no despertar a Miguel. ¿Y cómo era posible que no se hubiera acordado de la carta? Tampoco se lo explicaba. Llegó a su alcoba, encendió el quinqué y hurgó entre la ropa colgada en el perchero. No lo encontraba y los nervios iban creciendo. Acercó la lámpara hasta el interior del ropero y volvió a revisarlo. Desde su visita a Montse no había vuelto a ponerse aquella prenda. Y por fin la vio. Se afanó en buscar los pespuntes que su protectora le había indicado y ante su sorpresa pudo comprobar que estos ya estaban descosidos. En su lugar, un imperdible mal sujeto impedía que la carta que contenía el interior del abrigo pudiera caerse.

—Me cago en su sombra —maldijo pensando en la única persona que había abierto las costuras: Abel.

Sin más tiempo que perder, comprobó que la carta que Montse le había escrito hacía ya varios meses continuaba allí. Sin embargo, las hojas que la acompañaban se las había llevado Abel. Y una sensación extraña se apoderó de ella, un miedo amorfo que no era capaz de identificar con nada.

15

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas, sorteando el vértigo que pudiera producirles precipitarse a su falda. Una tras otra, un fino sendero de pequeñas gotas que, explorando su camino, habían empezado a desdibujar las letras manuscritas que sostenía entre las manos. Silencio, el que contenía en el aire sus pulmones ahogando las ganas de gritar, porque no quería saber. Suspiros, los que alimentaban su entrecortada respiración para no abrumarla de dolor. Traición, la que aquellos signos escritos en armoniosa caligrafía se vislumbraban como la sentencia de una cruel revelación que temía conocer.

Con manos temblorosas, había desdoblado las tres hojas que componían el escrito. Había empezado a leerlo varias veces y no había sido capaz de continuar. Algo irracional la frenaba. Había pasado todas las veces hasta que, armándose de valor, fijó sus castigados ojos en aquellas páginas.

Barcelona, Hospital de Nuestra Señora
de Santa María del Mar. Otoño de 1945

Mi querida Clara:

Mis palabras, quizá las últimas que pueda dedicarte, quieren ser sinceras. Más de lo que lo he sido contigo hasta este momento. Vieja y moribunda, ya no deseo acallar por más tiempo lo que un día prometí y ahora me pesa, más que los años incluso, y esta maldita tos que acabará conmigo.

Conoces algo de mi vida, de mis puntadas con hilo y de mis pasiones. Pero quiero ir al grano antes de que las monjas me descubran. Son estrictas hasta el aburrimiento.

Quizá te hayas preguntado algunas veces cuál era mi conexión con las personas que han formado parte de tu entorno. Hablo de Ramón, y también de Rosario, de Abel y de Alberto. Ellos, cada uno a su manera, han tratado de protegerte durante estos años en los que este mundo imperfecto nos ha llevado a tomar partido. Y somos los perdedores, mal que nos pese.

Mi trabajo como costurera, el que tan bien conoces y con tanto esmero has aprendido, no ha sido una tapadera, al menos en parte. Sin que fuera premeditado, y ya antes de haberte ido con tu hijo, se me ofreció la oportunidad de ayudar a la causa. Y así lo hice. Dar cobijo y seguridad en mi casa a algunos espías ingleses y americanos, sobre todo durante los años de la Segunda Guerra Mundial. Y también he podido coordinar un grupo de rebeldes para la asistencia en las cárceles donde todavía mueren de hambre, de miseria o de un tiro muchos inocentes. Mi labor me ha dado la oportunidad de conocer la cara y la cruz de la moneda. Personas de ambos bandos. Entre ellos hay algunas que conoces muy bien. Mandarte lejos de mí, justo cuando muchos de los que podían ser tus convecinos escapaban hacia Francia huyendo, fue una decisión difícil, aunque finalmente me alegré. Una recién llegada de tu condición y circunstancias nunca levantó sospechas. Federico tuvo algo que ver. Pero déjame que vaya explicándome.

—Siempre ha estado ahí, en la sombra —se dijo Clara, retirando parte de las lágrimas que todavía derramaba.

Estoy segura de que tu socia, la vieja Rosario, un alma antigua que nunca podría tirar la primera piedra, te habrá explicado algunas de las cosas que ahora te referiré. Ella, digna mujer coraje a su manera, un espíritu libre nacido en una época equivocada, formó una familia, sí, aunque sus tendencias y su singular moralidad la llevaron a los brazos de extraños y ajenos por un puñado de lentejas o unas monedas. Ha sabido tapar la boca de muchos, incluida la del pobre Amancio, su marido, al que todo lo que hacía su Rosario le parecía bien, incluidos los cuernos que todos veían menos él. Mucho mayor que ella, prefería ignorar sus actividades o la procedencia de los dineros que entraban en su casa a pesar de las habladurías de unos y otros. Dinero o despensa, tanto daba. El pobre siempre fue débil de sangre. Sus tareas como comadrona, las de Rosario durante un tiempo, y algunas prácticas punibles que ya han sido descubiertas le reportaron la gratitud y el silencio del que ha sabido beneficiarse. También es presa de su tiempo y poco le han importado siempre las derechas o las izquierdas. No se lo lleves a mal, es buena hembra y supe que con ella estarías a salvo. Desde tu llegada, cada mes ha sido recompensada con una pequeña paga que le llega de mi bolsillo religiosamente.

«Cómo puede ser que nunca se le haya escapado nada», se preguntó Clara, recordando la facilidad con la que últimamente dejaba caer más de una imprudencia en cualquier sitio. Siguió releyendo, buscando la forma de ahuyentar la tristeza que la embargaba.

Ramón, o Buendía como aquí nos referimos a él, al que conocí en un lugar que ahora no viene al caso, se acercó a mí en una ocasión, sirviéndose de la confianza y la intimidad que los encuentros ya por entonces clandestinos y comprometidos nos facilitaban. Todos teníamos algo que decir, alguien de quien dudar y algo que ocultar. Su secreto, más allá de pertenecer a la CNT, era la hija que había tenido con una muchacha a la que había amado desde joven. Ayudarlo fue tarea fácil. Margarita, su hija, se crio entre costuras, igual que Miguel al nacer. A sus once años está sirviendo como doncella de una familia con niños pequeños, en una casa donde los señores no se preguntan demasiadas cosas, y la tratan bien. A la muerte de su madre, la familia que le dio los apellidos no quiso hacerse cargo de ella. Y yo no podía tenerla conmigo todo el tiempo. Así que busqué donde pudiera trabajar y empezar a ganar unos cuartos. Favor se pagó con favor. Ramón es tu casero y así será hasta que Miguel cumpla la mayoría de edad si así lo decides tú.

El bueno de Gustavo se ha jugado el pescuezo por mantenerme informada siempre que lo he necesitado. Ya sabes, salvarse de la condena que estuvo rozando el filo de su cogote no lo amedrentó. Por supuesto que su mujer no sabe nada. Bastante tiene la Engracia con su colmado y sus tejemanejes con las mujeres de la Benemérita.

Beatriz. Qué puedo decirte. Ella es fruto del amor, y no precisamente del que se brindaron Federico y María de las Mercedes, que fue más bien poco. Sus padres, los que la engendraron, no tuvieron la suerte de los vencedores. Allí quedó aquella pequeña, huérfana entre barrotes, antes de que pudiéramos rescatarla y entregarla a la familia pudiente que ahora conoces. Cotar es afecto al régimen, eso no cabe dudarlo, pero menos de lo que puedas imaginar. Entregarle a la que sería su hija, a partir del día que llegó a su casa, nos dio tranquilidad a todos y él sigue guardando las formas con quienes pueden facilitarle su negocio. La chiquilla no tenía más familia, pude comprobarlo antes de ser adoptada. No sé si con eso pueda redimir mi culpa por haberla entregado al enemigo.

Abel. Ay, mi Abel… siembre ha estado enamorado de ti, desde el principio. Aunque eso ya lo debes de saber. Su lealtad a la revolución y su energía en la vida lo convirtieron en un gran eslabón para nuestro grupo de milicianos. Cuando se produjo la entrada de las tropas sublevadas en Barcelona, él estaba aquí y decidimos que debía huir. Vivo mejor que muerto, siempre.

Durante estos años conoces cuál ha sido su sentencia: vivir a la sombra para después hacerlo escondido en los montes, tratando de averiguar, frenar y sabotear todo cuanto los grupos revolucionarios han tenido al alcance. La red de camaradas es muy extensa, aunque cada día es más frágil. El hambre es pendenciera y el miedo atenaza los estómagos, que rugen igual que las gargantas por un plato de comida. Sus ganas de encontrarte lo llevaron a desobedecernos y dirigirse a Olesa de Montserrat, contrariando las órdenes. Pero ya sabes, el amor es desobediente y osado. Los días junto a ti se convirtieron en semanas, y las semanas en meses. Estaba a punto de tirar por tierra la verdadera misión que lo llevaba hasta donde ahora debe de hallarse. El botín de su misión pagará muchos panes, muchos peces y alguna carne, además de las armas que necesitamos para seguir luchando por nuestra causa. Esos lingotes de oro que desde hace años llegan de Alemania, arrancados a los muertos, han pasado siempre por un lugar que a buen seguro te gustaría por su arquitectura: la estación de Canfranc. No sé si conoces la historia de ese lugar. Solo te contaré que se trata del oro del expolio y la sangre. A estas alturas no volverá ni a los cuellos de sus dueños ni a las bocas de aquellos a los que arrancaron los dientes. Y bien estará robarles un poco y saltar por los aires la estación. No puedes imaginarte la fortuna que Franco ha robado a los alemanes, después de que estos lo enriquecieran con el negocio del wolframio. Pero esa es otra historia que Abel podrá contarte cuando regrese. El golpe está estudiado, llevan suficiente munición y confío en que pueda volver junto a ti y cumpla lo que me prometió.

—Esta mujer está loca. ¿Cómo se le ocurre contarme todo esto y dejarlo escrito en un papel que lleva guardado en mi armario desde que nos vimos? ¿Acaso se ha bebido el entendimiento? —resopló Clara, atemorizada por la inconsciencia de su vieja maestra de costura y el riesgo de aquellas letras que la comprometían de un modo escandaloso.

La confianza, como se refería la costurera, era solo una palabra vana en la que Clara ya no creía. Demasiadas personas la habían traicionado en la partida donde nadie le había explicado todas las reglas.

A pesar de la hora, la resistencia a seguir sabiendo y la sospecha de que en las líneas que faltaban Montse no se dejaría a nadie, continuó con la parte de las hojas que todavía no se había desvelado.

Mi estimada Clarita, o Carmen. Siento mucho haberte dejado sola todos estos años. Igual que lo hizo tu amado Alberto, al que sé que todavía haces merecedor de un pedestal. Cierto es que fue un hombre inteligente, luchador e incluso irreflexivo. Sus ideas radicales lo llevaron a enemistarse con más de un camarada. Guerra y revolución, dos términos que parecían unidos pero que fueron la causa de muchas disputas y reproches de una y otra tendencia. Tu hombre abanderó la lucha obrera en las calles, la libertad y el sueño de una sociedad en la que los ricos no ahogaran a los pobres. Y te diré una cosa. Él pertenecía a una familia de empresarios, era un joven con un futuro prometedor dadas sus altas capacidades para el aprendizaje. Y prefirió sacrificar todas las comodidades que la vida le ponía por delante. ¿No te has planteado nunca buscar a los abuelos de tu hijo?

La pregunta sacudió las entrañas de Clara. Y la respuesta fue una negación refleja y un nuevo puñal clavado en el corazón. Ni Alberto ni ella, en su fugaz y condenada relación, habían destinado su tiempo a hablar de sus familias. Ella lo admiraba como era: reservado, intenso, verdadero. Y ahora… aquella maldita pregunta que no quería haber leído.

Ellos no conocen de su existencia, por eso no te preocupes. Y así será siempre si de ese modo lo deseas. Y no puedo alargar más esta agonía en la que me consumo. Ante la inminente entrada de las tropas sublevadas en tu lugar de origen, Alberto dio instrucciones a su comando para que te ayudaran a huir. No te cuento nada nuevo. Él libró su última batalla junto a los suyos antes de salir de allí hacia su destino: Francia. Aquí estaba todo perdido, como no ignoras. Sabemos que pasó algunos meses en los campos de concentración de Argelès, pero que más tarde se alistó en la división Leclerc, la Nueve, que es como se conoce, con los franceses. Prefirió luchar contra el fascismo que seguir pudriéndose entre las verjas que el país vecino construía para encerrar a los disidentes y refugiados que morían de hambre y frío. Menuda hospitalidad la de los gabachos. Por expreso deseo suyo, mantuvimos la promesa de no darte datos de su paradero haciéndote pensar que estaba muerto y, así, tratar de protegerte como hemos hecho hasta la fecha. Soy cobarde, y solo la sombra de una muerte cercana me da el valor para desvelarte la verdad sobre un hombre bueno, sí; pero un hombre que decidió sobre tu destino sin compartirlo contigo. No habría sido posible, créeme, compartir la vida con él. Es cierto que te amó, pero a su manera. No creo que me perdones. Y lo entenderé. Y moriré más tranquila con un peso que me duele desde el primer día que llegaste a Barcelona.

Aquí tienes las señas del hombre que siempre me ha procurado la tranquilidad legal que una mujer sola, como yo, necesitaba. Para cualquier eventualidad no tienes más que ponerte en contacto con él.

Demetrio Silva Doménech

Calle Casanova 23, Barcelona

Él sabrá asesorarte en lo que necesites. Es de total confianza.

Tu amiga que te quiere como a la hija que nunca tuvo,

MONTSERRAT SOLÍS

P.D.: Toma nota de esto último y destruye la carta en cuanto la hayas leído. Lo que aquí se cuenta solo tienes que conservarlo en tu cabeza y en tu corazón.

El frío recorría las extremidades de Clara, helándole la sangre, convirtiendo su cuerpo en un peso amorfo que se hundía como un barco a la deriva. Y aun así, no podía reaccionar. Solo su boca entreabierta mostraba leves signos de haber comprendido la situación real que Montserrat ponía ahora en su conocimiento. No era posible, martilleaba la frase en su cabeza. Y un huracán de rabia contenida y resentimiento antiguo se abrió por dentro, entregándole la fuerza que necesitaba para odiarlo. Y de repente, sintió todo el odio, el rencor y el desprecio por su clase. La que le había arrebatado la vida, condenándola en lo que se había convertido. Tomó todo el aire que los pulmones le permitían, se levantó y recorrió las estancias de la casa a oscuras. Entró en el antiguo salón de huéspedes de la pensión, caminó deprisa hacia uno de los sillones y agarró el cojín que lo adornaba. Apretó su boca contra él y gritó con todas sus fuerzas. Después, lo tiró al suelo y, como si de una cucaracha inmunda se tratara, lo pisó hasta perder toda la energía y caer rendida. Odiaba a los anarquistas, a los comunistas, a los republicanos y a los franquistas. Todos y cada uno de ellos tenían un nombre y ella hacía demasiados años que había consentido perder el suyo.

Aquella noche había sido la más oscura y todos los caminos se cerraban de repente. Sentada en el sillón, con los ojos abiertos, los brazos caídos y los párpados hinchados, Miguel la zarandeó

preocupado al levantarse y ver que no había dormido en su cama. A su lado, los restos de unas hojas manuscritas y quemadas de las que ya no quedaría ni el recuerdo de haber existido.

—Mamá, qué pasa, ¿te encuentras bien?

Clara lo miró extrañada, como si su presencia la devolviera al mundo que tanto daño le había hecho. Y lo abrazó, prometiéndose que las lágrimas que resbalaban otra vez por sus mejillas serían las últimas.

—No te preocupes, Miguel. Estoy bien. Un café de esos de Rosario hará el milagro.

—Si tú lo dices —contestó él, sin atreverse a rebatir la mentira que reflejaba el rostro de su madre—. Yo te lo hago ahora mismo.

—Muchas gracias, hijo. Entonces aprovecharé para asearme un poco. En cuanto salgas para la escuela me iré a Barcelona. Entregaré la costura que tengo y confío en que no prescindan de mí por no llevar todo lo que tenía pendiente —dijo en voz alta subiendo las escaleras—. Espero que siga allí —dejó caer de su boca, casi inaudible, el deseo de que Montserrat se hallara en el hospital.

16

Clara salió victoriosa de la casa de telas Ribes i Casals. Su interpretación había sido creíble y las razones que había argumentado como causa del retraso en los encargos, junto a las facciones demacradas de su rostro, la habían salvado. Según su relato, Miguel había padecido altas fiebres durante la última semana y seguía muy preocupada por su salud. Era lo último que habría utilizado si las circunstancias no fueran las que eran, se decía camino del trolebús que la dejaría en el Paralelo y desde allí caminaría hasta el hospital. Un buen tramo que le permitiría atemperar los nervios y limar la rabia. La visita a Montse era más necesaria que nunca y por más enferma que estuviera tendría que darle algunas explicaciones que no pensaba perdonarle.

El trayecto había resultado más largo de lo esperado y, tras empujar la verja de hierro, esta vez sola, aprovechó para limpiar las gotas de sudor que perlaban su frente. Conocía el protocolo y los formularios que había que rellenar antes de visitar a los internos. Subió las escaleras, abrió las puertas y se encaminó por aquel pasillo frío y solitario, de olores mezclados y difusos, que ahora se le antojaba más angosto que la primera vez. Al fondo, una pequeña recepción donde debería preguntar antes de dirigirse al pabellón en el que estaba ingresada Montserrat.

—Buenos días —saludó al aire, esperando que alguien pudiera oírla.

Había un timbre de mesa, igual que el que Rosario y ella habían comprado para La Buena Estrella y, cuando estaba a punto de pulsarlo, de detrás de la cortina que había al fondo del mostrador, apareció una religiosa. No era la misma que los había acompañado a

Abel y a ella en su anterior visita. Al mirarla, ambas sonrieron en un acto de refleja cortesía. Era muy joven, pensó Clara, y su belleza destacaba por encima de su hábito, tan ostentoso como incómodo debía de resultar.

—Buenos días, hermana —saludó Clara, gesticulando una leve reverencia que le fue correspondida al momento—. Vengo a visitar a una amiga que está ingresada en aquel pabellón aislado —le indicó Clara con el dedo, a través de los cristales del ventanal que le quedaba a la espalda.

La monja no movió un músculo de la cara. Por un momento, Clara sospechó que era sorda. Esperó unos segundos, y cuando estaba a punto de volverle a formular la cuestión, la religiosa abrió la boca:

—Buenos días nos dé Dios. ¿Y cómo dice que se llama su amiga?

La pregunta sorprendió a Clara y, de un modo reflejo, se echó a reír. No había dicho su nombre, claro estaba. Y quizá era lo que aquella joven estaba esperando.

—Montserrat Solís. La internaron aquí aquejada solo de pulmonía, por suerte. No he podido avisar de mi visita. Espero que eso no sea un inconveniente —se disculpó Clara, incómoda con el gesto de amabilidad estática que no sabía cómo corresponder.

Sin mediar palabra, la joven novicia volvió a desaparecer, dejando a Clara con una sensación extraña. Qué mujer más rara, se dijo secándose de nuevo las gotas que volvían a aparecer. Se acercó al ventanal, recordando que nunca había visto el mar de cerca y que cuando viviera con Miguel en la ciudad irían a tomar baños de agua salada todos los fines de semana. Cuántas cosas no había hecho todavía en la vida, se lamentaba en silencio, dejándose llevar por la sensación de relax que le proporcionaban las vistas.

—Detrás de aquel edificio se encuentra el mar —oyó decir de repente.

—Qué susto me ha dado, hermana. Me he quedado mirando a través de los cristales, casi hipnotizada, y no la he oído llegar.

La muchacha sonrió de nuevo, sin dar más importancia al hecho.

—Entonces, ¿tengo que rellenar los formularios como la otra vez?

La pregunta cambió el rictus de la muchacha, cambiándolo por otro más solemne mientras alargaba la mano, queriéndole entregar

lo que parecía una carta. Clara la miró a ella primero, y luego imitó el gesto, alargando su brazo sin mediar palabra, para recoger la nota.

—¿Es usted Clara Castelao?

—Sí, pero… ¿cómo sabe mi nombre? —preguntó, sintiendo un frío repentino que le atravesaba el pecho.

—Ella me aseguró que usted vendría, y así ha sucedido. Y describió a la perfección su fisonomía. Montserrat era muy observadora y sus ojos reflejaban gran curiosidad por todo. El pabellón donde estaba su amiga fue desalojado el mes pasado —añadió acercándose hasta ella—. Esto es para usted.

—¿Y ella dónde está? —preguntó Clara, tocando el papel sobre el que, con caligrafía exquisita, ponía su nombre.

Estaba cerrado, aunque unas leves marcas arrugadas en la base del cierre junto al remitente mostraban que había sido abierto. Sabía reconocerlo, además de que la poca pericia en disimularlo era evidente. La correspondencia de los residentes no era privada, como tampoco la de muchos en los tiempos que corrían. Lo abrió y sacó el pedazo de papel que contenía. Estaba arrugado, escrito con letra temblorosa, aunque el trazo permanecía reconocible. La monja seguía junto a ella, en silencio, recogiendo sus manos entrelazadas sobre el regazo, como si quisiera conocer también el contenido privado de la misiva. Clara clavó sus ojos en ella. Necesitaba leer el contenido del mensaje, y deseaba hacerlo a solas.

—Disculpe. Ahora que recuerdo tengo que recoger unas toallas del dispensario. No se vaya, por favor. Vengo enseguida. Si quiere puede sentarse en aquel banco de allí —señaló la mujer con el dedo.

Clara no contestó, solo esperaba poder quedarse a solas y comprender por qué no le decían dónde se encontraba su amiga. Quizá la habían descubierto y estaba presa. Pero dejó de hacer elucubraciones y tan pronto la religiosa desapareció de su vista se dispuso a leer la nota, preocupada por la débil salud de la que hasta hacía pocas horas había considerado casi una madre.

Hospital Nuestra Señora del Mar,
13 de septiembre de 1945

Querida Clara:

No ha querido el destino que pudiéramos despedirnos como era debido. Y esa deuda quedará para siempre en mi pesar, allí donde reposen las almas agitadas por una deuda insatisfecha. Siento que la vida se me escapa, que ya no quiere seguir alentando a esta pobre vieja. Solo deseo que el futuro sea para ti y para mi querido niño algo más liviano que hasta la fecha. Estoy sola desde hace demasiado tiempo, tú lo sabes. Mi única familia, a la que he considerado como tal, has sido tú. Y por eso, a mi muerte, tendrás que ir a visitar al abogado que te indiqué anteriormente. Él te ayudará con lo que debes hacer después de mi partida. Siento el daño que haya podido causarte, y no espero que me perdones, no sería justo. Pude hacerlo bien y no lo hice. Y el pasado ya no volverá, igual que las palabras silenciadas. Pero el presente y lo que acontezca a partir de esta nota será todo para ti.

El cielo es para los justos. No sé dónde me mandarán a mí.

Con todo mi cariño y mi admiración, tuya siempre,

MONTSERRAT SOLÍS

Y allí se acababa la carta, firmada de puño y letra de Montse. Sin más. Pero ¿dónde estaba ella? Se levantó del banco y corrió por el pasillo, buscando a la joven monja que la había atendido. Llegó hasta la recepción donde se habían visto y no había nadie. Se estrujó las manos mirando hacia todos lados, girando sobre sí misma, percibiendo un calor repentino de sus mejillas, la falta de aire en sus pulmones y un mareo que empezaba a debilitarla. Un temblor en las piernas, una náusea en la boca del estómago, una sequedad en su garganta y todo se volvió negro.

—Señora Clara, por Dios, ¿está usted bien? —se oía en la lejanía, junto a una mezcla de olor a hierbas y alcohol que se adentraba en sus fosas nasales—. Tome unos sorbitos de esto, que le sentará bien.

Notó el gusto seco y anisado del líquido que invadía su garganta. Durante unos segundos permaneció inmóvil, con los ojos abiertos, intentando recordar qué había pasado.

—Es agua de toronjil. Bueno, Agua del Carmen como se conoce también. Muy buen remedio para el estómago y los nervios —le aclaró la hermana, satisfecha del resultado que parecía estar ejerciendo sobre el repentino desmayo de la visitante—. ¿Se

encuentra ya mejor? ¿Cree que podrá levantarse? Yo la ayudo, pero tendrá que ser entre las dos, que mucha fuerza no tengo.

—Sí, sí —contestó Clara todavía aturdida—, no sé qué ha ocurrido. ¿Cómo sabe mi nombre? —le preguntó, apoyándose en el mostrador, dando evidencia del aturdimiento y la desorientación con su interrogante.

—¿Seguro que puede mantenerse en pie unos segundos?

—Sí, no se preocupe, hermana. Y disculpe el susto. Solo quiero que me diga dónde puedo ir a ver a mi… a Montserrat Solís. Quedé en volver a visitarla y no he tenido ocasión hasta hoy. Parecía que iba mejorando, al menos eso pensé. Quiero llevármela a casa. Y necesito que me diga…

El gesto de la religiosa iba arrugándose, y de su boca no salía la respuesta que Clara necesitaba escuchar. La escrutaba, buscando en sus facciones lo que no podía encontrar.

—Hable, por Dios se lo pido, que no tengo todo el día y he debido de darme un buen golpe —se quejó Clara, llevándose la mano a la cabeza.

—Verá, su amiga me dio esto para usted pocos días antes de… quiero decir que… —titubeó varias veces—, dejarnos.

—¿Qué significa dejarnos? ¿Dónde está ella?

—Montserrat falleció la semana pasada. Lo lamento, y la acompaño en el sentimiento —añadió, pareciendo que encogía dentro de su propio hábito.

Ya lo había dicho. Sor Angélica no se había encontrado nunca en la tesitura de tener que anunciar una noticia tan triste y, desde su reciente llegada al hospital, había hecho muy buenas migas con la costurera, como allí se conocía a Montserrat. Esta, con buen tino, le había facilitado la nota que ahora Clara guardaba, estrujada en una de sus manos. Además de unas instrucciones muy claras que debía seguir.

Clara permanecía muda, desconcertada y confusa. Ni siquiera las lágrimas acudían a sus ojos. Su determinación había sido firme y solo deseaba un porqué, una explicación que la ayudara a entender cómo entre unos y otros habían permitido que su vida se convirtiera en una mentira eterna. Y ahora qué, se preguntaba. ¿Qué iba a

hacer, sabiendo que Alberto seguía vivo, que Abel la amaba, que a ella la habían desterrado y solo había sido una pieza sin dibujo ni colores en un puzle que cada vez parecía más difícil de completar? Abrió la mano y estiró la nota para revisarla de nuevo. Quizá se había dejado algo por leer. La religiosa permanecía a su lado, observando la reacción de Clara. Miró su reloj y se dirigió a ella, apremiándola con apuro.

—Señora Clara, si quiere llevarse las pertenencias de la difunta tiene que ser ahora mismo. En pocos minutos debo marchar y si llego tarde la hermana superiora…

—Por supuesto. Dígame, ¿dónde hay que ir?

—Lo tengo todo aquí detrás —señaló a su espalda, detrás de la repisa—. Voy en un momento. No se mueva. Y de verdad que lo lamento. Si al menos me hubiera dado un lugar al que llamarla… ella no quería que avisáramos a nadie, y estaba tan sola que se me partía el corazón. Para su consuelo tengo que decirle que no ha sufrido en sus últimos momentos. Yo estaba junto a ella cuando… —precisó la mujer, ante la atenta mirada de Clara, que todavía era incapaz de hacerse a la idea de lo sucedido.

—Gracias, de verdad. Y apresúrese si no quiere que la amonesten —la apremió.

Al cabo de unos instantes, la joven novicia aparecía con una bolsa de tela entre los brazos, y se la entregó a Clara.

—Aquí tiene, es todo lo que recogí de su habitación. No es mucha cosa, pero imaginaba que querría conservar sus pertenencias. Y también esta medalla de oro que me dio, rogándome que se la entregara en mano —dijo la hermana, acercándole a Clara el objeto que guardaba en su puño—. La Moreneta, una virgen muy especial.

Clara estaba sobrepasada. Nada parecía afectarle, ni siquiera el recuerdo del colgante que tantas veces había visto en el cuello de Montse y que ahora le pertenecía.

—¿Dónde puedo ir a rezarle, a despedirme de ella? —le preguntó, casi suplicándole.

Una vez más, sor Angélica bajó la mirada antes de contestar. Parecía pensar la respuesta y el *impasse* estaba acabando con los nervios de Clara.

—Verá —contestó al fin—. Está en el cementerio del Suroeste. Ella pidió expresamente que la llevaran allí. Dijo que no tenía familia que fuera a hacerse cargo de sus exequias y, al parecer, tampoco posibles después el óbito. O al menos eso manifestó cuando el párroco del hospital la visitó para la extremaunción.

—¡¿Entonces?! —la interrogó Clara, irritada por tenerle que sacar la información a cuentagotas—. Digo yo que en algún sitio la habrán enterrado. Y si no, no se preocupe, hermana. Yo misma lo averiguaré —concluyó, tomando el camino de la salida, sin despedirse de aquella pobre muchacha que había brindado su vida a Dios en un momento en el que ella lo odiaba con todas sus fuerzas.

—Montserrat pidió que la enterraran en el Fosal de la Cantera —alcanzó a decir la religiosa.

—¿Y eso dónde es? —se giró Clara, casi exigiéndole la aclaración.

—Como le digo, en el cementerio del Suroeste. Es… una fosa común.

La revelación cayó sobre su cuerpo como el impacto de una bala atravesándole el pecho. Directo, seco, caliente, frenándole la respiración. Y durante unos segundos pareció que de nuevo iba a desvanecerse. Sor Angélica acudió a ella, sujetándola por debajo de los brazos. Clara había palidecido y su estómago se retorcía en una angustia que le invadía la garganta, premonitoria del vómito.

—Siéntese de nuevo, aunque sea unos segundos —la invitó la monja, acompañándola otra vez hasta el banco—. Voy a traerle un poco de agua del grifo. Más Agua del Carmen no sé si le sentará bien.

—¿Cómo puedo llegar allí? —preguntó Clara, impaciente por marcharse después de comprobar que podía caminar.

—Yo le indico. Ahora mismo le apunto las señas en un papel y así no tendrá que memorizarlo.

—¿Y sabe usted, hermana, si puedo… sacarla de allí? Me refiero…

—No estoy segura, pero me temo que no, y créame que lo lamento. A mí también me extrañó, no crea, pero piense para su tranquilidad que fue su voluntad.

—¡Cómo va a querer nadie que lo entierren en una fosa común!, ¿eh? Además, me tenía a mí —gritó Clara en el preludio de un

silencio al que sobrevino el llanto.

No podía más. Estaba agotada. No había energía en su cuerpo y cada nueva decisión que había tomado en los últimos meses se había convertido en un fracaso, en una pérdida o en una ilusión óptica que se desvanecía ante sus ojos, burlándose de su existencia. ¿Acaso no tenía derecho a ser feliz? ¿Tanta inquina caía sobre ella que ahora también tendría que arrastrar la muerte de su mejor amiga, sin poderle decir cuánto la había odiado durante unas horas y cuánto la había querido durante unos años? Respiró, primero con fuerza y después con rabia. Fijó sus ojos en la novicia, que solo permanecía allí como testimonio mudo. Se levantó, agarró las cosas de Montse y se dirigió a ella:

—Gracias, hermana. Disculpe mis modales. Es usted muy joven y ojalá su fe permanezca intacta por mucho tiempo. Yo he dejado de creer, se lo aseguro. Le deseo suerte, la que yo no he tenido hasta la fecha. No sé si hemos nacido en el lugar equivocado. No sé si hemos llegado aquí a penar la muerte de un redentor al que nunca vi; si tantas muertes innecesarias son voluntad de Dios; si la fortuna solo es patrimonio de unos pocos… Pero le juro por lo más sagrado para mí que el motivo por el que vivo tiene nombre y apellidos y que voy a seguir luchando por levantar la cabeza. Y la levantaré, aunque sea lo último que haga. ¡Viva la república!

La monja la vio marchar y mientras Clara atravesaba la puerta con paso firme, se santiguó varias veces, no atreviéndose a contestar las preguntas que todavía rebotaban en su mente.

17

Gustavo no había parado de estudiar sus movimientos desde que subiera al ómnibus, el viejo Chevrolet que todavía conservaba el apresto de un vehículo en perfecto estado. Al subir al coche, ella había hecho un gesto difuso, a modo de saludo, y él no había querido perturbar un silencio que se le antojaba sospechoso. No eran tantos los pasajeros que viajaban en aquel horario, pero nunca se sabía cuál de ellos podría ser el chivato si, por un casual, se interceptaban conversaciones jugosas de las que poder departir.

Al bajarse, Clara permaneció en la acera, disimulando haberle entrado algo en el zapato. Necesitaba hablar con Gustavo y este entendió su maniobra.

—Me acercaré a verte en cuanto deje a este en la cochera —pronunció el hombre en voz baja.

Clara afirmó con una mueca, esperó unos segundos y cruzó la calle en dirección a su casa. Imaginó que Rosario, al cargo de Miguel durante la tarde, ya debía de estar nerviosa por la tardanza.

—Muchacha, ¿qué horas son estas? —se quejó su socia—. ¿Se puede saber dónde te has metido?

—Perdóneme, pero es que se me ha hecho tarde. ¿Miguel está arriba? —preguntó Clara para evitar dar más explicaciones.

—Pues mira, llegó del colegio, merendó a toda prisa y me dijo no sé qué de unos deberes que quería comentar con la hija del empresario, y que si tardaba era porque después iría a ver a Pedrito. Este niño es como una chinche. Va saltando de un sitio a otro sin parar.

—No me gusta que ande por la calle a todas horas, Rosario. Lo dejé a su cargo. Me voy ahora mismo donde la Engracia —anunció,

volviéndose a poner la chaqueta que acababa de quitarse.

—¿Y esa bolsa? —dijo Rosario, fijándose en el bulto que Clara había dejado en el suelo, con la esperanza de que la viuda no se percatara de lo que traía—. Sí que te han dado poca cosa esta vez. Tú verás, esto hay que pagarlo como sea. Y me pregunto yo, ¿no sería posible que el ricachón ese te prestara algo de dinero?

Clara se giró cuando estaba a punto de salir hacia la calle. No sabía qué hacer, si recriminarle lo absurdo de su propuesta o dejarla con la palabra en la boca.

—No me mires así, mujer. Que yo sepa no he dicho ninguna barbaridad. A él le sobra, a nosotras nos falta. Si se lo pido yo, que agallas no me faltan, se reirá en mi cara. Me tiene mucha manía, y tú eres mi escudo. En fin, ¿tú no te ibas?

—Sí, mejor será que me vaya —le contestó Clara—. Gracias por haber estado aquí. Vuelvo en un momento. Si necesita irse, por mí no hay problema. Encaje bien la puerta antes de salir.

—No, si yo no tengo prisa. Me quedo hasta que estés de regreso. Y si quieres puedo ir preparando algo para la cena. Total, a mí nadie me espera en casa —dejó caer la mujer, a punto de echarse a llorar.

No era lo que más le apetecía a Clara. No podía disimular por mucho más tiempo la tristeza que la embargaba, aunque debía seguir haciéndolo hasta resolver las últimas dudas que tenía después de su visita al hospital.

—Como quiera —le contestó a Rosario, apiadándose de sus circunstancias.

No le había preguntado por el dolor que la aquejaba, pero los surcos de su cara la delataban. El remedio que tomaba, uno que le había dado una vecina amiga de ella, no parecía estar haciéndole el efecto esperado.

—Me parece bien, Rosario. Y una cosa. La próxima semana iremos al médico. No es una sugerencia, sino una orden. No puede andar tomando potingues de esos que le da la Manuela. Buscaremos uno bueno, o le preguntaré a Federico. Seguro que él nos aconseja un buen especialista.

—Anda, anda. Vete ya. Que te has vuelto muy mandona de un tiempo a esta parte.

Clara subió a su habitación. Quería enseñarle a Gustavo la dirección del abogado y darle la triste noticia con la que había vuelto. Bajó las escaleras y vio a Rosario sentada en la butaca, ausente y pensativa. Se abrazaba a los costados de su cintura, clavada en algún momento que debía de estar recordando en su cabeza. Y no la quiso molestar. Sonrió, enternecida por la estampa de su figura y preocupada por el estado de salud de una mujer que no parecía ni la sombra de lo que había sido. Y corrió calle abajo en dirección al colmado, esperando que Miguel todavía estuviera allí. Tocó en el bolsillo de su falda, asegurándose de llevar, además de la carta con la dirección, la nota de despedida de Montserrat.

A paso ligero llegó a la plaza Nacional, llamada así desde el alzamiento, aunque para todos los lugareños siguiera siendo la plaza de las Fuentes, o la plaza de la Constitución. A esas horas, casi anocheciendo, estaba vacía de gente. Y escuchando el sonido del agua que manaba de su interior sintió el deseo espontáneo de bajar hasta los chorros de agua fresca que brotaban de los caños. Y así lo hizo. Llenó las palmas de las manos y se mojó la cara, sintiendo en aquel frío una especie de purificación. Las lágrimas brotaron de sus ojos, confundiéndose con las gotas de agua que resbalaban por sus mejillas hasta el escote. En todos los años que llevaba viviendo allí había tratado de pasar desapercibida a pesar del extraño oficio de relojera que algunos seguían tildando de poco adecuado para una mujer. Con el tiempo se había ganado el respeto de algunos, el recelo de otros y las ganas de saber más de muchos, acerca de la joven viuda que, arropada por una alcahueta buscavidas como Rosario, había conseguido poner un negocio. Y ahora qué iba a ser de ella, se preguntaba dirigiéndose a la plaza del Antigual, cruzando en dirección al establecimiento donde esperaba que estuviera su hijo. Le había prometido un viaje que el pequeño deseaba con muchas ganas y no podía defraudarlo.

Llegó a la puerta de Cal Mendi. Las luces ya se habían apagado y tendría que entrar por la puerta principal de la casa, y golpeó el aldabón varias veces. En unos segundos escuchó los pasos lentos que reconocía en Gustavo y suspiró aliviada.

—Buenas tardes, o casi noches —saludó al conductor, dibujando al verlo una fina sonrisa.

—¿Qué tal, Clara? Ahora iba a acercarme a tu casa. Solo que la Engracia me ha enredado con sus cosas, ya sabes. Pero pasa, pasa —la invitó el hombre, haciéndose a un lado—. Diría que quieres contarme alguna cosa.

Clara inclinó el cuello, escondiendo el temblor de sus labios y la congoja que a duras penas dominaba junto a sus ganas de llorar. Tragó saliva varias veces y se pasó la mano por la cara, intentando serenarse.

—Lo primero es que vengo a buscar a Miguel. Rosario me ha dicho que estaba aquí. Y perdonen la hora. Este niño mío está mejor en cualquier sitio que en su casa.

—No pasa nada, mujer. Se lleva bien con Pedrito y él siempre agradece la visita, igual que nosotros. Pero no está aquí tu chiquillo. Se fue hace un rato. Eso me contaba el mío ahora mismo. Se conoce que la charla con Beatriz también le gusta. ¿Has preguntado allí?

—Voy a darle una azotaina en cuanto lo vea —se enfureció Clara, ante la pacífica mirada de Gustavo.

—No le pegues, mujer. Además, creo que no es tu forma de educarlo. Mi mujer, en cambio, tiene la mano muy larga. Y aunque quiere con locura a nuestro pequeño, más de un pescozón se le escapa. Pero a lo que vamos —dijo Gustavo, cambiando de tema—, ¿cuál es el problema que te has traído de la ciudad? Porque alguno hay.

—Montserrat ha fallecido —confesó Clara, tapándose la cara para que el hombre no viera su llanto—, y no he podido decirle adiós. Murió sola. Y no solo eso. Al parecer se negó a un entierro cristiano como se merecía.

—¿Un entierro cristiano? ¿Acaso acabó con su vida? —la interrogó Gustavo.

—No, no, por Dios. Ella, para entendernos, no era muy de misa… ya me comprende —dijo Clara en voz baja—, pero de ahí a eso…

—Mira Ramona. Más devota que ella poca gente. Y bueno, nunca se sabe lo que pasa por la cabeza de los desesperados. Lo lamento mucho, Clara, y te acompaño en el sentimiento. Ya sabes que no

teníamos una relación muy, cómo diría, muy íntima. Pero sé que ha sido una mujer digna de la montaña que lleva su nombre. ¿Y en qué puedo yo ayudarte? Lo que esté en mi mano, no lo dudes.

—Pidió que la enterraran en el cementerio del Suroeste. Pero en una fosa común, según me dijo la religiosa a la que confió sus cosas para que me las diera —relató Clara, con un nudo en la garganta—. No sé si puedo hacer algo por sacarla de allí y llevarla a un lugar más adecuado.

Gustavo permanecía en silencio, apesadumbrado por la noticia y el duelo de Clara.

—Pasa un momento, aunque sea al pasillo. Mi mujer se ha puesto a lavar al niño y lo escamonda hasta que le sale brillo —bromeó el hombre, intentando arrancarle una sonrisa.

—Está bien, pero un minuto, que todavía tengo que rescatar a Miguel, y ya le digo que se va a enterar cuando lo coja de las orejas. El caso es que he recibido, por dos veces, instrucciones de Montse para que vaya a visitar a un abogado. Y tengo miedo —confesó Clara, avergonzada por comprometer al conductor, al que tampoco conocía tanto.

—A ver, veamos. Puedo librar unas horas pasado mañana. En ocasiones me sustituye un paisano que todavía me debe algunos favores. Le diré que espere el rato que sea necesario y listo. El patrón es buena gente y no creo que se niegue. Cuida de sus coches como oro en paño. Eso sí, tengo que darle algunas explicaciones o se coscará si alguno de aquí se va de la lengua. Ya sabes, Clara, me salvé por los pelos del paseíllo. Y desde entonces, mis partes nobles se hicieron más pequeñas —volvió a bromear el hombre, esperando una sonrisa de Clara que no había sido capaz de arrancarle—. Nunca he pasado tanto miedo como aquellos días en los que vivir o morir podía ser el resultado de un capricho de cualquiera con galones. Ni rojos ni azules, todos arrastran lo suyo. Aquí sigue habiendo mucho odio metido en las entrañas, si lo sabré yo. En definitiva, que puedo acompañarte. Pero, digo yo, ¿no tendrías que hablar primero con el picapleitos? Suelen estar muy ocupados.

—Tiene razón, Gustavo. No había caído en eso. Madre mía, qué tendrá que decirme ese hombre.

—Pues a mí solo se me ocurre una cosa, pero no nos adelantemos a los acontecimientos. Mira, mañana por la mañana la Engracia tiene que ir a hacer varios recados. Me lo ha dicho hoy. Así que yo calculo que, sobre las nueve, cuando deje a Pedrito en el colegio, se ausentará por un rato. Acércate y con tranquilidad le pones una conferencia al letrado. Y queda con él, sobre todo para pasado mañana. Es el único día que podré pedirle el favor al conocido del que te hablaba antes. Una vez consigas la cita, yo mismo te acompañaré a la dirección que sea. Después volveremos aquí, como otras veces, y así no levantamos sospechas. ¿Te parece?

Clara sintió el impulso de acercarse a él y abrazarlo. Aquel hombre de aspecto endeble era todo corazón. Y así lo hizo, se aferró a su cuello y lo apretó entre sus brazos, correspondida por el mismo gesto. A los pocos segundos se separó de él, apurada por las confianzas que se había tomado. Gustavo le sonrió, la sujetó por los hombros y la acompañó a la puerta.

—Mujer, nunca has terminado de encajar en estos lares. Y a pesar de eso lo has hecho como mejor has podido. Ese niño tuyo es especial, que para esas cosas tengo buen ojo. Aquí no será nadie. Si tienes la fortuna de llevártelo a otro sitio y que caiga en buenas manos llegará lejos.

—No diga eso, Gustavo. Muchas gracias, de corazón se lo digo —gesticuló Clara, llevándose una mano al lado izquierdo de su pecho —, y respecto a Miguel ahora mismo voy a buscarlo a casa del señor Cotar. Yo no sé qué modales está aprendiendo. Fíjese qué horas y anda en casa de unos y otros.

—Ve, ve. Hasta mañana entonces —se despidió.

Clara llegó hasta casa de Federico a paso ligero. Notó el sofoco en su cuerpo y el sudor se le iba secando, provocándole una incomodidad añadida a la que ya le producía tener que dar explicaciones a él. Precisamente a él, se dijo dando unos golpes en la aldaba.

La espera se le hizo eterna. Solo quería llegar a casa, cerrar la puerta con llave, cenar algo y acostarse. Había sido un día muy duro, más de lo que podía haber imaginado. La imagen de Montserrat vino a su cabeza y suspiró, buscando la calma que

necesitaba en aquel instante, justo antes de que la joven doméstica que algunas veces acompañaba a Beatriz y a su padre abriera la puerta.

—Buenas noches, señora Clara. ¿Qué tal está? —preguntó la muchacha, haciéndose a un lado—. Voy a anunciarle al señor su visita. Creo que estaba hablando por teléfono.

—No, por favor. No será necesario. ¿Está aquí mi hijo? Solo he venido a buscarlo. Y por todos los santos espero que esté en esta casa. De lo contrario…

—Claro —la tranquilizó la joven—, no han salido de la biblioteca desde que llegó. Yo no sé qué hacen estas criaturas entre tantos libros.

—¡Mamá! —se oyó desde el final del pasillo—, ya voy, un segundo de nada.

Clara se frotaba las manos, impaciente. Estaba deseosa de darle dos gritos al desobediente de Miguel, pero refrenó sus ganas de hacerlo y apretó la mandíbula para controlarse. Tras unos instantes apareció el pequeño, con cara de circunstancias, conocedor de la reprimenda que se había ganado, y se abrazó a su madre para amortiguar la reacción. Pero Clara no respondió al abrazo. Estaba furiosa. Lo agarró de la mano, estirándole, y se despidió de Irene, que ya se disponía a cerrar la puerta cuando asomaba Federico. El hombre salió tras ellos y al alcanzarlos tocó el hombro de Clara. Ella se sobresaltó.

—Disculpe el asalto, pero he oído que se marchaban. Estaba al teléfono en una conferencia con… bueno, es igual. Atareado y fíjese qué horas son.

—Gracias por la hospitalidad —contestó Clara, maldiciendo el tiempo que no quería gastar con él—. Se nos ha hecho tarde. Y ya me he disculpado con Irene. Este niño no tiene vergüenza. No volverá a pasar.

—No tiene la menor importancia. Beatriz y él ya han cenado. Así que un trabajo menos para cuando llegue a casa. Ya no son horas, pero mañana tengo un hueco libre y me gustaría acercarme a su casa. Querría comentarle unos asuntos.

—¿Mañana? —le cuestionó ella, buscando una razón que evitara ese encuentro. Ahora sabía algunas cosas acerca del empresario que preferiría haberse ahorrado. No podía mirarlo como antes—. No sé qué decirle, verá, es que tengo que ir…

Las palabras no salían de su boca, y estaba a punto de echarse a llorar. Solo deseaba irse muy lejos de allí y quería gritarlo al aire.

—No le robaré mucho tiempo, se lo prometo. También tengo asuntos que resolver. ¿Después de dejar a Miguel en el colegio? —le ofreció Cotar, para zanjar el tema, esperando la contestación de Clara—, o si lo prefiere podemos charlar en casa.

—De acuerdo, me parece bien venir —afirmó ella, para sorpresa del empresario.

—Entonces perfecto. Aquí la esperamos, y no le riña mucho al chico. Han estado consultando una vieja enciclopedia que hacía años que nadie miraba. Estos dos son un tanto especiales, ¿verdad, Miguel? —preguntó al niño, que seguía agarrado de la mano de su madre. Mudo por si todavía le caía un pescozón por el camino.

—Somos curiosos y nos gusta aprender —se atrevió a decir ante la mirada inquisitiva de Clara.

—Está bien. Buenas noches, que descansen —se despidió el hombre, esperando la partida de madre e hijo.

—Hasta mañana —respondió Clara.

—Y tú, muchachito, te vas a llevar un buen castigo —le susurró unos metros más adelante—. ¿Quién te ha dado permiso para desobedecerme y además invitarte a cenar con nadie, sin esperar a que llegara yo?

—Mamá, es que Beatriz es muy insistente. Muy pesada, vaya —se quejó Miguel—, y claro, aunque le dije que cenara ella, que parece que, si no lo hace a la hora que tiene hambre, le da mareos o no sé que me ha explicado… No me he invitado yo, de verdad. Ha sido ella insistiendo.

—No necesito tantas explicaciones, ni que me enredes con tus argumentos. Estás volviéndote muy rebelde, y eso no me gusta un pelo —lo reprendió, ya entrando en casa—. Si ya has cenado, puedes irte a la cama. Yo tengo cosas que hacer y no tengo ganas de hablar. Ya pensaré el castigo mañana.

—Tienes los ojos un poco rojos, mamá. ¿Te ha pasado algo? ¿Estás triste? ¿Quieres contármelo? Rosario dice que estás rara. Y yo he pensado que quizá sabe de nuestros planes. Estabas tan contenta anoche que no sé…

—¡Cállate ya! —le gritó Clara, ante el sobresalto del niño, que abrió mucho los ojos al ver a su madre de aquella manera—. Te he dicho que no tengo ganas de hablar, Miguel. Y siento estar así, pero no puedo estar de otra manera, ni deseo que lo entiendas. Ve a la cama y luego me acerco yo a darte las buenas noches, aunque ya te hayas dormido —suavizó Clara, dándose cuenta de que su hijo no era el culpable de las mentiras ni de las muertes.

—Está bien. Ya me voy y no te molesto más —remató Miguel, provocando un pellizco en el corazón en su madre.

Se habría echado a llorar entre sus brazos, pero no lo hizo. Miguel no tenía por qué entender, ni tampoco hacerse cargo de una situación que solo ella debía resolver. Era un niño con una inteligencia muy superior a la de muchos adultos que había conocido; una dificultad que se añadía a su origen humilde y sin demasiadas esperanzas de prosperidad.

18

La niebla se abrazaba al paisaje, y la montaña de Montserrat lucía hermosa, engalanada de blancas nubes que cubrían sus faldas, mientras el conglomerado de las torres se alzaba en sus picos buscando el cielo. Así es como la llamaban algunos lugareños: las torres del cielo. Una formación rocosa fruto de la sedimentación de siglos en los que esas tierras ancestrales habían sido mar. Una maravilla de la naturaleza, se decía Clara muchas veces admirando las vistas que se disfrutaban desde Olesa de Montserrat.

Se avecinaba el invierno, notó al salir de casa, justo detrás de Miguel, que la había besado varias veces antes de despedirse de ella. El niño no había vuelto a insistirle a su madre y esta lo había agradecido. Se abrochó la americana y palpó en el interior de uno de los bolsillos delanteros, asegurándose de que llevaba la nota con el teléfono y el nombre del letrado.

Clara echó a andar y se apresuró a cruzar la calle de la Iglesia cuando, como un espíritu aparecido de la nada, vio la imagen de Rosario plantada delante de ella.

—¡Dios mío! ¿Se puede saber de dónde sale? —la recriminó, llevándose las manos al pecho—. Me ha dado un susto de muerte.

—Parece que traes prisa, muchacha. ¿De dónde va a ser que vengo, alma de cántaro? Pues de mi casa. Últimamente no duermo muy bien y esta mañana, después de lo de ayer tarde, quise saber de ti, no fuera que tu chiquillo hubiera tenido cualquier percance. Hay algunos niños por ahí que desaparecen y no se les ve nunca más. Dicen que para chuparles la sangre y ponérsela a los ricachones enfermos de anemia.

—Qué barbaridad, Rosario. Ya no sabe qué echarle de comer a la imaginación. Tiene usted unas cosas últimamente —le reprendió Clara con el ánimo de zanjar allí la conversación—. En fin, ¿me necesitaba para alguna cosa?

—No, nada en concreto, ya te digo. Venía pensando en echarte una mano con la costura si fuera necesario. Hace días que no viajo a Manresa. Mis contactos, tú sabes —aflojó la voz y abrió los ojos de forma exagerada, refiriéndose al estraperlo—, deben de estar frotándose las manos imaginando que ya estoy fuera de juego. Y qué equivocados van —afirmó riendo, enseñándole los dientes a su socia—. No ando muy católica, no. Bien lo sabes, pero aquí hay Rosario para rato en cuanto me recupere del todo. Y dime, ¿adónde ibas tan decidida?

—¿Yo? —contestó Clara, haciendo tiempo para elaborar una mentira creíble—. He pensado que podía adelantar alguna compra ahí donde la Engracia.

—Pero si la he visto llevando a su Pedrito al colegio. Esta mujer se cree que se lo van a robar. Y el niño, además de poco agraciado, parece un saco de huesos el pobre. Y hasta diría que un poco cortito, como Gustavo. Si al menos…

—No me quiero enfadar con usted, así que haré ver que no he escuchado nada de lo que acaba de decir. Aunque haya ido a acompañarlo a la escuela, imagino que no tardará nada. Después… —hizo un inciso, no sabiendo qué decir—, tengo algún otro recado que ahora no recuerdo, pero no tardaré mucho en volver.

—Me encanta escuchar las mentiras cuando ya sé toda la verdad —soltó a bocajarro una Rosario que a duras penas disimulaba el retortijón de su barriga, aferrándose a ella con las manos.

La reacción de Clara fue de confusión. ¿Qué verdad sabía ella? No tenía intención de descubrirlo, y salió por la tangente.

—Rosario, hoy no estoy para acertijos. Tengo que acercarme después a hablar con Cotar, ya está. Eso era. Serán solo unos minutos después del colmado. Mire, tenga las llaves y entre usted misma en casa. Así no tiene que darse la faena de venir conmigo a toda prisa. Llego en menos de media hora. Ha sobrado un poco de café de puchero. En la cocina lo he dejado.

—Ya sabía yo que te traías algo con ese otra vez. Nunca falla. Cuando das a entender que lo sabes todo, la gente se relaja y afloja la sin hueso —se mofó, señalándose la lengua mientras Clara le facilitaba las llaves, casi sin prestarle atención.

Tenía que llegar a los ultramarinos antes de que volviera la propietaria.

—Usted y sus trucos de siempre. No tiene remedio. Aquí tiene. Vengo en menos que canta un gallo —zanjó y salió calle abajo, perdiéndola de vista.

Estaba inquieta y caminaba a paso ligero, confiada en no encontrarse con nadie más que la interrumpiera en su trayecto. La tienda estaba a pocos metros y como si supieran que se acercaba, cuando se disponía a dar el primer aldabonazo, se abrió la puerta.

—Qué barbaridad, Gustavo —se sorprendió ella, esbozando una tímida sonrisa que no acababa de arrancar de entre sus labios.

—No creas que vivo detrás de la puerta, no, es solo que mirando el reloj he deducido que no tardarías en llegar y me has pillado cuando iba a comprobarlo. Me disponía a salir a ver si mi mujer no estaba de vuelta ya. Que no soy yo de mentirle nunca, pero en esta ocasión prefiero que no tenga tanta información. Las habladurías son muy malas. Pero pasa, Clara. Ya sabes dónde está el teléfono.

—¿Tengo que marcar algún número primero?

—Sí, debes marcar el número que tienes ahí al lado del aparato. Ese es el de la centralita. Una muchacha te pedirá el número de abonado con el que tienes que contactar. ¿Lo has traído?

—Sí, sí —afirmó Clara, sacándolo de su bolsillo—. ¡Qué nervios! —exclamó, acercándose el auricular al oído—. Parece que tardan en conectar con el abogado —le aclaró a Gustavo que, si bien no estaba allí presente para no incordiarla, se había quedado en la habitación contigua, leyendo mientras ella terminaba con lo suyo.

—El hombre tampoco vivirá pegado al aparato —bromeó Gustavo, restándole importancia a la tardanza.

Habían pasado varios minutos y la conferencia no llegaba. La muchacha de la centralita había animado a Clara a esperar un rato y a volver a intentarlo más tarde. Ella seguía aferrada al receptor,

sudando e imaginando que, de un momento a otro, Engracia iba a aparecer por allí.

Tenía que pensar algún plan alternativo, alguna manera de llegar hasta la vivienda del letrado para poder pedirle cita. Entre tanto desesperaba sin ver la forma de resolver la cuestión, una voz de hombre interrogó al otro lado:

—Gabinete Silva y abogados, ¿dígame?

Fruto de los nervios, Clara balbuceaba intentando decir alguna frase que se resistía a salir.

—Buenos días —pronunció al fin, insegura por no haber preparado el discurso que ahora tenía que decirle.

—Usted dirá —sonó al otro lado, con tono de impaciencia—, ¿qué se le ofrece?

—Buenos días —repitió Clara—. Mire, yo llamo de parte de una conocida que me dio sus señas. Ella es Montserrat Solís.

—¿Y usted es?

—Clara. Clara Castelao Comas. Somos amigas desde hace unos años.

—Ah, sí. Y dígame, ¿cómo se encuentra nuestra amiga? Ya me comentó que llamaría usted de su parte. Tenemos algunos asuntos que resolver, aunque preferiría que vinieran juntas. ¿Ya se recuperó de su tos?

El silencio ocupó el espacio en el hilo que los unía, invadiendo la distancia que los separaba. Clara cerró los ojos y tragó saliva, rogando no quebrarse cuando diera la noticia.

—Montserrat ha fallecido hace unos días. He querido ponerme en contacto con usted…

De nuevo se hizo un vacío y Clara temió que la conferencia se hubiera cortado. El nerviosismo por ser descubierta iba en aumento.

—Disculpe, ¿sigue usted ahí?

—Sí, claro —la cortó el abogado Demetrio—. Es solo que no lo esperaba tan pronto. Pobre mujer. Por lo demás, no se preocupe. Sé cómo debemos actuar y todo está en orden. Lo lamento profundamente y la acompaño en el sentimiento. No sé por qué, pero hacía días que iba pensando en hacerle una visita para saber de su evolución. Y un día por otro se me ha ido pasando. Una mujer

con un talento en las manos digno de un ángel. A mi esposa, que en paz descanse, y a mí mismo nos ha confeccionado la mayoría de nuestra la ropa. La echaremos de menos. Ya quedan pocas profesionales como ella y las nuevas hornadas tardarán en tener la capacidad de las veteranas. Quien dice en costura, dice en cocina o en tantos otros oficios, ¿no cree?… pero no me haga caso. Mire, tiene que traer su cédula de identidad y si le parece nos podemos ver mañana mismo. Es usted viuda, ¿verdad? —preguntó sin esperar respuesta—. Precisamente ayer tarde se anuló una visita que tenía programada, así que nos va como anillo al dedo.

—Gracias —le correspondió Clara, dejándolo hablar—. ¿Entonces solo tengo que llevar lo que me ha dicho?

—Exacto. Solo el original. Aquí me encargo de todo lo demás.

Tardó unos segundos en comprender que él tenía todas las instrucciones y que evitaba que ella fuera a irse de la lengua con alguna cuestión que por teléfono no interesaba decir. Así que esperó a que terminara.

—¿A las once le va bien? —preguntó Demetrio Silva, a lo que Clara tapó el auricular por el que hablaba para llamar a Gustavo.

—¡Gustavo! —lo llamó, ahogando el grito—, ¿a las once va bien la visita con el abogado?

El hombre se lo pensó durante unos instantes, torciendo el gesto y poniendo más nerviosa a Clara de lo que ya estaba.

—Creo que está bien. Ya nos apañaremos —dijo al fin, ante la fuerte tensión que sufría la joven y la palidez de su rostro.

—Así que hasta mañana. Sea puntual, por favor.

—Desde luego, no se preocupe por eso. Allí estaremos.

Cuando colgó el auricular le dolía la mano. No era consciente de la angustia con la que había vivido aquella llamada y el miedo que había pasado temiendo la entrada por sorpresa de la tendera. De haberla sorprendido, tardaría pocas horas en conocerse cualquier invención que tuviera a bien sacarse de la manga. Imaginando esa posibilidad sintió un sofoco repentino. Se secó el sudor de las palmas de las manos en la falda y le agradeció a Gustavo su generosidad, dando pequeños pasos hacia la salida.

—Mañana a primera hora estoy en la parada. Qué ganas tengo de resolver este enigma. Me voy que me está esperando… bueno, que tengo otros asuntos que resolver ahora también, además de a Rosario en casa otra vez. Parece que se hayan puesto de acuerdo…

—Hasta mañana —se despidió el hombre, cerrando la puerta tras de sí.

Clara notaba la humedad de su cuerpo secándose entre su ropa y todavía debía enfrentarse a la incógnita de Cotar. La visita a casa del empresario nunca resultaba algo placentero. Llegó a la puerta, se repasó el pelo con las manos y se ajustó la cintura del vestido, preocupada por la imagen que podía darle a un hombre que siempre parecía salido de una revista. Carraspeó varias veces justo antes de agarrar la aldaba y dar unos pequeños golpes que a esas horas, por la mañana, parecían sonar más fuertes.

Al poco apareció Irene, saludándola con una sutil reverencia y una sonrisa. Se hizo a un lado, dejando que Clara pudiera entrar al recibidor.

—Buenos días, señora. Don Federico la atenderá en unos instantes. Me ha dicho que lo espere en el jardín. Estaba preparando el zumo para el desayuno —le indicó la joven.

Recorrieron varios pasillos hasta llegar a la parte posterior de la vivienda, en la que se abría un espacio abovedado rodeado de grandes ventanales que daban a un jardín con enormes plantas enredadas en los muretes. Era precioso, pensó Clara embobada. Se acercó a los cristales para observarlos con detalle. Nunca había visto nada igual. Tocó los bordes plateados y varios de los dibujos que salpicaban la composición. Eran pájaros libando de algunas flores. Se concentró en la forma de aquellos pequeños animalillos cuando una voz masculina la sobresaltó.

—Veo que le gusta mi jardín de invierno. Me alegra —comentó Federico, observándola desde la puerta.

—Perdone mi curiosidad y el atrevimiento de ir tocando como si fuera una niña maleducada. La verdad es que me ha encantado este lugar. Nunca había visto nada igual.

—Es un lugar muy preciado, sobre todo cuando empieza el frío y los vidrios recogen todo el calor del sol, reteniéndolo en el interior —

aclaró el hombre, acercándose a ella—. Tome asiento —añadió, ofreciéndole la silla que acababa de retirar en medio de la mesa donde Irene ya había preparado café y pastas.

Por alguna razón que no alcazaba a descifrar en aquel momento, o quizá porque el empresario iba vestido de forma diferente a como lo había visto las otras veces, Clara tuvo la sensación de que parecía más joven. Incluso el color de su cabello reflejaba más oscuro. Su vestimenta, un pantalón gris sólido de lana fina, una camisa ajustada y de color crudo, remangada en los puños, y un chaleco negro del mismo tejido que los pantalones, no se asemejaba en nada a lo que acostumbraba a llevar. Como buena costurera, Clara observaba los detalles, las caídas de las telas y el patrón, sin duda de buena calidad y marcando la diferencia en aquel caso. Después de la guerra, las prendas de moda se habían ajustado en sus formas, para ahorrar materia prima, y algunos tejidos habían dejado de utilizarse para la confección de ropa de uso cotidiano. A excepción de algunos casos, como podía comprobar en ese momento. Observarlo a través de la luz que entraba por la cristalera la había transportado hasta un paréntesis en el que parecía sentirse cómoda.

—¿Se encuentra bien, Clara? ¿Tengo alguna mancha en la camisa? —interrogó el hombre, fijándose en su ropa mientras ella presenciaba la escena, todavía abstraída y muda.

—No, no. Por supuesto que no —dijo al fin, no pudiendo evitar el rubor que ascendía hasta sus mejillas y le quemaba—, qué vergüenza, por Dios. Tiene que perdonarme. De repente se me ha ido el santo al cielo.

—Entonces ¿cuál es la respuesta correcta? —le preguntó, acercándose a ella hasta situarse en una distancia que a Clara le parecía demasiado corta.

Dos segundos más tarde seguía sin decir nada. Tragó saliva, y clavó sus ojos en uno de los botones desabrochados de la camisa de Federico. ¿Cómo podía verse en esa situación tan embarazosa en la que no sabía ni qué decir?, se preguntaba sin obtener una respuesta.

—Discúlpeme otra vez —arrancó de nuevo—, pero es que llevo toda la mañana de un lado para otro y además he dejado a Rosario sola en casa. Debe de estar preguntándose dónde me he metido —se apresuró a razonarle, todavía arrebatada por un sofoco interno que nacía en el pecho, recorría el cuello y arrebolaba sus mejillas.

—No me lo tenga en cuenta, Clara. He sido yo quien la ha puesto en el apuro. La he visto tan absorta mirándome que por un momento he pensado que mi ropa estaba manchada o no sé… Y le aseguro que no volverá a pasar si le ha sentado mal. Es que esta mañana he tenido buenas noticias y me siento optimista. No es fácil ser el patrón —se justificó mientras ella, forzando una sonrisa, lo escuchaba con fingida atención.

Solo quería irse de allí cuanto antes, y poco le importaba en sus circunstancias lo difícil que pudiera ser ostentar un cargo de responsabilidad. ¿Qué sabía él lo complicado que era ser pobre? ¿No saber si al día siguiente se iba a comer caliente? ¿Tener que alargarle los bajos al pantalón de tu hijo hasta dejarlos sin dobladillo? No. No sabía nada de eso aquel hombre que durante unos instantes le había parecido más humano, más accesible que otras veces.

—No la entretendré mucho tiempo —escuchó decir a Federico—, aunque no me puede rechazar este pequeño desayuno que Irene le ha preparado con tanto esmero.

En ese momento, la muchacha apareció por la puerta y esperó el permiso de su patrón para entrar. Ante el gesto afirmativo de este, se apresuró en dejar en la mesa un jarrón lleno de zumo fresco de naranja contenido en una jarra con forma de pato. De su pico plateado surtía el líquido que la joven se adelantó a servirle a él primero.

—Gracias, Irene. Tendrías que haberle servido primero a la señora —la reprendió sin mostrar enfado, solo condescendencia—. Déjalo, lo haré yo. Puedes retirarte.

La joven sirvienta hizo una reverencia, preocupada por sus continuos despistes y el miedo de no poder llevar a los suyos las escasas monedas que cobraba a la semana. Estar allí había aliviado a su familia. Ella era una boca menos que alimentar en aquellos

tiempos difíciles. Y lo que la muchacha les enviaba era recibido como una bendición del cielo. Irene deshizo sus pasos, con lentitud, y cerró las puertas de acceso al espacio acristalado mientras Clara observaba todos sus movimientos, buscando en ellos algún signo de correspondencia que no lograba descifrar. ¿Sería aquella muchacha algún enlace de esos que Montserrat le había dejado caer en ocasiones? La pregunta se quedó en el aire cuando, al llenar su vaso de jugo, el empresario volvió a acercarse de un modo que a ella le pareció demasiado resuelto.

—Muchas gracias, don Federico, pero ya le he dicho que he desayunado. No le despreciaré el detalle. Muy amable —agradeció Clara, rogando en su interior que el hombre se decidiera a explicarle la verdadera razón por la que había sido citada allí.

—No le insistiré, pero las magdalenas son un verdadero pecado, si me permite la ironía —sonrió, sentándose en su butaca—. Nos las traen del antiguo convento del Carmen, en Manresa. En realidad, es un cuartel, pero en él parecen conservarse algunas buenas costumbres. Las hace una de las cocineras. Tiene que probarlas.

A Clara se le iba revolviendo el estómago a cada minuto que pasaba. Incluso sintió un leve mareo, fruto de la tensión que mantenía ante la demora con la que aquel militar y empresario parecía divertirse. Tenía que jugar bien sus cartas, pensó en el momento en el que accedió a probar uno de aquellos pequeños bizcochos con tanta historia.

—Gracias, están buenísimas. Lástima que no pueda darme la receta. Estoy segura de que a Miguel y a mí nos saldrían también muy ricas —afirmó, poniendo en duda que su tono amigable surtiera el efecto que ella deseaba.

—Podemos intentarlo —le dijo Cotar, cruzándose de brazos—. Creo que ya es hora de que le diga el propósito de haberla hecho venir hasta aquí —le anunció, ante el repentino temblor que la joven sintió en todo su cuerpo—. Verá, apreciada Clara. No es ninguna novedad la estima que les tengo a Miguel y a usted —empezó a hablar, ante la atenta mirada de su invitada, que había imitado el gesto con sus brazos—. Creo que lo he demostrado en algunas ocasiones.

—Y le estoy muy agradecida —respondió Clara, desprendida del primer apuro y atenta a la explicación.

—Su hijo es un niño muy especial. Su necesidad de conocimiento y sus altas capacidades lo convierten en un blanco perfecto, si me lo permite, para todos aquellos que querrían tener en el seno de su familia hijos así. Y no los zoquetes con los que a veces se encuentran, por más posibles que inviertan en enmendarlos.

—No sé de dónde se saca usted eso de las capacidades de Miguel —se violentó ella, removiéndose incómoda en el asiento—. Es un niño despierto y con muchas ganas de saber. Atrevido, eso sí. Y preguntón, más de lo recomendable a tan corta edad. Pero…

—Querida Clara —la cortó él, añadiendo un tratamiento nuevo a la relación cortés que hasta ese momento habían mantenido—, no estoy presente en sus juegos, ni en sus conversaciones. Pero sé cómo es mi hija y, para bien o para mal, cuenta con muchos rasgos parecidos a los de Miguel. Ellos son un conjunto perfecto y cada uno destaca sobradamente en disciplinas distintas. Mi pequeña me cuenta con verdadero entusiasmo los temas que tratan, las charlas que mantienen sobre temas que muchos adultos nunca llegarán a cuestionarse jamás. No sé si me explico —quiso aclararle Federico, viendo que la joven permanecía en silencio—. La única diferencia es que Beatriz no alcanzaría nunca los objetivos que se propusiera para el futuro. Ella será una mujer y, mal que me pese, no logrará gobernar su vida si no es al lado de un hombre que la proteja. Ahora lo hago yo, y dentro de unos años lo hará quien viva a su lado.

Clara tenía la garganta seca y bebía pequeños sorbos de zumo como quien intenta pasar un resto de comida sin éxito. No había querido anticiparse al objetivo que podía tener la charla con Federico, aunque lo último que habría imaginado eran las insólitas intenciones que acababa de expresarle. Carraspeó varias veces con la esperanza de controlar los nervios y el desconcierto en el que se sentía atrapada.

—Estoy algo confusa —inició su intervención—, y tendrá que disculparme si en algún momento puedo parecer brusca, o poco considerada. —Hizo un receso para tomar aire—. No creo haber entendido muy bien a dónde quiere llegar. Sobre todo, con la

relación que puedan tener nuestros hijos —puntualizó, al tiempo que gesticulaba elevando los hombros y abriendo las palmas de las manos—. De lo que estoy muy segura es de una cosa: solo son niños y cualquier plan más allá de los encuentros que están teniendo entre ellos me parece inviable. Espero que me disculpe.

—Desde luego —contestó él, pareciendo que intentaba disimular una sonrisa que a Clara le pareció descortés.

—Si lo que le comento le parece divertido, me alegra. Todos no tenemos la misma suerte —soltó ella, esta vez dispuesta a levantarse y salir de allí.

Federico intuyó sus intenciones y, antes de que Clara ejerciera el impulso con los brazos y se levantara, la sujetó de la muñeca frenando su propósito. Ella observó el gesto, clavando los ojos en la mano que permanecía sobre la suya. Una mano musculosa y bien proporcionada. Poderosa fue el adjetivo que le vino a la cabeza contemplando las marcas de las venas, el color de la piel y la cálida sensación que le producía con el contacto. Sintió vergüenza y aun así se atrevió a mirarlo. Mantuvo el cuello girado y solo elevó discretamente el mentón para alcanzar a verlo. Cotar permanecía serio e indeciso. Aquella mujer provocaba en él sentimientos encontrados. Admiraba su discreción y su coraje. Sobre ella sabía algunas cosas que no atendían a su condición y, sin embargo, la había protegido tanto como había estado a su alcance. Ahora, frente a ella, le debía una explicación.

—Entiendo su preocupación, y déjeme decirle que, si he sido tan torpe de no saberme explicar con claridad, tenga a bien darme una segunda oportunidad.

—Estamos en su casa. Soy su invitada, así que no veo el motivo por el que no pudiera darle esa posibilidad que no creo que sea necesaria.

—Lo es, créame —afirmó el empresario, retirando la mano—. Verá, Miguel me parece un muchacho excelente y me gustaría compartir con usted algunas propuestas que quiero plantearle. Y aquí el único papel que juega Beatriz es el de seguir considerándolo su mejor amigo, si usted está de acuerdo. Que sean tan parecidos en algunos temas no significa que tengan que proyectar una vida

juntos —añadió Cotar, queriendo dejar zanjado un asunto que a él ni se le había pasado por la cabeza.

—Por supuesto, la amistad es algo que siempre hay que cultivar —recalcó Clara, esquivando la vergüenza que le daba haber confundido las cosas.

—Bien, vamos a lo que quería decirle. Voy a ser muy directo y luego, si le parece, podemos matizar el tema. No tengo hijos varones, y estaría dispuesto a brindarle los recursos a usted y a su hijo para que este haga carrera profesional. Estoy seguro de que con su inteligencia y mis contactos llegaría donde nos propusiéramos. Cabe esperar que el chico no se tuerza, pero tengo buena intuición para estos casos y creo que no me equivoco en mi apuesta con él.

La proposición era directa, y por fin se sabía la intención de ese encuentro que Miguel ya le había anunciado hacía unos días. Durante unos segundos Clara no supo qué decir. Lo que le estaba exponiendo aquel hombre culto, influyente y bien posicionado en el bando de los ganadores era muy tentador. Sin duda, Miguel podría destacar en sus estudios y prosperar sin miedo a ser señalado por aquellos que le tenían envidia. La primera reacción parecía buena y, aunque en silencio, Clara mal disimuló una sonrisa que no pasó desapercibida para el empresario. Este le acercó uno de los dulces que todavía no había probado, manteniendo así el hilo que empezaba a tejerse entre los dos.

—Gracias —contestó ella sin mirarlo, concentrada en las palabras que todavía estaba procesando—. Mire, Federico. Para nosotros, los pobres, el mundo siempre es más pequeño, las distancias son más cortas y el cielo no brilla todos los días, aunque sea el mismo que calienta nuestra tierra. No puedo negarle que eso que me propone es el deseo que me quita el sueño desde hace algún tiempo. Yo no estoy en disposición de facilitarle lo que él necesitaría, y usted sí.

—En efecto, así es —corroboró Cotar, animándola a seguir.

—Tengo planes para ambos. Llegué aquí con un bebé, con mucho miedo, con pocos amigos y con una vida incierta por delante —resumió Clara en su explicación—. Barcelona siempre ha sido un destino deseado, aunque este pueblo me ha dado muchas alegrías —exageró un poco, sabiendo el aprecio que el hombre tenía por la

villa—. El progreso, el anonimato y las posibilidades son muy distintas en la ciudad, eso no hace falta que se lo recalque. Y dicho todo esto, la propuesta que me hace me parece muy interesante, no voy a negárselo, pero tengo que dejar atados algunos cabos que no puedo ignorar antes de plantearme un cambio de vida. Hablamos de personas, de deudas, de asuntos que…

—Si me lo permite —la interrumpió Cotar.

Se dirigió a uno de los muebles del jardín de invierno, cogió un cigarrillo y, encendiéndoselo, abrió una de las ventanas y le preguntó a Clara:

—¿Le molesta?

—No. Puede fumar aquí dentro si lo prefiere. Por mí no lo haga.

—Está bien. Como le decía, mi propuesta no es solo para que Miguel estudie. No me parecería correcto que usted tuviera que separarse de él.

Una nueva incógnita se cernía sobre su cabeza. Clara había templado sus nervios durante los últimos minutos. Por alguna extraña razón, la presencia de Federico había dejado de incomodarla. Quería saber cuáles eran esos planes y, al mismo tiempo, no dejaba de pensar en la visita que había concertado con el abogado. La vida se había empeñado en moverse muy deprisa para ella en las últimas semanas y, a pesar de la tristeza y la soledad en la que se encontraba nuevamente, tenía que aprovechar las ocasiones para valorar qué era lo que más les convenía. Rosario estaba en claro deterioro y su hijo no había vuelto a visitarla. Un cobarde, pensó de Joan, que había traicionado a su propia madre después de que esta lo criara. Abel se hallaba en paradero desconocido. Quizá muerto, pensó llevándose las manos al vientre. Montserrat se fue sin que ella pudiera despedirse. Necesitó las explicaciones que ya nunca podría darle. Solo quedaban su hijo y ella. Sin bando ni bandera; sin miedo. Respiró hondo, acercándose uno de aquellos dulces que antes había rechazado y se dispuso a escuchar lo que Federico quisiera contarle.

—Usted dirá —lo invitó a continuar.

—Pues tenía pensado que en el próximo curso escolar Miguel y usted pudieran trasladarse a vivir a una de mis propiedades cercanas

a la vivienda de Barcelona. Es un piso pequeño pero confortable —lanzó él, esperando la contestación de Clara.

—¿Y de qué viviríamos mientras tanto yo encuentro un trabajo? Porque tengo una deuda que saldar. Y tendré que pagarle a usted el alquiler correspondiente también.

—Eso quedará resuelto en los próximos meses. Me refiero a la deuda. Ya he puesto en manos de los abogados la cuestión de Ramona, que Dios la tenga en su gloria —se santiguó él con gesto solemne.

—¿Y Ramón no tiene nada que decir al respecto? —lo interrogó Clara, poniéndose a la defensiva ante la falta de consideración que parecía demostrar el empresario.

—Por supuesto. No le atañe conocer los detalles, si me permite la aclaración, pero ya hemos puesto los puntos sobre las íes en este asunto. Del alquiler del que me habla, no tenga prisa. En el momento que tenga un trabajo podremos hablar de eso —sonrió Cotar, restándole importancia a un asunto que Clara consideraba fundamental.

—Mire, Federico. En el supuesto de que yo aceptara su espléndida propuesta para con Miguel, que todavía no he considerado en toda su extensión, para nada permitiría yo vivir de prestado. No estoy acostumbrada a tanta generosidad. Y no me lo tome como un desprecio. Es algo que no puedo consentir y no es negociable. No olvido lo que ha hecho por Rosario y por mí hace unos meses. Estoy en deuda con usted y tenga por seguro que saldaré esa deuda en cuanto me sea posible.

—Me parece usted una mujer fascinante, Clara —pronunció él, acercando sus pasos hasta ella, que acababa de levantarse.

Al aproximarse, Clara notó un temblor en el cuerpo parecido a un latigazo. Él volvía a estar más cerca de lo deseado. Había podido controlar aquella extraña sensación durante un rato, pero su presencia, su fragancia y su elegancia la hacían sentir vulnerable. Las palabras que acababa de pronunciar la situaban en el disparadero, en el punto de mira del que no sabía cómo salir. ¿Qué podía ella decir después de un elogio cargado de veladas intenciones?

—Clara —habló de nuevo—, soy un hombre con una historia de vida tan desafortunada como la suya en algunos aspectos. Mis padres procuraron lo mejor para mí en cada momento, igual que imagino que harían los suyos. Estudié, conseguí un buen trabajo y me casé. María de las Mercedes nunca fue el amor de mi vida —se sinceró ante el asombro de Clara, que nunca se habría atrevido a preguntarle aquellas cosas—, y llegó Beatriz. El cómo y el modo no importan, y el caso es que ella nos devolvió la alegría de vivir y las ganas de seguir luchando, al menos a mí.

—El cómo y el modo sí importan —lanzó Clara, arrepentida del atrevimiento que acababa de tener—. Cada niño debería permanecer con sus padres, a menos que estos desaparezcan de forma sospechosa.

Federico mudó su sonrisa por un rictus que asustó a Clara. Su gesto, hasta ese instante afable y dispuesto a agradarla en todo momento, se endureció. Fueron unos segundos que a ella se le antojaron interminables y en los que tuvo tiempo de elaborar una disculpa.

—Lamento mi atrevimiento y ahora soy yo la que le pide disculpas. Beatriz es una niña encantadora y usted…

—No siga, Clara. Solo podría empeorar las cosas —pareció advertirle—. Desconozco lo que se habla por ahí o se deja de hablar. Imagínese si alguna vez hubiera hecho caso a pies juntillas de las historias que corren acerca de unos y otros en este pueblo. De usted, por ejemplo.

Clara tensó todo su cuerpo, preparándose para un ataque frontal del que no podría escapar. Ignoraba la verdadera cuna de Beatriz y había sido capaz de juzgar a sus padres por algo que nunca sabría con certeza. Se hablaba de los orfanatos, de niños que al nacer constaban como fallecidos, de adopciones llevadas a cabo con prácticas poco ortodoxas… pero siempre eran habladurías. En realidad, no conocía ningún caso de primera mano que avalara la opinión que con tanta frivolidad acababa de dar. Solo lo que leyó en la carta de Montse. Y se sintió ridícula. A un paso de conseguir, y al mismo tiempo estropear, el sueño que tanto tiempo llevaba imaginando. E incluso así tenía que mantenerse fuerte, al menos en

apariencia. Una muestra de debilidad a destiempo podía precipitarla de la cuerda floja por la que ahora caminaba y lanzarla al vacío.

—Lo repito. Lo he ofendido y soy consciente de ello. Igual que lo soy de la ayuda que, sin pedir nada a cambio, nos ha ofrecido a Miguel y a mí durante estos meses. No puedo decir nada más al respecto. Quizá será mejor que me vaya y no le haga perder más su tiempo. Y no se preocupe por Miguel; saldremos adelante como siempre lo hemos hecho y le agradezco las intenciones con él.

Ella empezó a recoger los restos del desayuno, ordenando los platos y las tazas que ya nadie iba a utilizar. Era lo que acostumbraba a hacer desde hacía años. De nuevo, la mano de Cotar sobre la suya frenó la acción de Clara y esta paró de mover los cubiertos que todavía sujetaba entre sus dedos.

—No suelo hablar de mi vida privada con nadie, y menos con extraños. Le he explicado mi fracaso con la que fue mi mujer porque… con usted es diferente. No pertenecemos a la misma clase social, o al menos eso parece, pero la elegancia de sus gestos, de sus palabras y de sus modales no la sitúan como una campesina más. Sus manos están marcadas por los picotazos de las agujas y el hilo; esas pequeñas ojeras que se aprecian bajo los ojos delatan el insomnio de las noches en vela y la mirada triste de los que recuerdan en silencio. No me interesa su pasado, porque quizá estoy más enterado de lo que piensa. Me interesa su amistad y querría conocerla como la mujer que veo ahora.

Clara se mantenía en silencio, percibiendo el calor que desprendía el contacto de Cotar contra su mano. Estaba muy cerca de ella y podía escuchar su respiración. ¿Qué estaba proponiéndole? La pregunta sobrevolaba encima de los bizcochos y el jugo de naranja, sin respuesta. Federico se acercó un poco más y tocó su espalda, temiendo Clara que de un momento a otro se abalanzara sobre ella. Pero no fue así. Tras un sutil masaje Federico se separó unos pasos, casi avergonzado por el impulso de besarla. Era lo que había deseado desde hacía tiempo y era consciente de que no podía jugar esa carta. Por ella había pedido los favores más comprometidos. Por ella había vuelto algunas veces innecesarias a Olesa. Por ella era

capaz de soportar lo que a otros les habría costado muy caro: mancillar el origen de Beatriz, la hija a la que adoraba.

—No sé a qué se refiere, la verdad. Y no puedo dejar de advertirle que mi amistad, como usted dice, no es una moneda de cambio.

—Lo sé —contestó él tras una pequeña pausa en la que buscaba las palabras adecuadas—. Mi propuesta es honesta y no pretendo nada que usted no quiera darme. Piénselo. Yo estaré esperando su respuesta. El piso de Barcelona está vacío, listo para amueblarse. La instancia para que Miguel vaya a una escuela superior también está en mi mesa. Una firma suya y me convertiré en su protector durante los próximos años hasta que pueda valerse por sí mismo en el mundo de los negocios. No hay contrapartida, se lo aseguro, y usted nunca dejará de ser la madre a la que adora, no lo olvide. Si supiera cómo habla de sus virtudes y de sus logros ante Beatriz, me entendería. Ella, mi pequeña, ha estado falta del cariño de una madre. La suerte que he tenido es que es muy madura, y siempre ha comprendido la situación en la que vivíamos. No puedo comprar el cariño que no tiene por naturaleza, pero le he procurado las mejores cuidadoras, los mejores maestros y los mejores médicos. No podemos tenerlo todo en esta vida. Usted también lo sabe.

Clara escuchó el alegato del empresario, al principio dispuesta a romper cualquier acuerdo que la atrapase en una jaula de oro. A medida que él hablaba, la emoción se apoderó de ella, mezclándose con las lágrimas que ya no podía ocultar. El amor de una madre era lo único que podía incluso con las cosas imposibles. Y la falta de ese afecto tan profundo, imaginándose a la pequeña, había derribado sus defensas.

Clara llevaba varias semanas ignorando las evidencias con las que su cuerpo la estaba avisando. No quería escuchar las señales, dos faltas notorias que alteraban el perfecto engranaje de su ordenada anatomía. Ni siquiera lo había hecho cuando, día tras día, la verdad se iba manifestando en las redondeces que marcaban partes de su contorno. Apartó el pensamiento de su cabeza y pensó que no tenía nada que perder, dirigiendo sus pasos hacia Federico, que no dejaba de contemplarla. Tanto las ausencias como las presencias, y algunos cambios que de momento solo ella podía apreciar, pronto serían

difíciles de esconder. Como quien está decidido a mover una pieza fundamental en el tablero, confiando en su determinación, tomó aliento, elevó el mentón y cruzó las manos en su bajo vientre. Las palabras salieron sin obstáculos que las pudieran confundir.

—Federico, estoy encinta y debo decírselo antes de que sea demasiado tarde —anunció sin que le temblara la voz—. No deseo dar muchas explicaciones y ni siquiera Miguel sabe la noticia. Solo le diré que soy una mujer honesta y no sería justo esconder algo que la naturaleza se encargará de hacer evidente en pocas semanas. No espero un juicio, si me permite el atrevimiento. Y si todavía está dispuesto a seguir con su propuesta, cuente conmigo. Si no es así, lo entenderé. Esto —añadió señalando su barriga— no podrá ocultarse por mucho más tiempo y desearía partir a Barcelona en cuanto fuera posible. Además —agregó esbozando una sonrisa—, estoy dispuesta y con gusto a hacerme cargo de Beatriz siempre que me necesite. Si está de acuerdo en que así lo haga.

—¿Lo amaba? —la sorprendió él, formulándole una pregunta que ni siquiera ella había reflexionado.

—Amar es un recuerdo que casi he borrado de mi mente, igual que el eco de los abrazos prometidos nunca dejaron de resonar en un mundo que tampoco existe.

—No me ha contestado a la pregunta —reiteró Cotar, dando un paso hacia ella, mostrándose serio ante una nueva que no imaginaba.

—No habría una sola respuesta. Lo amé porque junto a él descubrí el amor sin condiciones, al menos eso creí yo. Siempre hay condiciones y consecuencias, incluso cuando no te las explican. Y lo amé porque lo necesité para sentir que seguía viva en un lugar que nunca me ha pertenecido.

—Entiendo —contestó Federico, salvando con disimulo el contratiempo que le causaba la repentina noticia y los planes que ya había elaborado junto a la mujer a la que amaba en silencio desde hacía tiempo—. No le negaré la contrariedad con la que recibo su estado de esperanza. Mañana sin falta le daré una respuesta. No la entretengo más. Pasado mañana volvemos a Barcelona, aunque la próxima semana retomamos el tratamiento de Beatriz con el doctor

en el balneario de La Puda. Mandaré recado con Irene por escrito. Y si no le parece un atrevimiento, me gustaría invitarlos a Miguel y a usted a cenar aquí en casa. Beatriz me mataría si no lo hago y más sabiendo que se acerca el octavo cumpleaños del joven. Ella es muy insistente, se lo aseguro —sonrió al decirlo—, y yo muy condescendiente.

—Cuándo, ¿mañana? —preguntó ella.

—Sí, sí. Mañana por la noche. A las ocho si le parece bien. Cenamos a esa hora habitualmente.

—¿Aunque sea una despedida? —apuntó Clara, imaginando la posibilidad de una negativa del empresario a la propuesta que le había hecho hacía unos minutos.

—Aunque así sea —contestó él, sin aclararle muy bien los términos de la decisión que pensaba tomar respecto a ella y a su hijo.

—Estoy segura de que Miguel aceptará de buen gusto. Nosotros no solemos celebrarlo de un modo muy especial, así que imagino que estará encantado. Muchas gracias —dijo Clara, sin saber cómo despedirse del empresario.

Este avanzó un paso hacia ella y alargó la mano, ofreciéndosela mientras esbozaba una sonrisa que dejaba ver su perfecta dentadura. Clara lo imitó y así unieron sus manos, cruzando la mirada.

—No es necesario que avise a la muchacha. Conozco la salida. Hasta mañana entonces.

Y salió de allí, entre dudas y proyectos que tan solo unas semanas antes no habría podido imaginar. ¿Por qué la vida era un tropezón detrás de otro? ¿Cuántas veces más tendría que equivocarse antes de dar el paso adecuado? ¿Qué iba a decir a sus vecinos y a Rosario, si en la respuesta de Federico iba implícito un viaje sin retorno a la gran ciudad? ¿Qué estaba dispuesto a soportar aquel hombre, al que acababa de anunciarle su estado siendo una viuda? No alcanzaba a entender qué lo movía a encajar una noticia de aquel calibre en una sociedad retraída y marcada por el golpe en pecho y el castigo al pecador. Y ella… ¿cuál era su precio? No podía cuestionarse tantas cosas al mismo tiempo, se dijo abriendo la puerta. No recordaba que

Rosario debía de seguir esperándola cuando, al entrar al salón, se la encontró desparramada en la butaca, con las extremidades marchitas, casi desligadas de su cuerpo, y los ojos entreabiertos. Gritó su nombre, corrió a su encuentro y se arrodilló junto a ella cacheándole los mofletes. Después le tomó el pulso temiéndose lo peor. Y aunque no supo encontrarlo, fruto de los nervios, consiguió detectar los casi imperceptibles movimientos acompasados y lentos que se elevaban en el escote en su vestido. Seguía viva, se dijo buscando en sus pulmones un inacabado suspiro, aunque nada garantizaba que pudiera ser por mucho tiempo. Miró a su alrededor algo confusa y agarró un cojín que dejó acomodado en la cabeza de Rosario. Se levantó y, de nuevo en la calle, corrió casi sin rumbo hasta alcanzar de nuevo la puerta de la familia Cotar. Era la única persona que creía que podría ayudarla en aquel momento y aporreó la madera con todas sus fuerzas hasta que la doncella y el propio Federico asomaron tras la puerta sobresaltados.

—¡Es Rosario! Parece un ataque de apoplejía, no se mueve, aunque todavía respira. Hay que ir a buscar a un médico, por favor —suplicó ante la inmediata reacción del empresario.

—¿Y no será más fácil avisar al médico de aquí?

Clara ni siquiera había pensado en don Ceferino, el galeno que asistía a los olesanos desde hacía unos años. El mismo que había atendido a Miguel en las pocas ocasiones en las que había caído enfermo.

—Irene, acércate a su casa y dile que es urgente —apremió Federico, ordenándole a la muchacha—. Yo voy con usted a su casa. ¿Se sabe algo de su hijo, de Joan? —preguntó a Clara, que no despegaba los ojos de sus pies mientras estos iban a la carrera

—Creo que no —contestó ella con aliento entrecortado—, no se sabe nada desde que se marchó.

—Los hay que no tienen dos dedos de frente —dijo él mientras Clara abría la puerta.

No hubo respuesta alguna. Al llegar, junto al cuerpo lacio de Rosario, en el suelo se apreciaba una mancha que iba expandiéndose como el aceite, poco a poco, junto con un tenue olor extraño, casi imperceptible, que Clara supo reconocer al instante.

—Esperemos unos minutos, si le parece —intervino Cotar, sujetándola por el codo—. No creo que podamos hacer nada sin su intervención —añadió, refiriéndose al médico.

Ella frenó su impulso, el de acudir en socorro de su vieja y sufrida amiga, presintiendo la angustia que nacía desde la boca del estómago. Federico observó la palidez de su rostro, imaginando la impresión que debía de haberse llevado. De repente, Clara se llevó las manos a la cara y, tras varias arcadas sonoras que trató de mitigar inútilmente, el vómito brotó de sus entrañas. El almizcle rancio y apenas detectable que solo parecían percibir sus fosas nasales revolvió sus tripas, igual que la confirmación de unas señales invisibles e inequívocas de que Rosario había fallecido.

Unos minutos más tarde llegaban don Ceferino e Irene. Esta lloró al ver la escena, como si la muerta fuese alguien de su familia. Su juventud y la falta de costumbre habían despertado un sentimiento que no podía controlar y lloraba sin consuelo. El médico acudió al encuentro de Rosario y, tras confirmar lo que parecía evidente a ojos de todos, dio algunas instrucciones:

—Federico, ¿hay alguien a su servicio que pueda echarme una mano?

La pregunta extrañó al empresario, que buscó con el gesto de sus manos una explicación más detallada.

—El rigor mortis —aclaró el doctor—. Hay que tumbarla en el suelo o se quedará así hasta que los huesos no puedan…

—Entiendo, entiendo —lo cortó antes de que continuara con la explicación—. Yo mismo puedo hacerlo —se brindó, acercándose hasta la finada.

—Habrá que llevarla a su casa. Haré el certificado que confirme su fallecimiento e indicaré su dirección para no buscarnos más complicaciones. Aquí ya han pasado demasiadas cosas y no conviene remover las ganas de venganza. La muerte de la señora Montalbán ha sido por causas naturales y así lo haré constar.

—Llevaba semanas con unas molestias que le causaban grandes dolores —explicó Clara, volviendo de la cocina, todavía lívida—, y le había insistido varias veces en visitar a algún especialista, pero siempre me dio largas. Tenía que haberla obligado a acudir antes al

médico —se lamentó, derramando las primeras lágrimas—. ¿Es que no va a parar de morirse gente a mi alrededor? —lanzó al aire entre lamentos.

—No tiene que preocuparse por nada, Clara. Y mucho menos sentirse culpable por algo que no estaba en su mano. Nosotros nos encargaremos de lo que haga falta. Las vecinas de más edad de Rosario organizarán el velatorio y el doctor y yo haremos lo propio con el entierro, que espero sea cuanto antes. Avisaré al párroco y también haré lo posible por localizar al tarambana de su hijo —se brindó Cotar, con el beneplácito del médico y la cara de consternación que se le había quedado a Irene imaginando que ella tendría que custodiar a la muerta—. Acompaña a la señora en todo momento en el día de hoy y creo que será preferible que os vayáis a casa. Organiza lo necesario y ve a preparar algo caliente para comer. Y no te despegues de ella. Ni de ella ni de los niños —ordenó el patrón.

—Desde luego, señor, así lo haré —afirmó la muchacha, aliviada con la tarea que le había sido encomendada.

—Gracias. Ojalá mi hijo no tenga que verla así cuando llegue. Me parece acertado que Miguel pase el resto del día con Beatriz, y se lo agradezco de corazón. Yo necesito quedarme aquí para resolver algunos temas pendientes. Mañana no puedo faltar a… —Calló de repente, evitando dar más información de la necesaria.

El vacío que habitaba en su interior no podía ser más grande y la suma de decesos a su alrededor parecía una broma del destino. Ni siquiera había podido explicarle a Rosario sus planes. Aunque sabía que la mujer no estaría dispuesta a ceder tan fácilmente. Las miradas cruzadas en silencio de los últimos días y algunas de las actividades que Clara procuraba disimular no escapaban a la larga sabiduría de la vieja Rosario que, aunque era más lista que el hambre, últimamente prefería callar a vaticinar. Estaba convencida de que sabía que la partida de madre e hijo era cuestión de poco tiempo. Y de que en el viaje a un nuevo destino llegarían más de dos. Ella, como siempre, parecía ir un paso detrás de su propia vida. No había sabido vislumbrar las consecuencias en la dolencia anónima que había terminado con la vida de su socia.

Con pasos de plomo y seguida de la joven Irene, convertida de repente en su sombra, Clara se dirigió de nuevo a la cocina pensando en la cita que tenía con el letrado. ¿Cómo iba a ausentarse al día siguiente sin dar explicaciones? La pena, los nervios y la incertidumbre se mezclaban con el sudor que ya empapaba su cuerpo, provocándole nuevas arcadas. Había que hacerlo como fuera, se dijo envalentonándose. No podía esperar ni un día más para conocer las últimas voluntades de Montserrat.

—¿Se encuentra bien, señora? —se acercó a socorrerla la muchacha, ante la repetición de los pequeños sonidos huecos que subían hasta la garganta de Clara.

—Nada que no se pase en unos meses —contestó ella, apoyándose en el fregadero.

19

Después de muchas dudas, Clara había accedido a pasar la noche con Miguel en una de las habitaciones que el palacete de los Cotar tenía destinada a los invitados, alejada del cuerpo principal de la vivienda. La falta de energía de ella y la insistencia de su hijo para aceptar la invitación de Federico y Beatriz habían terminado convenciéndola. En realidad, no deseaba pasar la noche bajo el mismo techo en el que horas antes había perecido Rosario.

Madre e hijo apenas habían dormido. Extrañaban sus incómodas camas, mucho menos lujosas que aquel mullido colchón de olor a lavanda. Y entre preguntas y contestaciones las horas y la noche habían ido dando paso al día.

—Miguel, mañana tendré que ir a Barcelona con Gustavo. Tengo que visitar a un abogado por encargo de Montse. Ella murió hace algunas semanas y yo no lo he sabido hasta anteayer.

Le parecía cruel hablar de aquella manera con un niño de casi ocho años, pero no encontraba otra forma de confiar en él. Sabiendo la verdad creía asegurar la complicidad con su pequeño. Los ojos de este, enrojecidos por el cansancio, la observaban esperando saber más.

—Ya no quiero vivir más aquí, mamá. Puede que el espíritu de Rosario se quede en nuestra casa para siempre. ¿Y si se ha muerto enfadada?

—Pero qué cosas tienes, de verdad. ¿Qué espíritu ni espíritu? No sé con quién te juntas, pero como os oigan hablar por ahí de espíritus y no sea el de la Santísima Trinidad, os van a acusar de cualquier cosa.

—No es nadie de la escuela, mamá. Los compañeros de clase no tienen ese tipo de preocupaciones. Solo saben hablar de tonterías que a veces no entiendo, aunque ellos no paren de reírse.

—¿Y entonces? —lo interrogó su madre, cada vez más intrigada por las preocupaciones que abordaban la mente de su hijo.

—Beatriz. Es ella. Me contó ayer que algunas noches su madre viene a visitarla. Me dio un poco de miedo, aunque como yo no conozco a esa señora… no creo que venga a casa a saludarnos. Me confesó que piensa mucho en ella, con todas sus fuerzas. Y que se concentra mucho, o algo así. Me da pena que no pueda tenerla en carne y hueso, como yo a ti —confesó Miguel, abrazándose a Clara.

—Los espíritus solo están en nuestra mente —contestó sin demasiada convicción—. Además, en el hipotético caso de ser verdad siempre aparecerían para hacer el bien, como debe de ser su caso. Pero no es así, hijo; los que se van ya no vuelven. Y si lo hacen es solo en nuestros recuerdos, en las imágenes que guardamos de ellos aquí —dijo, llevándose el dedo índice a la frente —. De manera que descansa el poco rato que te queda o llegarás a clase y te dormirás encima del pupitre.

—El nuevo maestro quiere que nos aprendamos una lista de nombre de reyes muy larga. Además de los ríos de España y las provincias. Qué tontería lo primero, si ya están todos muertos. Al menos, saber los lugares que un día visitaré me servirá de algo — afirmaba el niño, cerrando y abriendo los ojos mientras su discurso se iba ralentizando.

Clara veía los esfuerzos que hacía Miguel por mantenerse despierto y le entraban ganas de reír. Su lógica era tan simple e inteligente al mismo tiempo, se decía, peinando con los dedos el oscuro y frondoso cabello que también había heredado de su padre. Pronto amanecería, pensó mirando a través de la ventana, recostándose a su lado.

Se había levantado y se había aseado en el baño que el dormitorio tenía anexo. Un lujo que recordaba de cuando era pequeña, en casa

de sus padres, y que no había tenido nunca más desde entonces. La suerte, si podía llamarse así, estaba de su parte. Había podido esquivar la presencia del empresario que, a primera hora de la mañana, se había ausentado por alguna causa que ignoraba. Mejor así, se dijo respirando el aroma de las tostadas y el café recién hecho que había sobre la mesa. Irene había preparado el desayuno para todos y la esperaba en el comedor, derecha como una vara, junto a la mesa, frotándose las manos y preocupada por la determinación con que le había anunciado que se iría sola. Guardarle el secreto a la señora le parecía un pecado y solo hacía que santiguarse.

—Por Dios, muchacha, deja de hacer eso que esto no es una misa ni yo soy el párroco. Si alguien te pregunta, que podría ser, solo tienes que decir que estoy solucionando algunas cosas de Rosario. Nada más. Y ni siquiera eso —se retractó—, que a nadie le importa dónde esté yo o dónde deje de estar, ¿de acuerdo?

—Ya me lo decía mi madre, que en paz descanse —se lamentaba la joven, doblando una y otra vez el mismo paño de cocina que había sacado del bolsillo, ante la resignación con la que tenía que aceptar las instrucciones de Clara—. Estar al servicio de una casa es más complicado de lo que parece y los señores siempre tienen algo que ocultarse entre ellos.

—Deja de llamarme señora, que solo soy Clara, una semejante a ti. La costurera, la relojera, la de siempre. Y no oculto nada, solo que tengo que ir a resolver un asunto que no puede esperar y que no hay que pregonar a los cuatro vientos. Ahora debo marcharme. Cuando se levante Miguel, procura que desayune bien y se vaya a la escuela como cada mañana. Nada de quedarse aquí con Beatriz. Yo estaré de vuelta antes de la comida. O eso espero —dijo antes de desaparecer de la vista, dejando a la doncella en un estado de nervios que nunca había conocido.

Clara se dirigió a su casa a buscar las notas que Montserrat le había escrito, junto con la documentación que acreditaría su identidad, tal y como le dijo Demetrio Silva. Al entrar, un desagradable olor a velas le levantó el estómago y fue a vomitar todo lo que había desayunado. Después se apresuró calle abajo

hasta llegar al colmado. El cansancio no la dejaba recordar el punto en el que habían acordado verse y, por las dudas, allí estaba delante de la puerta cuando, antes de que pudiera picar la madera con los nudillos, esta se entreabrió. Por suerte era él, Gustavo, y no su mujer.

—Buenos días —la saludó el hombre—. Adelántate tú hasta el garaje que ahora mismo voy yo. Ya me enteré ayer de lo que pasó, pero ahora no nos podemos entretener. Yo pensé que igual no venías. Y la Engracia estaba empeñada en ir esta mañana a darte el pésame. Por suerte la he convencido de que era mejor estar en el velatorio de esta noche, después del cierre porque estos días tenemos mucha faena.

—De acuerdo, nos vemos donde el ayuntamiento —resumió Clara antes de salir camino de los arcos donde se guardaban las diligencias que llegaban al balneario de La Puda.

El fresco de la mañana era un bálsamo para ella. Su cuerpo, un carrusel de temperaturas y sensaciones extrañas que había vuelto a reconocer con el paso de los días, provocaban una suma de recuerdos que la trasladaban de nuevo a sus orígenes. Y ahora no podía detenerse en la memoria. Había que mirar hacia delante, se dijo, uniéndose a los pocos lugareños que ya se disponían a subir en el Chevrolet.

—¿Llevas todo lo necesario? —le preguntó con discreción Gustavo, al darle el cambio antes de ponerse en marcha.

—Sí —le aclaró ella.

El trayecto transcurrió sin contratiempos y Clara pudo recostar la cabeza sobre el cristal, permitiéndose un duermevela que, junto con el traqueteo del camino, la habían llevado a un sueño entrecortado. Todos los pasajeros habían bajado ya del vehículo y Gustavo la zarandeó con cuidado al comprobar que seguía dormida.

—Ya hemos llegado. Mi compadre también está aquí. Podemos tomar un café o lo que te apetezca en un bar que conozco aquí cerca. Luego tendremos que subir en el tranvía. No tengo las piernas para caminar tanto y tenemos un buen trecho hasta el sitio al que vamos.

—Ni yo. No tengo fuerzas. No me apetece tomar nada, estoy revuelta, pero lo acompañaré donde diga —afirmó ella, extenuada—. Tengo muchas ganas de acabar cuanto antes con esta intriga.

La finca donde estaba situado el despacho del abogado se hallaba en uno de los lados del Ensanche barcelonés. Se erigía dentro del conjunto de calles anchas y chaflanes de forma octogonal, característicos de una zona que se había construido fuera de las murallas de la ciudad. Clara observaba los detalles de los edificios, el incesante ir y venir de las personas que, de forma anónima, compartían el espacio en las aceras. Caminaba un paso detrás de Gustavo. Este parecía más seguro de sí mismo mientras ella se iba recreando en las vistas de aquellas fachadas majestuosas que se elevaban al cielo.

Habían llegado al portal y Gustavo se fijó en los carteles que lucían en una de las paredes exteriores. Al parecer, el letrado Silva no era el único en anunciarse. Una academia de estudios administrativos, una consulta médica y un taller de costura eran algunos de los negocios que parecían estar establecidos en la finca.

—¿Sabemos qué piso es?

—Pues no, solo había indicación del número del portal.

—No hay de qué preocuparse. Seguro que tienen servicio de portería. En la ciudad, y más en esta zona, no se andan con chiquitas. Hay parné. Y dime, muchacha, ¿no te parece que deberías ir al médico? —preguntó de repente, deteniendo su mirada en las oscuras sombras que se marcaban bajo los ojos de su vecina—. Aquí mismo hay uno —la animó, señalando la placa donde lo indicaba.

—No se preocupe, Gustavo. Es cuestión de tranquilizarse un poco. Aunque ya ve cómo está el panorama. Veamos qué nos cuenta este señor letrado.

Clara no sabía cómo zanjar la conversación, así que sonrió sin decir nada más y agachó la cabeza. Se había puesto su mejor vestido, y aunque había dado un poco de color a su cara sabía que su aspecto no era el más saludable. No tenía ganas de seguir con la charla y todavía conservaba en su pituitaria el recuerdo de los olores concentrados que había tenido que soportar en la cafetería donde habían parado mientras Gustavo y algunos conocidos suyos tomaban

el desayuno. Por cortesía, y por la insistencia del chófer ante su negativa, había aceptado una taza de leche caliente que en pocos minutos había vomitado.

El hombre empujó la puerta de hierro forjado que los separaba del vestíbulo, un espacio amplio y rectangular decorado con dos columnas laterales y paredes engalanadas de elegantes filigranas doradas. Era lo más bonito que Clara había visto, y se preguntó cómo era posible tanta belleza a tan pocos años de los bombardeos que habían destruido muchas calles de la ciudad. Iba inmersa en sus pensamientos cuando de una de las esquinas apareció un hombre de aspecto serio, vestido con una americana y una gorra con visera.

—Buenos días —saludó él.

—Buenos días —le devolvieron ambos el saludo al mismo tiempo —. Venimos a visitar al señor Demetrio Silva Doménech, ¿puede usted indicarnos el piso?

—¿Tienen cita con él? —los interrogó el hombre.

—Sí, señor, por supuesto que tenemos cita —se adelantó en decir Clara, necesitada de una silla para descansar—, hablé con él ayer mismo. Mi nombre es Clara Castelao, por si tiene que anunciarnos. Si es tan amable de indicarnos…

—De acuerdo —la cortó el portero—, es el segundo tercera. Toquen tres veces a la puerta y les abrirá su asistenta. ¿Desean subir en el ascensor? En realidad, es un tercer piso contando en entresuelo.

—Muy agradecida —dijo Clara, apoyándose en la pared—. Estoy algo mareada y preferiría ahorrarme unos escalones.

—Pues tenemos un problema —anunció Gustavo con gesto contrariado—. Tengo miedo a los espacios pequeños y cerrados. Yo te espero arriba si no te importa —decidió mientras le abría a Clara las puertas del elevador, un viejo artilugio colgado por grandes cuerdas sujetas por unas poleas que quedaban a la vista.

En realidad, Clara no conocía ni las manías, ni los miedos, ni las costumbres de aquel hombre amable y enjuto con el que había entablado una amistad más interesada por su parte que por la de él. Volvió a sonreír viendo su cara de miedo y la palidez repentina de su cara, que casi podía compararse con la suya propia.

—Me sorprende, pero no lo obligaré a meterse aquí conmigo. Nos vemos arriba —le dijo ella, pulsando el botón.

En el rellano localizaron la puerta en la que se indicaba el despacho del abogado y Gustavo se dispuso a llamar tres veces como les habían indicado. Unos segundos más tarde, desde dentro se oyeron pasos aproximándose. Un taconeo que se iba haciendo más audible. Varios cerrojos se fueron moviendo tras la puerta antes de que esta empezara a abrirse.

—Buenos días —saludó una mujer, asomándose solo en parte.

—Buenos días —repitieron Clara y Gustavo, adelantándose hacia la entrada.

—Tenemos cita con el señor Silva. A las once —especificó ella mirando su reloj—, nos hemos adelantado un poco —aclaró rogando en su pensamiento que los dejaran entrar ya.

—Un segundo, por favor. ¿Me recuerda su nombre?

—Soy Clara Castelao. Vengo acompañada de un amigo de toda confianza —añadió viendo cómo la asistenta no dejaba de mirar al acompañante.

—Está bien. Ahora mismo vuelvo —dijo antes de cerrar la puerta.

—Qué modales —se quejó Gustavo—, ni que hubiéramos pedido una audiencia al rey.

—¿De qué rey me está hablando? —dijo Clara, mirándolo con extrañeza.

—Mujer, de cualquiera. Es una forma de hablar. Aquí ya no tenemos de eso.

—Gustavo, solo le pido que midamos las palabras. No sé qué pasará ahí dentro.

—Puedes estar tranquila, yo callado como una estatua de yeso —comparó el conductor, marcando sus labios de un lado al otro con los dedos mientras la puerta del letrado volvía a abrirse.

—Adelante, ya pueden pasar —les indicó la mujer, dejando ver su figura antes de hacerse a un lado—. Tenemos nuestras precauciones —se justificó, ayudándose de una afirmación con la cabeza.

Esperaron a ser acompañados a través de un pasillo hasta el final, donde les hicieron sentarse. Se trataba de una pequeña sala decorada con varios cuadros en los que se destacaban diferentes

títulos y siempre el mismo nombre; el del abogado. También había un periódico que Gustavo se afanó en ojear. Clara seguía indispuesta, una eventualidad que imaginaba que duraría hasta por la tarde, como las otras veces que se había sentido mal al levantarse. Si las cuentas no iban erradas, pronto llegaría a las tres faltas, circunstancia que acabaría con los mareos matutinos. Por otro lado, y a pesar de su delgadez, el abdomen empezaba a redondearse y su cintura había perdido algunos centímetros. Su cuerpo estaba cambiando antes de lo previsto, pensaba ella cada mañana después de cerciorarse de aquellos síntomas que la habían cogido desprevenida. Concentrada en sus planes de futuro, se sobresaltó al ver aparecer a un hombre alto, de complexión fuerte, que venía a saludarlos con una sonrisa que a Clara le pareció de lo más bonita. Aunque su cabello pintaba algunas canas, era más joven de lo que se había imaginado al escuchar su voz el día de antes.

—¿Doña Clara Castelao Comas? —se dirigió hasta ella, estrechándole la mano antes de que pudiera contestarle—, déjeme decirle que la acompaño en el sentimiento. Montse y mis padres mantenían una larga amistad que, por desgracia, muere con el deceso de la finada. Mis recuerdos entre conversaciones, pruebas de vestidos y retales son muy agradables. Ellas eran las amigas. Luego se añadió mi padre. Pero pase, pase —la invitó a levantarse para que lo siguiera—, y disculpe el instante nostálgico —añadió, ya de espaldas a ella.

—No hay nada que perdonar, faltaría más. Montse era para mí como una madre. Quería hacerle una pregunta —dijo, cambiando de tema—, ¿podría entrar conmigo el señor Gustavo? Es de mi total confianza —añadió, por si aquello convencía al abogado.

—No será necesario, créame —escuchó Clara, evidenciando el disgusto que la negativa le causaba—. Es un trámite sin complicaciones, ya verá. Y la discreción es uno de nuestros lemas. Más hoy en día, cuando las paredes parecen tener oídos y ojos en todas partes. Enseguida estará de nuevo aquí —añadió educadamente, dirigiéndose a Gustavo, que todavía tenía *La Vanguardia Española* entre sus manos.

—Por mí no se preocupen —respondió él—, así me pongo un poco al día de lo que pasa en el mundo.

Clara tuvo que conformarse. Se levantó y siguió a Silva hasta la puerta que él abrió, ofreciéndole entrar primero a ella.

—Tome asiento —la invitó una vez dentro, retirándole una silla que ella se dispuso a utilizar.

—Muchas gracias, lo cierto es que estoy muy cansada. Muy amable.

—Sí, no querría ser indiscreto, pero ¿se encuentra usted bien?

—La verdad es que me he levantado con mucho malestar —mintió —. Y luego, el viaje hasta aquí no ha ayudado mucho —explicó, intentando disimular la impresión que le provocaba el olor a madera de roble y a especias que penetraba a través de su nariz.

—Voy a buscar un poco de agua, aunque quizá se le ofrezca mejor una limonada. Carmen las prepara muy ricas.

—Agua será suficiente, gracias —dijo Clara, resoplando ante la intensidad de unos olores que le volvían a remover el estómago.

Solo quería conocer el motivo de la visita y marcharse cuanto antes. Desde que intuyera su estado de buena esperanza, las molestias no habían parado cada mañana. El agotamiento, la falta de alimento y la turbina en la que se encontraba su estómago hasta entrada la tarde estaban haciendo estragos en su ánimo. ¿Cómo se iba a enfrentar a una nueva vida en las circunstancias en las que se hallaba? Y la respuesta vino sola, recordándole cómo había huido de su pueblo años atrás, entre vómitos mientras corría de noche por los matorrales.

—Ya estoy aquí —anunció el abogado, sonriendo mientras le entregaba un gran vaso de agua fresca—, espero que no esté muy fría.

—Estará perfecta, gracias —dijo ella, llevándose a la boca un sorbo grande que le supo a gloria—. Cuando quiera podemos comenzar. Gustavo tiene hora de volver a su coche de línea. Es conductor y me ha hecho el favor de acompañarme —se atrevió a apremiar al joven letrado, que parecía no tener ninguna prisa.

—De acuerdo. Voy a sacar el expediente de Montserrat Solís, en el que se redactaron y firmaron ante notario sus últimas voluntades.

—Ayer murió otra persona muy cercana a mí. Las desgracias nunca vienen solas —se lamentó Clara, ante la sorpresa de Silva.

—Vaya, lo lamento doblemente —la consoló, abriendo un dosier de la carpeta que había extraído—. Verá, Montserrat siempre fue muy previsora y ya hace un tiempo que vino a verme para dejar en orden sus cosas. Entre ellas sus últimas voluntades. Todo está aquí. En estos documentos se deja constancia de que ella me nombró albacea de su herencia. El testador, nuestra amiga común, pensó que dados los tiempos que corren y en sus circunstancias, lo mejor sería designar alguien de confianza y libre de sospechas para administrar el patrimonio. Hasta la fecha, como mujer viuda y sola con un hijo menor, estuvimos de acuerdo en que la figura que yo ejerceré a partir de ahora podrá facilitar la toma de decisiones que requieran de una firma autorizada.

—Va a perdonarme, don Demetrio, pero es que estoy un poco aturdida y no acabo de entender lo que está refiriéndome. Por eso le comentaba lo de Gustavo —resopló Clara, visiblemente afectada por un ataque de calor que enrojecía su pecho y su cara.

—Soy la persona que administrará sus bienes a partir de hoy. Montserrat la nombró heredera de su patrimonio —acortó el abogado la explicación, comprendiendo que su clienta no estaba para muchas florituras—. De su patrimonio y del de su hijo hasta que este sea mayor de edad. Hasta esa fecha yo seré quien administre sus bienes bajo la autorización tácita suya, por supuesto. El legado que será suyo propio, desde que dé su consentimiento con una firma en esta documentación, será totalmente gestionado por usted. Solo tendrá que solicitar mi presencia cuando esta se requiera para una rúbrica o autorización expresa. Yo mismo he redactado un documento que le concede el derecho en la mayoría de los casos. ¿Estoy yendo muy rápido? —preguntó el hombre, preocupado por la repentina palidez que mostraba Clara donde hacía unos minutos había sofoco—. Voy a abrir la ventana un momentito, para que entre el aire —se brindó, sin saber muy bien cómo abordar la situación—, y si lo prefiere puedo avisar a Carmen, mi asistenta.

—Necesitaría ir a un lavabo, si no le importa —pidió Clara, llevándose las manos a la boca para evitar el vómito que sentía en

su interior.

—Desde luego, acompáñeme al pasillo y le indico —convino Demetrio, un tanto preocupado, levantándose.

Clara afirmó con la cabeza, evitando abrir la boca antes de que ocurriera lo inevitable. Ya en el aseo, limpio y espacioso, se acuclilló en el váter y forzó la arcada. No tenía nada dentro de su estómago y, sin embargo, los espasmos no paraban. Estaba desesperada, sudorosa y nerviosa por la hora en que debían volver al coche de línea. ¿Heredera?, se preguntaba asomada en el espejo, refrescándose la cara con agua y comprobando aquellas manchas diminutas que parecían picaduras de mosquito bajo sus ojos. Llenó sus pulmones de aire varias veces, comprobando que el estómago parecía haber vuelto a su sitio de momento, y abrió la puerta, dando un respingo al comprobar que Carmen, la mujer que les había abierto la puerta, estaba esperándola.

—¿Se encuentra mejor? —le preguntó acercándose a ella, ignorando el sobresalto que Clara se había llevado al verla.

—Sí, eso parece. Estos viajes y tantos nervios no son muy recomendables —agregó, restándole importancia a lo que ocurría.

—Ni los primeros meses en muchos casos —añadió la mujer, sonriendo bajo una mirada cómplice que Clara no pudo esquivar—. Pero no se preocupe, si algo tiene la ciudad es su anonimato. Si en un futuro próximo me necesita, vivo en el portal contiguo al piso de la señora Montserrat. A su piso de usted a partir de ahora, quiero decir —corrigió, como si Clara ya supiera todo lo que Silva tenía que explicarle—, igual me he adelantado un poco. Disculpe. Venga, que la acompaño de nuevo al despacho.

—Muy amable. Y gracias por la discreción. En pocas semanas no serán los vómitos, sino algo mucho más evidente lo que no podré disimular —anunció Clara con un pellizco de vergüenza.

Entró de nuevo en la sala y Demetrio Silva no estaba. Se acomodó, entreteniendo la vista en las hileras de libros que rodeaban buena parte de la estancia. Vastos volúmenes de derecho civil, derecho romano, mercantil, penal… junto a algunos autores que solo le sonaban de oídas y que imaginaba que no estarían prohibidos por el régimen. El aroma a madera tratada volvía a

invadir su sentido del olfato, y temió por ello y las consecuencias que volvieran a repetirse, aunque esta vez rogó para dominar la situación. El despacho contaba con una gran ventana de dos hojas, tapada por un visillo trabajado con vainica. Una obra de arte, se dijo recorriendo con la vista las perfectas puntadas de un trabajo exquisito que nunca había probado a hacer.

—Las cosía mi madre. Estas y las de toda la casa —apuntó el abogado, fijándose en la admiración que parecía causarle la manualidad a su nueva representada—. Tenía mucha paciencia, con eso y con el encaje de bolillos. Nunca he entendido cómo se pueden hacer esas puntillas tan perfectas moviendo tal cantidad de hilos y sin equivocarse. Para que luego digan que estudiar derecho es difícil. Esto lo es mucho más —sonrió, mostrándole a Clara el gesto de ternura que transmitía recordando a su madre.

—Cierto. Yo también me he movido entre costuras durante los últimos años. Ni mucho menos como Montserrat, o como esto —aclaró, señalando las cortinas—, pero me he ganado la vida cosiendo encargos para varios sitios, entre ellos una reputada casa de telas aquí en Barcelona.

—Ribes i Casals, lo sé —afirmó el hombre.

—Debí de suponer que estaba al corriente —contestó ella, mirándolo a los ojos, algo molesta de que su vida estuviera en boca de extraños una vez más.

—No se moleste —dijo él, detectando la incomodidad de ella—, saber sobre mis representados forma parte de mi trabajo. Unas veces me lo cuentan ellos, otras debo averiguarlo yo. Los empresarios textiles son clientes desde hace muchos años. Ya lo fueron de mi padre. Por suerte heredé buena parte de su cartera de valores, aunque no toda. Ya sabe, las circunstancias políticas mueven sus influencias según encarte. Pero no me quejo. Ni de unos ni de otros. Y ya no la quiero entretener más con mis cosas.

—Sí —lo animó Clara a seguir—. Entonces, ¿quién será usted para mí desde el momento en que yo acepte lo que me ha propuesto antes?

—Deberás verme como un amigo, Clara. Por eso voy a tomarme la libertad de tutearte y espero que tú hagas lo mismo a partir de

ahora. Entiendo que todo esto supone un giro importante en tus circunstancias vitales y económicas. Montserrat, aunque estuvo casada alguna vez, ha sabido organizar sus ahorros y hacerse con una suma de dinero que se encuentra a buen recaudo. No deja más herencia que el piso que ahora será tuyo y más adelante de Miguel, tu pequeño. Después de saldar la deuda contraída con Ramón Rojas y Ramona Barberán, que en paz descanse, tu asignación será suficiente para que podáis vivir los dos, aunque desconozco si querrás continuar con el atelier de costura que Montse fundó y que tanto le ha dado. Para ella, fue su vida por muchas razones. Ya me entiendes. —Enmudeció Demetrio durante unos segundos, esperando que Clara comprendiera, hasta que ella afirmó en silencio, captando el mensaje mudo—. Tú decidirás qué haces con la vivienda. Las escrituras ya están hechas a tu nombre y, en caso de renuncia, solo tengo que quemar los documentos. En unos años, el Estado se quedará con todo.

—¿Sabe algo de Ramón? —preguntó, sin ni siquiera pensarlo—. Me dejó muy preocupada y me gustaría saber…

—Todo a su tiempo, Clara, todo a su tiempo. Ahora lo que importa, por los plazos legales y esas cosas de la burocracia, es solucionar lo de tu herencia. Luego ya iremos aclarando otros términos secundarios. Perdona que no te dé más información.

—De acuerdo —se resignó Clara, ante la tentativa fallida de saber el paradero de Ramón para preguntarle por Abel. La razón era obvia y quizá ese fuera motivo suficiente para hacerlo recapacitar—. La verdad es que estoy abrumada y no sé ni qué decir. Mi vida, una existencia de apariencia anodina y conformada por las circunstancias que quizá conozcas —lo tuteó por primera vez—, se ha convertido en un torbellino con varias espirales en el que de repente me encuentro absorbida por trágicas circunstancias. Las mismas que, por otro lado, están cambiando el orden de todos los factores que hasta la fecha parecían inamovibles en el único camino que he conocido desde que llegué. No he llorado lo bastante la falta de tantos seres queridos que, en pocas semanas, han marchado de mi lado. Ni siquiera la ausencia de los que me han abandonado sin dar

señales de vida. Todo es tan fácil y tan difícil al mismo tiempo… —expresó, dejando sin terminar la frase.

—Algo sé de tus vicisitudes, aunque no el detalle. De todos modos, lo único que tienes que hacer es llevarte estos documentos a casa, leerlos con calma y preguntar todo lo que dudes. Yo estaré para asesorarte en lo que precises Y, si das conformidad de las voluntades de Montserrat, los firmarás y serás la dueña de todo lo que en ellas se detalla.

—Muchas gracias, Demetrio. No creo que tenga que pensarlo mucho, pero debo hablar con mi hijo. Se merece al menos una explicación y saber qué va a ser de nosotros a partir de ahora. Vengo de escuchar otros planes —se sinceró Clara—, aunque la herencia que recibiré de mi estimada amiga no creo que sea incompatible con lo que venía pesando en el camino. En fin, la vida te va poniendo obstáculos. Incluso cuando estos parecen ser fáciles.

—¿Te encuentras mejor? —comentó el abogado, observando el color rosado de las mejillas de Clara cuando esta le sonrió retirando la silla para levantarse.

—Sí, por suerte. Hay días que no sabe una cómo van a remontarse. Por cierto, creo que Carmen y yo haremos muy buenas migas. Aunque a veces sea difícil verlo, tengo mucha suerte con la mayoría de las personas que se cruzan en mi vida. Se queden o permanezcan en ella, de casi todas guardo un buen recuerdo. Y ya no te entretengo más, que Gustavo debe de estar mordiéndose las uñas viendo que tardo tanto.

—Te acompaño.

—No es necesario. Conozco el camino hasta la salita. Muchas gracias de nuevo y espero que nos veamos pronto.

—Pide cita en cuanto tengas tomada la decisión.

—Descuida. —Alargó Clara su mano hasta el brazo de Demetrio, apretándolo en gesto de gratitud.

En el viaje de vuelta y, después de haber pasado la peor mañana que recordara en mucho tiempo, Clara se quedó dormida. Ni los baches ni las curvas lograron despertarla hasta que Gustavo la zarandeó.

—Parece que te hubiera picado la mosca esa del sueño —le dijo, balanceándole el brazo.

—Sí, no sé qué debe de ser. ¿Ya estamos en Olesa?

—Así es.

—Muchas gracias por todo —le contestó ella, comprobando que nadie sería testigo del abrazo que iba a darle al hombre—. La vida es cambiante y la mía parece querer llevarse el calificativo en mayúsculas. Deséeme suerte, Gustavo. Prometo que haré un traje para usted y un vestido a su mujer en cuento pueda.

—Pues no voy a despreciarte el detalle, que las telas van muy caras y las buenas costureras escasean. Entiendo que la visita con el señor letrado ha sido positiva —quiso saber, sin atreverse a preguntar más—, y gracias a Dios, el vómito parece haberse cortado, ¿verdad? —apreció el hombre, haciendo un gesto afirmativo.

—Pues no le diré que no. En unos días, en cuanto Rosario, pobre mía, descanse en paz y yo pueda organizar lo de la casa… me refiero al alquiler y a algunas deudas que me quitan el sueño, tendrá noticias mías. Tendré que volver al despacho de Demetrio con la documentación que me ha dado —le hizo saber, palpando con la mano el bolso que la acompañaba.

—Pues a mandar. Ya sabes dónde estoy. Por desgracia nos volvemos a ver mañana.

El interrogante se dibujó en el gesto que Clara le devolvió al conductor. Este, con la cara de bonachón que lo caracterizaba, sonrió y le aclaró:

—Rosario, mujer. Rosario.

—Qué vergüenza, Gustavo. ¿Cómo se me ha podido olvidar algo tan serio? Claro, ahora mismo me acerco a su casa. Ya deben de haber empezado los preparativos para su último adiós —dijo, santiguándose—. No sé en qué estaría yo pensando.

—En la vida, y no en la muerte, lo más seguro. Así es esto. Hasta mañana.

—Adiós, y muchas gracias de nuevo —reiteró ella, elevando la palma de su mano a modo de despedida.

20

Miguel salió de la escuela y se dirigió a casa, con la callada esperanza de que su madre todavía no hubiera vuelto. Se sentía un poco culpable por desear tales cosas, aunque en su fuero interno no podía dejar de imaginarse una vida como la que estaba teniendo las últimas horas. Una casa amplia y de estancias luminosas; ricas comidas en una cocina repleta de alimentos; armarios llenos de sábanas nuevas que olían a gloria… y libros, muchos libros que escondían el saber y el conocimiento que tanta curiosidad le despertaban. Todo junto causaba en él una sensación extraña de embriaguez que no era capaz de reconocer porque nunca había experimentado algo similar en su corta edad. En su pensamiento envidiaba a aquella gente rica, aunque sabía que no era bueno que unos lo tuvieran todo, y de sobra, y a otros les faltara hasta lo más necesario para vivir. Que unos pudieran hablar a sus anchas de aquello que pensaban y otros desaparecieran de la noche a la mañana sin dejar rastro. No era bueno, se repetía cada vez que las ganas de cambiar de bando lo hacían estremecerse.

Durante los últimos días había podido disfrutar de algunas lecturas a las que, incluso, los había acompañado el padre de Beatriz. Él permanecía sentado en una gran butaca en la que leía el periódico en silencio mientras ellos debatían sobre cualquier tema. Su sola presencia llenaba el espacio de un modo especial, se había dicho Miguel, imaginando la figura del padre que nunca había tenido. Y toda la abundancia que los rodeaba era maravillosa, pensó para sus adentros, abstraído en sus cábalas mientras golpeaba la aldaba. Cuando ya creía que no había nadie en casa y un suspiro de victoria

quedó atrapado en sus pulmones, Clara abrió la puerta y sonrió abrazándose a él.

—Hola, mocetón. Qué ganas tenía de verte. Anda, entra.

—Hola, mamá. Pensé que no estabas.

—Pues ya ves que sí. Aunque parece que no te alegres de verme. ¿Y esa cara? —lo interrogó Clara al separarse de su cuerpo y comprobar la poca efusividad con la que la había recibido.

—Claro que me alegro, mamá. ¿Cómo ha ido en Barcelona? —preguntó por cortesía—. Tienes muy mala cara, ¿te encuentras bien?

—Hoy todos se empeñan en preguntarme lo mismo —bromeó ella, restándole importancia a su aspecto—, y he tenido mejores momentos, no voy a negarlo. Pero pasa, hijo, que pareces una visita ahí en el recibidor. Ahora mismo voy a ver si arreglo un poco mi peinado y pareceré otra. No he pasado buen día, para qué voy a decir otra cosa. Y tendré que remediarlo o no dejarán de interrogarme toda la tarde.

—¿Es que viene alguien?

—No, Miguel. Mejor dicho, voy, o vamos. Si no quieres acompañarme respetaré tu decisión. El velatorio de Rosario empezará en pocas horas y debo estar allí sin falta. Y que Dios me perdone si digo que no tengo ganas de ir. Estoy muerta de cansancio, hay mil cosas que hacer y en pocos días nuestras vidas, la tuya y la mía —remarcó señalando con el dedo índice hacia ambos lados—, cambiarán mucho. Mientras tanto, tendrás que quedarte solo un rato o venir conmigo a casa de la pobre Rosario. Yo no puedo faltar y además se lo debemos. Es la última persona que nos ata a este pueblo y con ella cerraremos una etapa que nunca olvidaremos. A su manera, siempre nos ha protegido mucho. Y nos quería.

—También puedo ir a casa de Beatriz. Esta mañana me ha dicho que a lo mejor su padre no vendrá a dormir hoy, que le había dado permiso para que me quedara con ellas y que Irene es muy miedosa. Te lo prometo —añadió Miguel, dándole veracidad a la propuesta—. Si no puede hoy, volverá mañana por la mañana. Además, no pienso quedarme solo en esta casa de muertos ni un minuto.

Clara lo miró con cara de circunstancias, buscando una respuesta que no era capaz de encontrar. No tenía ni siquiera la energía suficiente para reñirle, aunque no le gustaba que diera por sentada ninguna afirmación categórica que como madre le correspondía. La propuesta de que Miguel volviera a casa de los Cotar no le hacía ninguna gracia, pero no se veía con fuerza para obligarlo a acompañarla a un velatorio en el que el olor a cirio y los rezos durarían toda la noche, como era costumbre en los pueblos. Las vecinas y los curiosos irían relevándose para acompañar a la finada hasta el momento de llevarla a la iglesia y al cementerio.

—Está bien. Mucho te estás acostumbrando tú a la buena vida. Solo por esta vez, ¿me oyes? Mañana mismo se acabaron las visitas a casa de unos y otros. Del colegio a casa y de casa al colegio. Tendrás que ayudarme con muchas cosas aquí. Hay que dejarlo todo listo y bien atado.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Miguel, abriendo mucho los ojos.

—¿Cómo vamos a irnos ya a ninguna parte? Tu impaciencia me agota, ¿sabes? Anda y prepara lo que tengas que llevarte a casa de Federico mientras yo me tomo un cuenco de leche migado. Espero no vomitarlo —se le escapó decir.

—¿Y por qué ibas a vomitarlo? —preguntó el chiquillo, mostrando preocupación.

—Por los nervios, Miguel. Por los nervios —le repitió su madre, esquivándole la mirada, aunque sabía que el asunto en cuestión que quería ocultarle todavía escapaba al alcance de su inteligente hijo—. ¿Te parece poco la que tenemos encima? —preguntó al aire, para zanjar el tema.

Pasados unos minutos Miguel, que sabía cómo ablandarla, merodeó alrededor de su madre durante un buen rato, viéndola tomar su leche mezclada con pan duro que siempre guardaba en la despensa. Le habló de qué nuevas cosas había descubierto en los libros, del sabroso menú que había comido y de cómo Beatriz y él se reían de Irene al verla con cara de susto casi todo el día, hasta que Clara lo detuvo.

—Cariño, tengo que irme. Mejor dicho, tenemos que irnos. ¿Lo tienes todo listo?

—No tardo nada. Pero no puedes dejarme con las dudas.

—¿Se puede saber de qué dudas me hablas? —resopló ella, cansada de tantas explicaciones que en ese momento no le apetecían.

—¿Qué ha ocurrido hoy en Barcelona? Va, mamá, dime que pronto nos iremos de Olesa y nos mudaremos a vivir a la ciudad. Me lo prometiste, y las promesas hay que cumplirlas.

—Todo a su tiempo, señorito impaciente. Pero sí. Montserrat fue muy generosa en vida y también a su muerte —afirmó sin poder evitar la emoción que se agolpaba en su garganta—, así que en pocas semanas nos podremos mudar al centro de la ciudad, como siempre habías soñado.

—¿Cerca de Beatriz?

—Allí todo queda cerca, y es posible que la veamos muy a menudo —respondió ella, evitando explicarle los planes que Cotar tenía para ambos—. Y se acabó el interrogatorio —zanjó ante las quejas sobreactuadas que el niño le mostraba—, que tengo que ir a cambiarme y ponerme ropa de luto.

—Qué extraño que todo el mundo se vista de negro cuando muere alguien —expresó Miguel, murmurando otras frases que Clara dejó de oír al subir las escaleras.

Minutos más tarde bajó de nuevo, enfundada en un vestido negro y un pañuelo del mismo color, sujeto por una horquilla que alzaba el moño que se había recogido. El flequillo era la única parte visible de su cabellera. Miguel la miró, reprobando el aspecto que tenía y que hacía juego con sus ojeras. Ella sonrió, sabiendo que aquel no era su mejor reflejo.

—Ya lo sé, no me favorece. Pero es la muestra de respeto que nos caracteriza en esta sociedad y en un entierro, hijo. En otros lugares se visten de blanco, para que veas las rarezas de la gente. Nunca he llevado luto por nadie, y ahora solo serán unas horas, te lo prometo.

—Yo no he dicho nada —se excusó Miguel, encogiéndose de hombros—, y ya tengo aquí todo lo que necesito.

—Pues ya podemos irnos —zanjó Clara, adelantándose a la puerta.

Suspiró sin que Miguel la viera, controlando la sensación de angustia que se había instalado de nuevo en su estómago. Las tardes eran más benévolas con su estado, se consoló recordando las náuseas de otras veces y la desaparición después de un rato. Y no rezó, porque llevaba años sin hacerlo, pero imploró a las energías cósmicas que los mareos se ausentaran durante las horas que restaban del día. Miguel sería la excusa perfecta para retirarse del velatorio temprano. Rosario estaría bien arropada durante la noche por el vecindario que acudiría a darle un último adiós. Y ella, la vieja estraperlista y mujer valiente que había sabido lidiar con todo hasta su muerte, sabría perdonar su ausencia desde la morada de las almas.

Esperaron a que Irene abriera la puerta y Miguel entró acelerando sus pasos. Un beso fugaz y un hasta mañana fueron su despedida antes de desaparecer de la vista. Aquella casa se había convertido en un lugar de confianza para ambos y ni siquiera le preocupaban las consideraciones que pudieran estar haciéndose en el pueblo. Pronto serían dos personas cuyas vidas pasarían desapercibidas entre otras tantas. Sonrió a la muchacha, que la miró con el susto habitual que habitaba en sus ojos.

—Miguel dormirá aquí otra vez. Espero que no te dé mucha guerra.

—Es muy bueno, y siempre tiene conversación, se hable de lo que se hable. Es muy listo su niño. Igual que ella —añadió, refiriéndose a Beatriz—. Yo no entiendo la mitad de lo que explican a veces. Se enzarzan en unas discusiones… —resopló la muchacha.

—Sí, muy listo para lo que quiere —sonrió Clara, restándole importancia a la apreciación que ya había podido hacer la doncella sobre los niños—. No me entretengo más. Mañana sin falta vengo a buscarlo a la hora del colegio.

Después de despedirse, Clara tomó camino rumbo a casa de Rosario, recapacitando. Era propietaria de un piso en Barcelona, y los ahorros de su estimada amiga Montse ahora le pertenecían. Ambas cosas le darían el valor para enfrentarse de nuevo a Federico

y expresarle con sinceridad la decisión que había tomado. Aceptaría mudarse a la vivienda que él le había ofrecido, aunque solo por el tiempo necesario para organizar el traslado definitivo a su nuevo hogar: un ático situado en la calle Rosellón con un enorme balcón exterior al que apenas se había asomado durante los meses que vivió con ella y el recién nacido Miguel. Los bombardeos se sucedían con frecuencia y las sirenas eran un sonido habitual al que nadie podía acostumbrarse. Recordó una de las veces que tuvieron que refugiarse en la estación de metro que había justo debajo de la vivienda de la costurera. Para Clara, aquellos eran los peores momentos después de su huida. La pátina de paz en la que todo parecía fingidamente olvidado, a pesar de la nueva guerra que terminaba de asolar la vieja Europa, le permitiría vivir tranquila, replantar algunas de las flores favoritas de Montse, como la alegría de la casa, el tomillo que tanto le gustaba usar para hacer sopa o las margaritas blancas, sus preferidas. Y empezar de nuevo dedicándose a sus hijos y a su trabajo como modista.

Al hablar en plural y tomar conciencia de que Miguel, su amado niño, dejaría de ser el único, un escalofrío recorrió su cuerpo mientras se deshacía de las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Por suerte, los preparativos para el entierro de la pobre Rosario ya estaban listos y solo quedaba esperar que se hiciera de día para acudir al sepelio. No habían transcurrido más que unas pocas semanas desde la última vez, con Ramona. Así lo rememoraron casi todos los presentes, entre suspiros encadenados, murmullos del padrenuestro que se escapaban a través de las ventanas y cruces de miradas cómplices acompañadas de las cuentas entre los dedos.

Clara se adentró en la casa conteniendo la respiración. No había mucha ventilación en la vivienda de su antigua socia y la mezcla de olores añejos, humedad y muerte la amenazó. De nuevo sentía unas náuseas que a punto estuvieron de traicionarla. Para las vecinas, su estado no permanecería en el anonimato si sumaban uno y uno. En un gran esfuerzo por disimular el malestar que la atenazaba, fue saludando con leves signos de afirmación a aquellos que salían a su paso. Y con la confianza que había entre la difunta y ella, se adentró al fondo de la vivienda hasta el patio, donde sus pulmones pudieron

reponer aire no contaminado de muerte. Allí permaneció unos minutos, apoyada en una de las tinajas en las que Rosario solía guardar algunos encurtidos como las olivas. Cuántas tardes habían pasado desde la primera vez, rememoró Clara, cayendo en la cuenta de que esa podría ser la última ocasión que pisaría aquel suelo. Concentrada en los recuerdos, los que tendría que guardar de nuevo en su memoria, no advirtió la presencia de unos pasos que se acercaban a ella.

—Me extrañó no verte por aquí esta mañana —dijo una voz masculina.

Clara dio un respingo y se giró, llevándose las manos al pecho. Nadie le había dicho que Joan estaba allí, y ni siquiera le había preocupado su ausencia. Era él, el mismo que las había traicionado antes de marcharse sin una despedida como era de justicia, ni siquiera para su madre.

—¿Extrañado tú?, esta sí que es buena —le reprochó Clara, adelantándose unos pasos hasta él. Tan cerca que podía ver cómo en pocos meses sus facciones se habían curtido, su barba se había espesado y sus ojos desprendían la furia de los cobardes—. Vergüenza tendría que darte no haber venido a ver a tu madre en todo este tiempo, enferma como estaba. Pero no, el contable en ciernes y matarife de pájaros prefirió alistarse en el ejército y esconder su verdadera condición entre los vencedores. Pero no te equivoques, tú ni siquiera eres uno de ellos, grábatelo en la frente —lo acusó Clara sin miramientos.

No sabía por qué, pero la rabia inconsciente que había guardado desde entonces salía como la lava de un volcán ardiendo. No podía parar, ni quería hacerlo. Joan podía haber obrado de otro modo, y lo había hecho de la forma más ruin.

—Cuida tus palabras, roja de mierda —soltó Joan, apretando la mandíbula—, ¿o es que te crees que no sé quién eres en realidad? Las paredes tienen oídos y la boca de los niños es demasiado grande en ocasiones.

—No tengo ni idea de lo que hablas, y será mejor que cumplas como un hombre, si algún día lo fuiste, y atiendas al velatorio de tu madre. Pronto heredarás todo esto. Sin ganártelo —lo reprobó Clara,

extrañamente envalentonada con un muchacho al que siempre había considerado alguien de provecho.

—Si no te he denunciado hasta ahora ha sido porque mi madre te tenía en buena estima. Y ella, que tampoco fue una santa, te protegía, aunque tenía sus motivos. Igual que lo ha hecho Cotar durante todo este tiempo.

—Nunca he necesitado la protección de nadie, niñato —correspondió ella con un nuevo ataque—, así que guárdate tus bravuconerías conmigo y mantente alejado de nosotros. Aunque no será por… —Frenó la frase antes de que las palabras pudieran traicionarla.

—¿Sabes qué planes tuvo mi madre al principio contigo? Si los supieras saldrías corriendo de esta casa y maldecirías haberla conocido.

Clara, incrédula de las palabras envenenadas de Joan y harta de escuchar tantas mentiras como creía que salían de su boca, hizo el gesto de esquivarlo. Necesitaba salir de allí, pero el joven se interpuso en su trayecto y la hizo recular. Ella dio unos pasos atrás y tropezó con el borde de una jofaina que no había visto, la que Rosario utilizaba para llevar la ropa hasta el tendedero. Trastabilló, perdiendo el equilibrio, y cayó de lado apoyándose en el último momento sobre la pared que tenía más cercana. Cuando logró recobrar la estabilidad, el esfuerzo de la cabriola que solo había durado unos segundos y que a ella se había parecido eterna, le produjo un repentino dolor en el abdomen. Presa de la cólera y dolorida, con la respiración entrecortada, se dirigió a Joan:

—Eres un malnacido. Qué bien nos engañaste a todos, con ese aspecto de no haber dicho nunca una palabra más alta que otra.

—Eso mismo me decía mi madre cada vez que la sorprendía en los brazos de un nuevo soldado. Lo de malnacido, ¿sabes? Mi padre, un hombre inteligente y prudente cuyo único pecado era llevarle unos años a ella, fue un maldito cornudo antes de que la guerra le diera a Rosario la oportunidad de fornicar con todos los quintos que estuvieron a su alcance. Festejó con varios de aquí del pueblo y estaba en boca de todos, aunque a ella le daba igual. Después fue lo otro, los soldados hambrientos de un agujero donde calentarse y de

un par de tetas que magrear. Y todo por unas perras, o un poco de comida, o una botella de brandi que los quintos robaban de las cocinas. Cada día era igual. Salía de casa bien temprano y volvía echada la tarde. Trabajaba, sí, pero no nos atendía más que en lo imprescindible. Y a veces ni eso. ¿Por qué te crees que se alistó mi hermano?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Dímelo tú, que te veo deseando hacerlo.

—Para largarse de aquí y no tener que soportar más vergüenza. Prefirió jugarse la vida que seguir siendo el hijo de la Rosario. Este patio en el que ahora estamos —señaló con el dedo índice a todo su alrededor— fue testigo de muchas cosas que yo nunca hubiera querido conocer. No sabía ni lo que estaba presenciando. Hasta ahí llegaba mi entendimiento, ¿puedes creerlo? Yo era un niño, y quería con locura a mi madre. Siempre tan risueña, tan alegre… ¿me entiendes? Y ella lo estropeó todo el día en que la escuché gemir aquí mismo y salí corriendo en su ayuda. Pensaba que le ocurría alguna cosa. ¿Y qué me encontré? Que estaba abierta de piernas encima de una madera en la que un soldado la empotraba, una y otra vez, como una bestia. Salí corriendo y no volví hasta pasadas unas horas, sin saber dónde meterme, porque no entendía qué hacía mi madre con otro hombre. Y qué significaban aquellos sonidos lastimeros que salían de su garganta.

La sorpresa de aquellas extrañas e hirientes declaraciones había sido un mazazo para Clara, que a medida que escuchaba al muchacho podía sentir el dolor que todo su cuerpo desprendía al desnudar una verdad pública que solo ella había querido negar. Nada podía cambiar ya el pasado; nada podría consolarlo, porque sus viejas heridas lo perseguirían durante el resto de su vida. Su confesión, la de un Joan que ya no parecía joven, era el eco de un dolor que parecía transitar en el ambiente, colándose a través de las paredes para llegar al otro extremo de la casa, donde yacía Rosario en el sueño eterno de los muertos, cruzada de brazos sobre el catre y vestida para el último viaje entre los vivos. ¿Quizá era eso lo que Ramón había querido advertirle?, se preguntó Clara, todavía

aturdida, buscando algunas palabras que lograran serenar la desazón de aquel muchacho. Pero no las encontró.

—Después llegaron las amenazas, luego el silencio y al final el olvido —continuó él—. En realidad, la buena de Rosario nunca me quiso. Solo fui un estorbo para ella. El último de la fila. El que llegó para fastidiarla cuando ya no quería más hijos. ¿Tú sabes las veces que me he preguntado si Amancio era en realidad mi padre? Después de pillarla con las manos en la masa, como se suele decir, nada fue lo mismo entre los dos. Nunca más. La frágil moral que si alguna vez tuvo mi madre se desmoronó bajo mis pies en los años en que más la necesitaba. Y cuando ya había aprendido a vivir con la vergüenza de verme señalado por todos, llegaste tú. La viuda perfecta —sonrió Joan, dibujando la viva tristeza con que sus ojos, rodeados de pequeñas arrugas que se formaban a su alrededor, miraban a Clara.

Ella había enmudecido y no había palabras adecuadas que pudieran encajar en aquella escena. Era terrible perder a una madre en vida, pensó. Sujeta a su vientre, permanecía de pie escuchando las confesiones de un hombre que rasgaba sus vestiduras ante ella, mostrándole las heridas todavía sangrantes que nunca se curarían. Cuánto daño había hecho los años pasados, se dijo, bajando la cabeza.

—Harás bien en largarte de aquí. Ella ya no te protegerá. Aunque al principio tenía el propósito de meterte a puta y vivir de tus trabajos. Una infección incurable parece que le había quitado las ganas de beneficiarse al primero que se le pusiera a tiro.

—Lamento muchísimo todo lo que me estás contando, Joan. De veras. No tenía ni idea de nada de eso, te lo aseguro. Conmigo siempre fue una buena mujer. Y nunca dudé de su decencia.

—¡Ella no tenía decencia! Ni supo lo que era —gritó Joan, pareciendo despertar la furia que había sabido contener hasta el momento.

—¿Se puede saber qué está ocurriendo aquí? —escucharon la voz de Cotar, sorprendiendo a ambos.

—Nada que sea de su incumbencia —contestó Joan, en claro signo de afrenta.

—¿No te da vergüenza, muchacho? Tu madre de cuerpo presente y tú aquí contando tus batallitas. Compórtate como un hombre, aunque solo sea esta vez —arremetió Federico contra él.

Joan se adelantó unos pasos y se situó frente al empresario. Era un superior y no podría enfrentarse a él sin que le cayera un castigo por ello. Resopló repetidas veces, como un toro en la plaza antes de entrar al trapo de su verdugo, y, comprendiendo cuál era su lugar, se hizo atrás. Enrojecido de la rabia, con los puños cerrados y las venas marcadas en su cuello apretó las mandíbulas controlando las ganas de enfrentarse a él con algo más que palabras. Cotar, sin moverse ni un milímetro de donde estaba, lo midió con la mirada, abofeteando su orgullo, y a Clara le pareció que en sus labios quería dibujarse una sonrisa. No podía ser, pensó ella preocupada por el desenlace de una situación cada vez más embarazosa.

—Haya paz, señores. Esto no es ningún ring de boxeo y aquí hemos venido a despedirnos de una de las olesanas más… más queridas —se reafirmó después de haberlo pensado—. Así que démonos la vuelta y vayamos adentro —intervino al fin, separando a ambos hombres con las manos—. Lo que haya que solucionar no será hoy. Respetemos a los muertos. Por lo menos hasta que la enterremos, ¿no les parece, caballeros?

Pasaron unos segundos hasta que Joan dio el primer paso hacia el interior de la casa. Sin dejar de mirar a ambos, a Clara y a Federico, se dirigió a la habitación donde yacía su madre.

—Gracias —fue lo único que se le ocurrió decir a Clara cuando se quedaron solos—, no sé ni qué pensar ahora mismo. Todo son problemas, secretos, sorpresas… no sé. Ya tengo ganas de que todo esto acabe para marcharme. ¿Cómo es que nunca sospeché nada de ella? ¿Tan ciega estoy? ¿Tan mal papel he jugado aquí, en este pueblo, durante los años que he vivido al amparo de ella? —se lamentó, tapándose la cara con las manos.

—No hay más ciego que el que no quiere ver, estimada Clara. Pero no te atormentes ahora con eso. Para ti, ella —dijo, refiriéndose a la difunta— fue quien fue, y eso es lo que vale. Y nunca se conoce a nadie del todo. La pequeña tras la pared… Rosario conocía la

historia, diría que desde el principio. Y supo callarla hasta que Miguel…

Clara negó con ambas manos. No quería acordarse de la ruina que había supuesto el aciago día en que su hijo había destapado un secreto tan bien guardado.

—He llorado muchas veces, a solas, desde aquel momento. Y hasta se me antoja poco, comparado con las cosas que acabo de escuchar. ¿Por quién tengo que lamentarme, dime? Resulta que Rosario fue una desconocida para mí.

—¿De qué habría servido conocer su verdadera historia? Rosario era muy popular, y por varias razones. Alguien que jugó las cartas de su baraja lo mejor que supo, o que pudo. En cualquier caso, todos somos víctimas y verdugos.

—Ah, que tú también lo sabías.

—Todo el mundo lo sabía —contestó él, acariciando el hombro de Clara mientras ella recibía su contacto—. Vamos adentro, que aquí ya no podemos hacer nada.

—No, espera un instante —aprovechó ella, comprobando que no había nadie en el pasillo que pudiera oírlos.

Era el momento, porque no sabía cuándo iba a estar sola con él de nuevo, para informarle de los planes que ya había pensado. Clara le habló de su visita al abogado y del resultado de esta. No había de qué esconderse y prefería poner todas las cartas sobre la mesa. También de la decisión que había tomado y de la firmeza de esta. Aceptaba cuidar de Beatriz y hacerse cargo de las tareas que Federico le encomendara, así como accedía a vivir en el piso que habían hablado. Solo hasta que Miguel y ella pudieran establecerse en la vivienda heredada. Reabrir el taller de costura y tomar a su cargo a Margarita, la hija de Ramón, formaba parte de sus planes. Para ello, tendría que encontrarla. Y necesitaría la ayuda y el permiso de su padre.

Ante el gesto de sorpresa del empresario y exmilitar, algo que Clara procuraba no perder de vista nunca, tuvo que ser lo más sincera que las circunstancias le permitían. Debía medir muy bien el alcance de lo que estaba a punto de suceder en su vida. Una vida que volvía a comenzar, aunque en ella, y a pesar de la sombra

esquiva que seguía persiguiéndola, hubieran entrado nuevas esperanzas. Clara lo miró una vez más, sin querer reconocer en lo que se había convertido Federico Cotar: en un hombre enamorado, no correspondido y poderoso que podía resultar peligroso si ella no jugaba bien sus cartas. Madre e hijo podrían vivir sin necesidad de aceptar el trabajo que Cotar le había ofrecido, aunque había decidido hacerlo. Respecto del taller de costura que pensaba retomar en cuanto tuviera la criatura que ya empezaba a abultar su vientre, también había trazado algunos planes, y por ello necesitaba contactar con Ramón cuanto antes.

—Agradezco enormemente tu comprensión, Federico.

—No creas que es fácil —sonrió este, sabiendo que al menos durante unos meses estaría bajo su responsabilidad—. No es el lugar para decir esto, lo sé. Mi aprecio por ti va más allá de lo que nunca habría imaginado. Conozco tu pasado y conozco tu presente. Mi hija te adora, y lo hace a través de las palabras que Miguel te dedica cuando están juntos. En su imaginario debes de ser la madre que nunca tuvo. Y lo entiendo. A Miguel podré ofrecerle formación y protección. Un futuro brillante si se aplica. A esa criatura que llevas en el vientre no le faltará de nada. Incluso podría darle mis apellidos si así lo deseas. Aunque eso solo ocurriría si aceptaras casarte conmigo. Al fin y al cabo, continúas siendo la honrada viuda de un contable gallego. Lo sé, es precipitado y extraño. No tienes que decidirlo ahora —finalizó Cotar, invitando a Clara a la reflexión—. Lamentándolo mucho no podré quedarme por más tiempo aquí. Debo atender unos asuntos más importantes y Rosario ya tiene suficientes plañideras a su alrededor. Espero verte muy pronto —se despidió, rozando con las manos las mejillas de ella, que había vuelto a palidecer.

La conmoción de la mujer se manifestaba en todos los músculos de su cuerpo, agarrotados desde el momento en que había escuchado la propuesta final que el empresario había arriesgado en decirle. ¿Matrimonio? Nunca había estado casada y el aprecio que decía sentir el militar por ella era todo lo que había expresado que sentía hacia su persona. ¿Sería ese el amor maduro del que había oído hablar algunas veces?, se cuestionaba, buscando la respuesta.

¿El que se construye sin premura, sin sorpresas, sin miedos ni desafíos? No sabía mucho sobre amor, sonrió esbozando una triste sonrisa. No había tenido tiempo. Los años habían pasado sobre ella como una tormenta gris que todo lo tapa; sobre todas las ilusiones deconstruidas a la fuerza; sobre el olvido y sobre los abrazos prometidos que nunca habían sido ciertos.

Como si, de repente, un halo de aire helado hubiera atravesado su cuerpo, Clara se encogió, atrapando el aire en sus pulmones para dejarlo salir mientras en su interior crecía la fuerza. La que volvería a cambiar su vida y la de sus hijos. Pensó en sus padres, en su infancia, en la huida, en la soledad, en la maternidad, en la amistad, en el amor y en el camino que había recorrido hasta llegar allí. A ese patio, testigo de tantas cosas, en el que acababa de tomar una decisión. Se echó la toca negra sobre la cabeza y se encaminó hacia la salida de la casa. Ya no tenía nada más que hacer allí.

21

Desde su partida, Abel había permanecido escondido varios meses en unos de los innumerables búnkeres que los milicianos habían construido a lo largo de las montañas. La tierra, bajo los Pirineos, estaba llena de pequeños agujeros que habían servido de refugios y que ahora nadie vigilaba, aunque la resistencia continuaba alerta. Aquellas madrigueras todavía acogían a los maquis que tenían una misión y la suya era realizar una voladura en la legendaria estación de Canfranc.

Mientras en España la Guerra Civil era todavía una herida fresca que supuraba infecta bajo una anómala costra que la tapaba, en Europa se estaban librando las últimas batallas de la Segunda Guerra Mundial y el imperio alemán se desmoronaba.

El dictador Franco se había declarado neutral en la contienda, pero debía muchos favores a Hitler y al mismo tiempo poseía un bien escaso que los alemanes se encargaron de explotar bajo las siglas de empresas españolas: el wolframio, un metal de características extraordinarias que se venía utilizando, entre otras finalidades, para el refuerzo de los tanques alemanes y la fabricación de puntas de granadas de mano. El oro negro, como muchos llamaban a este mineral tan cotizado que enriqueció en muy pocos años algunas zonas del norte de la península.

La fecha de llegada de Abel a su destino se había alterado. Su retraso superaba varias semanas más de lo previsto, poniendo en jaque una operación organizada desde hacía tiempo y en la que no cabía fracasar. Todos estaban esperándolo. Era el más preparado del grupo rebelde con el que se había movido en los últimos años, y quien mejor conocía las tierras a las que tendría que volver después

de su periplo durante la Guerra Civil. Y por eso, al conocer las órdenes que le habían hecho llegar, había puesto una sola condición: visitar la localidad de Olesa de Montserrat para reencontrarse con la mujer de Alberto.

La posibilidad de verla de nuevo después de tantos años, ambos bajo identidades que nadie pondría en duda, se había convertido en una necesidad. Desde que se echara al monte llevaba la sentencia de muerte grabada a fuego en su frente y nunca sabía cuándo podía ser su último amanecer. Las penalidades lo habían curtido por fuera, pero los años habían ablandado el corazón del rudo hombre en el que se había transformado. Una vez que la dejó en manos de los camaradas que se habían hecho cargo de ella, ya en la provincia de Barcelona, no había pasado un solo día en que no la había pensado, la había soñado y la había ansiado en silencio. Era la mujer de su superior y, aunque este ya hacía años que no daba señales de vida, el mal entendido respeto hacia su persona le había impedido dar un paso que siempre había deseado.

Desde su llegada a la localidad barcelonesa lo habían atrapado las cosas mundanas de una cotidianidad que, por falta de costumbre, se le antojaba extraña e incluso insólita. Clara, Miguel y hasta Rosario se habían convertido en lo más parecido a la familia que nunca había formado ni formaría. Su estancia se había prolongado más de lo esperado y, aunque un grupo de milicianos se había avanzado hasta la zona donde tendría lugar la acometida, su presencia era necesaria para llevar a cabo el encargo. Después del fracaso en el valle de Arán, casi un año antes, no se había organizado ningún golpe de la envergadura del que ahora estaban a punto de llevar a cabo.

Su misión era llegar a la legendaria y centenaria estación de Canfranc, situada en los Pirineos de Huesca y testigo directo de las riquezas que unos y otros habían acumulado a costa de miles de muertes. El objetivo era volar las vías y después hacerse con algunos de los lingotes de oro que el general Franco se cobraba de los convoyes que pasaban la frontera en dirección a Portugal, y que todavía custodiaban alemanes y españoles. El transporte de la vil mercancía había cesado hacía unos meses, pero sabían de buena

tinta que parte de los últimos cargamentos se encontraban almacenados en los túneles subterráneos de la estación.

La voladura de las guías aseguraría, al menos por un tiempo, el cese de una actividad que había engrandecido las arcas germanas, suizas y lusas. El botín, aunque proveniente del robo y la masacre ejercida sobre los vencidos, era un bien necesario que les permitiría continuar sufragando la causa que muchos todavía enarbolaban desde el anonimato y desde el exilio francés.

Todos los hombres habían tomado sus puestos, la dinamita estaba preparada y solo cabía esperar la última señal de Abel con la que darían inicio las explosiones controladas. Abel, escondido detrás de unas rocas y acompañado de su fiel amigo Roberto, observaba desde sus prismáticos cómo la única mujer integrante del grupo se acercaba a los soldados alemanes con la excusa de pedirles información sobre los horarios de los trenes y así darles conversación. Venía caminando, sonriéndoles desde lejos. Hablaba francés a la perfección. Llevaba una cesta con frutas y en un falso fondo el arma con la que abriría fuego, a la par que sus compañeros ocultos. Un gesto, ofreciéndoles unas piezas de fruta a los soldados, sería el señuelo que estaban esperando. Primero serían ellos. Los objetivos de sus fusiles estaban apuntándolos y tras el tiroteo tendrían lugar las explosiones. Después, el resto de los hombres destacados en los almacenes de mercancías aprovecharía el revuelo para adentrarse en las entrañas de la vieja estación, testigo mudo de tantas historias que quizá nunca verían la luz, y hacerse con los lingotes.

—Es una pena, mi brigada —se dirigió el compañero de Abel a este, concentrado en los movimientos de la joven que tenía a la vista a través de sus binoculares.

—¿Qué es una pena, Roberto? —contestó Abel de mala gana y sin mirarlo—, ¿que esos hijos de puta la espichen? Ojalá pudiéramos cargarnos a los peces gordos, que estos al fin y al cabo no son más que niños vestidos de soldado y algún mando relegado que no quieren ni las ratas. Aunque algo es algo —añadió, escupiendo la tacha del pitillo que sostenía entre los labios—, y déjame concentrarme, coño. Tú encárgate de lo tuyo. Tus ojos fijos en los

movimientos que provengan de la entrada de la estación y el arma preparada. ¿Estamos? En cuanto acabemos con esto voy a cortar por lo sano. Estoy harto de vagar como un alma en pena, a la intemperie y sin un techo digno bajo el que cobijarme. Y comiendo lo que dan los árboles, joder, que parecemos ardillas. Las ayudas cada vez son más escasas. Bastante tienen algunos con lo que les han dejado, miseria y muerte. Son muchos años escuchando los silbidos de las balas rozándome el gaznate y muchos tiros dados también. Y ya es hora de un relevo. ¿Estamos? —le repitió al compañero, queriendo disimular el arrepentimiento de sus palabras ante el camarada que ahora lo observaba atónito.

Abelardo García era dos personas muy distintas en una sola. Como civil podía mostrarse en su lado bueno. Atento, positivo, sensible y dialogante; los que menos lo conocían. Como militar, se transformaba en un intenso hombre de estrategia, conocedor de los bosques y la guerra; de sangre fría y pocos impulsos, que sabía a la perfección cuál era su trabajo. Y no le temblaba la mano ni un solo momento, por más difícil que fuera la decisión que hubiera que tomar.

—Estamos —respondió el otro—, pero que conste que dinamitando este lugar también cortamos la posibilidad de cruzar la frontera. Acuérdate de Albert Le Lay. Gracias a él muchos han salvado su pellejo.

—Ya la repararán cuando sea. Además, él huyó hace unos meses y, si las fuentes son fidedignas, ya debe de estar fuera de España.

Canfranc era un enclave fundamental para numerosas personas, de uno y otro bando. A diferencia de otros nudos ferroviarios, la estación estaba lejos del paso de los portaaviones y eso la convertía en un lugar ideal para el transporte de mercancías hasta Alemania. Y también, al contrario, hacia otros lugares de España y la península donde muchos se habían terminado refugiando. El jefe de la aduana francesa de Canfranc, Albert Le Lay, era un espía de la Resistencia y el artífice de la huida de soldados aliados, judíos y disidentes a través de aquellas vías.

—No creas que no me jode, pero todo tiene un precio. Ya se encontrará la manera de ayudar a los camaradas que quieran pasar

la frontera a partir de hoy. Ahora necesito que estés atento y pongas todos los sentidos en lo que nos ha traído hasta aquí.

Antes de terminar la frase, la muchacha que ejercía de señuelo recibió una bofetada de uno de los oficiales de la Gestapo que acababa de aparecer, salido de repente de la nada. Abel torció la boca y agudizó la vista en visión periférica, buscando posibles soluciones a la situación de la joven, y esta parecía complicarse a cada segundo. Los gritos se sucedían entre ellos, los soldados más jóvenes y el que parecía al mando. Y Jacinta, que no había podido hacerse con su pistola, mudó el gesto. Tras la disputa y una patada de uno de los militares, que le había alcanzado el brazo, el capazo había saltado por los aires, haciéndola más vulnerable ante la situación que se le venía encima.

Las circunstancias habían cambiado en un instante y todos permanecían inmóviles, esperando unas instrucciones que no llegaban. Abelardo, con el cuello estirado y lamentando lo que imaginaba que iba a suceder, cerró los ojos. No quería presenciar lo que estaba seguro de que ocurriría. Jacinta, sabiendo que estaba todo perdido, se abalanzó sobre uno de los soldados, forcejeando con él con ambas manos y toda la fuerza que nacía de la valentía que da la rabia. Pretendía quitarle el arma, aunque todos sabían lo imposible de aquella acción suicida que pronto se resolvería del peor modo. No era un fin, se dijo el brigadista antes de dar la señal a sus hombres para que todo se acelerara, mientras la muchacha intentaba una última maniobra de agresión. Lo único que podía hacer, y así lo hizo antes de que tres balas atravesaran su espalda, era ganar unos segundos para sus camaradas. Después, su cuerpo inerte cayó de bruces sobre el frío cemento del andén, ante la indiferente mirada de sus verdugos.

Todo pasó muy deprisa y de forma tan caótica que ninguno de los presentes, ni los de un bando ni los del otro, atinó a saber de dónde llegaba el sonido repetido de las balas que silbaban en el aire, buscando dónde pararse. Algunos cayeron y otros, los más afortunados, lograron esconderse tras las paredes o huir, volviendo a ocultarse entre las montañas.

La misión había fallado, y no habría más oportunidades de intentarlo de nuevo ni más hombres dispuestos a acometerla.

De repente, los ruidos llegaban como un eco difuso y difícil de interpretar junto a las voces opacas y entrecortadas de quienes se asomaban a observarlo, buscando en sus pupilas un hilo de vida. Abel no sentía nada. No había dolor ni frío. Solo una sensación compleja de calor que lo arrebataba, sublimando en su fuero interno imágenes desordenadas que se iban sucediendo. ¿Quizá era eso la muerte? No estaba seguro, aunque imaginó que no al comprobar cómo su cuerpo sin fuerza se zarandeaba levantado por los brazos ajenos que lo transportaban, unas veces a rastras y otras en volandas. Abel llevaba varios impactos de bala en su interior, algunos de pronóstico poco esperanzador. No era la primera vez y podía ser la última, pensaban sus camaradas, viendo el reguero de sangre que iba dejando.

—Tenemos que salvarlo —repetía casi sin fuerza su camarada Roberto, animando al resto de los compañeros a seguir andando por senderos angostos que conocían como nadie—. ¡Me cago en Dios!, antes me descerrajo la cabeza de un tiro que caer en manos de esos sanguinarios —amenazó al aire, comprobando que Abel había perdido la conciencia.

Estaban adentrándose de nuevo en la vegetación espesa de la zona, pero las pistas que dejaban tras de sí no eran buena garantía. Al ritmo que iban, no solo con Abel sino con otros dos camaradas que todavía podían salvarse, pronto los alcanzarían los efectivos alemanes que seguían con vida.

—Tú, Faustino, haz el favor de coger algunas ramas y borrar la sangre que vamos dejando. Como mejor puedas. Luego te diriges al norte, donde habíamos dicho, y nos alcanzas. Hay que cruzar la frontera antes de que anochezca o no lo contaremos. Tenemos que lograrlo —añadió, palmeándolo en el hombro varias veces—. Siento lo de tu mujer —se condolió.

—Gracias. Está bien —afirmó cabizbajo el joven, frenando su paso.

El muchacho era el más joven de todos. Jacinta y él habían encontrado en el calor de sus cuerpos un suspiro de esperanza al acabar la contienda que los había unido. Él, un joven carpintero que

se había sumado al bando republicano desde el comienzo de la contienda y ella, una muchacha con mucho carácter que, harta de servir para los señores con los que trabajaba por cuatro perras, se había incorporado a las brigadas revolucionarias poco después que Faustino. Ninguno tenía ni experiencia ni miedo. En un convoy, en plenitud de sus fuerzas y con la ilusión de los vencedores, se habían regalado las primeras sonrisas y desde entonces no se habían separado. Algunas noches, cuando el resto del grupo dormía, ellos se brindaban al placer de las caricias frente a las estrellas, sin saber cuándo podría ser la última vez que disfrutaran de la libertad coartada en un país falto de esperanzas. Y aquella tarde, cuando todo parecía que iba a salir bien, el destino se había convertido en testigo del último instante de vida de la mujer que podría haber sido la madre de sus hijos. Se tragó su dolor, amargo como la hiel, como el buen soldado que debía ser. Y en silencio, en la soledad de la montaña que lo arropaba, la sangre esparcida en el camino se fue mezclando con las lágrimas que derramó por su pérdida. Ni siquiera había podido acudir en su auxilio para darle el último beso.

Al contrario que muchos, que habían huido de Francia hacia España desde la estación que acababan de abandonar escapando del ejército alemán, ellos se adentraban en tierras galas buscando la ayuda y el refugio que necesitaban de manera urgente. Era el único camino que podían tomar.

El grupo de milicianos había logrado cruzar hacia el otro lado gracias a algunos de los colaboradores habituales de la zona. Gendarmes que hacían la vista gorda, jugándose el pan y la vida, y miembros de la red clandestina de apoyo a franceses prófugos y españoles rojos. La palidez de Abel era preocupante y si no era atendido cuanto antes, su vida habría terminado en aquellos parajes. Por suerte, uno de los efectivos les había indicado el camino hacia una casa entre los bosques y a pocos kilómetros de allí, donde el hijo mayor de los dueños había estudiado algunos cursos de medicina. Exhaustos, y a punto de tirar la toalla, dieron con el sitio. Una casa de campo amplia, cuya fachada se encontraba cubierta de hiedra que la mimetizaba con el verde de los árboles. La noche se

había echado encima y hacía horas que los hombres arrastraban a los heridos en la oscuridad, arriesgando la vida de todos.

Al llegar, el silencio los mantuvo alerta durante unos minutos en los que dudaron y, al final, una tenue luz moviéndose en círculos en una de las habitaciones de la última planta de la vivienda parecía indicar que alguien los esperaba.

—Vamos, pasen ustedes —se oyó una voz femenina desde la puerta principal—. *Allez*, *allez* —insistió la mujer, ayudándose de las manos.

Estaban a salvo, por lo menos durante los días que permanecieran en aquella zona donde la familia Matier era parte del engranaje de la red clandestina de apoyo. Desde hacía tiempo, habían construido varios departamentos en la casa, bajo el establo, donde esconder la comida y a las personas que necesitaban refugio durante un tiempo y estaban de paso.

Durante varias semanas, la vida de Abel fue un gran interrogante. A pesar de las acertadas intervenciones de Pierre, el hijo de los dueños, nadie podía garantizar que aquel hombre, cosido a balazos, pudiera salir adelante. Deliraba y, en sueños, nombraba a los vivos y a los muertos.

Con gran dedicación, Annette, la hija del matrimonio, no se había separado de él desde su llegada. Tenía nociones de enfermería y había trabajado como voluntaria. Desprenderlo de las gasas para lavar y desinfectar sus heridas, y todo su cuerpo, era un ritual del que se había querido hacer cargo. Aquel hombre la había atraído desde que lo viera desnudo por primera vez, a solas en el sótano en el que permanecía desde su llegada. Sin pretenderlo, el deseo de acariciar sus heridas, las más antiguas, y aquella piel curtida por el tiempo, la había dominado. No sería ella la elegida, se decía mientras Abel, semiinconsciente y sujetando la muñeca de la muchacha, balbuceaba otro nombre de mujer: Clara.

22

Sur de Francia, 1955

La vida en el campo se había convertido en un bálsamo liberador para los que habían decidido quedarse. Allí, las tareas cotidianas, el cuidado de la tierra y los animales, y la ayuda que cada vez más esporádicamente brindaban a otros, eran las tareas habituales. Los días, los meses y los años habían transcurrido. Para unos era la felicidad, para otros el consuelo que el tiempo necesita para el olvido.

—Abel, *chéri*, hoy tendrás que acercarte a comprar algunas cosas que ya nos están faltando. Que no se te olvide el grano para las gallinas. También hay que ir a correos a llevar un paquete para mis abuelos —señaló Annette, abrazándose a él por la espalda mientras Abel sujetaba el arado que tanto tiempo le había costado dominar.

Lo suyo nunca había sido el campo, y no tenía ni idea de cómo se trabajaba la tierra cuando llegó a la campiña en la que ahora vivía. Después de muchos esfuerzos, ya podía decir que era un buen campesino.

—Está bien —contestó él, girándose hacia la mujer que se había ganado su corazón—, pero será después de que acabe esto. No me acostumbro a esta maldita cuchilla que atraviesa la tierra por donde le da la gana —se quejó Abel, mal disimulando un enfado que no tenía.

—¿Has visto a Blanche? Hace rato que no la oigo y me preocupa. Es muy pequeña para andar sola por ahí. El movimiento de estos días me tiene nerviosa —compartió Annette con su marido.

—Sí, la he visto entrar con Jules en el cobertizo. Creo que iban a ver un nido de pájaros que al parecer descubrió tu hermano el otro día, y desde que se lo dijo no ha parado de insistirle. Ya sabes lo pesada que puede llegar a ponerse.

—¿Estás insinuando algo? —dijo Annette, acercándose a él y mordisqueándole el labio.

—¿Yo?, qué va —contestó él, dándole una palmada en la nalga a su mujer—. Por cierto, llegó una nota la semana pasada. No me había acordado de comentártelo. Quizá debamos acoger un pequeño grupo que se dirige a París.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —se quejó ella, poniendo los brazos en jarras—. Ya sabes que no me hace ninguna gracia. Y menos que no me lo comentes.

—Te lo estoy diciendo ahora. Y no me entretengas. Que, si no, no terminaré con esto en todo el día —quiso zanjar el tema, antes de que su mujer volviera a recriminarle la falta de comunicación que a veces tenía con ella y con el mundo.

Después de algunos meses debatiéndose entre la vida y el letargo de un cuerpo casi inerte que apenas conservaba la figura que antaño había albergado, Abel había empezado a levantarse. Caminaba ayudado de unas muletas que Gabriel, el dueño de la casa, le había fabricado expresamente; y ya era capaz de sujetar la cuchara que se llevaba a la boca. Una de las balas, la más preocupante, había dejado maltrecho el lado derecho de su cara. Según el diagnóstico de Pierre, que estaba a punto de terminar su carrera, la herida abierta, la inflamación y las sucesivas infecciones que había padecido esa zona alertaban sobre las consecuencias que podía tener sobre el paciente. Ellos habían hecho todo lo posible y trasladar a Abel a un hospital se había descartado desde el principio. Los cuidados, la suerte y la naturaleza del miliciano se habían aliado para reflotarlo hasta el mundo de los vivos, aunque en ocasiones permaneciera mudo y solo contestara a las preguntas que le hacían.

Nadie, excepto el pequeño Jules, el hijo menor de la familia Matier, insistía tanto en cuestionarle a Abel sus orígenes, a qué se dedicaba, dónde vivía antes de llegar allí, cómo se había hecho las heridas, si tenía hijos... El niño le recordaba mucho a su querido

Miguel. Siempre despierto a la curiosidad de saber, y siempre dispuesto a retener cada información, cada nuevo aprendizaje que lo hacía feliz. Y Abel, con risa condescendiente, le contestaba con calma al jovencito. Sin embargo, cada respuesta era como saltar al vacío, adentrarse en un gran océano y bucear en él para encontrar las palabras que cada contestación necesitaba. Su cuerpo iba recuperándose, aunque más rápido que su cabeza, pensaban todos.

Con los meses, Annette se había ido alejando del soldado. Ya no la necesitaba como antes y tenía la sensación de que la miraba de una forma extraña cuando se acercaba a él. Ella, joven e inexperta en el amor, porque nunca había sentido algo parecido a lo que se movía en sus entrañas, desconocía qué sentimientos albergaba el deseo de la carne. Sin embargo, el pulso de su corazón y de algunas otras partes de su cuerpo cuando lo recordaba desnudo en la cama y expuesto a su mirada mientras lavaba sus lesiones, le daban a entender que deseaba acercarse a él. Tanto como para fundirse en el abrazo que tantas veces había imaginado.

Una noche de verano, cuando la humedad apretaba en el ambiente y hacía difícil conciliar el sueño, Annette se había levantado a beber agua. Las habitaciones estaban en la parte superior de la casa y la muchacha había bajado las escaleras con sumo cuidado. Los escalones, viejos peldaños de madera, crujían con cada pisada. Había abierto el grifo y el agua caía en el vaso cuando un sonido la alertó sobremanera.

—No te asustes —dijo una voz que, por suerte, reconoció al instante—, soy yo.

Durante unos segundos, Annette había retenido la respiración. Y al escucharlo, con los ojos cerrados, respiró aliviada.

—Ya es tarde. Me has dado un susto de muerte. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Abel se echó a reír, casi en silencio, acercándose a ella.

—Imagino que lo mismo que tú. No podía dormir. Hace demasiado calor esta noche y no corre ni una pizca de aire. He bajado a beber agua y estaba fumándome un cigarrillo afuera.

—Claro. Lógico —fue lo único que se le ocurrió decir a Annette, dirigiéndose a la puerta. Tenerlo tan cerca le provocaba un pequeño

temblor en todo el cuerpo.

Ambos estaban fuera de la casa, sentados en uno de los escalones laterales de la vivienda. En silencio, disfrutando de la temperatura que la noche les brindaba.

—¿Quieres que demos un paseo? —le propuso Abel a Annette, ante la sorpresa de esta, que no sabía qué decir.

—Está bien —contestó al final.

Se dirigieron hacia el pequeño arroyo que había a unos cientos de metros de allí, entre los árboles que circundaban la parcela donde vivían. Era la primera vez que se encontraban solos desde que él había estado a su cuidado.

—Eres una joven muy interesante —soltó sin más Abel, dejando sin palabras a la muchacha—, y nunca te he dado las gracias por todas las atenciones que has tenido conmigo.

Por suerte, pensó ella, la noche y la oscuridad de aquel paraje la protegían de la vergüenza que sentía en aquel momento. Las mejillas le ardían y las piernas empezaron a temblarle. A pesar de las fantasías que había recreado algunas veces en sus pensamientos, desconocía quién era en realidad el hombre que ahora tenía a su lado. Era mayor que ella, pero ni siquiera sabía cuántos años le sacaba. Diez por lo menos, se entretuvo en pensar, antes de respirar hondo para contestarle.

—Solo hacía mi trabajo. No tienes por qué dármelas. Lo hubiera hecho por cualquiera —dijo, lamentando de inmediato la torpeza de unas palabras que la habían traicionado—. Tampoco soy tan interesante. Una mujer normal, diría yo.

—Te ocupas de las cuentas de la casa y de la organización de todo lo que supone llevar las riendas de una familia. ¿Cómo es que no te ronda ningún muchacho, con lo buen partido que eres? Además de muy guapa —la piropeó Abel.

—Eso era tarea de mi madre, Blanche. Murió poco antes de que llegarais. Unas fiebres se la llevaron en pocos días. Y desde entonces yo he ido encargándome de lo que podía. Los pantalones los lleva mi padre, como soléis decir vosotros en vuestro país. Y yo no hago más que ayudarlo en lo que se necesite.

—Lo que dices no es cierto —sonrió Abel, cortándole el paso a Annette—. Veo cómo busca en sus decisiones tu aprobación. Y eso es fantástico. Cree en ti. Y serás una gran mujer. Bueno —se excusó, rascándose la cabeza—, ya lo eres. Perdona la torpeza. Todavía me siento un poco lento. Es como si mi cabeza y mi lengua no acabaran de estar conectadas. Esa maldita bala me debió dejar algo más idiota de lo que ya era.

—Esa maldita bala, como tú dices, te trajo hasta aquí. Y hasta mí —escuchó decir de entre sus labios. Una confesión que se escapaba de su garganta sin permiso, dejándola al descubierto.

Abel la miró perplejo, queriendo entender lo que había oído. En algunas ocasiones, las menos desde la refriega en la que casi pierde la vida, se había despertado el deseo de su cuerpo y la reacción ya olvidada, cuando la física y la química se juntaban para recordarle que era humano. Sus recuerdos, encerrados bajo llave y tapados para no despertar las heridas que no podían verse, se habían alineado obligándolo a deshacerse de los sentimientos que no debía albergar. Había fallado como persona, como amante y como soldado. Y no merecía seguir vivo, se decía en silencio en más de una ocasión. Sin embargo, aquella muchacha de melena rubia y ojos claros, de cuerpo grácil y sonrisa contagiosa, se mostraba ante él despertando sensaciones que no podía permitirse.

En el fondo de un pozo cada día más profundo, la imagen difusa de Clara ya no martilleaba su mente, aunque en el eco de los golpes que la nombraran, cada día más lejanos, su nombre permaneciera pegado a sus sesos. Tenía que olvidarla. Dejarla hacer su vida como ella merecía. Y no arrastrarla a un mundo al que nunca había pertenecido.

—No soy la persona que crees —habló Abel, sujetándola por los hombros.

—No conozco tu pasado. Ni quién debe de estar esperándote al otro lado de la frontera. Solo sé lo que yo siento. Y me avergüenza decirlo, porque desde que despertaste…

Abel no la dejó terminar. Frente a él, y con los ojos vidriosos por las lágrimas que querían recorrer el camino de sus mejillas, la veía por primera vez como a una mujer. Y acercó su boca hasta la de ella,

frenando el primer impulso que lo había llevado hasta el deseo que ahora sentía por poseerla. Annette dio su permiso, elevando el mentón. Sus labios se encontraron por primera vez. Sus bocas se abrieron al calor de las lenguas que pronto se enzarzaron en un baile de poder en el que ambas luchaban por la victoria. Sus cuerpos se desprendieron de la poca ropa que llevaban y, con la luna como único testigo de aquel encuentro, se tumbaron en la hierba fresca antes de ensamblar sus cuerpos en uno solo.

Ese había sido el nuevo comienzo. Un encuentro que se repetiría, primero en secreto hasta que, unos meses más tarde, hicieron partícipe a la familia de una decisión que llegaba junto con el anuncio del estado de buena esperanza de Annette. Todos asintieron. Sabían que la pareja acabaría uniéndose para formar la familia en la que se convertirían cuando nació Blanche, la hija de ambos.

—Está bien. Prepararé el sótano para los camaradas que lleguen. ¿Sabes durante cuánto tiempo se quedarán?

—Supongo que pocos días. Vienen de Barcelona. Es todo lo que sé.

Desde que había llegado la noticia Abel se sentía inquieto. No descansaba bien por las noches, algo se removía en su interior y no dejaba de pensar en ello. Habían pasado diez años, tiempo suficiente para enfrentarse a los recuerdos. No sabía qué lo arrastraba, una y otra vez, a la necesidad de buscarla. Se había ido con el propósito de volver, y no lo había hecho. Sentía que debía explicarle que las cosas no habían sucedido como tenía previsto. Que sus promesas habían sido verdaderas, igual que sus abrazos. Y que su último encuentro, el único que habían tenido cuerpo a cuerpo en aquellos meses que habían compartido techo y circunstancias adversas, había sido verdadero. Su vida había cambiado por completo e imaginaba que la de ella también.

Nadie lo esperaba porque nadie sabía de su paradero. Ni siquiera si seguía vivo o no. Desde el suceso en Canfranc había roto toda comunicación con la milicia y hasta hacía poco tiempo no se había vuelto a interesar por la vida ajena, fuera de las tierras en las que había fabricado su paz.

El hecho de saber que pronto tendrían entre ellos paisanos de Barcelona lo agitaba, desconcentrándose de las tareas en las que tenía que poner todos sus sentidos. Debía comunicárselo a ella, a Annette. La decisión de traspasar la frontera estaba tomada.

Esperó unos días para contárselo a la familia, cuando todos estaban sentados a la mesa.

—El mes que viene cruzaré a España a visitar a unos viejos amigos —anunció, ante la sorpresa general.

—¿Unos viejos amigos? —preguntó Annette, soltando el cubierto en el mantel, mirándolo muy fijamente—. No sabía que tenías amigos. Ni viejos ni nuevos —añadió con rabia.

—Siempre los he tenido —contestó él, ignorando el tono enfadado de su mujer, la cara de asombro de su suegro y su cuñado y el entusiasmo inmediato que mostraba la pequeña Blanche.

—Papá, papá, ¿puedo *igggrrr* contigo? *Pog favoggg* —le suplicó la chiquilla, juntando las palmas de sus manos.

Hablaba muy bien el español, aunque todavía arrastraba algunas letras que se le resistían en la pronunciación.

—Blanche, estamos hablando de cosas de mayores. Termina la cena y ve a tu habitación. Después subiré yo a arroparte —ordenó Annette, no dando pie a las réplicas con las que otras veces la pequeña conseguía convencerlos.

—Haz caso a mamá, cariño. En otra ocasión te llevaré a España, te lo prometo. Pero esta vez papá tiene que ir solo. Serán pocos días.

La decisión tomada por Abel no había caído bien a nadie y todos permanecían en silencio de nuevo.

—Cuando dices España, ¿a qué lugar te estás refiriendo concretamente? Zaragoza, Madrid, Barcelona… —enumeró ella, sin mirarlo.

—Tengo que volver a Barcelona. Ya te conté que no dejé noticias de mi paradero. Me gustaría zanjar algunos temas pendientes.

Había sido sincero, aunque no había entrado en detalles. Annette conocía parte de su historia. Incluso la existencia de Clara y de cómo su negocio se había ido al traste. Sin saberlo, no podía ignorar que Abel tenía un pasado mucho más complejo del que nunca alcanzaría

a conocer. Y no había necesitado saber más hasta entonces. De repente, un temor irracional se había apoderado de ella desde el instante en que él había decidido viajar en solitario hasta la ciudad que parecía haber borrado de su memoria. Lo amaba, y nunca había sentido el miedo de perderlo hasta el momento.

—Haz lo que creas conveniente. Pero recuerda. Aquí dejas a tu familia —sentenció Annette, levantándose de la mesa antes de que Abel viera las lágrimas que ya corrían por sus mejillas.

Aquella noche se habían querido como siempre, entregándose a las caricias y al deseo que sentían el uno por el otro. Su amor, el que habían alimentado día tras día, era de verdad.

—Te amo —le susurró Abel al oído—, volveré muy pronto.

Todavía era de noche y tenía que caminar unos kilómetros antes de subir al coche que lo llevaría a la estación. Desde hacía años era ciudadano francés y, aunque viajar a España no estaba exento de peligro, su falsa procedencia y el perfecto acento que había adquirido en ese tiempo lo escudaban de cualquier sospecha.

Llevaba muchas horas de viaje y necesitaba descansar. Todo había ido bien y ya se encontraba en la capital, hospedado en una pensión que le habían recomendado, cerca del barrio pesquero de la Barceloneta. Aunque no pasaban necesidades económicas, tampoco podía permitirse muchos gastos.

Se sentía extraño. Ni el paisaje, ni el olor de las calles, ni siquiera la forma en que vestían los paisanos le parecía reconocible. ¿Tan distintos eran uno y otro país, si tan solo les separaban unos cientos de kilómetros?, se había preguntado ya en varias ocasiones.

Adelantó el dinero de los días que pensaba estar allí, dos a lo sumo, y salió a cenar alguna cosa antes de dormir. La dueña de la pensión le había recomendado una taberna en la que podría comer bien por poco dinero. El ambiente de las calles era variopinto y las almas que lo habitaban caminaban taciturnas, como él, sin rumbo fijo. Había subido al tranvía y había vuelto a apearse. Prefería caminar e impregnarse del ambiente sabiendo que, tras esa visita,

posiblemente no regresaría. Después de algunas vueltas en las que se entretuvo en mirar escaparates, entró en el lugar al que lo habían enviado y parecía que lo esperaban. El camarero le sonreía desde detrás de la barra mostrándole sus dientes, oscuros y quebradizos.

—Señor, siéntese aquí —lo invitó el mesonero a cambiar de mesa —. Desde este rincón podrá ver pasar a los paisanos. Entretiene la vista. ¿Qué será?

—Pues un vino tinto y una ración de la especialidad de la casa. Muchas gracias.

—Marchando un tinto y una de bravas con cochinillo —vociferó el hombre, a quien estuviera detrás de las cortinas.

Aunque varias veces le había insistido en invitarlo, Abel tomó su cena, pagó y emprendió el camino de vuelta a la habitación de la pensión. Debía descansar y buscar a Clara. Y regresar a su casa. La que ahora sentía más suya que nunca.

Pasó la noche en blanco, recordando viejas historias, viejos camaradas que ya no estaban entre los vivos y, por supuesto, a ella. Clara había llenado las horas de insomnio hasta que, de madrugada y con el frescor de la mañana, Abel había conseguido conciliar el sueño. Un ruido machacón del despertador, que penetraba en sus sueños, no conseguía espabilarlo hasta que alguien empezó a aporrear la puerta de su habitación. De forma refleja, los golpes lo catapultaron en la cama y se puso en guardia, palpando entre los huecos del colchón algo que no iba a encontrar: el arma con la que había dormido muchos años de su vida. El sudor perlaba su frente y pegaba la camiseta en su cuerpo, alterado por la extrañeza de todo lo que lo rodeaba.

Se levantó y caminó de puntillas hasta la puerta, pegando el oído en la madera. No se oía nada. Después se acercó a la mirilla y levantó la tapa. Tampoco había nadie y se sentía ridículo. Abrió la puerta cuando casi se cae del sobresalto.

—¡Se puede saber qué hace aquí espiándome! —le gritó a la casera, sorprendida mientras despegaba la oreja del paño de la puerta.

—Pues qué voy a hacer —se defendió la mujer—, varios inquilinos se han quejado del sonido de la alarma.

—¿Y eso le da derecho a aporrear la puerta de ese modo? Es igual, tengamos la fiesta en paz —dijo Abel, sin dejar que la mujer pudiera contestarle—. Si es tan amable, ahora tengo que asearme —se expresó, antes de cerrarle la puerta en las narices.

El comienzo del día no había sido muy agradable, se dijo, intentando templar los nervios antes de pulsar el timbre.

Durante las horas que había pasado en vela las opciones y las decisiones habían ido cambiando fruto de la inseguridad con la que Abel afrontaba un encuentro muchas veces imaginado. No sabía qué había sido de Clara y de su hijo. Desconocía su paradero, aunque estaba enterado de que la entrañable Montserrat tenía intención de ofrecerle en herencia el piso en el que había vivido toda su vida. Ese podría ser el lugar de residencia de ella. Otras posibilidades eran factibles, incluso que se hubiera trasladado fuera de Barcelona y se hubiera instalado en cualquier otro lugar, lejos de allí. Encontrándose en la ciudad, había apostado por acercarse a la calle Rosellón y probar suerte en el antiguo taller de costura. Y allí estaba, apostado en el marco de la puerta, con el corazón desbocado y los nervios cerrándole la garganta.

Respiró y pulsó el botón con el que no habría marcha atrás. Se retiró un paso atrás y secó las palmas de las manos en las perneras del pantalón.

Tardaron unos segundos en oírse los pasos que se aproximaban y Abel pensó que el corazón se le iba a salir por la boca cuando la puerta se abrió. Pronto comprobó que la persona que atendía su llamada era una extraña. Una mujer bajita y de edad indescifrable que arqueó las cejas nada más verlo.

—Perdone, me he equivocado —se disculpó Abel, dispuesto a irse por donde había venido.

—Buenos días —contestó la mujer, evidenciando la falta de educación que acababa de cometer el extraño que la miraba con ojos de cordero a punto de entrar en el matadero.

—Disculpe. Buenos días. Ya me marcho.

—¿A quién busca, caballero? —lo interrogó, mirándolo de arriba abajo.

—A una vieja amiga. Pero ya veo que no es aquí.

—¿Y quién es esa vieja amiga, si puede saberse? —volvió a preguntar la mujer, molestándole a Abel aquel celo en conocer lo que nada le incumbía.

—Déjelo, de verdad. Ya me marcho —se despedía él, antes de escuchar los gritos y las risas de una niña que se iba acercando a ellos, parándose en la puerta.

—María, entra en casa, que ahora mismo voy.

—Hola, ¿cómo te llamas? —preguntó una niña que tendría una edad aproximada a Blanche. Algo mayor quizá. Sus ojos se clavaron en los de él, y este sonrió nervioso.

—¡María! Ven aquí que te vas a enterar. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no cojas mis lápices ni abras mis libros! ¿Dónde estás?

Los gritos provenían de una voz masculina. Quien fuera parecía joven y, de repente, también apareció en la puerta.

—Ven aquí, muchacha, que voy a… —Frenó en seco el muchacho, al ver al extraño parado en el descansillo de la escalera.

Abel lo observó y tardó unos segundos en identificarlo. El joven, sin embargo, enmudeció de repente al verlo. Dio un paso al frente, apartando a la mujer y a la niña y se posicionó delante del visitante. Abrió los ojos arqueando las cejas, esperando no equivocarse al pronunciar el nombre que acudía a su recuerdo.

—Abel, ¿eres tú? —preguntó sabiendo que era él, aunque debía comprobarlo.

Abel se fijó en sus facciones. Las de un chico que, de repente, lo devolvía al recuerdo de sus años jóvenes junto a Alberto, casi veinte años atrás; los mismos que llevaba huido de la tierra que lo había visto nacer. Y tragó saliva antes de contestar, aturdido y emocionado al mismo tiempo.

—¿Miguel? Ya eres un hombre —fue lo único que pudo decir antes de que un nudo le tapara la garganta.

—¿Abel? Sabía que eras tú —pronunció Miguel abalanzándose sobre él, apretándolo con todas sus fuerzas en un abrazo que casi le corta la respiración al recién llegado.

Lo había esperado muchas noches y muchos días, esperanzado en que en algún momento iba a aparecer. Casi había perdido las esperanzas y, de pronto, estaba allí. Su deseo de volverlo a ver se había cumplido. Y no pudo evitar romper en un llanto que ni María ni su tata alcanzaban a entender. Ambas permanecían como invitadas de piedra observando la escena.

—A ver, niños. No sé cuántas veces tendré que deciros que no se debe abrir la puerta a cualquiera, y que dejéis que sean los mayores los que atiendan las visitas. Pepita, ¿quién es? Estoy esperando a la señora de Atienza desde hace unos minutos. Al final tendré que enfadarme, de verdad. Miguel, hijo, no das ejemplo ninguno —iba relatando una voz femenina que, igual que lo habían hecho las otras, se iba acercando a la puerta.

Abel la había reconocido. Era ella, sin duda. Se deshizo del abrazo del muchacho para enfrentarse al momento que tantas veces había imaginado. No estarían solos. Y aun así, el mundo volvió a girar cuando Clara apareció ante su vista y se llevó las manos a la boca, examinándolo. Era la última persona que imaginaba encontrar. Estaba cambiado. Su complexión se había fortalecido y las arrugas de su cara parecían haberse atenuado. El cabello empezaba a clarearle y pintaba algunas canas. Sin embargo, su sonrisa, la que nunca podría olvidar, igual que la expresión de sus ojos ante la sorpresa, eran las mismas.

Él la encontró un poco cambiada. Más bella de como la recordaba, incluso. Su cuerpo conservaba la figura de una joven. Su melena estaba recogida y vestía un traje que él consideró muy elegante. Parecía que las cosas le habían ido bien, pensó. Reparó en la pulsera de oro que colgaba de una de sus muñecas, y en los abalorios que adornaban el conjunto de su imagen. La alianza en su dedo anular fue lo último en lo que se fijó. La suerte, sin duda, se había puesto de su parte.

—Mamá, y por qué todos lloráis al ver a este hombre. ¿Le pasa alguna cosa? —preguntó María, pegada a las faldas de su tata—. ¿Es amigo de papá? ¿Y qué le ha pasado en la cara? ¿Ves la cicatriz?

—María, vamos adentro. Creo que tu madre y Miguel tienen que hablar con este señor y nosotras tenemos pendiente vigilar el

bizcocho que hay en el horno. Te recuerdo que la última vez se nos quemó.

—Está bien. No me chupo el dedo, pero te haré caso. ¿Quieres quedarte a comer? —preguntó la niña a Abel, ante la sorpresa de todos.

—¡María! —le gritó Pepita, que aunque no era su madre había estado al cuidado de la pequeña desde que nació.

—Voyyyyyy —arrastró ella la queja, no quedándole más remedio que obedecer.

Aquella forma de quejarse le recordaba al pequeño Miguel y, por primera vez desde que había llegado, Abel fue capaz de sonreír.

—Te creía muerto —dijo Clara, dejando caer una afirmación que ella misma se reprobó al escucharse.

—Mamá, qué manera de saludar a Abel es esa después de tanto tiempo, ¿no te parece?

—Casi lo logran —contestó Abel, observando la frialdad con la que Clara lo miraba—, pero ya ves que no es así.

—¿Quieres pasar y tomamos algo fresco? —lo invitó Miguel, ante el gesto inexpresivo de su madre, que ni afirmaba ni negaba su decisión.

—No sé si es muy adecuado, quizá en otra ocasión —contestó Abel, justo en el momento en el que el ascensor se paraba en el rellano y de él salía una mujer con ínfulas de marquesa que lo miró como si tuviera monos en la cara.

—Buenos días, señora de Atienza —la saludó Clara, esforzándose por sonreírle—, disculpe el lío de la puerta. Señor García, Miguel lo acompañará hasta la calle. Ha sido usted muy amable y espero que las clases con mi hijo den el resultado que esperamos.

»Pase, Paulina. Mi asistenta la atenderá con gusto. Yo voy en unos segundos —invitó a la mujer a entrar al probador que conocía de sobra.

Asegurándose de que su ilustre clienta cerraba la puerta tras de ella, se dirigió a los dos hombres que todavía la miraban sin saber qué había que hacer.

—Ahora no puedo atenderte, aunque no sé si estoy en condiciones de hacerlo y si lo mereces. Eso primero de todo. Aun así, Miguel —

dijo, dirigiéndose a su hijo—, en cuanto yo termine con Paulina te llevas a tu hermana y a Pepita a casa. Tu padre está de viaje y no vuelve hasta mañana. Yo tengo trabajo aquí y no iré a comer. Irene se encarga de todo, ya sabes.

—Como siempre —resopló Miguel, viendo que él no entraba en los planes de su madre—. ¿Y cuándo nos vemos con él, dime? —le recriminó, expuesto a la reprimenda que Clara no tendría inconveniente en soltarle.

—Que tengas casi dieciocho años no te da ningún derecho a cuestionar mis decisiones. Sigues siendo la sartén, recuérdalo. Y yo el mango. Así que…

—Mamá, solo quiero charlar un rato con Abel, nada más —le rogó.

—No querría crear ningún conflicto, de verdad. Yo me voy. Venir ha sido una mala idea —confesó Abel, girando sobre sus pasos.

—Un momento —lo paró Clara, sujetándolo por el brazo—, nadie te ha pedido que te fueras. Solo estoy pensando en cómo resolver esto. Está bien, Miguel. Acercaos a la cafetería de siempre. Tienes dos horas y media como mucho. Esta mujer es muy exigente y necesita hacerse varias pruebas antes de marcharse. María lleva cosiendo toda la noche para ella.

—¿La niña cose tan pequeña? —no pudo evitar preguntar Abel.

Las risas de Miguel no se hicieron esperar y hasta Clara no pudo evitar una carcajada nerviosa, imaginando a su pequeña ante semejante proyecto de costura.

—Quería decir Margarita —se retractó Clara—. Que ya no sé ni lo que digo. Aquí en dos horas —recordó a su hijo antes de cerrar la puerta.

—Dos horas y media —le aclaró su hijo.

—No tienes remedio. Hasta luego —se despidió Clara de ambos.

Mientras recorría el largo pasillo que la llevaba a la sala de pruebas, se dejó vencer por las emociones contenidas que había tenido que disimular ante todos. Abel llegaba diez años tarde, cuando ya no lo esperaba; cuando lo había llorado tantas noches y tantos días a escondidas; cuando la pena había dado lugar a la rabia y esta, al olvido.

23

Barcelona, 1955

Había estado torpe e imprecisa durante las pruebas, y estas se le habían hecho interminables. La señora de Atienza era una clienta habitual desde hacía años, aunque la ocasión era distinta. Margarita, la hija de Ramón Buendía, y ella misma llevaban varias semanas confeccionando diferentes vestidos. Los de Paulina y los de sus dos hijas para la boda del primogénito. Todas parecían cortadas por el mismo patrón, se quejaban las modistas, ante la exigencia de cada detalle en aquellas prendas de alta costura.

Ya había pasado el tiempo que Clara le había dado a Miguel para que volviera y, pensando en el momento de su reencuentro, había pinchado con uno de los alfileres a la burguesa.

—¡Por Dios! Clara, hoy estás en otra parte —se quejó Paulina, dando un respingo—. Me has clavado el alfiler.

—Perdone, es que tengo una migraña que no sé cómo quitarme. Estos días de calor me afectan muchísimo. Margarita, sigue tú. Solo nos queda coger las medidas del bajo y las mangas de la chaqueta. Lo demás está todo listo.

—Pero… —quiso quejarse la mujer, aunque Clara ya había desaparecido de la habitación.

Tenía ganas de llorar, de gritar y de patalear. Aquella mujer era insufrible y sus nervios, siempre templados para sus clientas, estaban a punto de estallarle. Entró en el baño y se enjuagó la cara. Necesitaba sentir el fresco del agua y tranquilizarse. En sus miedos se sumaban una conversación retrasada durante diez años y la

explicación que debería darle a Federico. Por la mañana había salido al paso, pero tenía que pensar cómo iba a darle la noticia. María lo había visto, dudaba que fuera a olvidarse de él y sus preguntas indiscretas o fuera de contexto podrían ponerla en una situación difícil de defender. Y pensando en cómo y en el cuándo, sonó el timbre de nuevo. Clara miró su reloj y se apresuró a volver al probador, asomándose sin ser vista.

—Esto ya está, señora Paulina —le decía Margarita a la mujer, ofreciéndole su mejor sonrisa y más amabilidad de la que se merecía en ocasiones.

La muchacha se había convertido en una excelente modista y en la mano derecha de Clara, que ya no podía prescindir de sus habilidades.

Corrió hasta la puerta, se pasó las manos por el pelo y abrió. Ahí estaban Miguel y Abel, esperándola de nuevo.

—Miguel, acompaña a Abel a la sala de estar. La nuestra, no la de las visitas. Después ven hasta donde esté yo. La señora de Atienza está a punto de marcharse. Tú te irás con Margarita en cuanto yo le diga que tiene la tarde libre. Todavía no me ha dado tiempo de comentarlo con ella. Coméis en casa, leed un rato y ayuda a tu hermana con los deberes. De Pepita ya me encargaré yo cuando llegue a casa. De momento si pregunta le dices que me he entretenido en comprar unos tejidos nuevos, o lo que se te ocurra. Abel, tú quieto en la sala hasta que yo llegue, ¿de acuerdo?

Se había convertido en una señora de casa rica, pensó Abel viendo cómo organizaba a todo el mundo. Un ama de casa acostumbrada a mandar. Y sonrió, entrando en una sala muy luminosa en la que Miguel lo invitó a tomar una copa.

—No, gracias, muchacho. Es muy temprano todavía.

—Pues te dejo, que si no mamá me castigará como si todavía tuviera ocho años —sonrió Miguel, acercándose al hombre al que tanto había querido—. Ahora sé algunas cosas que desde hacía diez años tuve que imaginar.

—Me ha encantado volverte a ver. Ya eres un hombre y merecías las explicaciones justas. Espero que la vida te dé todo lo que desees,

y que pronto seas un picapleitos de esos que se hacen famosos y ganan mucho dinero.

—Notario. Quiero estudiar para notario. Y sí, espero ganarme bien la vida. He conocido a una muchacha y nos estamos viendo. Creo que me he enamorado —le confesó, enrojeciendo de repente.

—Siempre has sido muy listo, y lo conseguirás. Lo otro, las cosas del corazón—dijo, llevándose la mano al cuello—, eso es la salsa de la vida. El amor todo lo puede, Miguel. No lo olvides nunca. Ama y serás feliz. Solo eso. Y ojalá que nos volvamos a ver pronto —le dijo, a modo de despedida, antes de que el muchacho se echara en sus brazos.

Ambos lloraron. Por los años pasados, por los recuerdos compartidos, por el cariño truncado y porque quizá, entre promesas vanas, esa fuera a ser la última vez que se encontraran.

—Muchas gracias por todo, Abel. Te quiero —dijo Miguel separándose de él.

—Y yo a ti, muchacho travieso. Siempre te querré —contestó Abel, apartando las lágrimas de su cara.

En ese momento, Clara entraba charlando con Margarita. Ambas criticaban la pesadez de Paulina y lo cansina que podía ser con cualquier detalle que no la convenciera. Se fijaron en el gesto de los dos hombres y en sus rostros marcados por la tristeza que los embargaba.

—Margarita, te presento a Abel, un viejo amigo. Ha venido a la ciudad a visitarnos. Miguel te acompañará a casa y nada, dale recuerdos a tu padre de mi parte. Ramón se hace caro de ver y hace tiempo que no charlamos.

—Claro. Desde que se mudó a Madrid casi no le veo yo tampoco. Cuando hable con él le daré recuerdos tuyos. Encantada de conocerle, señor…

—Abel a secas —contestó él, estrechándole la mano.

Miguel lo abrazó de nuevo y desapareció con Margarita sin volver la vista. Por fin estaban solos.

—¿Quieres tomar alguna cosa? Yo creo que me pondré una soda con limón, estoy seca.

—Acepto el refresco —dijo él.

—Ponte cómodo, que ahora vengo. Voy a la cocina y regreso enseguida.

—Te acompaño. Hace muchos años que no venía a este piso. Creo que fue poco antes de ir a visitar a Montserrat, cuando fuimos juntos al hospital, ¿recuerdas?

—Cómo olvidarlo. Menudo periplo —sonrió Clara, alargándole el vaso de limonada con gas a su invitado—. ¿Y bien?

—Y bien, ¿qué? ¿Ramón… es Ramón?

—Sí, el mismo. Y ahora dime, Abel, ¿qué te ha traído hasta aquí? Han pasado muchos años desde que desapareciste aquella mañana. Siempre pensé que vendrías a buscarme. Y no lo hiciste. Te di por muerto, igual que las promesas que me hiciste.

—Y casi muero, pero ya ves que sigo aquí. Necesitaba verte, darte la explicación que merecías desde el principio y que no tuviste. Llevo preguntándome mucho tiempo qué podría decir que justificara mi ausencia durante tantos años. Y lo único que se me ocurre es que quizá, antes de morirme, necesito tu perdón —confesó Abel, arrodillándose ante ella.

Las lágrimas ya no querían esconderse por más tiempo. Mordiéndose los nudillos de la mano, Clara intentaba contenerlas, pero era inútil. Su presencia había destapado la parte de su corazón que creía muerta. Le alargó la mano y ambas se unieron. Abel se levantó, se acercó a ella y la besó en los labios. Un impacto sonoro, una bofetada, un acto reflejo que Clara había imaginado muchas veces y ahora se hacía realidad.

—Lo siento, no quería…

Abel se adelantó a ella, la tomó entre sus brazos, la atrajo hasta él y volvió a besarla. La fragancia que desprendía su ropa era distinta pero el olor y la esencia de su cuerpo lo trasladaron hasta aquella noche en la que se habían amado por primera vez. Una sola, y todavía recordaba sus curvas y su belleza al cerrar los ojos. Clara no se resistió y correspondió a sus caricias, las que nunca había olvidado.

—Clara —susurró Abel en su oído, acariciándole los brazos hasta desprenderlos de la ropa.

—Vamos —lo invitó ella, llevándolo a otra de las habitaciones de la casa—. Quizá no hayas muerto, pero podría pasar en cualquier momento, igual que cualquiera de nosotros. Nadie está exento.

Y se amaron como solo lo hacen los que aman desde la verdad. Sin rencores, sin culpa y sin pecado.

Ya habían pasado varias horas desde su encuentro y seguían juntos, entrelazados. Clara miró su reloj y luego a Abel, que parecía dormido. Acarició de nuevo las cicatrices de su cuerpo, deteniéndose en la del rostro, queriendo imaginar su sufrimiento. Él había sido sincero. No podía volver a Francia sin contarle que su vida, junto a Annette, había tomado un nuevo rumbo. Y que su pequeña era, junto a su compañera, el motor que le daba sentido a su existencia. En ese punto, Clara seguía siendo un libro cerrado para él. Había ido esquivando las respuestas que él había querido conocer.

—Es tarde, y debemos irnos —le dijo ella, besándole la cicatriz de la cara.

—Cierto, y tu familia debe de estar preguntándose dónde te has metido.

—Mi familia sabe que estoy aquí. Y no me hagas sentir culpable. Ambos somos mayorcitos para saber qué hemos hecho.

—Es verdad. No quería ofenderte.

—No lo haces. Voy a vestirme y vuelvo enseguida.

—Espera —dijo Abel, sujetándola del brazo—. ¿No vas a decirme quién es tu marido? Yo te lo he explicado todo.

—¿De verdad quieres saberlo? Pues después de irte, no solo murió Montserrat. La vida se apagó también para Ramona y después para Rosario. Nuestra querida amiga común había pensado en todo. Y me nombró heredera de este piso, al tiempo que dejó una buena cantidad de dinero para Miguel. Una suma que vengo administrando desde entonces, con la ayuda de Demetrio, nuestro abogado.

—Ahora lo entiendo. Gracias a ella Miguel y tú pudisteis emprender una nueva vida y él acabará siendo notario, como al parecer desea.

—Sí, de alguna manera. Pero no vivimos aquí. Aquí solo venimos a trabajar. Margarita es la hija de Ramón. Su hija natural. Al llegar a

Barcelona la busqué hasta localizarla. Después nos hicimos cargo de ella.

—¿Hicimos? —se cuestionó Abel, cada vez más desorientado de los pasos que Clara había dado al llegar a la ciudad.

—Sí. Federico me ayudó a encontrarla. No era fácil, y menos para una mujer sola.

Durante unos segundos, el silencio invadió la estancia. Clara seguía acariciando las heridas de Abel, sin mirarlo. Y él buscaba la manera de encajar las piezas que empezaban a resistírsele. Sujetó su mano, frenando el impulso que tenía por volver a poseerla. Y le preguntó:

—Entonces ¿Federico es tu marido?

—Así es —contestó ella sin más—. Nos casamos hace poco más de siete años después de llegar a Barcelona.

—¿Y María? Diría que está muy mayor para tener menos de siete años.

—Es que tiene diez recién cumplidos.

Abel se incorporó de la cama y empezó a dar vueltas alrededor de la habitación. Caminaba de un lado a otro, frotándose la frente, poseído por las dudas.

—¿Quieres parar de una vez?

—No puedo, ¿es que no lo entiendes? —interrogó Abel, lanzando la pregunta al aire.

—Mejor que nadie, te lo aseguro —le contestó Clara.

—A ver, ¿y entonces María de quién es hija, de Cotar o de quién?

El silencio fue la respuesta. Abel palideció antes de volver a sentarse en la cama. Su cabeza daba vueltas a una sola idea. Aquella mirada y aquella sonrisa volvían a clavarse en su retina. Sujetó a Clara por los hombros, buscando en sus ojos la única verdad que podía darle.

—Él me amaba desde el principio, aunque nunca lo supe hasta que lo confesó. Y yo no podía ofrecerle nada hasta estar convencida de que nunca volverías. Han sido muchos años de esperanzas rotas y sueños truncados. ¿Qué podía hacer una mujer viuda y embarazada de un padre sin nombre? En Olesa de Montserrat bien poca cosa, te lo aseguro. Suerte tuvimos de que la pobre Montse

muriera en el momento más oportuno —se lamentó Clara—, pero así fue. Y después de que te fuiste todo fue una pesadilla. Parecía que la muerte nos pisaba los talones y la fortuna no estaba de nuestra parte. De repente, Federico se ofreció a ayudarnos y me declaró su amor. No podía creerlo. Y no porque otro hombre pudiera enamorarse de mí, sino porque lo hacía sabiéndolo todo. ¿Entiendes? Cuando digo todo, es todo. Incluso quién fui alguna vez en la vida. Y no pareció importarle. Algo casi increíble para un hombre de su posición, que habría tenido candidatas a espuertas en la puerta de su casa. Pero se dio la circunstancia de que Beatriz y Miguel siempre hicieron buenas migas. Casi fue ella la que empujó a su padre a hacerme la propuesta. ¿A que parece mentira?

—¿La novia de Miguel es Beatriz? —preguntó Abel, cada vez más sorprendido.

—No. Ella acaba de prometerse con un joven empresario de Madrid. Me temo que en poco tiempo se mudará a la capital. La echaremos de menos, pero es ley de vida.

—¿Y él sabe que María es…?

—¿Tu hija? Nunca me lo ha preguntado. Hasta ese detalle me ha querido ahorrar. Pero sí, imagino que sumando dos más dos le habrán salido cuatro. Y en cuanto nos casamos la reconoció como hija legítima. Siempre la trató como tal. Se adoran y se asemejan en muchas cosas como dos gotas de agua. Parece increíble. Si lo miro con distancia, he tenido mucha suerte en la vida. Federico es un excelente padre y nos cuida mucho. Respeta mi trabajo y adora la familia que hemos logrado formar. He aprendido a quererlo y a respetarlo, a pesar de mi pasado. Nunca lo he engañado hasta hoy. Y nunca volveré a hacerlo. Lo que ha ocurrido aquí era una deuda entre tú y yo. Te quise, lo reconozco. Pero aunque tu paso por mi vida me dejó un fruto como ella, mi querida niña, para ti María y yo somos el pasado. Cuando cruces esa puerta deberás tenerlo en cuenta para siempre.

Las palabras de Clara parecían duras y contundentes. Y lo eran, tanto como ciertas. Habían ocurrido demasiadas cosas desde la mañana en que Abel partió en dirección a la última misión que nunca se llevó a cabo. Sus vidas habían tomado caminos opuestos

desde entonces. De nada servían los lamentos, las quimeras o los reproches.

—¿Podré volver a verla alguna vez? Recuerda que tiene una hermana.

—No te digo que más adelante eso no sea posible, pero dale tiempo. No es fácil y este país sigue viviendo como en una isla congelada. Nada ha evolucionado lo bastante todavía.

—Está bien, esperaremos —aceptó Abel, viendo cómo Clara le vetaba el beso que se disponía a darle.

—Te deseo lo mejor. Para ti y para los tuyos. Que la vida te regale muchos años. Ahora debemos despedirnos —dijo, envolviéndose en una de las mantas—. Voy al baño a asearme. Vístete y te invito a un bocadillo en un lugar que seguro te gustará. Está en una callejuela de las Ramblas.

Clara tardó unos minutos en vestirse, arreglar su peinado y retocar su maquillaje. Un tiempo en el que se cuestionó lo que había pasado. Extrañamente se sentía bien, en paz consigo misma. Y no sabía si eso debía de preocuparla o no. Había sido un día de emociones intensas y reencuentros inesperados. Todavía tendría que elaborar algunas teorías para que María no la cosiera a preguntas y ella pudiera contestarlas. Salió del lavabo y fue a beber un vaso de agua. Pensó que Abel ya estaría listo y lo llamó.

—Cuando quieras podemos irnos —dijo, acercándose al espejo.

No hubo respuesta.

—¿Abel? —volvió a llamarlo—. Tenemos que marcharnos ya y debería dejar la cama hecha —dijo, entrando en la habitación.

Abel no estaba. Se había ido de la casa. Nerviosa, se asomó a la ventana con la extraña esperanza de verlo en la calle, pero no fue así. La había vuelto a dejar sola, como entonces. Y el llanto la abordó de repente, dejando de nuevo un vacío en su alma.

—¡Maldito seas! —exclamó en voz alta, arrancando las sábanas con toda su rabia.

En el gesto arrebatado vio cómo un papel se deslizaba hacia el suelo y lo cogió. No había palabras de amor, ni palabras sentidas que pudieran consolarla. No las necesitaba, se dijo, templando el impulso

de romperlo en mil pedazos. Tan solo unas señas y un teléfono. Y una pequeña nota: «Nos encantará conocerla. Gracias, por tanto».

Eso era todo lo que quedaría de ellos, pensó, guardando el trozo de hoja en su bolso.

Y cerró la puerta del dormitorio. El lugar que había sido testigo de los últimos retazos de un amor perdido entre el tiempo, las verdades escondidas y el pasado que, como la flecha lanzada, nunca volvería atrás.

Agradecimientos

Hay muchas personas que me han ayudado a conocer, a mejorar y a dar voz a los personajes que conforman esta novela. A ellas quiero agradecer el tiempo que me han dedicado.

A Resu, Ana, María Teresa, Isabel, Rosalía, Antonia y a Carmen, de la Associació Voluntaris d'Olesa. En especial a ellas. Siempre dispuestas a saciar mi curiosidad sobre las primeras décadas del siglo xx, cuando algunas todavía eran niñas. Gracias por esas tardes de charla que me regalasteis.

A todos los que, como tú, lector o lectora, dedicáis unas horas de vuestro tiempo a alimentar esas historias que se nos ocurren, a las que damos vida y dejamos volar hasta tu rincón favorito.

Si te ha gustado *Los abrazos prometidos*, será de gran ayuda que dejes tu opinión en Amazon.

Gracias, de corazón.

PEPA FRAILE COLORADO

Una mujer que necesita enterrar el pasado.
Un secreto que amenaza con salir a la luz.
Una historia de supervivencia, amor y redención en plena posguerra española.



Tras los años convulsos de la Guerra Civil, Clara Castelao vive con su hijo Miguel en un pequeño pueblo de las afueras de Barcelona, ocultando su pasado en el bando republicano. Las vidas y costumbres de los vecinos transcurren entre rencillas no vengadas, secretos dormidos en la memoria y silencios resignados que los vencidos callan y los vencedores celebran.

La llegada de un antiguo compañero de armas de su marido pondrá en peligro su nueva identidad al tiempo que removerá sentimientos que creía dormidos: la huida de su pueblo natal, las muertes que no ha podido llorar y unas heridas que se resisten a cerrarse.

Pepa Fraile firma una historia sensible y tierna, un relato del que, entre silencios e ideales perdidos, nace un atisbo de esperanza.

Pepa Fraile (Barcelona, 1965) estudió Ciencias de la información. En la actualidad compagina su trabajo en la administración pública con su pasión por la escritura. Es autora de varias novelas autoeditadas, entre ellas *Las siete verdades de Elena* (2013), *El círculo de Alma* (2016) o *Lucía y el reposo de las palabras* (2018). A lo largo de los años ha construido una fiel comunidad y con *Los abrazos prometidos*, su primera obra publicada en Grijalbo, se ha ganado la admiración y el reconocimiento de miles de lectores.



Primera edición: abril de 2026

© 2026, Pepa Fraile
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: inspirado en la idea original de Nerea Pérez Expósito / Penguin Random House Grupo Editorial
Imágenes de portada: composición fotográfica a partir de las imágenes de Istock, Shutterstock y AdobeStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7365-7

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es

YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

Los abrazos prometidos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Pepa Fraile
Créditos